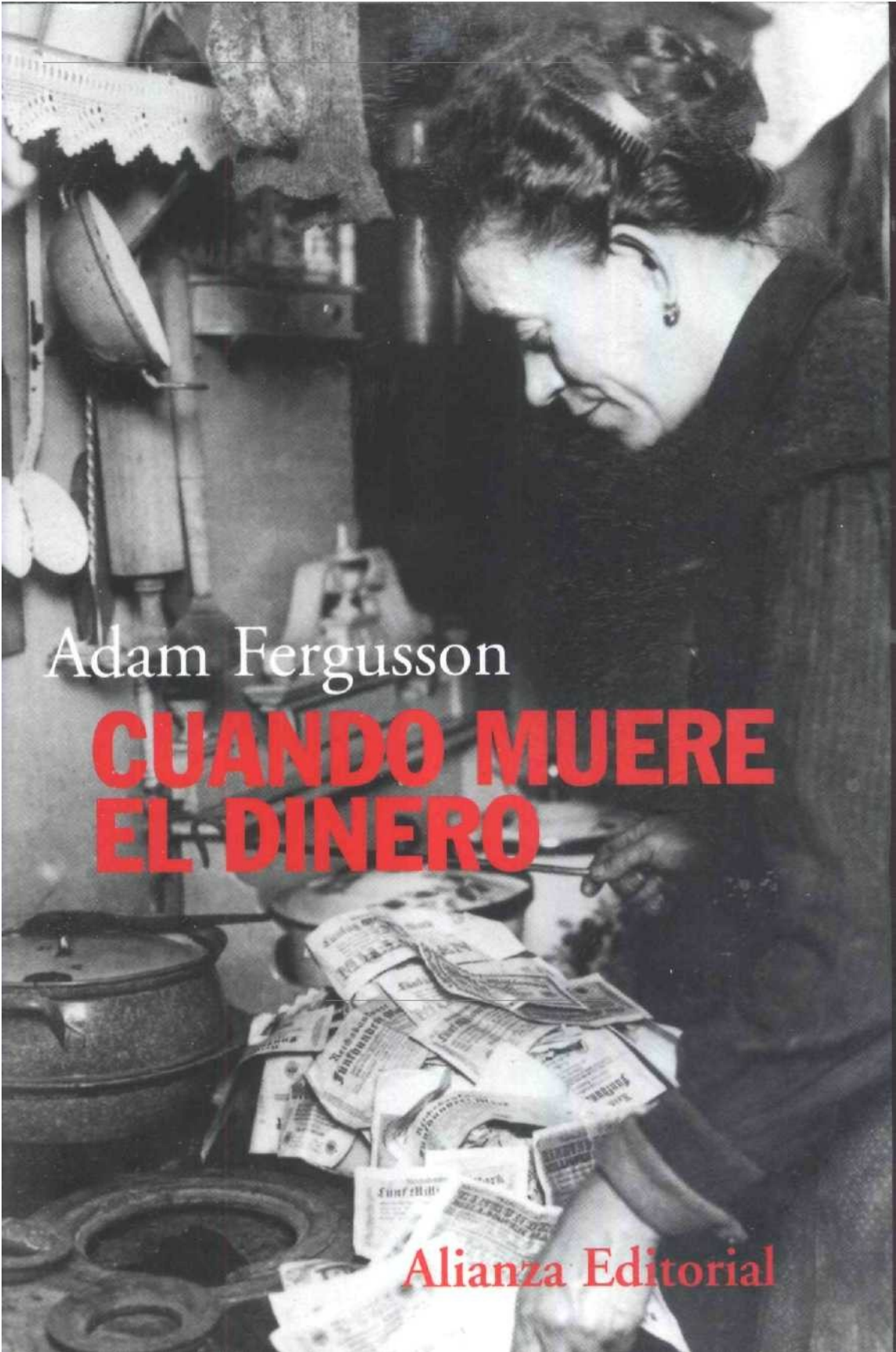




Adam Fergusson

CUANDO MUERE EL DINERO

Alianza Editorial

Adam Fergusson

CUANDO MUERE EL DINERO

La República de Weimar fue escenario, durante la década de 1920, de la mayor inflación que registra la historia europea contemporánea. A lo largo de cuatro años, los precios subieron de forma tan vertiginosa que hicieron necesaria la enfebrecida fabricación de papel-moneda y la multiplicación casi inverosímil de los medios de pago. En 1923, cuando el tipo de cambio con el dólar alcanzaba los 4.200.000.000.000 marcos, la República de Weimar prácticamente se vio reducida a una economía de intercambio: joyas por productos básicos como el pan, una entrada para el cine por algo de carbón, una botella de parafina por una falda de seda. Combinando el análisis con numerosos testimonios de la época, Adam Fergusson narra el fracaso de una generación europea —incapaz de comprender el alcance de sus actos y las consecuencias de la destrucción de las clases medias— y el irresistible ascenso al poder de los regímenes autoritarios. Un libro lleno de relevancia para nuestra época.



Alianza Editorial

ISBN: 978-84-206-7385-1



3492504

CUANDO MUERE EL DINERO

Adam Fergusson

CUANDO MUERE EL DINERO
LA PESADILLA DE LA HIPERINFLACION EN LA
REPÚBLICA DE WEIMAR

Traducción de María Hernández

Alianza Editorial

Título original: *When
Money Dies. The Nightmare of the
Weimar Collapse*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Adam Fergusson, 1975
© de la traducción: María
Hernández Díaz
© Alianza Editorial, S.A., 1984,
2012 Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15,
28027 Madrid; telef. 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-7385-1
Depósito legal: M. 24.991-2012
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA
SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA
EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A
LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

Agradecimientos.....	1!
Nota a la edición de 2010.....	13
Prólogo.....	15
1. Oro por hierro.....	21
2. Las calles tristes.....	37
3. El pago de la cuenta.....	47
4. Delirio de millones.....	61
5. El descenso a la hiperinflación.....	85
6. El verano de 1922.....	105
7. La herencia de los Habsburgo.....	119
8. La búsqueda del tesoro de otoño.....	137
9. <i>Ruhrkampf</i>	161
10. El verano de 1923.....	193
11. Havenstein.....	207
12. El fondo del abismo.....	225
13. Schacht.....	241
14. Explosión de desempleo.....	261
15. Las heridas al descubierto.....	277
Epílogo.....	293
Bibliografía.....	303
índice analítico.....	305

*A mi
madre*

AGRADECIMIENTOS

Hay muchos amigos a los que debo agradecer sus consejos y apoyo para la preparación de este libro: sus conocimientos han evitado algunos de mis errores y sus comentarios y palabras de aliento confirmaron o disiparon mis ideas preconcebidas. En cualquier caso, soy el único responsable de las confusiones o errores que pudiera haber.

Estoy muy agradecido al personal del Archivo Nacional británico por su ayuda y su aliento con los más de cien pesados expedientes que consulté.

Agradezco a los señores Constable que me hayan permitido reproducir extractos de la obra de Anna Eisenmenger *Blockade*; a William Heinemann, por permitir que algunos párrafos del libro *La verdad sobre el Tratado de Paz* de David Lloyd George se incluyan en esta obra a los herederos de lord D'Abernon, por autorizarme a citar sus diarios y a Alan Wingate por los resúmenes extraídos de la obra del doctor Schacht *My First Seventy-Six Years*. Las citas de *How It Happens* se han reproducido con la autorización de Harold Ober Associates Inc. {copyright 1947 de Pearl S. Buck}, y las de las primeras colaboraciones de Ernest Hemingway en el *Toronto Daily Star* se han incluido con el amable permiso de Mary Hemingway.

Adam Fergusson

NOTA A LA EDICIÓN DE 2010

Cuando se publicó este libro en 1975, como dice el prólogo, apenas merecía la pena comparar los precios y valores contemporáneos con los de medio siglo antes. Treinta y cinco años después, cuando las divisas no han dejado de fusionarse, diversificarse, depreciarse o desaparecer, y cuando los costes y los salarios han subido y bajado con tan poca uniformidad, el ejercicio tampoco es de gran ayuda. Es cierto que los estadísticos han calculado que la libra esterlina de 1923 equivaldría a unas 623 actuales, y que el dólar de 1923 valdría unos 220 dólares en bienes y servicios de hoy. No obstante, en lugar de agobiarnos con cálculos comparativos que, a pesar de su interés, no dejan de ser eminentemente especulativos, invitamos al lector a aceptar el texto tal como se escribió.

Al abordar las formidables cifras con las que Alemania tuvo que pugnar en el periodo de Weimar, el libro mantiene las mismas denominaciones que aparecían entonces en sus billetes. Es decir, cuando un millardo significaba mil millones, cuando un billón era todavía un millón de millones, cuando se acuñó el término *billiard* para indicar mil veces más y un trillón era 1.000.000 al cubo. Me parece que adaptar estas palabras a su uso más moderno, en el que un billón sólo lleva nueve ceros y un trillón apenas doce, habría contribuido a lo que un ministro alemán de los años veinte llamó oportunamente «el delirio de millones».

PROLOGO

Cuando el dinero de un país deja de ser una fuente de seguridad y a todo el mundo le preocupa la inflación, parece lógico buscar información y guía en la historia de otras sociedades que han padecido esta trágica y desconcertante experiencia. Sin embargo, al repasar la amplia bibliografía —económica, militar, social, histórica, política o biográfica— que trata sobre las consecuencias sufridas por las potencias derrotadas en la Primera Guerra Mundial, se descubre una carencia concreta. Los estudios económicos de la época (quizá porque los economistas tienden a pensar que la inflación es un acto deliberado de la política fiscal) han ignorado los aspectos humanos, por no mencionar los elementos políticos y militares en los casos de la República de Weimar y de la Austria posrevolucionaria; y las explicaciones históricas —aunque de extraordinarias lucidez y erudición— han pasado por alto, o al menos han subestimado, el poder de la inflación como motor del cataclismo.

Aunque los diarios y los testimonios de la época proporcionan un material de valor incalculable para evaluar la inflación desde un punto de vista humano, suelen ofrecer una visión demasiado estrecha del problema —es evidente que la batalla no se ve igual desde distintas trincheras— o recuerdan las extravagancias financieras de 1923 de una forma tan general que restan importancia a todos los años de desgracia de los que fue precursora y punto culminante.

La angustia de la inflación, por muy prolongada que sea, quizás se parezca a un dolor agudo: totalmente absorbente; exige una atención completa mientras dura y se ignora o se olvida cuando desaparece, por muchas cicatrices físicas o mentales que haya podido dejar. Quizás así se explique la extraña forma en que el importante episodio de la inflación en la República de Weimar ha sido separado del resto de los acontecimientos de la misma época, y viceversa. Sin embargo, cabría imaginar que teniendo en cuenta la persistencia, la extensión y los efectos tan terribles que la inflación desencadenó, ningún estudio sobre este período histórico podría estar completo sin una continua referencia a esta obsesiva circunstancia de la época.

La proposición recíproca también es cierta: excepto en el nivel más limitado de un tratado económico o de los recuerdos personales, ¿cómo puede entenderse la inflación alemana fuera del contexto de subversión política de nacionalistas y comunistas, de la gran confusión en el ejército, de las disputas con Francia, del problema de las reparaciones de guerra, o de que Austria y Hungría sufrían hiperinflaciones similares? ¿Cómo se puede calibrar la trascendencia política de la inflación, ni juzgar las circunstancias en las que ésta arraiga en una democracia industrializada y se vuelve incontrolable, si no se sigue su curso en paralelo al del resto de los acontecimientos políticos del momento?

La Alemania de 1923 era la Alemania de Ludendorff, de Stinnes, de Havenstein y también la de Hitler. Dentro de sus círculos respectivos: el ejército, la industria, las finanzas y la política, estas cuatro figuras grotescas que irrumpen en la escena alemana podrían representar igualmente los papeles de villanos de la función: Ludendorff, el del antipático y desalmado ex intendente general, devoto de Thor y de Odín, referencia y víctima de las fuerzas de la reacción; Stinnes, el del plutócrata especulador que sólo rendía culto al dinero; Havenstein, el del banquero loco cuyo único objetivo consistía en empapelar el país con billetes de banco; y Hitler, el demagogo hambriento de poder cuyas palabras y obras evocaban ya entonces toda la maldad de la naturaleza humana. Sólo en el caso

de Havenstein esta descripción es claramente injusta, pero el hecho de que este respetable financiero estuviera cuerdo no cambia en nada la ruina que causó.

Se podría argumentar que no eran auténticos villanos sino que los actores esperaban entre bastidores y las circunstancias políticas y económicas les dieron pie a salir a escena e interpretar los roles principales. Ciertamente hubo muchos otros cuyo comportamiento fue tan reprochable y tan irresponsable como el de los protagonistas. El pueblo alemán fue su víctima. La batalla, según explicaba uno de los supervivientes, lo dejó aturdido y conmocionado por la inflación. Nadie entendía cómo les podía haber sucedido, ni quién era el enemigo que les había vencido.

Este libro presenta algunos datos nuevos, así como numerosos hechos olvidados y muchas opiniones hasta ahora no publicadas; de éstas me parecen especialmente interesantes las de aquellos que pudieron observar los acontecimientos con imparcialidad, ya que, aun siendo testigos presenciales de los hechos, no se vieron afectados por ellos ni en su patrimonio, ni en su salud ni en su seguridad. La documentación más abundante se encuentra en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, y procede directamente de la Embajada inglesa en Berlín, donde lord D'Abernon desarrolló durante aquellos años una de las más destacadas misiones diplomáticas de la época. Su información se complementaba con la que suministraban los servicios consulares establecidos en todas las ciudades importantes de Alemania, así como por los informes personales de los diferentes miembros de las comisiones aliadas para el desarme y las reparaciones de guerra.

Los documentos del Archivo Nacional británico, además de ser los más accesibles, probablemente sean la fuente de información más importante, no sólo porque la Embajada británica, a través de lord D'Abernon, mantuvo un contacto privilegiado con los principales políticos alemanes durante todo el proceso, sino porque con la retirada de Estados Unidos a comienzos de 1923, y con el cese casi total de relaciones entre París y Berlín, lo que podía haber sido una información de valor incomparable es tan sólo superficial o

esporádica. Completándolos con material alemán de la época, no he dudado en aprovechar en todo cuanto he podido aquellos documentos.

He procurado en la medida de lo posible relatar las acciones, las reacciones y las interacciones en una secuencia cronológica con la esperanza de que este orden, quizás obvio, sea en este caso nuevo, instructivo y más adecuado para exponer una serie de relaciones importantes pero poco conocidas. En la narración he seguido, y en ocasiones he tenido que aferrarme al hilo especial que llevaba a Austria, Hungría, Rusia, Polonia y también a Francia. Hilo que las grandes autoridades en la materia parecen haber perdido a veces: el efecto de la inflación en las personas de forma individual y como naciones y su respuesta.

Sin embargo, no me he atrevido a sacar conclusiones definitivas sobre la humanidad y la inflación en base a lo que aquí escribo: los hechos hablan por sí solos. Tampoco he pretendido exponer ninguna lección económica, ni incurrir en explicaciones teóricas de los fenómenos económicos. Sin lugar a dudas este libro no es un estudio económico- No obstante, la inflación tiene tanto que ver con el dinero como con la gente, y sería imposible contar esta historia sin la ayuda de cifras, a veces cifras enormes y más y más cifras. Precisamente fueron estas grandes cifras las que atenazaron y asediaron durante años a los habitantes de Europa Central, hasta que no lo soportaron más. Todos sabían el valor de un marco en 1922 y 1923, pero ¿quién podía comprender una cifra seguida de una docena de ceros?

La Embajada británica en Berlín comentaba en octubre de 1923 que una libra equivalía aproximadamente a tantos marcos como metros hay de la Tierra al Sol. Por su parte, el doctor Schacht, comisario de Asuntos Económicos, explicaba que al final de la Primera Guerra Mundial teóricamente se podían haber comprado 500.000.000.000 huevos por el mismo dinero con el que cinco años más tarde sólo se podía comprar uno. Cuando se restableció la normalidad, la cantidad de marcos de papel necesaria para comprar un marco de oro era exactamente igual al número de milímetros

cuadrados que contiene un kilómetro cuadrado. Es poco probable que estos cálculos sirvieran para comprender lo que ocurría, así que espero que los lectores no matemáticos no se desanimen. Debido a las diferentes formas en que los distintos países acostumbran a expresar grandes cantidades, he procurado evitar términos como billones o trillones, que podían confundir. Las excepciones están debidamente indicadas.

Una de las tareas de redacción más penosas que he tenido que afrontar ha consistido en encontrar suficientes calificativos sencillos para expresar, sin continuas repeticiones, la lamentable sucesión de desgracias que tuvo que soportar el pueblo alemán durante aquellos años. Lloyd George escribía en 1932 que palabras como «quiebra», «ruina» o «catástrofe» habían perdido su auténtico significado, dado el uso generalizado que de ellas se hacía todos los días. Incluso el mismo término «desastre» estaba devaluado. En los documentos de la época la misma palabra era utilizada año tras año para describir situaciones cada vez infinitamente más graves. Cuando finalmente el valor del marco se desvaneció y la ruina se adueñó de todo, todavía había alemanes que pronosticaban una futura *Katastrophe*.

He procurado limitar a una cantidad digerible el número de desastres, quiebras, cataclismos, colapsos y catástrofes, así como el nivel de crisis o caos en el texto; sin embargo, el lector puede añadir mentalmente tantos más como le permita su capacidad de comprensión.

Hay otro asunto en el que el lector debe actuar por su cuenta. Con frecuencia ha sido necesario recurrir a comparaciones del marco con la libra y el dólar para expresar el ritmo de devaluación de la moneda alemana de los años 1920. El continuado proceso de inflación en todos los países occidentales hace inútil la conversión a valores actuales. He respetado el antiguo sistema monetario inglés, en el que una libra equivalía a 20 chelines, y un chelín, a 12 peniques. Después de tanto tiempo, resulta inútil comparar los costes de la vida; sin embargo, sí puede ser interesante recordar que con relación a mediados de 1975 era preciso multiplicar cada libra de 1920 por 15 aproximadamente para hallar una equivalencia de su poder

adquisitivo. Así, un salario de 200 libras de 1919 podía equipararse a uno de 3.000 libras de nuestros días; diez chelines de entonces son iguales a 7 u 8 libras de hoy. En lo que se refiere al dólar, un multiplicador de entre seis y ocho puede ser suficiente. Si en 1913 con un marco se podían comprar más o menos los mismos bienes y servicios que se podían adquirir en 1975 con una libra (algunos artículos eran claramente mucho más caros; otros —como la mano de obra—, mucho más baratos que ahora en términos reales), resulta curioso o tal vez irritante imaginarse pagando 148 millones de libras, o de marcos, por un sello de correos.

No existe una regla general para hacer frente a las últimas fases de la inflación. Hasta el otoño de 1921 la depreciación interna del marco se mantuvo a veces por debajo de su caída en los mercados exteriores, lo que convirtió a Alemania en un refugio para los turistas. Más tarde (desde comienzos de 1922), cuando desapareció la confianza en la recuperación del marco, los precios internos se ajustaron al alza de forma rapidísima y en constante relación con la paridad del dólar, y finalmente fueron los que anticiparon nuevas caídas del marco. Este fue otro de los fenómenos que confundió a todos por entonces y ha despertado el interés de los economistas desde entonces.

Creo que esta historia es como una fábula cuya moraleja confirma el viejo axioma revolucionario según el cual para destruir un país lo primero que hay que hacer es corromper su dinero. Por ello el principal bastión para la defensa de una sociedad debe ser la solidez de su moneda.

CAPITULO 1

ORO POR HIERRO

Poco antes de la Primera Guerra Mundial, en 1913, el marco alemán, el chelín inglés, la lira italiana y el franco francés tenían más o menos el mismo valor y al cambio equivalían a cuatro o cinco dólares. A finales de 1923 se habría podido cambiar un chelín, una lira o un franco por más de 1.000.000.000.000 de marcos, aunque en la práctica nadie estaba dispuesto a aceptar marcos a cambio de nada. El marco había muerto, reducido a la millón millonésima parte. La agonía se había prolongado casi diez años.

La caída del marco se produjo gradualmente. Durante los años de guerra, 1914-1918, su valor quedó reducido a la mitad, y en agosto de 1919 ya había perdido otro 50 por ciento. Sin embargo, a comienzos de 1920, aunque el coste de la vida en Alemania había subido del orden de nueve veces con relación a 1914, al marco sólo le quedaba una cuarentava parte de su poder adquisitivo en el exterior. Después siguieron doce meses de nerviosas fluctuaciones, para más tarde desplomarse estrepitosamente, dejando una estela de desgracias sociales y de conflictos políticos. Hasta 1923 la moneda alemana se mantuvo durante meses al borde de un precipicio, sujetándose apenas con las puntas de los dedos. A partir de entonces no pudo aguantar más y acompañó en su caída hacia el abismo a las monedas húngara y austríaca, si bien su hundimiento fue todavía más profundo.

El año 1923 fue el de la inflación galopante, cuando una especie de locura asaltó a las autoridades financieras alemanas y el desastre

económico afectó dramáticamente a millones de personas. Fue el año de las cifras astronómicas, de «la inflación de la carretilla», de los fenómenos financieros insólitos. La muerte del marco, en noviembre de 1923, fue un gran alivio porque los acontecimientos de los ocho meses anteriores confirmaban que el antiguo marco no tenía salvación. Alemania tendría que sufrir los rigores de una reconstrucción financiera que podría haber evitado. La recuperación de la sensatez monetaria que llevó a la bancarrota a miles de personas, dejó a millones en la ruina y acabó con las esperanzas de muchos se cobró indirectamente un precio más terrible que el mundo entero tuvo que pagar.

La inflación de 1923 fue tan descabellada, y su final, tan repentino, que con frecuencia se ha presentado más como una curiosidad histórica, lo que indudablemente fue, que como la culminación de una serie de circunstancias económicas, sociales y políticas trascendentales. Poco importa que las causas de la inflación de la República de Weimar sean por muchas razones irrepetibles; que los condicionamientos políticos sean distintos o que sea casi inconcebible que se pudiera permitir llegar a semejante caos financiero. La verdadera cuestión —el peligro que hay que detectar— no es tanto qué desencadena la inflación sino cómo ésta afecta al gobierno, a las personas, a los funcionarios y a la sociedad de un país. Posiblemente, cuanto más materialista es una sociedad, más sufre. Si nos sirve de algo lo que ocurrió a principios de los años veinte a las potencias centrales derrotadas, el proceso de desplome del medio de cambio tradicional, reconocido y fiable, la moneda con la que se miden los valores, con la que se garantiza la posición social, de la que depende la seguridad y en la que se deposita el fruto del trabajo desencadena tal codicia, violencia, desdicha y odio, en gran parte por miedo, que ninguna sociedad puede sobrevivir sin traumas ni cambios.

Ciertamente 1922 y 1923 trajeron la catástrofe a la burguesía alemana, austríaca y húngara, y la miseria, el hambre y la enfermedad a mucha más gente. Sin embargo, cualquier pueblo habría capeado esos años si hubieran supuesto una espantosa tormenta en

medio de una situación de relativa calma. Lo que minó gravemente la moral de estas naciones fue que estos años eran sencillamente el apogeo de irrealidad tras años de inimaginables tensiones de todo tipo. Financieramente, el cataclismo estuvo rondando durante cerca de cuatro años. Al final llegaba, pero siempre había otro peor en camino, y así una y otra y otra vez. Los discursos, los artículos de los periódicos, los informes oficiales, los comunicados diplomáticos, las cartas y los diarios de la época anunciaban mes tras mes y año tras año que las cosas no podían continuar así; y, sin embargo, las cosas iban de mal en peor, y de peor a muchísimo peor. En 1921 era inimaginable que 1922 pudiera deparar mayores horrores. Sin embargo así fue, y quedaron empequeñecidos y eclipsados por lo que ocurrió a finales del año siguiente.

Sería erróneo atribuir a la inflación toda la responsabilidad de la angustia que atenazó a estos países. En el invierno de 1918-1919 los tres sufrieron revoluciones políticas como consecuencia de la escasez de la guerra y de la abrumadora derrota militar, de manera que las condiciones eran particularmente desfavorables para intentar una revitalización del espíritu nacional que no descansara en un deseo de venganza, y esto habría sido así aunque los tratados de paz hubieran permitido a los perdedores intentar una recuperación gradual de su economía. No está claro qué acontecimiento — qué sublevación popular, ultimátum de los aliados o asesinato político— desencadenó el pánico inflacionario, o cuáles fueron directa o indirectamente provocados por la incesante devaluación de la moneda y el incremento del coste de la vida.

No cabe duda de que la inflación agravó cualquier mal, echó por tierra cualquier posibilidad de recuperación nacional o de éxito individual y en última instancia propició las condiciones para que los extremistas de uno u otro lado lanzaran a la multitud contra el Estado, enfrentando clase contra clase, raza contra raza, familia contra familia, marido contra mujer, industria contra industria y al campo contra la ciudad. Todo esto socavó su capacidad de reacción, cuando el simple deseo o la propia necesidad habrían sido suficientes para reforzarla. En parte por su injusta naturaleza discriminatoria,

la inflación destapó lo peor de cada uno —empresarios y obreros, campesinos y granjeros, banqueros y tenderos, políticos y funcionarios, amas de casa, soldados, comerciantes, mineros, prestamistas, pensionistas, médicos, líderes sindicales, estudiantes, turistas—, especialmente los turistas. Causó miedo e inseguridad incluso a aquellos que ya habían sufrido demasiado. Fomentó la xenofobia, promovió el desprecio por la autoridad y la subversión del orden público; la corrupción llegó donde nunca antes había llegado y donde no debería haber llegado jamás. La inflación fue el peor preludio posible, aunque con varios años de distancia, de la Gran Depresión y de todo lo que vino después.

Hemos situado de nuevo la inflación de los primeros años veinte dentro de su contexto histórico. A partir de ahí, con toda probabilidad, no sería sensato intentar especular. Después de todo, nadie se atrevería a defender seriamente que la inflación fuera la causa directa de la depresión del 29, ni que por sí sola engendrara la Alemania nazi. Sin duda contribuyó a que la primera fuese más insoportable y facilitó el advenimiento de la segunda. No es el propósito de las páginas que siguen predecir por analogía un destino similar a las democracias industrializadas atenazadas por una severa inflación, sino relatar una historia extraordinaria para presentar algunas pruebas de lo que la inflación puede hacer en un pueblo, y por tanto podría hacer en otros.

Los orígenes de la inflación alemana son en cierto modo fundamentales, y por otra parte fortuitos para este asunto. Además, fueron internos y externos. Los planes económicos alemanes permitieron, ya durante la guerra, que su sistema bancario incurriese en los mayores excesos monetarios. Estos excesos harían incontrolable la inflación de posguerra mientras que la naturaleza y exposición de la exigencia del pago de reparaciones —las indemnizaciones por la guerra— empujaron a la impresión de billetes excluyendo completamente cualquier otra política más aconsejable. No debemos pasar por alto que los empresarios alemanes empujaron sin piedad a su gobierno por este camino de perdición.

No obstante, la reacción natural de la mayoría de los alemanes, austríacos o húngaros, como suele ocurrir a todos los que son víctimas de la inflación, fue la de aceptar no tanto que su dinero había perdido poder adquisitivo sino que lo que se podía comprar con él era más caro en términos absolutos; no que su moneda se estaba depreciando sino que suponían, especialmente al principio, que las demás divisas se estaban revaluando injustamente, disparando el precio de los artículos de primera necesidad. Era algo parecido al pensamiento de aquellos que creen que el Sol, los planetas y las estrellas giran alrededor de la Tierra.

En una larga entrevista que mantuvo muchos años más tarde Pearl Buck con Erna von Pustau, hija de un pequeño comerciante de pescado de Hamburgo, ésta insistía en el mismo punto: «Solíamos decir: "el dólar sigue subiendo", cuando en realidad el dólar permanecía estable y era el marco el que caía. Pero, mire, cómo podíamos pensar que el marco estuviese bajando cuando en cifras seguía subiendo —al igual que los precios—, y esto era mucho más evidente que la pérdida de valor de nuestro dinero... Todo era una locura, y la gente se volvió loca».

En otras palabras, las causas de la depreciación del marco, que evidentemente los políticos y los banqueros alemanes tampoco entendieron, tuvieron muy poco que ver con las reacciones individuales o colectivas de la gente. La mayoría se aferró al marco, la moneda que conocían y en la que creían, mucho después de que le llegara su hora por enésima vez. Muchos no tenían otra alternativa, pero todos fueron animados y confundidos por el credo del Reichsbank *Mark gleich Mark*: sea de oro o de papel, un marco es un marco es un marco. Si los precios subían, la gente no demandaba que se estabilizase el poder adquisitivo de los marcos que ya poseía, sino que pedía más marcos para poder comprar lo que necesitaba. Se seguían imprimiendo marcos. La inflación estaba ya en su cuarto año cuando la revolución derribó al antiguo régimen, añadiendo una incertidumbre más a las muchas que asistieron al nacimiento de la República de Weimar.

Aunque la revolución alemana comenzó como una sublevación militar contra los jefes del ejército con el fin de librar al país de una casta de oficiales que le habían llevado a la derrota, es posible reconocer también orígenes de tipo económico. La necesidad de organizar comités de ayuda al soldado en cada unidad, a medida que la guerra se aproximaba a su fin, habla por sí sola de las penurias que tuvieron que soportar las tropas y sus familias. Su frustración se agravó en la primavera de 1918 con la llegada al frente de veteranos agitadores pacifistas, los mismos que habían promovido las huelgas en las fábricas que asolaron el país después de la firma del Tratado de Brest-Litovsk con la Rusia comunista. Los términos inequívocamente anexionistas de este tratado fueron otro más de los grandes errores políticos — como la guerra submarina sin cuartel que provocó la entrada de Estados Unidos en combate y el regreso de Le-nin a Petrogrado — que cometió el Estado Mayor alemán, con un orgulloso kaiser al frente. Al final del verano de 1918 el derrotismo y el desafecto se extendían por todas partes, y cuando finalmente sobrevino la derrota el ejército estaba dividido: por una parte los soldados profesionales y, por otra, los reclutas.

El mando supremo no perdió tiempo en excusarse por la pérdida de la guerra. Mientras el kaiser huía a Holanda, al menos una semana más tarde de lo necesario para salvar la monarquía, y Lu-dendorff escapaba a Suecia, las autoridades civiles tuvieron que asumir la deshonrosa tarea de firmar el armisticio. Un mes más tarde, en diciembre de 1918, el presidente Ebert daba la bienvenida en la Puerta de Brandenburgo a las divisiones que volvían a casa con las siguientes palabras: «Yo os saludo, soldados invictos que retornáis del campo de batalla».

El mito del *Dolchstoss*, la puñalada por la espalda que políticos cobardes e intelectuales traidores en la retaguardia habrían asestado al ejército, se cultivaría hasta el punto de emponzoñar en lo más profundo la evolución política democrática. Esta fue una pesada carga para el nuevo gobierno de civiles que tuvo que lanzarse sin preparación y con una constitución recién estrenada a lo más profundo de las aguas democráticas. Además de asumir la responsabi-

ORO POR HIERRO

lidad de una abrumadora derrota, sin apenas recursos materiales ni humanos, el gobierno estaba miserablemente equipado para enderezar la herencia económica y financiera del arrogante estamento militar que había dirigido toda la guerra con exclusión de políticos y economistas.

La nueva República tuvo que soportar la animosidad de los militares de carrera, que permanentemente sembraban el descontento y provocaban disturbios de derechas, al mismo tiempo que, tras la estela de la Revolución Rusa, la agitación de izquierdas ya era más de lo que cualquier gobierno podía soportar. Tanto la revolución alemana como la austríaca fueron episodios relativamente tranquilos. Es verdad que mientras la Comisión del Armisticio completaba sus trabajos, Berlín estaba sublevado y las tropas leales cargaban cada hora contra los revolucionarios. También es cierto que los veintidós herederos de la realeza alemana habían sido destituidos, incluso antes de la abdicación formal del kaiser, y que Luis III de Baviera huyó de su palacio de Wittelsbachs en medio de la niebla, acompañado de sus cuatro hijas y con una caja de puros bajo el brazo, camino del exilio cuando ya se había declarado una república soviética en sus dominios. Pero la revolución no tenía ningún otro objetivo más allá de la expulsión del antiguo régimen. No había barricadas que ocupar, ni fuego de cañón al que hacer frente.

Las primeras reacciones se produjeron entre la nobleza y entre los propios militares de carrera, conscientes de la pérdida de estatus desde la marcha de su jefe supremo. Los oficiales, que habían constituido una raza aparte y no estaban sometidos a la jurisdicción civil, recordaban la revolución como un ultraje popular en el que se repudiaba e insultaba a los que habían luchado para protegerles. Entendieron que el país estaba abocado al caos, que las instituciones sociales por las que habían luchado estaban desmoronándose y que se generalizaba la desorganización, la frustración, el hambre y la escasez. Peor aún, parecía que los bolcheviques, mediante la subversión e infiltrándose, iban a tomar el poder. Hubo choques entre fuerzas izquierdistas y unidades del ejército en Aquisgrán, Colonia, Essen y otros muchos sitios. En Braunschweig un comité de sóda-

dos y obreros que daba la bienvenida a un escuadrón de húsares que regresaba del frente fue arrollado por la caballería en prueba de agradecimiento por las molestias.

El momento crucial para el futuro del ejército se produjo pocas horas antes de la firma del armisticio. Los espartaquistas —bolcheviques alemanes que más tarde se convirtieron en el Partido Comunista Alemán— se concentraban en las calles de Berlín. El poder civil (personificado por el presidente Ebert), temiendo que las horas de la democracia estuvieran contadas, cerró un trato con el alto mando alemán, representado por el general Gróner, para cooperar en la supresión del bolchevismo, restaurar el orden y mantener la disciplina militar. Esto salvó al ejército: el gobierno republicano, técnicamente el régimen revolucionario, ordenó a los comités de soldados que obedeciesen sin reservas a sus oficiales, y en un plazo de tres meses el parlamento de Weimar se reuniría bajo protección militar.

Para ser un grupo social que con sus ambiciones y fracasos estratégicos había llevado a Alemania tan bajo, la velocidad con la que el ejército recuperó su posición privilegiada fue cuando menos sorprendente. Aunque los cuerpos de voluntarios se utilizaron para proteger la convención de Weimar y para sofocar la sublevación espartaquista de marzo, en mayo de 1919 el ejército propiamente dicho estaba completamente reorganizado y contaba en sus filas con 400.000 soldados.

Sin embargo, la derrota alemana no se produjo solamente en el campo de batalla. La nación que había aprendido antes que ninguna otra a hacer de la guerra una virtud y a exaltar a los guerreros por encima de cualquier otra profesión al final tuvo que buscar un chivo expiatorio. El mito de que su ejército no fue derrotado en el campo de batalla se creyó no sólo porque Alemania quisiera creerlo, sino porque, en igualdad de condiciones, la derrota militar era inverosímil. Si lo que Hindenburg calificaría con frialdad como «el lamentable resultado de la guerra» no fue culpa del mando supremo, lógicamente tenía que ser culpa de algo o de alguien. En cambio, cuando terminó la guerra y comenzaron las recriminaciones,

sinceramente no parecía que al mando supremo, que había mantenido al gobierno civil a oscuras sobre las perspectivas reales de la guerra durante el verano de 1918, se le ocurriera que el fracaso de la maquinaria militar —una compleja síntesis de munición, hombres y moral— procediera, como todo lo demás, de la mala gestión económica.

Puede ser cierto —no hay razones para dudarlo— que una guerra corta y fulgurante, seguida de una rápida victoria, era lo que en 1914 Alemania pretendía y esperaba. Esto, junto a las expectativas de imponer unas hipotéticas indemnizaciones de guerra a los aliados, tal vez habría justificado el permitirse ciertas libertades temporales, incluso escandalosas, con las leyes financieras conocidas. El botín de guerra podría haber compensado las pérdidas de dirigir una autarquía durante un corto tiempo: la intención declarada de Alemania era la de arrebatar a Francia sus colonias. Sin embargo, el hecho de que se mantuviese la misma política monetaria sin un cambio serio, no sólo cuando fue evidente que una victoria rápida era imposible (un asunto en el que las autoridades monetarias podían ser ignorantes) sino hasta muchos años después de terminada la guerra, desacreditaría cualquier opinión de que la inflación alemana fue consecuencia de una estratagema pasajera. No obstante, aunque el papel moneda era de curso legal desde 1910, así fue como empezó: en parte como resultado natural de disponer de un ejército voluntarioso, deseoso de entrar en batalla, y de un parlamento federal que, a pesar de tener un poder limitado sobre los estados federados, tenía que reunir el dinero necesario para pagarlo.

La primera fase de la inflación tuvo lugar bajo los auspicios de Karl Helfferich, secretario de Estado de Política Financiera de 1915 a 1917. Hasta 1914, la política de crédito del Reichsbank había estado regida por la ley bancaria de 1875, que obligaba a que no menos de una tercera parte de los billetes emitidos estuviese respaldada por oro, y el resto, por pagarés emitidos a tres meses y adecuadamente garantizados. En agosto de 1914 se tomaron medidas para financiar la guerra y para proteger las reservas de oro. Ese último objetivo se consiguió simplemente suprimiendo la convertibilidad

en oro de los billetes emitidos por el Banco Central. El primero, recurriendo a préstamos bancarios cuyos fondos se conseguían por el sencillo sistema de imprimirlos. Los bancos podían prestar a los empresarios, a los estados federados, a los municipios y a las nuevas corporaciones de guerra; más aún, también podían anticipar dinero con cargo a futuras emisiones de bonos de guerra. Los billetes emitidos por los bancos comerciales, cuyo valor oscilaba entre uno y 50 marcos, se consideraban de curso legal, y aquellos que no eran absorbidos por el Reichsbank se ponían inmediatamente en circulación. Sin embargo, la peor señal para el futuro fue permitir que los pagarés del Tesoro a tres meses sirviesen de cobertura a los billetes emitidos, con lo que se podían volver a descontar cantidades ilimitadas a cuenta de los billetes de banco.

Éste fue el plan que diseñó específicamente el gobierno para financiar la guerra: en lugar de aumentar los impuestos, recurrió al préstamo y a la imprenta para atender las necesidades del gobierno y la creciente demanda de crédito de las empresas privadas. Hasta 1916 se recurría a los impuestos para sufragar los costes de la guerra. El bloqueo aliado hizo que Alemania, que durante más de cincuenta años había ocupado el primer puesto mundial por el volumen de su comercio exterior, tuviese que confiar sólo en sus propios recursos para luchar en la guerra más devastadora de la historia. Era inevitable que todos estos recursos se despilfarrarían: la pregunta consistía en saber cuándo se pasaría la factura, y quién tendría que pagarla.

Los costes totales de la guerra supusieron para Alemania 164.000 millones de marcos, pero como el poder adquisitivo del marco había ido declinando continuamente, esa suma equivalía solamente a unos 110.000 millones de marcos de antes de la guerra (5.500 millones de libras); la expresión *Mark gleich Mark* se había convertido en una ilusión. Los préstamos de guerra constituyeron la principal fuente de suministro de dinero, cubriendo las ocho emisiones realizadas aproximadamente los tres quintos de esta cifra. El resto se consiguió a través de préstamos de los bancos, que en contrapartida recibían pagarés del Tesoro (al final de

la guerra el número de estos pagarés en circulación ascendía a 30.000 millones de marcos aproximadamente), y por medio de impuestos.

De todas formas, esto último parece haberse hecho en contra de sus principios. Helfferich había anunciado al Reichstag en marzo de 1915 que la guerra se financiaría exclusivamente con préstamos, de forma que el pequeño incremento de la presión fiscal, primero en forma de tasas sobre los beneficios y sobre las ventas y más tarde como impuestos específicos sobre el carbón y el transporte, supuso menos de 8.000 millones de marcos al año, incluso en 1917. Estas cantidades apenas cubrían los costes suplementarios producidos por la inflación, y no llegaban a alcanzar siquiera los intereses devengados por la deuda de guerra; por tanto, los gastos excedían ampliamente a los ingresos, y el dinero en circulación en 1917 llegó a ser cinco veces superior al existente en 1913. Pero como al mismo tiempo los mercados tenían a diario menos cosas que ofrecer, pro-porcionalmente había más dinero para adquirirlas. La especulación empezó a prosperar —el impuesto sobre los beneficios, aparte de ineficaz, fue más un gesto político que una innovación fiscal seria— mientras la influencia de los bancos en la economía declinaba proporcionalmente. Aunque en 1918 Alemania no hubiese perdido la guerra, habría tenido ante sí la penosa tarea de volver a poner en orden sus finanzas.

El doctor Hjalmar Schacht, que más tarde como presidente del Reichsbank tuvo que sacar las castañas de Weimar del fuego, y más tarde aún organizar las finanzas de la Alemania hitleriana, describía así los errores de Helfferich:

Alemania pretendía sufragar los enormes costes de la guerra apelando al espíritu de sacrificio de su pueblo. «Di oro por hierro» era el eslogan utilizado para conseguir la entrega de objetos y joyas de oro. «Invierta en bonos de guerra» fue la patriótica llamada al sentido del deber de toda la población. Así, emisión tras emisión, la mayor parte de las fortunas alemanas se fueron convirtiendo en papel del Estado. Nuestros enemigos, especialmente Gran Bretaña, escogieron otro camino. Financiaron el coste de la guerra en su mayor parte con impuestos,

dirigidos fundamentalmente hacia aquellas industrias o grupos sociales que prosperaron con la guerra. La política fiscal británica resultó ser socialmente más justa que la alemana de los bonos de guerra, que carecían de valor cuando ésta terminó.

Mientras la pesada maquinaria de guerra se mantenía costosamente en marcha, circunstancias y actitudes se combinaron para dar gato por liebre al pueblo alemán, especialmente a aquellos que más tenían que perder. Se cerraron todas las bolsas de Alemania, por lo que era imposible comprobar los efectos sobre las cotizaciones de las acciones y obligaciones de las medidas adoptadas por el Banco Central. Además, los cambios de moneda extranjera no se publicaban, y solamente los que permanecían en contacto con los mercados neutrales de Ámsterdam o Zúrich podían adivinar lo que estaba pasando. Nunca quedó claro qué parte de responsabilidad en la escalada de los precios interiores correspondía a medidas económicas y a los racionamientos de guerra y cuál era atribuible a la inflación; ni siquiera los precios se conocían con exactitud por las cotizaciones mucho más altas del mercado negro. Solamente cuando acabó la guerra y se levantó la censura, aunque continuaba el bloqueo aliado, quedó claro a la vista de todos que Alemania había sufrido un desastre económico tan contundente como el militar.

Quizás con la llegada de la paz a los alemanes se les cayera la venda de los ojos, pero eso no quiere decir que no hubieran percibido las dificultades e injusticias creadas por la inflación durante la guerra. Las actividades de los especuladores fueron sólo una de las causas del creciente malestar social. El dislocamiento del antiguo sistema de salarios tuvo también su parte de culpa. Con la ventaja de una perspectiva de dos años, el *Vossische Zeitung* publicaba lo siguiente en agosto de 1921:

Nuestra derrota militar se debió al hecho de que, por cada 1.000 hombres que combatían en las trincheras, el doble desertaba o permanecía emboscado en sus casas. La razón de esta actitud no era tanto militar

como económica. La subida de los precios empobrecía a las familias de los que estaban alistados... Los primeros en sufrir las consecuencias eran aquellos que no se beneficiaban del reparto del creciente volumen de papel moneda, los soldados que no participaban del incremento de los salarios ni de los beneficios generados por el comercio y las industrias de guerra... se dieron cuenta de que su situación y la de sus familias sería desesperada tras la guerra. Esto fue lo que dio lugar a la pésima actitud de los soldados de permiso durante los últimos años de la guerra.

En otras palabras, incluso durante la guerra, la inflación cobraba su tributo a la moral nacional. «Alguien debe sacar tajada», argumentaba un joven soldado en la novela *Sin novedad en el frente*; y la amarga respuesta llegaba en las últimas páginas: «Los fabricantes de Alemania se han enriquecido, pero a nosotros nos arden los intestinos». El periódico, al final, echaba la culpa a quien realmente le correspondía:

Ahora parece claro que la causa de la depreciación de nuestra moneda, y del deterioro del poder adquisitivo del marco durante la guerra, no fue ni el déficit de la balanza comercial ni la estimación en el exterior de nuestra situación militar, sino el saqueo que hizo el Tesoro de nuestra divisa con el fin de conseguir dinero fácilmente, es decir, en un incremento ficticio de la renta nacional. A medida que se emitían nuevos bonos de guerra, pagarés del Tesoro y demás, sin retirar paralelamente de la circulación las cantidades correspondientes en forma de impuestos, se creaba incesantemente un mayor volumen de riqueza aparente, pero la verdad era que la riqueza real de la nación iba disminuyendo a medida que avanzaba la guerra.

La guerra había sido suficientemente nefasta para la economía alemana. El armisticio primero, y las condiciones del Tratado de Paz después, sacudieron sus cimientos. El 11 de noviembre de 1918 en Compiègne la rendición del ejército alemán, la retirada de Alsacia y Lorena y la inmediata evacuación de Bélgica y Francia eran exigencias esperadas. La entrega de las colonias alemanas en África y la ocupación aliada de la zona del Rin fueron pildoras mucho más

difíciles de tragar. No obstante, el artículo que estipulaba el bloqueo de las potencias centrales hasta que éstas aceptasen y firmasen las condiciones del acuerdo fue el que más afectó a la gente. El nivel de vida alemán había descendido aproximadamente a la mitad con relación al período anterior a la guerra. Prueba de ello fue quizá que la primera manifestación revolucionaria congregó en las calles de Munich a 100.000 personas el 7 de noviembre para protestar por la subida de 6 pfennigs en el precio del litro de cerveza. No sólo los reclutas habían perdido la paciencia.

Cuando Ludendorff anunció repentinamente en octubre de 1918 que tenía que firmarse un armisticio prácticamente sin condiciones, la dictadura militar alemana se hundió y la coalición mayo-ritaria formada por socialistas (SPD), progresistas y centristas, que se había mantenido unida durante casi dos años en el Reichstag, se encontró realmente al mando y con la responsabilidad de reconstruir el rompecabezas. En las anárquicas condiciones de aquel otoño era inevitable que se atacara al gobierno por todos lados. Este gobierno de la revolución asumió su papel con rapidez, pero no con un carácter especialmente revolucionario. La proclamación de la República fue, en parte, una operación de contención de la marea bolchevique. Por su izquierda, los socialistas independientes se habían ido alejando del SPD, partidario de los préstamos de guerra, mientras los espartaquistas atacaban de un extremo al otro y no confiaban en absoluto en los procedimientos parlamentarios. La derecha no simpatizaba con el republicanismo, y el hecho de que Mathias Erzberger, líder del Partido Centrista, hubiera firmado el armisticio lo hacía inaceptable.

En enero de 1919 se celebraron las primeras elecciones parlamentarias desde 1912. La coalición obtuvo más de 30 millones de votos (más del 80 por ciento de los sufragios) y tuvo que hacer frente a las condiciones de paz presentadas por los aliados en junio. Dentro de la coalición, el Partido Democrático era el grupo más importante, y los demócratas fueron los autores principales de la Constitución de Weimar, que se terminó de redactar en el mes de agosto. Según escribía sir John Wheeler-Bennett en su libro *La né-*

meses del poder, en 1919 el pueblo alemán había agotado ya su resistencia física y moral.

Habían perdido la capacidad para convertir su odio en una oposición activa. Lo escondían dentro de su pecho, calentándose con el fuego del rencor.

El carbón que alimentaba este fuego eran las condiciones del Tratado de Versalles. Los aliados las presentaron sin ninguna consulta previa, pero el gobierno alemán no tuvo más remedio que aceptarlas ante la amenaza de mayores sanciones. Hasta entonces Alemania había abrigado la esperanza de que la paz se basase en los famosos «catorce puntos» del presidente Wilson, y que el principio de autodeterminación nacional moldearía la futura configuración de Europa. Se pensaba que el derrocamiento del antiguo régimen satisfaría suficientemente a sus enemigos; pero no se había contado con Francia, que, ya fuera por miedo, deseo de venganza o de justicia implacable, impuso su criterio para impedir el resurgimiento de Alemania.

El Tratado de Versalles no sólo liquidó el imperio colonial alemán sino que le amputó una séptima parte del territorio que poseía antes de la guerra, así como una décima parte de su población. En sus disposiciones se establecía que Alsacia y Lorena serían devueltas a Francia, y que esta potencia ocuparía la zona del Rin y explotaría el carbón del Sarre durante quince años, después de los cuales un referéndum determinaría su futuro. También en el este otro plebiscito establecería el destino de Alta Silesia.

Las consecuencias para la economía alemana fueron enormes, por supuesto, así como también lo fue la exigencia de reducir el ejército a la cuarta parte, ya que suponía más de 250.000 soldados licenciados en el mercado de trabajo. Había que buscar trabajo para ellos a toda costa, o así se pensó. Pero lo peor de todo fueron las cláusulas finales, que responsabilizaban a Alemania del desencadenamiento de la guerra y exigían la entrega a los aliados, en concepto de indemnizaciones, de unas colosales cantidades en dinero y en

especie. Sin embargo, los alemanes, tal como se puso de nuevo de manifiesto en 1945, no se sentían culpables de la guerra. Cuando en mayo de 1919 se publicaron en Berlín las condiciones de paz, la reacción fue inmediata. El gobierno cayó y uno nuevo tuvo que humillarse ante el ultimátum de los aliados. Aunque el parlamento de Weimar se mantuvo todavía durante un año más, era como si un terremoto hubiera arrasado cualquier intento de recuperación económica.

Durante los meses que siguieron al armisticio se desencadenaron los elementos que produjeron el derrumbamiento monetario más espectacular que ninguna nación industrializada haya visto jamás. Sus recursos materiales y humanos* se habían reducido drásticamente; se encontraban hipotecados por la insoportable carga de las reparaciones de guerra, que se extendían indefinidamente al futuro, y para colmo de males Alemania tenía que sostenerse sobre las arenas movedizas de las disposiciones fiscales y financieras de la administración de Helfferich.

Mientras tanto la posición del marco se convirtió en el barómetro de la confianza internacional en Alemania y de su propia desesperación interna. Antes de la guerra se cotizaba a 20 marcos por libra esterlina. Al final de la misma, en diciembre de 1918, la cotización era de 43. Antes de aceptar las condiciones del Tratado de Versalles, en junio de 1919, una libra equivalía a 60 marcos, pero cuando llegó diciembre ya se situaba en 185. Las depreciaciones del 20 por ciento anual de los tiempos de guerra parecían ahora tranquilos períodos de estabilidad monetaria.

* Aparte de los trabajadores de los territorios confiscados, Alemania tuvo durante la guerra 1,6 millones de muertos y 3,5 millones de heridos.

CAPÍTULO 2

LAS CALLES TRISTES

El Tratado de Versalles debilitó y empequeñeció a Alemania, pero ésta no desapareció como nación. Los tratados paralelos de paz de Saint-Germain y Trianon no sólo dismantelaron el antiguo imperio de los Habsburgo sino que redujeron a Austria y Hungría a una fracción de lo que habían sido, mucho más de lo que las reivindicaciones de autodeterminación nacional que los estados herederos del imperio exigían. Ambas perdieron enormes cantidades de territorios y millones de habitantes. La Austria alemana, principalmente en favor de la nueva Checoslovaquia, y Hungría, en beneficio de Rumania. Viena, la capital del imperio, de repente se había convertido en una gran ciudad sin un país lo suficientemente grande para sostenerla; y se prohibió a lo que quedaba del imperio hacer el único movimiento que tenía sentido desde el punto de vista económico, el *Anschluss*, el proyecto de unificación de Austria y Alemania. La revolución destronó al emperador Carlos en Viena y lo sustituyó por un gobierno republicano. En Budapest, a la revolución bolchevique de Bela Kun le sucedió una contrarrevolución, y a principios de 1920, la regencia de Horthy.

La situación de los austríacos, y más concretamente de los vieneses, era realmente patética después de la guerra. Hungría habría sido autosuficiente si los campesinos hubieran compartido los productos de primera necesidad con la famélica población de las ciudades. No era así en el resto de Austria, donde el frío y el hambre hi-

cieron estragos durante el primer invierno de la posguerra, y donde los soldados que regresaban derrotados, airados y extenuados eran más propicios que los alemanes, si cabe, a escuchar discursos incendiarios. A menudo Viena y sus alrededores sólo podían subsistir con lo que le sobraba a Alemania, que no era mucho. En consecuencia, durante los primeros años de posguerra la depreciación de la corona austriaca fue más rápida que la del marco alemán, y con menos posibilidades de recuperación.

Políticamente Austria se encontraba en una situación desesperada, y miraba en vano hacia el nuevo gobierno para que restaurase el orden y la prosperidad. Cuando el ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido, lord Curzon, leyó el informe que G. M. Young, que había llegado a Viena en 1920, envió al Ministerio de Hacienda británico, quiso saber más:

Con los restos de la capital y del patrimonio dinástico de un gran imperio, el Tratado de Saint-Germain creó una República. Teóricamente al menos, responsabilizó a esta extraña mezcla de banqueros y campesinos de los costes de la gran guerra. En un mundo de apariencias no es fácil, ni siquiera para un extranjero, centrarse en las realidades de la nueva situación. Para muchos funcionarios y políticos locales ha sido poco menos que imposible... Casi todos los edificios ministeriales de la monarquía siguen ocupados y se iluminan, calientan, limpian, etc., para los funcionarios de una República de sólo seis millones de almas. Un romano que hubiera nacido en tiempos de Teodosio y hubiese muerto bajo el reinado de Rómulo Augústulo habría visto en sus setenta años tantos cambios como se han visto en Viena en solamente tres.

La Constitución es una especie de superdemocracia, inventada para que sólo se pueda ejercer la mínima autoridad. Las provincias desafían a la Federación, pero el gobierno federal no se atreve a ordenar las medidas económicas que le permite utilizar la insolvencia de las provincias. El presidente es una simple figura decorativa que inaugura exposiciones florales y legitima bastardos. No nombra a sus ministros (ni siquiera formalmente) y no está autorizado a disolver el parlamento. Tampoco puede hacerlo el gobierno. Legalmente la Cá-

mará es soberana y designa por votación al gobierno y decreta su propia disolución. En realidad todos los temas se debaten en comités parlamentarios de los que el público sabe poco, o preferiblemente en las reuniones de los clubes y de los partidos, de lo que se enteran de muy pocas cosas que sean verdad... Los partidos políticos me parecen una combinación de los peores ingredientes de una sociedad benéfica y del Colegio de Médicos británico, y podría añadir que los procesos mentales de los pangermanistas me recuerdan a los de una comadrona.

La verdad es que Austria estaba todavía muy verde para asimilar el avanzado sistema parlamentario que la revolución le había dado.

Éste era el telón de fondo institucional de una tremenda miseria humana. Al iniciarse las hostilidades la corona austríaca valía aproximadamente lo mismo que el marco. Al final de la guerra la inflación las había separado, con una gran desventaja para la corona. En ambos casos los precios oficiales rara vez se parecían a los del mercado negro, y en Viena, donde la escasez de alimentos era más acusada, el mercado negro fue prácticamente la única fuente de suministro. Por ejemplo, en 1914 un kilo de pan hecho con harina de la mejor calidad costaba en Viena 44 heller (el equivalente a 6 peniques de entonces), y en diciembre de 1918, aparte de que la harina de trigo no se podía encontrar de ninguna manera, la irreconocible mezcla que pasaba por harina se podía conseguir de estraperlo por 22 coronas el kilo, es decir, exactamente cincuenta veces más caro.

En 1914 una libra esterlina valía 25 coronas. En mayo de 1922, cuando una libra compraba sólo 1.200 marcos, habría recibido 35.000 coronas en el cambio.

El esfuerzo que supuso para la burguesía austríaca vivir en aquellas condiciones queda reflejado en la película *Bajo la máscara del placer*, una de las primeras de Greta Garbo, rodada por Pabst en Viena en 1925. Como símbolo de la pureza intocable en un ambiente de deseo, codicia y corrupción, el papel de la Garbo, que finalmente encuentra la verdad y la felicidad entre los brazos de un voluntario americano, hoy resulta poco creíble, pero desde el odio-

so carnicero que insulta y se mofa de las personas que hacen cola ante su tienda, negándoles la carne a las mujeres que encuentra poco atractivas o renuentes, hasta las escenas de la desenfrenada juerga nocturna del especulador, pasando por el ataque final de una multitud de hambrientos a un café lleno de gente acomodada, la película era un fiel reflejo de la época.

El diario de Anna Eisenmenger constituye un relato contemporáneo más revelador del azote que supuso la inflación para la Vie-na de posguerra. Cuando el antiguo ejército imperial volvió desordenadamente a casa, armado y con impulsos revolucionarios, y a medida que la escasez de la guerra se convertía en auténtica hambre, esta viuda de clase media recurrió a toda una serie de prácticas ilegales para sacar adelante a su familia: un hijo que había quedado ciego en la guerra, una hija tuberculosa, un yerno con las piernas amputadas, un nieto hambriento y otro hijo que se había hecho comunista. Tuvo que recurrir pagando precios abusivos a los *Schleichhdndler* —los estraperlistas— para conseguir los alimentos más necesarios que, a pesar de las cartillas de racionamiento, el Estado no estaba en condiciones de suministrar. El acaparamiento, aunque era un delito perseguible, era lo más sensato que se podía hacer. Tristemente consciente de la pérdida de estatus y de nivel de vida de su familia, frau Eisenmenger era, sin embargo, lo suficientemente afortunada como para disfrutar de unas rentas anuales de unas 5.000 coronas —alrededor de 200 libras en 1914.

En octubre de 1918, cuando decidió vender algunos títulos para hacer frente a unos pagos de 20.000 coronas, el director del banco le aconsejó que convirtiese todo su dinero en francos suizos. Sin embargo, como las transacciones en moneda extranjera entre los particulares estaban prohibidas, decidió que para quebrantar la ley ya era suficiente con el combustible y los alimentos que acaparaba.

Debo convencerme a mí misma —escribía— de que mi situación es mucho mejor que la de cientos de miles de mujeres. Por lo menos es-

toy protegida contra los problemas económicos y puedo atender a mis hijos, ya que mi pequeña fortuna está invertida en títulos de primera categoría. ¡Gracias a Dios!

También le había quedado una reserva considerable de puros de su marido, que pudo ir cambiando por carne y otros alimentos cuando era necesario: un buen medio de supervivencia incluso durante los primeros meses del bloqueo de posguerra.

Pero al país le habían quitado el carbón checo y los alimentos húngaros, y un mes después de terminar la guerra la moneda austríaca comenzó a depreciarse a un ritmo más rápido. En diciembre de 1918, cuando se obligó a todas las empresas a contratar a algunos de los soldados desmovilizados aunque no necesitaran más personal, las quiebras de negocios eran frecuentes. Aquel mes, el hijo mutilado de frau Eisenmenger recibió una indemnización de 35.000 coronas en «dinero de reserva», que él decidió guardar hasta que la moneda austríaca volviese a subir; sin embargo, poco después la convirtió en bonos de guerra. También en diciembre, y como medida contra la inflación, se ordenó que todos los billetes llevaran sobreimpresa la leyenda *Deutschósterreich*. Frau Eisenmenger, que acudió al banco con lo que le quedaba de las 20.000 coronas para que se las estampillasen, dejó constancia de la primera prueba de la ruina inminente:

En el gran vestíbulo se estaban realizando muchas operaciones... A mi alrededor todo el mundo mantenía animadas conversaciones con relación al estampillado de los billetes, las nuevas emisiones, la compra de moneda extranjera y demás. ¡Siempre hay alguien que sabe qué es lo que conviene hacer! Fui a ver al empleado que siempre me aconsejaba. «¿Ve como tenía razón? —dijo—. Si hubiera comprado francos suizos cuando yo se lo aconsejé, no habría perdido tres cuartas partes de su fortuna.» «¡Perdido! —exclamé horrorizada—. ¿Es que usted no cree que la corona se recuperará?» «Recuperarse —dijo, riéndose...—. Vaya a comprobar la promesa que figura en ese billete de 20 coronas, e intente convertir ese papel en 20 coronas de plata.» «Sí, pero yo tengo bonos del Estado, no hay nada más seguro que eso.» «Mi querida se-

ñora, ¿dónde está el Estado que le garantizó a usted esos valores? Está muerto.»

Al descubrir que los bonos de guerra de su hijo eran invendibles, Frau Eisenmenger decidió cambiar sus valores del Estado por acciones de sociedades industriales. Su nieto enfermó de escorbuto. Dos días después de Navidad llegaba a Viena el primer tren que traía alimentos desde Suiza. Los precios de los nuevos suministros, estrictamente racionados, eran cuatro veces más altos que los que regían oficialmente. Era muy difícil comprar otros alimentos con dinero, y solamente a base de trueques se podía conseguir algo. «El pánico desafía todos los decretos legales», escribía en su diario el 1 de enero de 1919.

Incluso los ciudadanos más respetables quebrantan ahora la ley. Lo contrario significa estar dispuesto a morir de hambre por obedecerla... El hecho de que el futuro sea tan incierto ha paralizado la industria y las obras públicas, incrementando dramáticamente el número de desempleados sostenidos por el Estado... Por supuesto, es imposible permitirse el lujo de tener servicio doméstico o cualquier otra clase de empleados...

El gobierno socialista fomenta continuamente la conciencia de clase entre los obreros, y les está llenando la cabeza con consignas que les llevan a considerar el valor del trabajo manual de forma absolutamente exagerada. Solamente esto puede explicar que los salarios de los obreros manuales sean mucho más altos que los de los trabajadores intelectuales. Incluso nuestro honrado portero de toda la vida está reclamando cantidades tan extravagantemente altas por realizar pequeñas tareas que prefiero hacer yo misma los trabajos más pesados y desagradables de la casa...

Observo con desconfianza las 1.000 coronas que me quedan junto al paquete de los cupones de racionamiento sin utilizar que guardo en mi escritorio. Quizás corran la misma suerte que los cupones de racionamiento si el Estado no mantiene la promesa hecha en la inscripción de cada billete. El Estado todavía acepta su propio dinero a cambio de las escasas provisiones que nos ofrece. Los comerciantes particulares se niegan a vender sus preciosas mercancías por dinero y reclaman a cam-

bio algo que tenga verdadero valor. La mujer de un doctor que conozco cambió recientemente su hermoso piano por un saco de harina de trigo. Yo también he cambiado el reloj de oro de mi marido por cuatro sacos de patatas que nos durarán todo el invierno... El granjero que me las proporcionó había escondido los sacos de patatas entre un montón de paja y encima colocó unas cuantas manzanas. Por supuesto, las manzanas se las robaron, pero al menos las patatas se salvaron... Tuve que darle al portero medio saco para taparle la boca... Cuando el granjero vio el piano en el que Erni [su hijo ciego] estaba improvisando, me llamó aparte y me dijo: «Mi mujer siempre ha querido tener uno de Ésos. Si me lo regala, tendrá todo lo que necesite durante tres meses».

Aunque la miseria de Austria fuera un resultado más directo e inmediato de la guerra, el modelo se repetiría casi al pie de la letra en Alemania. En ambos países la rápida inflación propició que no se enviaran las cosechas a los mercados urbanos, provocando inevitablemente hambre e ira. Todos los austríacos, pero especialmente aquellos que tenían algunos ahorros, vieron horrorizados cómo caía el valor de su dinero, y, entre ellos, Frau Eisenmenger. A principios de 1919 escribía:

El Estado se ha visto obligado a poner en circulación billetes de 10.000 coronas, lo que equivale a la renta de dos años de todo mi capital. Un traje cuesta alrededor de seis veces lo que valía en 1913, pero los precios de algunos alimentos se han multiplicado por cien y hasta por doscientos... Se están vendiendo trajes de papel... Nunca pude imaginar que se pudiesen comprar tan pocas cosas con 10.000 coronas... Los celos y la envidia flotan en el ambiente, y si uno consigue cualquier insignificante alimento, debe cuidarse mucho de ocultarlo a los demás. El hambre reina inexorablemente y escoge sus resignadas víctimas, sobre todo entre los miembros de la clase media.

La primavera no trajo alivio alguno a los que no tenían ningún apoyo político para poder negociar. No sólo fueron los campesinos y los especuladores austríacos los que se aprovecharon de su impotencia. Los muebles, los adornos, los pianos y las alfombras fueron

comprados al por mayor por los que se conocían como la «gente de moneda fuerte», los ocupantes italianos, ingleses y estadounidenses. Se pusieron a la venta las últimas cosas de valor de muchísimas casas, sin que nadie advirtiera a sus propietarios de que no se desprendieran de bienes cuyo valor intrínseco no se había visto afectado.

Al vienes [comentaba Frau Eisenmenger], cuando le dan un gran fajo de coronas, sigue creyendo que es más rico, sin tener en cuenta la enorme subida de los precios como consecuencia de la cotización de la corona en Zúrich, que cada día es una nueva sorpresa.

Mientras Alemania miraba hacia las cotizaciones de los mercados de Nueva York y Londres, los ojos de Viena estaban fijos en la evolución del franco suizo.

Dos veces al día todo el mundo espera la cotización de la bolsa de Zúrich. A cada nueva caída sigue una rápida elevación de los precios... La confianza de los ciudadanos austriacos en las autoridades monetarias se está tambaleando. El Estado que sigue imprimiendo continuamente nuevos billetes nos engaña con el valor nominal de éstos... Un ama de casa que no conozca los horrores de una depreciación monetaria no tiene ni idea de la bendición que supone un dinero estable, y lo maravilloso que es poder comprar con el billete de su monedero lo que quiere comprar y al precio que había pensado pagar.

En noviembre, un año después del armisticio, Frau Eisenmenger escribía que su posición había empeorado alarmantemente, y que su situación financiera era peor de lo imaginable. La corona, que en la Navidad anterior valía 25 céntimos de franco suizo, ahora se cotizaba a un doceavo de céntimo. Sus acciones, sin embargo, estaban subiendo. Jugar en la bolsa era la última moda y la única manera de evitar la pérdida de todos los ahorros, e incluso tal vez de conseguir aumentarlos. Muchos banqueros aconsejaban que se

huyese del dinero efectivo como fuese. «Mientras tanto», Frau Ei-senmenger escribía:

Los numerosos parados no disimulan su descontento, y los comunistas lo fomentan... La multitud ha intentado prender fuego al parlamento. Consiguieron tirar al suelo a un grupo de policías montados, mataron a los caballos y arrastraron los restos sangrientos por las calles... Los amotinados vociferaban pidiendo pan y trabajo... Junto a la escasez sin precedentes de la mayor parte de la población, resulta chocante la ostentación del lujo de los que se benefician con la inflación. Se están abriendo nuevos clubes nocturnos. La apertura de estos locales está intensificando el odio de la clase proletaria contra la burguesía.

El 15 de diciembre de 1919 Frau Eisenmenger escribía que, a medida que k corona iba descendiendo en el mercado de Zúrich, «el valor de mis inversiones industriales sube a un ritmo que me parece incomprensible y casi me intranquiliza...». Su hija, que trabajaba en la misión americana, ganaba dos dólares diarios, que cambiaba por 400 coronas, solamente cien coronas menos que la pensión mensual de un consejero de Estado.

Los antiguos funcionarios son hoy los más miserables de todos los pobres de Austria. Son demasiado orgullosos para exigir sus derechos, y no encuentran empleo. Todos los días puede verse cómo algún alto funcionario jubilado desfallece por hambre en las calles de Viena.

Frau Eisenmenger alquiló una habitación a un miembro de la misión americana —igual que hacía el padre de la Garbo en *Bajo la máscara del placer*— y recibía por ella diez veces la renta que ella tenía que pagar por todo el piso, dado que los alquileres estaban congelados desde los tiempos de la guerra. Con los escasos puros de su marido que le quedaban, lo que ganaba su hija, el alquiler de la habitación y los decrecientes beneficios reales que le producían sus prósperas acciones, afrontó los primeros meses de 1920.

La especulación en bolsa se ha extendido a todas las clases sociales, y las acciones están subiendo como la espuma hasta niveles insospechados... Mi banquero me felicita cada vez que se produce una nueva subida, pero no sirve para disipar la secreta intranquilidad que me causa mi creciente fortuna... que es ya de millones.

Lo que estaba pasando en Austria era sólo un anticipo de lo que le iba a pasar a Alemania. Las penalidades de Frau Eisenmenger y de su familia se multiplicarían por mil en todas las ciudades de ambos países. Sin embargo, la tortura de la clase media alemana fue más persistente y más intensa.

CAPITULO 3

EL PAGO DE LA CUENTA

El Tratado de Versalles, que se firmó el 29 de junio de 1919, fue denunciado por todas las partes en Alemania. Sin embargo, esta condena unánime no llevó a la unidad política. Al contrario, su efecto fue dar a la derecha —los conservadores y el ejército— un fácil pretexto para atacar al gobierno que había aceptado todas las condiciones. A partir de entonces la discusión se centró en si se iban a cumplir o no. Las cuestiones candentes se resumían en dos: el futuro del ejército, que Versalles pretendía reducir a una fuerza simbólica e ineficaz, y el pago de las reparaciones.

El ejército no se dismanteló y desempeñó un papel trascendental en la defensa de una República violentamente sacudida por la tormenta inflacionaria y por los disturbios políticos que la acompañaban. Es cierto que desde junio de 1919 hasta marzo del año siguiente los efectivos del *Reichswehr* se redujeron de 400.000 a 100.000 hombres, más o menos, según el programa previsto. El general von Seeckt alejó hábilmente al ejército del terreno político, donde quedó sobre todo un núcleo militar muy eficiente, perfectamente entrenado y que podía expandirse con facilidad. En 1933 podría haber sido el último baluarte que impidiese el advenimiento del Tercer Reich, pero entonces sólo demostró su debilidad.

Tampoco se dismanteló lo que el ejército representaba. Hinden-burg dimitió, pero consiguió que el recién elegido presidente Ebert reconociera «la eterna gratitud del pueblo alemán». Cuando en el

Reichstag se abrió la comisión de investigación para determinar las responsabilidades por la guerra, y mientras el gabinete esperaba que el antiguo régimen militar fuese completamente desacreditado, el prestigio de los viejos oficiales y especialmente el de Hindenburg y Ludendorff alcanzaron nuevas cotas: mientras la leyenda del *Dolchstoss* cobraba auge, la responsabilidad de la derrota militar se cargaba para siempre sobre las espaldas de los políticos, que acarreaban penosamente sus consecuencias.

A finales de 1919 los rumores de un golpe militar, que flotaban en el ambiente desde el verano, se hicieron más insistentes. En enero de 1920, cuando el tratado entró en vigor, hubo un atentado contra Erzberger, a quien la derecha seguía considerando uno de los principales responsables de la vergüenza alemana. Sin embargo, la chispa que causó la explosión vino de fuera: el 3 de febrero los aliados enviaron una nota en la que se relacionaban los nombres de los criminales de guerra que debían ser entregados, entre los que se encontraban el kaiser, Hindenburg y Ludendorff. Solamente la extrema izquierda permaneció impasible ante lo que los demás consideraron una amenaza despiadada a sus héroes de guerra, que en su mayoría habían sido reivindicados ante los ojos del pueblo alemán por la comisión de investigación. Faltaba poco para que la indignación general se convirtiese en una intervención militar: la intentona de Kapp del mes de marzo.

El episodio fue fundamentalmente un pulso entre los sectores paramilitares de la derecha, especialmente los batallones francos, que habían reprimido brutalmente el bolchevismo en los estados del Báltico, y el gobierno republicano, mientras el ejército propiamente dicho permanecía a la espera de los acontecimientos. El gabinete, a través del ministro de Defensa Noske, estaba decidido a cumplir las exigencias de los aliados y a trasladar fuera de Berlín a dos brigadas de los batallones francos (una de ellas lucía ya esvásticas en los cascos). El reaccionario general vori Lüttwitz, decano de los oficiales en activo, sabiendo que iba a ser relevado del mando, dio la orden de marcha, pero sin prevenir suficientemente al doctor Wolfgang Kapp, un fanático nacionalista de derechas que iba a ha-

cerse con el control político cuando se consumara el golpe. El gabinete legítimo huyó a Dresde, pero Kapp no estaba preparado para ocupar su puesto y el *Putsch* fracasó inmediatamente entre la incompetencia y la decepción.

A la autoproclamación de Kapp como nuevo canciller respondió el gobierno republicano con la declaración de una huelga general. Esto fue decisivo porque Berlín quedó paralizado, el entusiasmo de los militares por Kapp se desvaneció y von Lüttwitz fue sustituido por el general von Seeckt. El levantamiento había sido derrotado por los sindicatos. El breve período durante el que muchos oficiales abrigaron la idea de que los buenos tiempos habían vuelto —incluso se llegó a ver a antiguos oficiales desfilando por las calles al ritmo de marchas patrióticas— se esfumó rápidamente, y con él también se desvanecieron los escarceos del ejército con una hipotética dictadura militar. Desde entonces el ejército y el Estado trabajarían más o menos al unísono.

Marzo de 1920 fue un momento clave en lo que se refiere a las consecuencias de la guerra para Alemania. Aunque las sublevaciones y presiones derechistas habían de continuar, especialmente en Baviera, donde el *Putsch* de Kapp coincidió con el de von Kahr, el período de revoluciones y contrarrevoluciones había terminado. En otras circunstancias tal vez podría haber seguido una fase de reconciliación y reconstrucción. Aunque no es aconsejable mostrarse demasiado rígido a la hora de afirmar qué acontecimientos afectan realmente al comportamiento de una sociedad, se podría decir que tras el chasco del golpe de Kapp la desmoralización y la angustia de Alemania procedían menos de la mortificación por la derrota que de las nuevas desgracias financieras y económicas que constituían su experiencia diaria.

Erradicado una parte del veneno militarista en el norte, los elementos reaccionarios descontentos se refugiaron fundamentalmente en los semilleros del sur. Baviera se convirtió entre 1919 y 1922 en el principal resorte de los 400 asesinatos políticos cometidos en Alemania, en su mayoría impunes y muchos sin resolver: la derecha militarista quizás fuera sólo responsable de la mayor parte,

pero en aquellos años sin duda se abrió la veda contra los funcionarios y partidarios de la nueva República. Aunque las mentes menos despiertas de la derecha seguían suspirando por las viejas glorias, los nuevos arrebatos de militancia probablemente estaban provocados tanto por el desbarajuste económico que el gobierno estaba haciendo con la paz como por la tristeza o la amargura de posguerra.

El saqueo de los aliados, especialmente de los franceses, fue sin duda causante de las revueltas populares; la creciente influencia de Hitler en Munich se basaba en gran medida en sus ataques contra aquellos que habían traicionado al país en 1918, mientras que la izquierda utilizaba las lecciones del pasado inmediato e incitaba a la revuelta a la menor oportunidad. Sin embargo, fueron los cinco años de inflación anteriores a 1921 los que prepararon el terreno para los agitadores; y la difícil situación financiera en la que se encontraban muchas clases, la que guió los posteriores acontecimientos políticos y sociales.

Como el golpe de Kapp había sido derrotado por la huelga general, se suponía que el poder de la clase obrera por fin había quedado demostrado, y que la llegada al poder del proletariado era sólo cuestión de tiempo. Sin embargo, los obreros, que habían demostrado indudablemente su poder para influir en la composición del gabinete, aunque no en la dirección de los asuntos de gobierno, dejaron escapar estas ventajas sin resistencia. Las circunstancias de la huelga fueron, por supuesto, excepcionales, ya que había sido iniciativa del gobierno y contaba con el apoyo del gabinete. Aun así, parecía que el gobierno parlamentario había derrotado a su reaccionario enemigo tan sólo conjurando a un peligroso espíritu que más le valdría haber dejado tranquilo. No fue así y lord Kil-marnock*, entonces encargado de negocios británico en Berlín, pensaba que «el proletariado había descubierto que la miseria provocada por aquella huelga se había vuelto en su contra».

* Más tarde 21.º conde de Erroll. Entre 1921 y 1928 fue alto comisionado británico de la Comisión Interaliada en Renania. Nació en 1876 y murió en 1941.

Sin embargo, la miseria ya estaba por todas partes y las energías de los sindicatos se dirigirían casi exclusivamente a conseguir para sus miembros incrementos salariales que les compensasen del aumento del coste de la vida: un gobierno dócil y una política monetaria más dócil todavía era todo lo que pretendían en aquellos momentos. Cuando se acercaba la Navidad de 1920, la realidad de la vida les había quedado bastante clara.

El coste de la vida había subido desde el inicio de la guerra aproximadamente doce veces (comparativamente, en Estados Unidos sólo lo había hecho tres veces, casi cuatro en Gran Bretaña y siete en Francia). Los gastos de alimentación, que antes representaban la mitad del presupuesto familiar, ahora consumían las tres cuartas partes de éste. La alimentación para una familia de cuatro personas, que en abril de 1919 suponía 60 marcos a la semana, en septiembre de 1920 costaba 198, y en noviembre del mismo año, 230. Algunos artículos, como la manteca, el jamón, el té o los huevos, habían subido entre treinta y cuarenta veces sobre los precios anteriores a la guerra. Por el lado positivo —a diferencia de Austria—, las cifras oficiales de desempleo eran más bajas, y solamente 375.000 personas se encontraban en paro.

Por otra parte, existía la esperanza de que las cosas pudieran mejorar. En el verano de 1920, puesto que los negocios prosperaban, se preveía una mejora en el nivel de vida de los trabajadores. Cuando las huelgas en los servicios básicos fueron declaradas ilegales, cundió el resentimiento, y al final del año se produjo un considerable descontento entre los funcionarios públicos, particularmente entre los empleados de correos y los ferroviarios; este descontento dio lugar a nuevas huelgas y a nuevas concesiones poco rentables por parte del gobierno. A pesar de todo, incluso entre los mineros alemanes se notaba un cierto renacimiento del espíritu nacional y del deseo de trabajar. Las perspectivas de un futuro mejor eran la causa. El nivel de vida alemán había caído en picado durante la guerra, mientras que en Francia y en Gran Bretaña había subido unos cuantos puntos porcentuales. Una pequeña subida del nivel alemán acompañada de una ligera caída del inglés, aunque Gran

Bretaña siguiera estando muy por delante de Alemania, provocaría descontento en Inglaterra y haría que los alemanes se sintieran en mejor situación.

El cónsul británico en Leipzig, como observador imparcial, era optimista. Aunque aún había «mucho descontento entre la clase trabajadora» y continuaban la propaganda y la agitación comunistas, informaba de que la disciplina se había restaurado y que los propios trabajadores estaban cansados y habían perdido el interés por las disputas políticas, mientras experimentaban una cierta mejoría en sus condiciones de vida.

Tengo la impresión [escribía] de que los salarios y el coste de la vida se han equilibrado, y que el poder adquisitivo es ahora aproximadamente igual al que tenían antes de la guerra. Pero se vive todavía dentro de un clima de gran inseguridad respecto a la vida y la propiedad, y con frecuencia se denuncian actos de violencia... La clase media, es decir, las personas con rentas fijas, los pensionistas o los funcionarios públicos, son quizá los que peor lo están pasando, y lo que antes de la guerra habría supuesto una situación desahogada —me estoy refiriendo a rentas de hasta 10.000 marcos al año— es hoy absolutamente inadecuado para adquirir lo estrictamente indispensable.

Informaba finalmente de que la industria de Sajonia se estaba recuperando de forma muy satisfactoria, aunque la nueva jornada laboral era sólo de ocho horas, y que contaba además con una importante cartera de pedidos.

De hecho, la aparente prosperidad de la industria fue uno de los factores que más complicó el asunto de la inflación. Gracias a un programa financiero diseñado para subvencionar de distintas formas la industria, así como por la continua depreciación de la moneda que hacía competitivos sus productos en el exterior, la suerte de la industria alemana había mejorado con relación a los doce meses anteriores. Los empresarios, explotando el extremado pesimismo de cara al extranjero, consiguieron que, dadas las circunstancias, se volviera a la jornada laboral de diez horas; pero los mineros, que contaban con el apoyo de sus colegas británicos y franceses

y no estaban dispuestos a prolongar sus turnos, trabajaban normalmente, y la mayoría de los trabajadores, según creía von Thyssen, se habían dado cuenta de que en el trabajo y no en el dogma político estaba la respuesta a sus dificultades.

Pero desgraciadamente no sólo fueron las esperanzas de la clase trabajadora las que se vieron pronto defraudadas; no cabían esperanzas para la mayoría de la población alemana, que no tenía un sindicato que defendiese sus intereses inmediatos ni participación en el monopolio del trabajo organizado. En 1920 ocurrieron dos acontecimientos que sirvieron de aviso para el futuro. Las elecciones de junio, que aunque devolvieron el poder a la coalición centrista, con Fehrenbach como primer ministro y el doctor Wirth como ministro de Finanzas, ponían en evidencia la polarización que había sufrido el país: el Partido Nacional Popular Alemán (el DNVP), de extrema derecha, triplicó sus votos, mientras que el de los Socialistas Independientes, de extrema izquierda, duplicaba los suyos. Por su parte, la coalición moderada de los demócratas y de la mayoría socialista había perdido gran parte de la confianza de los votantes.

El segundo hecho importante tuvo lugar en julio, cuando se celebró en Spa (Bélgica) la primera de las numerosas reuniones posteriores a la de Versalles convocadas para discutir el pago de las reparaciones de guerra y temas afines en relación con los tratados de paz. La cuestión de las reparaciones afectaba directamente a la confianza en el marco, así como a toda la economía alemana, pero se retrasó para una nueva reunión en Ginebra. Esa conferencia también fracasó y el asunto se pospuso para otra reunión que se celebraría en Bruselas en diciembre.

La incertidumbre originada por estos retrasos hizo que el marco sufriese violentas fluctuaciones durante ese año. Al iniciarse la guerra el volumen de papel moneda en circulación en Alemania tenía un valor nominal total de 2.700 millones de marcos (menos de la mitad del valor de la moneda que la población tuvo que entregar a cambio de los billetes). Al acabar la guerra, en noviembre de 1918, la cifra había subido hasta 27.000 millones, y en noviembre de

1920, a 77.000 millones. La libra estaba ahora a 240 marcos, y el dólar, a 60. Durante 1920, cuando la Comisión Aliada de Reparaciones comenzó a trabajar, el marco fluctuó entre los 230 por libra y los 152, para después volver a caer. El punto más bajo lo alcanzó cuando, casi por primera y última vez, el montante de las indemnizaciones parecía haberse acordado definitivamente*. A medida que el marco se iba recuperando, el desempleo aumentaba rápidamente, alcanzando al 6 por ciento de la población activa en el verano de 1920, situación que pudo haber empeorado con una posible «huelga de compradores». El pleno empleo se convirtió en el objetivo prioritario, tanto del gobierno como de los sindicatos, aunque tuviese que ser a costa de la salud del marco.

Lord D'Abernon, que sería el embajador británico en Berlín durante más de seis años, tomó posesión de su cargo en junio de 1920. Era un hombre más experto en temas monetarios que la mayoría de los que ocupaban algún cargo en aquella ciudad. Registraba cuidadosamente tanto en sus diarios personales como en sus informes oficiales las cotizaciones exactas del marco en su continua caída hacia el abismo. Aunque disfrutaba de la completa confianza de los ministros alemanes, que luchaban en aquellos momentos contra el doble problema de la inflación y las reparaciones, fue incapaz de influir significativamente en sus políticas monetarias y observaba en vano cómo, a pesar de sus advertencias, la financiación mediante un déficit ilimitado multiplicaba los problemas.

Sus consejos iban dirigidos tanto a los aliados como a los alemanes. Al presupuesto alemán, equilibrado a duras penas, no le sobraba nada para poder pagar las indemnizaciones de guerra. Para reunir suficiente dinero con el que satisfacer el nivel de reparaciones discutidas en junio, se habría requerido el doble de ingresos de los que se esperaba recaudar con las últimas propuestas fiscales. «Es absolutamente imposible que se pueda duplicar la presión fiscal —escribía lord D'Abernon— sin provocar una revolución.»

* Poincaré, que pronto sería primer ministro francés, no quería que se estableciera una cantidad fija y dimitió como presidente de la comisión.

La inflación fue la solución del problema. Si el presupuesto no cuadraba, el déficit tendría que hacerlo como fuese. En octubre de 1920, la deuda pública alemana se situó en 287.800 millones de marcos. A la paridad de 1914, esta suma habría equivalido a 14.400 millones de libras, pero con el nuevo cambio representaba sólo 1.200*. Un año antes de cuando se cree que empezó la gran inflación alemana, la deuda pública casi se había liquidado.

¿A quién beneficiaba aquello? D'Abernon, hablando con dos miembros del antiguo «Ministerio de Asuntos Exteriores Imperial», encontró su actitud directamente pesimista. Todos sus amigos banqueros estaban sacando dinero de Alemania, proceso que ninguna restricción podía evitar. No pagar impuestos, decían, «había dejado de ser un delito para convertirse en un deber patriótico». El presidente del Reichstag, el liberal Loebe, no era menos pesimista, especialmente en lo que se refería a la alimentación, que consideraba una invitación para el movimiento de izquierda.

Sé por mis propios hijos lo mal alimentada que está la población. No se puede encontrar leche, y un huevo cuesta dos marcos y medio. La situación económica de la clase media, pequeños empresarios y demás es todavía peor que la de los obreros, entre los que me cuento. Hoy, sin ir más lejos, hemos recibido una nota de los funcionarios del sur de Alemania diciéndonos que si no se les suben los sueldos romperán la caja. Los salarios de la clase obrera han subido entre ocho y diez veces con relación a los que se percibían antes de la guerra, mientras que los salarios menores lo han hecho entre dos y cuatro veces. Esto está creando una situación insostenible, pues el coste de la vida se ha multiplicado por diez.

El año 1920 terminó con la conferencia de Bruselas, en la que se estudió la capacidad de pago de Alemania para hacer frente a las reparaciones. En Bruselas sólo se decidió volver a reunirse en París a finales de enero de 1921, donde Francia, que no estaba lejos de declararse insolvente, formuló unas peticiones que el propio

* La deuda pública de Gran Bretaña suponía entonces 8.075 millones de libras.

D'Abernon calificó de «asombrosas». Las cifras que salieron de París, aunque eran sensiblemente más bajas que las propuestas por Francia, provocaron una conmoción en Alemania. Esta reacción condujo a una nueva conferencia en Londres, donde en el mes de febrero se estudiaron las contrapropuestas alemanas. Durante el curso de estas conversaciones, que se prolongaron hasta la segunda mitad de marzo, Francia perdió la paciencia con los alemanes y, en virtud de las sanciones previstas en el tratado de paz, consiguió que los aliados ocupasen los puertos de Duisburg, Ruhrort y Dusseldorf, en el Rin. El 30 de marzo se reanudaron las conversaciones en Londres.

El tema de las reparaciones pesaba ya en la situación económica alemana. Pocos días antes de que los puertos del Rin fueran ocupados, el alto comisionado británico en Coblenza informaba a Londres de que

la gran mayoría del pueblo alemán todavía no ha comprendido todo lo que el Tratado de Versalles significa. Probablemente una gran parte de las clases bajas ni siquiera lo haya leído, y es ahora cuando la población se da cuenta de que ha llegado el momento del ajuste de cuentas*.

Las nuevas sanciones militares suscitaron reacciones en el otro extremo de la escala social y lord D'Abernon subrayaba que había «una decidida vuelta al junkerismo, y he oído que en muchos clubes de oficiales se han redactado listas negras de aquellos que se relacionan con los antiguos enemigos. La aplicación de las sanciones militares no ha producido una reacción normal o sana, y los alemanes están resentidos».

El sentimiento contra Francia fue particularmente amargo. La actitud del gobierno de Aristide Briand la resumió mordaz y certeramente Lloyd George a D'Abernon una mañana en que coincidieron en Downing Street inmediatamente antes de la conferencia de repa-

* Lord Curzon anotó a lápiz en el margen: «La idea de que las "clases bajas" "leyeran" el Tratado resulta jocosa».

raciones: «como siempre, una ventana abierta delante y una lumbre abrasadora detrás». Los franceses, decía el primer ministro británico, «nunca saben si lo que quieren es que les paguen o si prefieren divertirse pisoteando a los alemanes, ocupando el Ruhr o imponiéndoles cualquier otro castigo militar. Lo que está claro es que no pueden tener todo».

El 27 de abril de 1921 la Comisión de Reparaciones estableció la suma que debía pagar Alemania en 132.000 millones de marcos oro, equivalente a 6.600 millones de libras. El problema de la conferencia de Londres era saber cómo y durante cuánto tiempo se tendría que pagar esa cantidad tan enorme. Se decidió que Alemania pagara 2.000 millones de marcos oro al año —100 millones de libras— y además una suma equivalente al 26 por ciento de sus exportaciones; estas condiciones se enviaron a Berlín con la amenaza de que si no eran aceptadas en el plazo de una semana se añadirían nuevas sanciones, concretamente la ocupación de la cuenca del Ruhr por la que los franceses estaban presionando. El «ultimátum de Londres» hizo descender el marco hasta 268 con relación a la libra y provocó la caída del gobierno de Fehrenbach. Le sustituyó otro presidido por el doctor Wirth, que como nuevo canciller aceptó las condiciones justo antes de que el ejército francés se dispusiese a entrar en acción, y sabiendo que tendría que imponer al país una mayor carga fiscal. El marco, sin embargo, experimentó una ligera mejoría, situándose en 232 por libra, como consecuencia de haberse disipado por fin la atmósfera de incertidumbre que le rodeaba y ante las perspectivas de conseguir créditos del exterior. Otro motivo para el optimismo fue el resultado del referéndum que se acababa de celebrar en la Alta Silesia, cuyas industrias eran de vital importancia para la economía alemana, y donde se decidió por amplia mayoría la adhesión a Alemania*. Para alivio general, un levantamiento armado de los mineros de Mansfeld, inspirado por los co-

* La mayoría de los votos individuales fueron para Alemania, pero los municipios votaron en su mayor parte por Polonia.

munistas, fracasó rotundamente, lo que hizo perder a Lenin la esperanza en una nueva revolución alemana.

Desgraciadamente, cuando llegó el verano había muchas más cosas que no iban bien. Continuaba la ocupación de los puertos del Rin, y, peor aún, la emisión de dinero seguía creciendo sin parar. «En lugar de dejar de imprimir billetes —escribía D'Abernon a Curzon—, las prensas han reanudado su actividad a un nivel absolutamente indeseable.» La razón para ello, en una fase en la que el coste de las indemnizaciones aún no se había dejado sentir, era simplemente que no se percibían suficientes impuestos.

«La tributación es enorme», escribía Howard Hodgkin*.

Decir que los impuestos per cápita son menores que en Inglaterra [según se quejaba Lloyd George], si no absolutamente falso, es por lo menos engañoso. Sólo el déficit anual de los ferrocarriles asciende a 17.000 millones de marcos. El supuesto despilfarro de los ricos es muy lamentable, pero se dice que es debido al alto nivel de impuestos, ya que creen que si no se lo gastan el gobierno se quedará con la mayor parte... Desgraciadamente, las personas que más podrían pagar son las que más fácilmente pueden evadir los impuestos, es decir, los especuladores y los contrabandistas, que en muchos casos no llevan una contabilidad de sus negocios.

Una semana después de que fuese aceptado el ultimátum de Londres, Julián Piggott, el alto comisionado interaliado en Colonia para la zona del Rin, informaba de su conversación con el *Oberbur-germeister* Konrad Adenauer, que le contó que le habían ofrecido la cancillería antes de que la aceptara el doctor Wirth. Las condiciones de Adenauer para asumir el cargo consistían en una vuelta a la jornada laboral de nueve horas, el fin del proceso de socialización y completa libertad para elegir a sus ministros, independientemente del partido al que pertenecieran. En su opinión, Alemania necesitaba un gobierno casi con poderes dictatoriales, capaz de imponer un programa intensivo de producción y una rigurosa tributación a

* Historiador de Oxford, rector del Queen's College entre 1937 y 1946.

todo el mundo. «La ambición personal del doctor Adenauer — escribía Piggott— es bien conocida, y sin duda le gustaría verse como dictador de un gobierno absolutista.» La propuesta que aparentemente impidió que Adenauer llegara al gobierno fue la abolición de la jornada laboral de ocho horas. En cualquier caso, parece que no había a la vista ningún gobierno capaz de imponer una política fiscal eficaz.

En junio de 1921, el doctor Walther Rathenau, cuyo nombre quedaría estrechamente ligado a la política de cumplimiento de las reparaciones, asumió el cargo de ministro de Reconstrucción. El primer pago de 50 millones de libras en oro y pagarés del Tesoro se entregó a la Comisión de Reparaciones durante la segunda semana del mismo mes. El 21 de junio Herr Gareis, un diputado socialista que había hablado en el Reichstag en contra de los batallones francos, murió asesinado, al parecer como parte de la campaña montada por la extrema derecha para desmoralizar a los republicanos. A finales de junio John Maynard Keynes pronosticó que el marco caería un punto diario con relación a la libra durante los siguientes dos o tres años. Por lo demás, tanto junio como julio transcurrieron sin mayores incidentes, salvo algunas disputas con Polonia relativas al futuro de Alta Silesia, asunto que la conferencia de París, en sus sesiones de agosto, se quitó de encima trasladando el tema a la Liga de las Naciones en Ginebra. Durante casi nueve meses la cotización del marco respecto a la libra había fluctuado alrededor de 250, con un margen a ambos lados de 15 puntos. Julio de 1921 sería el último mes de relativa estabilidad que habría de conocer el antiguo marco.

CAPÍTULO 4

DELIRIO DE MILLONES

«El delirio de millones» fue una frase acuñada por Rathenau. «La mayoría de los financieros y de los estadistas piensa en términos de papel», había escrito*.

Se sientan en sus despachos y miran los papeles que tienen en la mesa, en esos papeles hay escritas cifras que también representan papeles... Escriben ceros y nueve ceros, significan mil millones. Mil millones se dice pronto, pero nadie es capaz de imaginarlo.

¿Qué son mil millones? ¿Hay mil millones de hojas en un bosque? ¿Habrá mil millones de briznas de hierba en una pradera? ¿Quién sabe? Si se talara el Tiergarten y se sembrase trigo, ¿cuántas espigas crecerían en él? ¡Dos mil millones!

Rathenau diagnosticó correctamente aquel delirio no como una enfermedad del pueblo en general —que sí lo sería más adelante— sino de aquellos que supuestamente controlaban las finanzas del país y habían incrementado los billetes en circulación de 73 a 80 mil millones de marcos desde principios de año. La responsabilidad inmediata de la última caída del marco, que desde junio hasta mediados de agosto se había deslizado de los 261 a los 310 marcos por libra, fue atribuida categóricamente por Rathenau (y también por Wirth) a los pagos de las reparaciones. Los 1.000 millones de mar-

* *Berliner Tageblatt*, 9 de febrero de 1921.

eos oro —con la paridad anterior a la guerra— que se debían pagar a final de agosto se encontraron, pero menos de un 60 por ciento se había conseguido en condiciones realistas a base de préstamos del exterior o por algún otro procedimientos. «El próximo noviembre o la próxima primavera —decía Rathenau—, cuando llegue otro pago importante, el cambio volverá a caer a un nivel todavía más bajo. Esto no puede seguir así.»

Sin embargo, el mecanismo de la depreciación tenía muchos engranajes. Un estrecho colaborador del industrial Hugo Stinnes que prefería ocultar su nombre valoraba la situación varias semanas después con gran franqueza, diciendo que el momento clave sobrevino inmediatamente después de que el gobierno alemán devolviese el préstamo que había negociado en Inglaterra Herr Mannheimer, del Banco Mendelssohn, y «hombre de confianza» del doctor Ru-dolf Havenstein, presidente del Reichsbank desde 1908. Siguiendo instrucciones de su jefe, Mannheimer salió del país en agosto de 1921 y comenzó a comprar divisas a cualquier precio —«Alemania tenía todos los marcos de papel que quisiera, pero no tenía divisas». Esta fue la primera señal de

la crisis absoluta del valor del marco. Desde entonces los extranjeros dejaron de comprar marcos y guardaron los que ya tenían en espera de alguna recuperación. Los bancos alemanes, por su parte, en nombre de sus clientes y los empresarios, fueron más allá, y no sólo vendieron sus marcos a cualquier precio sino que comenzaron a especular. Hubo cuatro razones para fomentar esta política: conseguir que la industria pesada alemana pudiese competir más fácilmente en los mercados exteriores; satisfacer las demandas de los trabajadores financiando el incremento de sus salarios con la emisión de billetes sin respaldo real; evitar disturbios y complicaciones políticas, y demostrar a todo el mundo que Alemania no podía cumplir el Tratado de Versalles.

Se trataba de una evaluación miope de los acontecimientos de aquel agosto. El virtual derrumbamiento de Austria había hecho cundir el pesimismo durante la conferencia de París, alarmando profundamente a sus vecinos más cercanos. La corona, que cotizaba

a 800 frente a la libra dieciocho meses antes, había caído hasta 3.000 y seguía descendiendo en picado al menos en apariencia diez veces más deprisa que el marco en aquellos momentos. La confianza se estaba esfumando. En Munich, la capital de Baviera, se vislumbraban las peores expectativas en cuanto al coste de la vida, incrementado por la escandalosa especulación con la leche y los cereales que estaban haciendo los agricultores y por las noticias de nuevos aumentos de los impuestos sobre el azúcar y la cerveza. Las asociaciones de agricultores de Baja Baviera hicieron lo que pudieron al advertir a sus miembros que no inflaran los precios ni redujeran su producción, pero el rencor de las ciudades contra los campesinos era patente. Al gobierno se le identificó injustamente con la defensa de los intereses agrarios y, por consiguiente, se le culpó cuando el agobiado municipio de Munich, en un descarado movimiento para captar votos a principios de mes, se declaró contra la subida del pan. Como la subida del pan era una triste realidad, esta acción fomentó las inevitables demandas de subidas salariales.

Mientras tanto, la impaciencia, los temores y prejuicios de la derecha empezaron a manifestarse de forma más abierta, alcanzando su punto culminante aquel verano en Berlín, con motivo de la celebración descaradamente politizada y abiertamente antirrepublicana del *Frontkampftag*, Día de las Fuerzas Armadas. El 24 de agosto de 1921, Ludendorff presidió el desfile de 2.000 veteranos de guerra, encabezados por el príncipe Eitel Friedrich, de 39 años de edad, segundo hijo del kaiser. Pasaron por debajo de un arco triunfal que lucía la inscripción *In Kriege Unbesiegt* (invictos en campaña), y al pasar por delante del palco real con *Paradeschritt*, el príncipe Eitel Friedrich levantaba los talones como el que más.

A continuación, el capellán castrense pronunció un sermón ante 20.000 espectadores, sugiriendo que Alemania no volvería a ser grande hasta que los militares no recuperasen el poder, a través de la monarquía y los Hohenzollern. Hubo discursos del mismo corte por parte de los tres generales presentes: Ludendorff, el conde Waldersee y von der Goltz. Von der Goltz, que había mandado los batallones francos del Báltico, atacó por todos los medios al «gobierno

de judíos», lo que ocasionó algunos incidentes antisemitas entre la multitud, pero en cualquier caso acaparó todo el protagonismo cuando leyó los telegramas de felicitación no sólo del almirante Scheer y del almirante general von Tirpitz, sino también de Hin-denburg y del propio kaiser. La lectura de este último despertó *rauschender Jubel* y enardecidos vítores a los Hohenzollern. Las pistas del estadio donde tuvo lugar la demostración estaban cubiertas por dos o tres mil jóvenes de ambos sexos alineados de dos en fondo, cuya absoluta precisión y movimientos militares fueron calificados por un testigo presencial de «asombrosos».

Estas inoportunas manifestaciones no se limitaron a la capital, ni tampoco a los militares. Ese mismo día la Facultad de Medicina de la Universidad de Königsberg concedía el título de doctor hono-ris causa a Ludendorff. El diploma le fue entregado en un afectado tributo «al héroe, que con el filo de su espada victoriosa defendió a la nación alemana, acorralada por enemigos ávidos de botín, hasta que esta nación, confiando en falsas promesas, abandonó a su invicto ejército y a su vigoroso jefe; al alemán cuya imagen brilla en la oscuridad de nuestra hora presente y nos permite abrigar la esperanza de que el futuro nos traerá un Salvador y un Vengador para nuestro pueblo...».

El ministro de Defensa, el doctor Gessler, un civil que tenía fama de estar a merced del ejército, sin embargo calificó públicamente todo este «traqueteo de vainas vacías» de ridículo. El *Berlin Morgenpost* con cierta contención decía que la efusividad de la universidad «le cuadraba mal a un claustro de profesores en cuyas manos estaba la educación de la juventud alemana, y comentaba la actitud reaccionaria de los *literati* alemanes en general y de los prusianos orientales en particular».

El discurso de Königsberg debió causar extrañeza a aquellos que recordasen que cuando la espada del alto mando alemán yacía, es un decir, rota en mil pedazos en los bosques de Compiègne, Ludendorff huía a Suecia disfrazado con gafas oscuras. No fue precisamente la nación la que abandonó a su líder. Quizá los profesores no deban ser juzgados con demasiada severidad. La clase académica

había sufrido tanto como las demás la caída del marco, y no estaba acostumbrada a una situación en la que (citando a un contemporáneo) «el intelectual gana menos por una línea impresa que un barrendero por dar dos escobazos». Eran, por tanto, tan propensos como cualquier otro a echar la culpa de sus desgracias al nuevo orden político, y a hacerlo en beneficio de la camarilla militar que había gobernado el país en los viejos días de gloria. Sin embargo, un pacifista convencido como von Gerlach no dudaba en ponerles firmas al día siguiente cuando escribía en *Die Welt*:

Ludendorff, lejos de justificar la concesión del diploma, por su obstinación y por haberse entrometido en la política fue responsable no sólo de la prolongación innecesaria de la guerra sino también de las desastrosas condiciones del Tratado de Versalles.

Gerlach recordaba a los profesores que Ludendorff había telegrafiado repetidamente a Berlín en octubre de 1918 diciendo que debía negociarse la paz inmediatamente, pues el ejército no podía resistir otras 48 horas.

Pusieron a Erzberger al frente de la Comisión del Armisticio, una insensatez, pero recuerden que se enteró de la abdicación del kaiser cuando estaba en el bosque de Compiègne, donde también recibió un cable de Hindenburg que terminaba diciendo: «si no pudiese conseguir estas condiciones, pacte un armisticio como sea».

Frontkämpfertag expresaba el estado de ánimo que cundía de norte a sur en Alemania. El endeble mito del *Dolchstoß* empezaba a engordar. Dos días más tarde, el 26 de agosto, el propio Mathias Erzberger, que personificaba para la derecha la perversa traición de los civiles, fue asesinado en la Selva Negra por unos pistoleros nacionalistas. No es aventurado suponer que este acto estuvo inspirado en gran medida por los discursos del líder de los nacionalistas (DNVP), Karl Helfferich, ministro de Finanzas durante la guerra y bajo cuyo mandato se inició el proceso inflacionario. Erzberger no sólo era un civil y un republicano, también era judío.

El resto del mundo observó este acontecimiento con profundo recelo. En un artículo en *Le Peuple*, un diputado socialista belga señalaba:

El asesinato parece que se está convirtiendo en una costumbre en Alemania, donde los bestias militaristas, después de haber practicado con los miles de belgas a los que masacraron durante la guerra, siguen aplicando estos métodos para suprimir a todo el que se cruza en su camino... se trata de un gravísimo síntoma de degeneración criminal colectiva que debe alertar a todos los alemanes que todavía conserven algún sentimiento de respeto por la vida.

En la propia Alemania, la muerte de Erzberger, el más valiente defensor del sistema tributario socialista, provocó un torrente de injurias contra la derecha. En Berlín, la mayoría socialista y los socialistas independientes unieron sus fuerzas en una manifestación de protesta «contra los enemigos de la República». Un tal Herr Har-den, a quien lord D'Abernon calificaba como un observador agudo y a veces virulento, explicaba al embajador británico que «los seguidores de la derecha están permanentemente a la caza de culpables por la caída del imperio y del antiguo régimen, pero, en lugar de dirigir sus ataques hacia los generales —Ludendorff y compañía—, que fueron realmente los responsables, o hacia la pandilla de príncipes y aduladores que los rodeaban, se dedican a injuriar a los judíos y a asesinar a los líderes de la izquierda, así como a los que no comparten sus aberrantes puntos de vista». Se han cometido más de trescientos asesinatos de líderes de izquierdas desde la firma del armisticio, decía herr Harden, «y no se ha castigado ninguno». (Él mismo recibió unas cincuenta llamadas telefónicas anunciándole que era el próximo en la lista negra y finalmente optó por marcharse a América.)

El primer ministro Wirth expresaba a D'Abernon su confianza en que se mantendría el orden público, aunque admitía que habría que cerrar algunos periódicos, especialmente en Baviera, y que los obreros estaban «extraordinariamente nerviosos». A pesar de ello, los mayores problemas del gobierno provenían más del lado eco-

nómico que del político, aunque los ingresos parecían ir mejor de lo previsto después de la última reforma tributaria. Se esperaba que la izquierda aceptase los impuestos indirectos que se proponían a cambio de un nuevo incremento de la presión fiscal sobre el capital. La última caída del marco, concluía Wirth, y la consiguiente elevación del coste de la vida le habían obligado a consentir nuevos aumentos de los sueldos y salarios en casi 10.000 millones.

La crisis económica también estaba en el fondo de los problemas en Baviera, donde continuaban las protestas contra la subida de los precios de los alimentos, fomentadas sin vacilación por los socialistas como arma contra el gobierno estatal. «Los sindicatos socialistas han convocado un mitin multitudinario para esta noche», informaba el cónsul general británico en Munich, William Seeds* el mismo día del asesinato de Erzberger

... para protestar por el incremento del coste de la vida y contra la tiranía reaccionaria del gobierno del doctor von Kahr. Los «trabajadores con conciencia de clase» serán convocados a realizar una gigantesca manifestación sin dejarse intimidar por las ametralladoras y los carros blindados del jefe de policía Poehner. Este oficial, con el seco autoritarismo que le hace tan odioso a los socialistas, había reforzado las advertencias gubernamentales con una lacónica proclama que terminaba con las siguientes palabras: «Si no quieres que te suceda nada esta noche, no salgas a la calle».

En aquella ocasión se congregaron del orden de 50.000 personas y no se produjeron disturbios serios. Poehner —uno de los primeros conversos al nacionalsocialismo— mantuvo a sus hombres quietos, y solamente hubo que registrar un manifestante muerto y otro herido en una refriega con la policía cuando estaba terminando el acto. «Los socialistas —seguía informando míster Seeds— se darán cuenta de que el proletariado es un arma muy peligrosa y eficaz en la reivindicación de cuestiones materiales más que políticas.» Así-

* Más tarde, sir William Seeds, embajador británico en Moscú entre 1939 y 1940.

mismo, han aprobado una resolución para que los salarios se fijen teniendo en cuenta los del resto del mundo, «sin olvidar que el bienestar del pueblo depende exclusivamente del derrocamiento del actual sistema capitalista».

La firma, el 25 de agosto de 1921, de un acuerdo de paz con Estados Unidos, que ni aludía a la Liga de las Naciones ni intentaba culpar a nadie de la guerra, podría haber sido un motivo de celebración y de alivio general. Sin embargo, no consiguió calmar los ánimos y los temores ni dentro ni fuera de Alemania. El hecho des-tacable volvía a ser la nueva caída del marco, que no se debía exclusivamente a la irresponsable actitud de los bancos ni era consecuencia del inevitable fracaso del gobierno para conseguir fondos por métodos ortodoxos con los hacer frente en agosto a los pagos de las reparaciones, sino que era debida a un cúmulo de circunstancias, incluyendo el asesinato de Erzberger, que habían agotado la poca confianza que quedaba en que la economía alemana pudiese llegar a recuperarse.

La comunidad financiera internacional fue quizá la primera en valorar esta situación. El Reichsbank no obtendría ningún tipo de ayuda, salvo en condiciones extremadamente onerosas. En la conferencia que celebraron en Berna durante el mes de septiembre una serie de banqueros suizos, italianos y alemanes se llegó a la conclusión de que era imposible que Alemania pudiese seguir abonando las indemnizaciones pactadas con los aliados, y que antes o después habría de declararse en quiebra, y pensaban también que por este camino le seguirían primero Francia y después Italia. El marco, que a mediados de agosto cotizaba a 310 con relación a la libra, un mes después estaba a 400, y continuaba descendiendo.

El 20 de septiembre de 1921, Joseph Addison*, consejero de la Embajada británica en Berlín, informaba al Foreign Office:

La emisión diaria de nuevo papel moneda, que el gobierno necesita para cubrir sus necesidades internas y externas (bienes y servicios que

* Más tarde, sir Joseph Addison. Fue encargado de negocios británico en Berlín en varias ocasiones. Nacido en 1879, murió en 1953.

está «obligado tanto a entregar como a prestar»), inevitablemente erosiona el poder adquisitivo del marco y conduce a nuevas emisiones, que traen consigo a su vez mayores descensos, y así sucesivamente ad infinitum.

Ni siquiera el aumento progresivo de los impuestos conseguía arreglar la situación, sino que, por el contrario, la mayor carga fiscal significaba un incremento del coste de la vida y una reducción automática del poder adquisitivo del marco, lo que suponía a su vez una vuelta a la espiral inflacionista y a la inestabilidad presupuestaria.

«La especulación es enorme», continuaba Addison.

Creo poder afirmar que millones de personas en este país están comprando moneda extranjera, anticipándose a las nuevas cargas fiscales que se prevén, y que están acaparando todos los billetes de bancos extranjeros que pueden... Es difícil encontrar a alemanes de ambos sexos que no estén especulando con divisas, ya sean coronas austríacas, marcos polacos o incluso rublos de Kerensky. También es inevitable que a medida que baja el marco suban las acciones industriales, y los especuladores operan sistemáticamente jugando en contra del marco para recoger los beneficios en las subidas de la bolsa de valores.

Cualquier ciudadano normal tenía motivos para tomar precauciones contra nuevos impuestos. Él mismo se encontró con que estaba sometido a cuatro impuestos por lo menos, y eso teniendo en cuenta que sus actividades estaban exentas del impuesto de sociedades (*Körperschaftssteuer*), que era entonces de hasta un 20 por ciento. Existía el impuesto sobre el incremento de valor (*Vermögens-zuwachssteuer*), que se pagaba una sola vez por todas las propiedades que se hubiesen adquirido entre 1913 y 1919, y que gravaba las plusvalías acumuladas desde entonces, y el impuesto sobre el capital (*Notopfer*) sobre el valor de todas las posesiones, una vez satisfecho el impuesto anterior. El impuesto sobre los rendimientos del capital (*Kapitalertragssteuer*), que era del 10 por ciento tenía cada vez menos importancia, ya que el valor real de estas rentas era cada día

menor, pero el impuesto sobre la renta (*Einkommensteuer*) era el que afectaba a la mayor parte de la población ya que los salarios subían en consonancia con los precios y esclavizaban cada vez más a la gente.

El impuesto sobre la renta comenzó en 1921 con un tipo del 10 por ciento para los primeros 24.000 marcos, subía al 20 por ciento para los siguientes 60.000, y así de forma progresiva hasta un máximo del 60 por ciento para rentas superiores a 395.000 marcos anuales, suma equivalente en septiembre de 1921 a unas 1.000 libras o 4.200 dólares —un salario respetable en los años veinte. En otoño de 1921 los ingresos mínimos necesarios para la subsistencia de una familia de cuatro personas —dos adultos y dos niños— eran algo inferiores a 24.000 marcos anuales (alrededor de 60 libras). Sin embargo, a medida que el marco bajaba y los salarios subían, los impuestos sobre los ingresos reales se hicieron proporcional-mente mayores.

El día 30 de septiembre lord D'Abernon escribía en su diario que, en comparación con el año anterior, el vestido y la alimentación, especialmente de los niños, habían mejorado sustancialmen-te. Desde su cargo oficial, observaba con recelo que las privaciones de la guerra estaban dando a los alemanes una clara ventaja competitiva respecto al resto de los países que conservaban un patrón de consumo de artículos de lujo y alimentación similar a los niveles anteriores a la guerra. Una ventaja inesperada más que añadir a aquellas de las que la industria alemana ya disfrutaba: diversas subvenciones gubernamentales que abarataban los costes de producción. El precio del carbón era inferior al precio de coste en Gran Bretaña. El pan se vendía por debajo del precio del mercado. El transporte por ferrocarril tenía un precio inferior a los costes de explotación. El presupuesto alemán sufría en beneficio de su industria y de su comercio.

No todos los industriales y comerciantes alemanes habían perdido la esperanza en el marco, pero eran pocos los que no se protegían contra cualquier eventualidad —una protección que sólo podían obtener a costa del Estado, consiguiendo así que sus temores

se materializasen. Cuando les era posible, trataban de conseguir crédito a favor en el extranjero, normalmente a base de acuerdos directos con sus clientes o proveedores: por ejemplo, facturaban en La Haya los productos que exportaban a precios inferiores a los acordados y a cambio importaban mercancías que les facturaban a un precio mayor del pagado. Estas maniobras tenían la ventaja adicional de eludir el pago de impuestos en Alemania.

Este tipo de operaciones, realizadas a gran escala, habrían llevado a la inflación del marco. De haber continuado, el resultado habría sido la insolvencia de Alemania como país, aunque sus ciudadanos poseyeran importantes fortunas en el exterior. El proceso era particularmente censurable, no sólo porque el beneficio de los exportadores supusiese una pérdida paralela para el país, sino porque una parte de esta pérdida consistía en las sustanciosas subvenciones —en comida para los obreros y en costes del ferrocarril para la industria— que permitían que los precios de las exportaciones alemanas fuesen competitivos.

En la práctica, las operaciones de sobre y subfacturación probablemente no fueron generalizadas, simplemente porque todo lo que tenía que hacer un exportador alemán, siempre que no necesitara traer los beneficios a casa, era pagar las facturas en un banco extranjero donde las autoridades fiscales no pudieran confiscar los fondos. En cualquier caso, mientras siguieran entrando divisas y se devolvieran las suficientes, el efecto neto sobre el marco podía ser positivo. F. Thelwall, agregado comercial de la Embajada británica en Berlín, encontraba otros síntomas más preocupantes en los problemas de Alemania. Los salarios de los trabajadores, informaba a mediados de octubre, cuando el marco se aproximaba a una cotización de 500 por libra, eran demasiado bajos, y los obreros no recibían un trato justo:

El descontento laboral que existe se debe a la caída del marco y al anuncio de nuevos impuestos, que van a aumentar el coste de la vida. Los empresarios y comerciantes alemanes están ganando mucho dinero, tanto en el propio país como en el extranjero, mientras las finanzas

estatales están a punto de quebrar. Pero no creo que esto se deba tanto a que los exportadores alemanes estén acumulando una vasta fortuna en el exterior como al equivocado sistema financiero del gobierno respecto a su propio presupuesto y a las excesivas obligaciones que le resulta prácticamente imposible cumplir.

El sistema tributario alemán tiene dos defectos principales. El primero consiste en que sobre el papel la carga fiscal es demasiado opresiva, y por tanto coloca al ciudadano ante el dilema de arruinarse o de no pagar los impuestos, y no cabe duda de cuál será el camino que va a escoger; el segundo es que ha supuesto una reorganización tan grande del aparato ejecutivo que probablemente pasen bastantes años antes de que sea realmente eficaz.

En octubre de 1921 la situación presupuestaria era realmente sombría. En papel moneda, la suma de los gastos corrientes del gobierno (incluyendo los últimos 10.000 millones debidos al aumento de los salarios) y de los pagos previstos a los aliados en concepto de costes de reparaciones y de ocupación ascendía a unos 113.000 millones de marcos. Sin embargo, por el lado de los ingresos, las previsiones iniciales más la recaudación esperada de los nuevos impuestos establecidos en julio no llegaban a los 90.000 millones. Estos cálculos se basaban en un valor de conversión de un marco oro por cada 13 marcos de papel, pero en aquellos momentos la relación ya era de 22 a uno. La realidad era que solamente lo que había que pagar a los aliados equivalía al total de los presupuestos ordinarios y extraordinarios, que sólo cuadrarían si los 15 nuevos planes tributarios del canciller Wirth entraban efectivamente en vigor. En las condiciones políticas reinantes, y con el sistema fiscal existente, era más que dudoso. Un impuesto sobre el capital, por ejemplo, como habían exigido en julio los socialistas para gravar el valor real del patrimonio, no produjo ningún ingreso sustancial en términos reales por el tiempo que transcurría desde la fecha de la valoración y la de pago. Además, el siguiente vencimiento en los pagos de reparaciones nuevamente desequilibraba el presupuesto, con su inevitable repercusión en el marco.

«Las perspectivas —informaba el embajador británico a lord Curzon— son un tanto alarmantes. No existe una auténtica voluntad de dejar de imprimir billetes, el sistema recaudatorio no es eficaz y no hay suficiente valor para poner freno a subsidios y subvenciones... Si se le confiase la dirección de las finanzas alemanas a un ministro capacitado y con suficiente poder, imagino que la situación actual cambiaría.» También enunciaba dos deseos: que el incremento de impuestos directos no coincidiera con la subida de los precios y que los contribuyentes no supiesen con claridad el destino de sus aportaciones, especialmente si los acreedores eran extranjeros.

Durante una quincena el gobierno Wirth sufrió una grave crisis de nerviosismo y estuvo a punto de dimitir. La gota que colmó el vaso fue la decisión de la Liga de las Naciones, hecha pública el 17 de octubre, por la que se dividía la Alta Silesia entre Alemania y Polonia. La indignación fue generalizada y muy intensa, tanto por lo que se refería al orgullo nacional como porque la pérdida de otra parte importante de la Alemania industrializada hacía todavía más difícil la recuperación económica. Esta decisión fue una de las causas principales de que Alemania no entrase a formar parte de la Liga durante años. El primer ministro se vio obligado a dimitir, pero el 26 de octubre volvió a asumir el poder al frente de una coalición formada por la mayoría socialista y los demócratas que aceptó, aunque con protestas, la imposición aliada remitida desde Ginebra. Mientras tanto el marco alcanzaba un nuevo mínimo de 600 marcos por libra.

Al doctor Wirth no le iban a faltar consejos sobre lo que debía hacer. El 25 de octubre el ministro de Finanzas del estado de Ba-viera, aunque no se oponía al pago de las reparaciones siempre que fuera posible, advertía públicamente al gobierno de Berlín de que «hay un límite en la presión fiscal, si no se quiere paralizar la vida económica de la nación». Llamaba también la atención sobre la avalancha de nueva legislación tributaria que se estaba generando, cuando —decía— se podrían haber recaudado muchos más millones si los funcionarios de Hacienda hubieran

tenido tiempo para perseguir a los especuladores y a los evasores de impuestos.

La gente estaba indignada, pero en su mayoría no se mostraba ni tan pesimista ni tan deprimida como los políticos. Las tiendas de Berlín vendían enormes cantidades de productos a alemanes y extranjeros. Los precios de las acciones subían al mismo ritmo que lo hacía el dólar. Los bancos recibían tal cantidad de órdenes de compra de valores que algunos días no podían cumplimentarlas todas por falta de tiempo para abrir las cartas en las que se hacían las peticiones.

«Por supuesto, la subida es frenética e insana», escribía lord D'Abernon.

Debe faltar muy poco para el pánico. Tan pronto como la inflación deje de crecer y sobrevenga una recesión, habrá que pagarlo muy caro. *Behrenstrasse*, que corresponde a nuestro *Lombard Street*, me recuerda a San Francisco después del terremoto. Casi todos los bancos están ampliando sus sedes o las están reformando, y resulta difícil abrirse paso por la calzada. Se trata de algo parecido a la burbuja de los mares del Sur.

Debió de ser muy difícil para el hombre de la calle, con escasos conocimientos financieros, estimar si las perspectivas eran buenas o malas. La realidad era que la nave del Estado se iba derecha y a toda máquina hacia la catarata, lo cual era bueno para unos y malo para otros. De todas formas, la gente sabía a quién tenía que echar la culpa si, a pesar de algunos destellos de prosperidad, la supervivencia de la nación estaba en peligro. El *Berliner Tageblatt*, en su número del 9 de noviembre de 1921, decía:

Todavía importamos más de lo que exportamos. Aun así, tenemos que renunciar al 26 por ciento del valor total de nuestras exportaciones [por el pago de las reparaciones]. Los países extranjeros, asustados por nuestra competitividad, están levantando barreras con alambrada de espino. Nos han impuesto obligaciones para las próximas décadas y no se hace nada a nivel internacional para estabilizar el marco. Cuando se

DELIRIO DE MILLONES

aceptó el ultimátum [de Londres], el dólar estaba a 60 marcos. Hoy está a 180, o más.

El periódico se quejaba de que «la reducida clase alta capitalista» estaba obteniendo enormes beneficios aprovechando las fluctuaciones de los cambios, mientras los extranjeros utilizaban la diferente cotización del marco en el interior y en el exterior del país «para comprar nuestros productos a montones». Reclamaba mayores impuestos para los beneficios de cambio y las ganancias especulativas y añadía:

El impuesto de sociedades produce unos ingresos mínimos, ya que se deducen toda clase de gastos... incluyendo el coste de los coches particulares del propietario y de los directores, por ejemplo... La valoración de todas las deudas tributarias está tan retrasada que cientos de miles de personas de la clase más acomodada no han pagado todavía los impuestos del año 1920. Todo el aparato fiscal está tambaleándose como un castillo de naipes. Los socialdemócratas exigen un sacrificio visible e inmediato a las clases productoras a través de un impuesto sobre el valor real. La industria ha intentado desviar el golpe mostrándose dispuesta a facilitar el pago millonario en marcos oro mediante un crédito.

Cada vez se manejaban cifras más asombrosas sobre el volumen de billetes alemanes en poder de extranjeros, no se sabía muy bien para qué, así como para determinar el capital alemán depositado, invertido o retenido en el exterior, con el fin de eludir los impuestos. Arthur Eichhorn comentaba con conocimiento de causa la evasión de capitales en un artículo en la prensa, observando que no se conocía siquiera de forma aproximada la cantidad, aunque sin duda tenía que haber sido considerable desde el final de la guerra:

La evasión de impuestos, el miedo a la socialización y la inflación se han combinado para sacar el capital de los países con monedas débiles hacia los países cuya moneda es sólida o muy solicitada... Esto no tiene nada que ver con el comercio internacional, ni con las operacio-

nes de crédito normales, sino que aumenta el caos de los tipos de cambio.

Los dólares, los francos suizos y los florines holandeses fueron las monedas predilectas en este toque a rebato por la conversión, pero otras, incluso la corona checa, también gozaban del favor del público. Los créditos en florines concedidos por los bancos suizos eran absolutamente desproporcionados con relación al verdadero comercio entre Suiza y Holanda, y se daba por hecho que se trataba de «créditos suizos para los especuladores alemanes disfrazados de holandeses». Un curioso efecto secundario de esta fiebre del franco suizo consistía en que el tipo de interés a corto plazo era en Suiza inferior al 3 por ciento, mientras que a largo plazo estaba por encima del 10 por ciento.

Con la fuga de capitales, el presupuesto desequilibrado y sin nadie que deseara tener marcos, ocurrió lo inevitable, y a mediados de noviembre de 1921 se compraban 250 marcos con un dólar y 1.040 con una libra. El marco había superado otra barrera psicológica en su descenso. Alemania necesitaba encontrar otros 500 millones de marcos oro antes de final de febrero para pagar a los aliados, o de lo contrario tendría que afrontar las sanciones de Francia: la ocupación del Ruhr. El incumplimiento del pago se produciría si Londres no ayudaba. Sin embargo, los banqueros londinenses rehusaron conceder más créditos mientras Alemania no pusiese en orden sus finanzas y Francia no entrara en razones. Como aparentemente ninguna de las condiciones podía darse sin cumplir las otras, los banqueros alemanes comenzaron a temer que el marco pudiese caer a los niveles austríacos.

Para tratar de reconducir el problema habrían sido necesarias tres medidas urgentes: equilibrar el presupuesto para poner fin a la emisión de billetes; acabar con las subvenciones a la industria en forma de subsidios a los alimentos, de inadecuadas tarifas ferroviarias y el insuficiente impuesto sobre el carbón (aunque se hubiera incrementado en el 100 por ciento, el carbón alemán sólo habría costado 550 marcos por tonelada, un mínimo porcentaje del precio

DELIRIO DE MILLONES

mundial), y la revisión de los aranceles aduaneros, acompañada de un sistema eficiente de recaudación. Dado el poder del que disfrutaban los grupos de presión industriales, ninguna de estas salidas parecía probable ni siquiera posible.

La subida del coste de la vida estaba produciendo un considerable malestar en la industria del Ruhr, donde ni siquiera la nueva subida de los salarios podía seguir el ritmo de la inflación. Los empresarios sostenían vehementemente que la escalada de los precios se debía al bloqueo financiero de los aliados, cuyo último episodio había sido el reparto de la Alta Silesia. Un argumento que no convencía a los asalariados. El vicecónsul británico en Essen informaba:

Se corre el riesgo de que los precios de los alimentos vuelvan a subir, ayudados por la más completa desorganización de la administración. Aunque esta ciudad tiene una oficina especializada en reprimir la especulación, y aunque todas las semanas se publican en los periódicos las multas impuestas, comparativamente muy pocos delincuentes sufren el castigo que merecen. Por ejemplo, un individuo arrestado por vender harina obtenida ilícitamente fue juzgado y enviado a prisión, pero siguió vendiéndola cuando salió... No sólo están aumentando diariamente los precios de las nuevas mercancías, sino que los precios de las que ya estaban en los almacenes se revisan al alza cada 24 horas.

El 22 de noviembre, sir Basil Blackett*, interventor financiero del Tesoro británico, enviaba al Foreign Office un memorándum aleccionador sobre los problemas de Alemania. Durante su gira de inspección le llamó la atención que mientras que en Gran Bretaña había cerca de dos millones de parados, en Alemania prácticamente no existiera desempleo.

A pesar del arraigado sentido común de los alemanes, el hombre de la calle está comenzando a creer lo que le cuentan algunos empresarios interesados, por lo que parece dispuesto a aceptar la falsa doctrina de

* Posteriormente, director del Banco de Inglaterra. Empezó a trabajar para el Tesoro en 1904. Nació en 1882 y murió en 1935.

que es bueno para los negocios que el gobierno provoque la inflación, gastando de forma habitual más de lo que recauda, y que a la larga tiene que ser malo para cualquier país recibir rentas que llegan de fuera en forma de indemnizaciones...

Los empresarios alemanes deberían saber que la febril actividad que está desarrollando la industria alemana (destruyendo el comercio de sus vecinos) es más un síntoma de enfermedad que una prueba de salud. Pero, como pasa siempre, en Alemania la gente cree que el peso de los impuestos debe recaer en los demás... Incluso los mejor dispuestos se están acostumbrando a ver las cosas desde una perspectiva fatalista, y prefieren dejar pasar el tiempo y esperar a que el mundo recupere el juicio. Los grandes industriales están intentando salvar algo de la quema, cambiando todos los marcos que pueden en divisas fuertes o, en caso de no conseguirlo, comprando toda clase de bienes reales: tierras, maquinaria, etc., que tengan un valor intrínseco... El incentivo para ahorrar ha desaparecido, justamente cuando el ahorro es vital para el Estado.

La caída del marco, continuaba el memorándum, está acabando con las clases medias, haciendo desaparecer rápidamente el valor de sus inversiones. Una cartera de un millón de marcos en bonos de guerra alemanes, que en su momento se suscribió con el equivalente a 45.000 libras de bonos ingleses, ahora tiene un valor de alrededor de 1.000 libras, «e incluso en el interior su poder adquisitivo es de sólo 3.000 libras y está cayendo rápidamente». Un pensionista alemán que cobrase 10.000 marcos al año antes de la guerra podía compararse muy favorablemente con otro inglés que tuviese una renta de 500 libras. Ahora, el valor de su pensión sería de 10, y su poder adquisitivo no llegaría a 30 libras. Las cuantías de las pólizas de seguro suponen menos para los tomadores o sus viudas que la prima anual que trabajosamente fueron ahorrando cada año.

Blackett observaba que los decretos de congelación de alquileres golpeaban de nuevo a las mismas clases sociales, «que eran condenadas a la inanición para poder subvencionar los salarios de los trabajadores alemanes y los beneficios de sus empresarios». Los subsidios al pan y a las tarifas ferroviarias, financiados por la inflación y combinados con las restricciones de las rentas, permitían a los ex-

tranjeros comprar mercancías alemanas muy por debajo de los precios internacionales, y si vivían en Alemania o la visitaban podían viajar, comer o alojarse a precios ridículamente baratos. «Se está produciendo un proceso gradual de compra y exportación de todo bien mueble, muebles de segunda mano, pianos, etc., a costa de todo un país.»

Los extranjeros también compraban inmuebles y participaciones en industrias y en toda clase de negocios. De alguna manera todo esto se producía a expensas de los trabajadores, cuyos salarios subían por debajo del índice del coste de la vida, pero sobre todo a costa de las clases medias, cuyo capital había sido destruido y en gran medida exportado. Los empresarios que exportaban su producción podían mantenerse a flote pero, según Blackett, el resto de las empresas, que necesitaban importar una parte de sus materias primas, no podrían reponer su producción con el rápido y sistemático descenso del marco.

El informe terminaba diciendo:

La única ventaja transitoria es que los obreros alemanes tienen trabajo, pero esto se debe principalmente no al éxito de sus ventas en los mercados exteriores, sino al consumo desordenado de los poseedores de una desproporcionada cantidad de marcos de papel, que desean quitárselos de encima como sea y que, consecuentemente, están orientando la producción de forma anárquica, lo que interfiere a su vez con un correcto flujo exportador y hasta cierto punto aumenta las importaciones de artículos de lujo.

Que el gobierno haya aplicado o aplique deliberadamente una política inflacionaria tan desastrosa para cualquier gobierno que la adopte ha quedado suficientemente refutado. En parte son su inexperiencia y su debilidad las que le han impedido tener mayor éxito.

Las opiniones de Blackett, que lord D'Abernon habría suscrito por completo, contrastaban profundamente con lo que el gobierno francés creía, o quería creer: que los alemanes les estaban embaucando, manipulando los cambios a su favor para conseguir un rápido crecimiento de su riqueza. De hecho, la evidencia de lo que le

sucedía a la economía alemana estaba al alcance de su mano, en las zonas ocupadas por los aliados a orillas del Rin.

El cónsul general británico en Colonia, Paget Thurstan, escribía el 23 de noviembre de 1921 que las tiendas estaban siempre atestadas de compradores y que muchas de ellas cerraban la mayor parte del día para protegerse de la avalancha.

Es frecuente ver colas de compradores aguardando a que las tiendas vuelvan a abrir sus puertas. En estas circunstancias es evidente que las existencias se agotarán enseguida y que su reposición hará que los precios suban mucho más. Sólo así se puede comprender el hecho insólito de que los precios al por mayor sean a menudo más altos que los minoristas, produciéndose en ocasiones diferencias de cerca del cien por cien en algunos artículos. Naturalmente, mientras imperen estas condiciones, no existe ningún límite para el alza del coste de la vida medido en marcos, y cualquier acuerdo sobre los salarios sólo puede ser efímero.

Cuatro días más tarde Addison repetía la misma historia desde Berlín, aunque al estar la capital más lejos de la frontera había sufrido menos incursiones de extranjeros ansiosos de beneficiarse con el tipo de cambio.

Muchas tiendas se quedaban sin nada que vender. Otras cerraban de una a cuatro de la tarde y la mayoría de ellas rehusaba vender más de un artículo del mismo tipo a cada cliente. La obsesión por comprar ha desaparecido prácticamente, ya que los precios han subido para compensar la nueva cotización del marco. No obstante, en casi todas las tiendas de fotografía es frecuente ver ávidos compradores japoneses. Pero, en general, por lo que se refiere a Berlín, son los propios alemanes los que están realizando la mayoría de las compras y los que están vaciando los almacenes por miedo a nuevas subidas de precios o al agotamiento total de las existencias.

En aquellas fechas Addison se entrevistó con el canciller, que le confesó abatido que si las cosas seguían así el problema afectaría seriamente al mantenimiento del orden público. Decía el doctor

Wirth que todas las demandas razonables tendrían que aceptarse, pero que la situación empeoraba diariamente de forma tan rápida, y que las dificultades recurrentes que requerían una solución costaban tal esfuerzo adicional, al no disponer de medios financieros para afrontarlas, que la carga se volvía demasiado pesada para el jefe del gobierno.

«El primer ministro está haciendo todo lo que puede para controlar la situación», opinaba Addison,

pero la imposibilidad de que las clases trabajadoras consigan los productos de primera necesidad, si no es a precios astronómicos, unida a la crudeza del invierno, puede acarrear serias dificultades. El canciller estaba a punto de entrar en una sesión del gabinete convocada para estudiar las reivindicaciones salariales de los empleados del Ayuntamiento de Berlín y estábamos sentados medio a oscuras debido a una huelga parcial de los trabajadores del sector eléctrico, que se desconvocó al día siguiente bajo la promesa formal de una subida salarial que suponía un gasto extra de otros 400 millones de marcos.

«El doctor Wirth —concluía Addison con pesimismo— es un hombre de determinación sosegada y con una inclinación natural hacia el optimismo.»

Aunque Addison consideraba que exagerar las dificultades era un defecto casi general entre los alemanes, aceptaba que ya no se trataba solamente de la clase media, sino que también los trabajadores estaban llegando a los mínimos soportables. Ni a él ni a ninguno de sus contactos alemanes les cabía la menor duda de que los principales elementos que conducen a los disturbios y a las revoluciones estaban presentes de nuevo en la Alemania de finales de 1921. A últimos de noviembre, cuando se produjeron en Berlín los disturbios en protesta por los precios de los alimentos, que repercutieron en todo el país, el marco cayó a 1.300 por libra.

También tuvieron repercusión en Austria, donde la devaluación de la corona cobraba velocidad y las provisiones eran aún más escasas. Junto a la exasperación que producía la continua subida de los pre-

cios, se fue despertando un profundo odio y resentimiento contra los que se habían aprovechado, o al menos contra los que la gente creía que lo habían hecho, de las desgracias de Austria —los *Schieber*, los especuladores en el mercado de divisas, e inevitablemente los judíos.

Los vieneses se amotinaron el 2 de diciembre a raíz de una nueva devaluación de la corona. La cantidad de cristales que se rompieron ese día fue enorme. Una multitud desarmada de unas 30.000 personas, entre las que se hallaban numerosos gamberros, destruyó y saqueó tiendas de comestibles, restaurantes y cafés por todas partes y asaltó los hoteles del centro. Sin embargo, sólo en el caso del Hotel Bristol, donde se hospedaba sir William Goode, anterior presidente de la sección austriaca de la Comisión de Reparaciones, la multitud subió hasta el segundo piso, invadiendo y saqueando su apartamento. De acuerdo con las informaciones, después de que el propio sir William «hubiera impedido durante una hora que la multitud entrase en una habitación donde se habían refugiado varias señoras inglesas y americanas», le robaron todas sus pertenencias.

Los manifestantes solicitaban del gobierno el embargo de todas las divisas —muchas tiendas insistían en que se pagara en moneda extranjera— y el control estatal del mercado de valores. Reclamaban que todo el oro pasase a manos del Estado, incluyendo el que pertenecía a las iglesias y monasterios. Pedían que se estableciese un impuesto progresivo sobre el patrimonio, un sistema inmediato de seguro a la infancia y la reducción sistemática de los subsidios de los alimentos. El primer ministro aceptó todas estas reivindicaciones excepto la referida a los subsidios de los alimentos, cuyo abandono habría aumentado aún más el coste de la vida.

Había sido un día de advertencia. Mientras la corona seguía bajando, el agregado comercial británico en Viena escribía: «Me temo que estos disturbios presagien el derrumbamiento final». Hasta que llegara la estabilización, era algo de lo que cualquiera podía estar seguro, desde un punto de vista financiero, aunque no político. En cualquier caso, la capacidad de sufrimiento del pueblo

austriaco había quedado sobradamente demostrada. Mientras que cualquier otro pueblo de Europa habría estallado varias veces mucho antes, la reacción de los austriacos, después de cuatro años de crisis ininterrumpidas, había sido relativamente tímida. La clase media fue, con mucho, la más seriamente afectada, y no había emprendido ninguna acción pública efectiva para mejorar su situación. De hecho, con los motines de diciembre parecía que los vie-neses se hubieran desahogado de momento. Con la corona a más de 2.000 con relación a la libra, Austria rápidamente volvería a caer en su habitual estado de letargo. La Universidad de Viena cerró durante el invierno a causa del frío. Los agentes de Bolsa se declararon en huelga por la imposición de un nuevo tributo. Las tarifas del ferrocarril subieron un trescientos por ciento. Y mientras que la vida nocturna de los ricos se hacía cada vez más frenética, podía verse a magistrados jubilados y antiguos generales sin un céntimo a orillas del Danubio.

CAPÍTULO 5

EL DESCENSO A LA HIPERINFLACIÓN

El malestar social era uno de los síntomas más evidentes de la inflación. La enfermedad, en opinión unánime del mundo financiero austriaco y alemán, no se podría contener sin la buena voluntad de la comunidad internacional y sin una reducción significativa de las obligaciones impuestas en los tratados de paz. Los políticos alemanes intentaron paliar algunos de los síntomas cuando era posible. Se adoptaron más medidas para que pareciera que el gobierno estaba luchando contra la especulación. El primer ministro de Baviera llegó a presentar un proyecto de ley para que la gula fuese considerada un delito.

En este proyecto se definía al glotón como «aquel que habitualmente se dedica a los placeres de la mesa con tal intensidad que crea descontento entre una población que está sufriendo graves privaciones». En el capítulo de penas se estipulaba que si el sujeto delinquía por primera vez, podría ser castigado con la cárcel y/o con una multa de hasta 100.000 marcos (alrededor de 75 libras). Sin embargo, al reincidente se le podrían imponer hasta cinco años de trabajos forzados, multas de 200.000 marcos y la pérdida de sus derechos civiles. También se estipulaban castigos para los proveedores, los que instigaban o los que consentían el delito, y se establecía un apartado especial relativo

a los extranjeros convictos, que sufrirían además su expulsión del país*.

El proyecto —inspirado en una reciente disposición austríaca que gravaba las celebraciones de fiestas y banquetes — pasó desapercibido y nunca llegó a promulgarse. Pero de todas maneras, la anécdota puede ser representativa no sólo del agravio que provocaban tanto los especuladores alemanes como los extranjeros que se aprovechaban de la cotización de sus monedas, sino de hasta qué punto de desesperación, por no decir ridiculez, llegaban unos políticos respetables.

Así como se creía que la caída del marco se debía directa o indirectamente al pago de las reparaciones que Alemania no podía satisfacer, se opinaba también que cualquier reducción en la presión de estas obligaciones, aunque fuese temporal, lanzaría inmediatamente el marco hacia las alturas. Se convocó una tercera conferencia para el 18 de diciembre en Londres y el anuncio se interpretó como que los aliados se habían dado cuenta por fin de la imposibilidad de satisfacer los pagos en oro que vencían en enero y febrero de 1922. Esta posibilidad provocó una ola de confianza en las bolsas que repercutió peligrosamente en la cotización del marco, confianza de que finalmente se acabara con la intolerable plaga del sistema financiero. El 1 de diciembre de 1921 el marco había escalado posiciones, recuperando una cuarta parte de su valor de noviembre. Para cuando el cambio era de 751 por libra (en noviembre llegó a ser de 1.041), los precios de las acciones y de los valores cotizados en marcos, aunque todavía se encontraban por encima de los niveles de diciembre del año anterior, habían descendido a la mitad o más**, mientras que el Reichsbank compraba grandes cantidades de divisas extranjeras.

* El documento del Foreign Office que contiene este informe lleva escrito al margen un comentario de lord Curzon que dice «Gracioso», y añade la sugerencia de que le sea enviado al rey para que se divierta.

** Ejemplos de algunas cotizaciones: Daimler (diciembre 1920), 295; (noviembre 1921), 800; (22 diciembre 1921), 490. Allgemeine Elektrizitätsges.: 319; 1.100; 657. Deutsche Bank: 327; 701; 475.

Míster Seeds informaba de que un pánico similar se estaba produciendo en Munich, donde algunos bancos pequeños y sociedades financieras se habían visto afectados muy duramente. «La prensa ha dicho que las conversaciones de Londres no justifican que el marco haya experimentado esta recuperación tan súbita y están tratando de apaciguar a los especuladores», y continuaba:

Pero desde ese punto de vista la situación es insostenible, y la gente continuará haciendo caso a toda clase de rumores y especulando tanto con mercancías como con valores.

Por lo que se refiere a las acciones, todo el mundo ha estado comprando durante meses con la más absoluta falta de sentido común. Se han comprado acciones de empresas desconocidas, y en algunos casos con el único fin de cambiar el papel moneda sin valor por títulos con garantías, pero generalmente con la esperanza de obtener un beneficio con las subidas. Las acciones más prestigiosas, que habían llegado a repartir un dividendo del 20 por ciento, han subido tanto que los accionistas finales no podían esperar más del 1 por ciento de rentabilidad, con lo cual la recuperación del marco no ha satisfecho a nadie, más bien lo contrario.

La caída anterior del marco también había tenido consecuencias indeseables, ya que la población entraba en desbandada a las tiendas con una especie de fiebre compradora. Mientras critican a los extranjeros que se aprovechan del cambio de su moneda para esquilmar Alemania, los oriundos tampoco han ido a la zaga a la hora de vaciar las tiendas... Muchos pensaban que pronto su dinero no valdría nada en absoluto y preferían cambiarlo por cualquier cosa antes de que fuese demasiado tarde; otros opinaban que la manía compradora serviría para que subieran los precios gracias a la caída en el tipo de cambio y, en consecuencia, se lanzaban a los mercados especulativos. La prensa advertía de que cuando se agotara el poder adquisitivo de la gente el desastre comercial sería inevitable y que, mientras tanto, las clases más pobres seguían sufriendo. Sin embargo, todos los esfuerzos por tratar de infundir sensatez en una población presa del pánico fueron vanos, y los precios de los artículos seguían subiendo día tras día. La moneda alemana se considera papel mojado sin ningún valor. No obstante, resulta sorprendente que incluso los alemanes más modestos

gasten en lujos como teatros, cines, patinaje y excursiones al campo. Deben de haber gastado grandes cantidades durante la locura compradora. La explicación que se suele dar es que todo ese dinero procedía de la desinversión y de los ahorros. Hablando de este asunto el otro día con el ministro de Comercio, me dio la misma explicación, y se extendió en analizar lo que consideraba la parte más seria de la cuestión, es decir, el grave deterioro que estaba sufriendo la credibilidad del Estado, y la pérdida de lealtad de los ciudadanos: aquellos que habían apoyado al gobierno durante la guerra comprando bonos del Estado habían perdido prácticamente todo a causa de la depreciación del marco, y toda la población se dedicaba a evadir impuestos y a las compras especulativas, desde alfombras y cosas parecidas hasta los llamados «valores».

Que el gobierno alemán tuviera que hacer frente (en palabras de un miembro de la Comisión de Control para el Desarme) al problema de toda una comunidad de contribuyentes dispuesta, cuando era posible, a defraudar y falsear sus declaraciones era malo de por sí. El creciente desencanto —prácticamente generalizado— con el gobierno del que había hablado el ministro de Comercio bávaro lo empeoraba.

«Se han perdido las riendas», decía un titular del *Berliner Tage-blatt* el 6 de diciembre.

Nadie sabe en qué quedará todo este lote de propuestas fiscales... [porque] el Ministerio de Finanzas lo «maneja» el ministro de Alimentación como atracción secundaria... Durante la última semana de noviembre se han emitido más billetes que nunca: 4.500 millones de marcos, casi el doble de todos los que existían en circulación antes de la guerra. Si no nos decidimos pronto a poner en orden nuestras finanzas, nuestros acreedores nos impondrán su administración.

Lord D'Abernon había sacado la misma conclusión respecto al canciller. El día 24 de noviembre de 1921 escribía en su diario, con deliberado sarcasmo:

Cada día estoy más convencido de que Wirth no entiende casi nada de números y los utiliza como perchas donde colgar su retórica. En cuan-

to le menciono algún detalle del presupuesto alemán, su atención decae y es absolutamente incapaz de seguir ni siquiera mis razonamientos más lúcidos.

Pudiera ser que en esos momentos el doctor Wirth, como otros muchos, estuviese pensando que el equilibrio presupuestario no era más que un ejercicio académico, mientras que los verdaderos problemas estaban detrás de las reclamaciones de Francia, y en cómo iba a conseguir «poner miles de millones en oro contante y sonante sobre la mesa». El *Berliner Tageblatt* del 16 de diciembre citaba unas declaraciones suyas en las que decía que el sistema económico estaba hinchado artificialmente a causa de la caída del tipo de cambio, y que esto podía conducir a una desilusión todavía más amarga al cabo de unos pocos meses. «Esta prosperidad ficticia, que nuestros adversarios nos reprochan a menudo, adopta una forma distinta en otros países. En Inglaterra y Estados Unidos, la del desempleo.»

El doctor Wirth declaraba que era imposible recomponer el mundo, y especialmente el sistema económico europeo, mientras Europa del Este siguiese destrozada y la incapacidad de compra de sus pueblos se extendiese hacia Europa Central. Pensaba que la única puerta hacia la esperanza era que el mundo en general y «las altas finanzas inglesas» en particular escucharan por fin las explicaciones alemanas sobre por qué no podía pagar lo que se le pedía, que el ultimátum de Londres había convertido a Alemania en un país indigno de crédito y que el problema estaba íntimamente relacionado con el sistema económico mundial.

La prensa recibió su discurso con frialdad. Un país en el que el respeto por la ley era innato y en el que se empezaban a dar casos de saqueo necesitaba acción y no excusas para fomentarlos. Desgraciadamente, para poner en práctica las reformas, el gobierno socialista dependía de la clase funcionarial más reaccionaria, cuya buena voluntad se esfumaba a la misma velocidad que lo hacían sus ahorros y sus rentas. El resultado era que cada vez se hacían menos cosas y el gobierno fue perdiendo el apoyo de los trabajado-

res, que ni se molestaban siquiera en ir a votar. Para ellos la política se convirtió en algo irrelevante, y en la Navidad de 1921 lo único que les importaba era la carestía de la vida y la forma de defenderse de ella.

En los ocho años transcurridos desde 1913 el precio del pan de centeno se había multiplicado por 13, y el de la carne de vacuno, por 17. Ésas eran las mercancías que habían salido mejor paradas. El azúcar, la leche (a 4,40 marcos el litro), el cerdo y hasta las patatas (a 3 marcos el kilo) habían subido entre 23 y 28 veces. Por su parte, el precio de la mantequilla se había multiplicado por 33. Estos eran los precios oficiales; los reales con frecuencia eran un tercio más altos, y todos ellos eran aproximadamente un 50 por ciento más caros que en octubre, solamente dos meses antes.

La breve recuperación del marco en diciembre no llegó a consolidarse. Sin embargo, se triplicó temporalmente el desempleo hasta alcanzar un 3 por ciento y supuso otra llamada de atención sobre lo que inevitablemente habría que soportar cuando se dejasen de imprimir billetes a demanda. Antes de la guerra, cuando el marco estaba fuerte, había normalmente unas 9.500 quiebras al año. A medida que la inflación de guerra aumentaba, el número de quiebras descendió desde 7.739 en 1914 hasta 807 en 1918. Durante los siete primeros meses de 1921, cuando el marco se mantuvo bastante estable, se produjeron 2.975, más del doble que en 1920 y tres veces las de 1919*. Las cifras de 1921 eran las más sintomáticas, pues al analizar la evolución del número de quiebras en los distintos meses del año se podía comprobar que la caída del marco se asociaba con una disminución de las quiebras, y viceversa. La mayor cantidad, 845, se produjo en primavera, cuando el marco estuvo más fuerte, alcanzando su nivel más bajo en noviembre con sólo 150. El *Frankfurter Zeitung* comentaba: «Esto nos da una idea de la tremenda debacle que se puede producir si el marco experimentase ahora una subida rápida y consistente».

* Las quiebras anuales desde 1912 fueron: 9.218, 9.725, 7.739, 4.594, 2.279, 1.240, 807, 1.015, 1.324, 2.975.

La reunión que celebraron en Londres Lloyd George y el primer ministro francés Aristide Briand no solucionó nada. La cuestión de las reparaciones se dejó para la siguiente conferencia de Cannes, que se celebraría después de Año Nuevo. La decisión principal consistió en conceder una moratoria para los vencimientos que Alemania tenía que satisfacer en los meses de enero y febrero, pero a continuación se le obligaba a pagar 31 millones de marcos oro cada diez días a cuenta de posteriores ajustes. Desde el punto de vista diplomático, la conferencia de Cannes fue un fracaso. Los franceses ignoraron y desairaron durante los cuatro primeros días a la delegación alemana que presidía Rathenau, el ministro de Reconstrucción, y cuando monsieur Briand fue visto jugando al golf con mis-ter Lloyd George, sus colegas franceses le acusaron de estar al servicio de la política británica. Fue llamado a París por el presidente Millerand el día antes de que terminase la conferencia y sustituido por Poincaré. Poincaré ocupó su puesto con la única idea de conseguir que Alemania pagara o, como dijo él mismo: «Defender con energía todos los derechos de Francia a tenor del Tratado de Versalles».

«Los honorarios en los Tribunales de Guerra —escribía Lloyd George con ironía— están en lo más alto del escalafón.» Alemania había perdido el pleito y debía pagar todas las costas. Para Poincaré la justicia no sólo tenía que prevenir, sino que también tenía que castigar. Lloyd George decía lo siguiente del líder francés de 1922:

Él no necesitaba para nada la conferencia de Cannes. Sabía cómo sacarle el dinero a los alemanes ¡con el látigo!... Briand era bretón, Poincaré era un lorenés nacido en una provincia repetidamente invadida por las huestes teutonas... él mismo había sido testigo presencial en dos ocasiones de la invasión de su querida región por las tropas alemanas... Es frío, reservado, inflexible, sin imaginación y de un insufrible legalismo. No es ni simpático ni tiene sentido del humor... No le importa nada que la paz sea justa y, mucho menos, magnánima. Lo único que le interesa es destrozar a Alemania e incapacitarla para futuras

agresiones... La caída de Aristide Briand empujó al mundo hacia la catástrofe que culminó en 1931.

Lo empujó, por supuesto, mediante el derrumbamiento del marco, la desilusión alemana, el crecimiento del proteccionismo arancelario y la paralización del comercio internacional, la recesión y la crisis económica y mediante otras cosas mucho peores. Pero Lloyd George escribía en 1932*, cuando el desastre final ya se cernía sobre Europa, en gran parte por la negativa francesa a que Alemania se recuperase de la guerra.

Los esfuerzos alemanes por reunir las cantidades de las reparaciones mediante los nuevos tributos establecidos en julio de 1921 todavía no daban señales de conseguir el objetivo deseado. Lo que se necesita, escribía el secretario comercial de la Embajada británica en Berlín, no son nuevos impuestos, que van a resultar difíciles de recaudar y que van a embarullar aún más el complicado aparato fiscal, sino un reajuste y una estricta aplicación de los ya existentes. Pensaba que debería ejercerse una mayor presión sobre los ricos — especialmente los industriales— para sacar a la luz sus posesiones en el extranjero.

La efectividad que pudo haber tenido este método quedó de manifiesto por la reacción que suscitó la propuesta del gobierno de quedarse con una parte de los dividendos. Antes que admitir una participación directa del Estado, y con el ánimo de evitar cualquier futura interferencia en la administración de sus negocios, los empresarios se apresuraron a ofrecer su colaboración, poniendo a disposición del Estado una parte de sus activos en el exterior para pagar los plazos de las reparaciones, a cambio de que se les perdonara una parte de los futuros impuestos. La forma en que se presentó al gobierno esta propuesta (en septiembre de 1921) no fue precisamente la de subditos de su autoridad soberana ni la del contribuyente al recaudador: de hecho los empresarios pusieron como condición que

* El extracto procede de *The Truth about Reparations and War-debts*, de David Lloyd George.

le fuesen cedidos los ferrocarriles del Estado. El gobierno rechazó con razón el trato.

Terminada la conferencia de Cannes, y ante la perspectiva de un nuevo endurecimiento de las exigencias francesas en el tema de las reparaciones, el marco comenzó otra vez a bajar, situándose en 850 por libra en la última semana de enero de 1922. Alguien, a quien lord D'Abernon describe en su diario como «uno de los hombres más influyentes de la nación, cuyo nombre no debo mencionar», comparaba al país con un automóvil que no podía frenar en cinco metros. Todo el mundo reconoce, decía, que el período de recesión que nos espera va a ser desagradable, con paro, cierre de empresas, y que hay que poner un límite a la emisión de billetes. Pero, añadía, «que no nos aten demasiado corto. Den tiempo al coche para que pueda frenar sin que derrape».

Con el gobierno y el mundo de los negocios convencidos de que no sería oportuno hacer las cosas precipitadamente, la vida discurría entre problemas financieros para todas las clases sociales. Tratando de encontrar a alguien con experiencia comercial para que representase a Alemania en Washington, el doctor Rathenau se quejaba de que había muy pocos empresarios con experiencia diplomática, y los pocos que cumplían los requisitos preferían recuperar sus fortunas personales en lugar de prestar sus servicios al gobierno. Muy pocos seguían teniendo una fortuna considerable, y por ejemplo herr Cuno, que al año siguiente sería el jefe del nuevo gobierno derechista, y podría haber ido a Washington, lo que deseaba por el momento era asegurarse su situación financiera.

En Baviera los temores principales de aquel invierno procedían de la llegada de la temporada turística y de que los visitantes nacionales y extranjeros, especialmente los que acudirían a presenciar la representación de la Pasión de Oberammergau, agotasen las provisiones de alimentos. Se tomaron medidas para destinar a los turistas los comestibles de importación, relativamente más caros, dejando los productos nacionales para el consumo de la población local. Berlín registró a principios de febrero una huelga general de funcionarios que paralizó los trenes y los servicios públicos más

importantes. Los berlineses se estaban acostumbrando a las huelgas, y poco antes de que se cortase el agua de la ciudad el consumo normal se triplicó, porque todo el mundo llenaba las bañeras y cualquier recipiente para capear la situación. Generalmente se culpaba a Moscú de respaldar financieramente las protestas de los trabajadores, y la opinión pública se volvió en contra de los comunistas.

Era natural que un pueblo atenazado por la inflación buscara un culpable. Se arremetió contra las otras clases, las otras razas, los otros partidos políticos, las otras naciones. Se echó la culpa a la codicia de los turistas, de los agricultores, de la mano de obra que pedía aumento de salario, al egoísmo de los empresarios y de los especuladores, a la astucia de los judíos, a los que hacían fortuna especulando en el mercado del dinero; se clamaba en gran medida contra los síntomas, no contra la enfermedad.

Era bastante significativo que los sindicatos siguiesen reclamando revisiones salariales en lugar de exigir que se estabilizasen los precios y el valor de la moneda. Algunos más informados protestaban contra el gobierno en general y el ministro de Finanzas en particular, pero la opinión generalizada era que los precios subían porque las divisas extranjeras subían, y que estas últimas se elevaban a causa de la especulación en el mercado de valores, y esto lógicamente era culpa de los judíos. Aunque el precio del dólar era un tema de debate general, la mayoría de los alemanes seguía creyendo que el dólar subía, no que el marco bajaba; que el precio de la alimentación y el vestido subía a la fuerza, y no porque el valor del dinero se hundiera debido a que la avalancha de marcos diluía el poder adquisitivo de los que ya estaban en circulación.

Curiosamente, la visión de la Comisión Aliada de Reparaciones sufría la misma ofuscación. Entre febrero y marzo de 1922, cuando el cambio descendió de 45 a 70 marcos de papel por cada marco oro (o de 900 a 1.400 marcos por libra), la Comisión exigió al gobierno alemán que recaudara otros 60.000 millones de marcos con nuevos impuestos. No se les ocurrió exigir que se restaurara el nivel de cambios, y comprendían aún menos que había pocas posibilida-

des de que un aumento tan elevado de la fiscalidad pudiera compensar dicha depreciación.

El doctor Rathenau explicaba que la ausencia de desempleo en Alemania se debía a que un millón de personas estaba trabajando para pagar las reparaciones, otro millón produciendo para poder comprar comida en el extranjero y un tercero simplemente para compensar la pérdida de productividad que supuso la introducción de la jornada laboral de ocho horas. Explicó como pudo al parlamento lo que estaba pasando con el marco hablando interminablemente del círculo vicioso de una balanza de pagos adversa, de la consiguiente necesidad de vender marcos en el exterior y de la depreciación resultante, que daba lugar a una caída del tipo de cambio y la inevitable subida de los precios en el país, seguida de la elevación de los costes de la mano de obra y las materias primas, que desembocaba finalmente en un nuevo agujero presupuestario. El doctor Rathenau negó pública y explícitamente que la impresión de papel moneda tuviese algo que ver en esta recurrente secuencia de acontecimientos, y al insistir en su diagnóstico de que los males del país procedían del déficit de su balanza comercial, desequilibrada por los pagos que le habían sido impuestos en concepto de reparaciones, no aceptaba la realidad de que el país estaba viviendo por encima de sus posibilidades, imprimiendo dinero para pagar barbaridades como el exceso de oferta de empleo; las desmesuradas subvenciones a la industria, la importación y fabricación de artículos de lujo para consumo interno y un sistema de recaudación enormemente ineficaz.

Sin embargo, la mayoría de los afortunados hombres de negocios insistían en la herejía de que solamente a base de una permanente depreciación del marco Alemania podía competir en los mercados neutrales. Después de ellos, el diluvio. Ni ellos, ni los políticos ni los banqueros —con escasas excepciones— advertían ninguna conexión directa entre inflación y depreciación. Sin embargo, en cuanto las impresoras se ponían a arrojar billetes, la caída del marco era inmediata. Lo que más preocupaba al político era el peligro de malestar social que, en su opinión, afloraría inevitablemente en cuanto esca-

sease el dinero. Lo que no veía, o ignoraba intencionadamente, era que el auténtico peligro derivaba de la permanente inflación. El malestar social afloró de cualquier modo.

Durante los tres primeros meses de 1922 la situación económica empeoró notablemente. Los dos meses de moratoria no hicieron más que retrasar la caída del marco en enero hasta que al final de febrero llegó el primer vencimiento de los «pagos a diez días». Durante todo el mes de marzo continuó el descenso; en abril se produjo una recuperación cuando la comunidad financiera europea, cuya disposición para agarrarse a un clavo ardiendo increíblemente no se veía afectada por la frecuencia de las decepciones, decidió que la conferencia que se iba a celebrar en Genova ese mismo mes sería la definitiva. La reunión produjo una crisis paralela que dio otro cariz a las cinco semanas de deliberaciones: el Tratado de Rapallo, firmado tras negociaciones secretas entre Alemania y Rusia ante el temor de ser apartadas de cualquier discusión sobre el futuro de Europa. Al terminar la conferencia de Genova, volvieron las perspectivas de esquilmar tres veces al mes los recursos reales de Alemania.

En la segunda mitad de 1921 los precios oficiales de los comestibles habían subido un 50 por ciento. Con esta subida, el salario real de un trabajador soltero más o menos quedaba como antes. En el caso del trabajador casado, su situación era peor, pues su presupuesto de vestido y calefacción era mayor, y estos capítulos habían subido mucho más deprisa. En la práctica, los precios de la mayoría de los artículos dependían de la suerte o de la habilidad de los compradores. Según el cónsul general en Munich, míster Seeds, que exigía a su chófer que anotase cuidadosamente los gastos de su familia, algunos alimentos como la mantequilla sólo podían comprarse a precios muy superiores a los oficiales. La leche, que en diciembre de 1921 estaba en Munich a 4,50 marcos el litro, en marzo de 1922 se vendía a 6, y en abril, a 7. La mantequilla, que costaba 42 marcos la libra en diciembre (9 marcos por encima del precio oficial), sólo se podía encontrar a 50 en abril siguiente. Los huevos habían pasado de 2,50 la unidad a 3,60; la cerveza, de 3 marcos el

litro a 5,60, y los precios del azúcar, la carne y las patatas se habían doblado.

Para aquellos cuyos ingresos no mantuvieran el ritmo de las subidas de precios, se avecinaba una tormenta. El bloqueo aliado también estaba cobrando un serio tributo sobre la generación más joven, cuyos efectos se multiplicaban por el empobrecimiento que generaba la inflación. Los niños de todas las clases sociales, según un estudio hecho en febrero de 1922 en Frankfurt, presentaban un retraso físico y mental de dos años para su edad. Era difícil recuperar esos años perdidos porque en invierno sólo se podía conseguir leche para los enfermos y el pan era cada vez más caro. No era extraño ver a las madres rebuscando en los cubos de la basura de las zonas residenciales esperando encontrar algunos restos de comida entre los desperdicios.

Aquellos que tenían la suerte de pertenecer a un sindicato todavía podían sentirse protegidos. Se enfrentaban a los empresarios, los fabricantes alemanes o el gobierno local o central con demandas salariales teóricamente imposibles. La alternativa de los patronos consistía en acceder a sus peticiones o estar dispuestos a soportar huelgas y disturbios como los que habían ocurrido recientemente en Gran Bretaña. En las nueve semanas siguientes a la firma del Tratado de Rapallo, aunque el cambio se mantuvo más o menos estabilizado en torno a los 1.300 marcos por libra, el coste de los alimentos se disparó. El 50 por ciento de subida del segundo semestre del año anterior se había convertido ahora en un objetivo deseable, y en los meses de abril, mayo y junio las subidas de los precios de los comestibles en Hamburgo fueron de un 46 por ciento, un 51 por ciento y un 56 por ciento respectivamente*. Cuando en mayo el precio de la carne se duplicó en cuestión de un mes y el incremento del coste de la vida fue tan abrupto y sorprendente, hubo un momento en que los sindicatos no sabían ya qué reclamaciones plantear.

* Phillip Cagan definía el inicio de la hiperinflación cuando los precios superan la cota del 50% de incremento mensual (equivalente a un 600% anual). Véase su artículo en Milton Friedman (ed.) (1956): *Studies in the Quantity Theory of Money*, University of Chicago Press.

A la vista de la espectacular alza del coste de la mano de obra, el entusiasmo con que los empresarios se lanzaron a ampliar sus fábricas, renovando sus instalaciones y embarcándose en grandes planes de mejora en principio parecía increíble. Desde el punto de vista social, también era inoportuno que hubiera tantos edificios comerciales en un país que tenía un déficit de un millón de viviendas —en parte como consecuencia del decreto de congelación de alquileres— que había ahogado al sector privado de la construcción. Pero los empresarios alemanes no habían conseguido acumular reservas de efectivo que mantuvieran su valor, y el dinero que no podían mantener ilegalmente en el extranjero en divisas se convertía por lo general, tal como había señalado sir Basil Blackett, en valores inmuebles o activos fijos. Por este motivo se temía una hipotética recuperación del marco, y de hecho las pocas semanas de «estabilidad» tras la conferencia de Genova llevaron a un estancamiento de los negocios. Los círculos industriales empezaron a comprender el peligro de que la tesorería se volviera más importante que los bienes, y de la crisis que se produciría cuando todos se lanzasen a venderlos para convertirlos en dinero efectivo.

Otra razón para que los empresarios vieran con consternación cualquier apreciación del marco se recoge en el informe de un miembro de la Alta Comisión Renana escrito a finales de mayo. Esta revalorización convertiría el problema teórico del pago de impuestos en una auténtica carga real. Un marco ingresado en 1921 tenía un valor medio real de un penique. Un año más tarde, cuando había que pagar los impuestos correspondientes, valdría la quinta o la sexta parte de esta cifra, y mientras tanto los ingresos habrían subido, si no en la misma proporción, al menos sustancialmente. Cuanto más tiempo se pudiera diferir el pago, mayor sería el beneficio.

«Los grandes intereses creen —decía el informe— que mientras el marco esté desahuciado como divisa y sus esperanzas de recuperación sean inconcebibles, cualquier esfuerzo que se haga por sostener su cotización será costosísimo, inútil y además muy peligroso para sus intereses o, como dicen ellos, para los intereses de la nación.»

La verdad es que las grandes empresas alemanas podían estar satisfechas con su suerte. Quizás su posición financiera no era muy sólida, pero muchas poseían enormes reservas ocultas porque habían suscrito en marcos oro sus obligaciones y otras acciones preferentes y habían recibido el equivalente a marcos oro en bienes y servicios. El poderoso grupo Stinnes, por ejemplo, seguía funcionando con valor oro. Con la desvalorización del marco de papel, había amortizado su deuda en oro en un 98 por ciento, lo que suponía un gran beneficio para la compañía y una pérdida similar para sus acreedores. Además, los nuevos préstamos del Reichsbank, de quien las empresas comerciales podían conseguir créditos a tipos de interés muy bajos, incluso en 1923, en los momentos más álgidos de la crisis, se amortizaban automáticamente de la misma forma: la rápida depreciación conseguía que el valor real de lo que había que devolver fuese inferior al importe del préstamo original por el factor que hubiera impuesto por el paso del tiempo y la velocidad de la caída.

El mismo Hugo Stinnes, el industrial más poderoso de Alemania, que había edificado un imperio que abarcaba más de la sexta parte de la industria del país sobre la base de una economía inflacionaria, alardeaba descaradamente de conciencia social. Justificaba la inflación como una forma de garantizar el pleno empleo y, si bien no llegaba a calificarla de deseable, afirmaba que era el único camino que podía seguir un gobierno benevolente. A su juicio, la inflación era la única forma de sostener al pueblo.

El presidente del Reichsbank, que apenas tenía intereses industriales, no se apartaba en esencia de este argumento, y en un discurso sobre la divisa alemana pronunciado en mayo de 1922 atacó durísimamente a lord D'Abernon por (en palabras del embajador británico) «haber presentado en un corto espacio el mayor número de errores y falacias». Como si su capacidad para arruinar la economía no hubiera sido suficiente, por imposición de la Comisión de Reparaciones, y esperando que en lo sucesivo el manejo de la base monetaria no estuviese supeditado a las conveniencias políticas, ese mismo mes el Reichsbank fue declarado autónomo y el doctor Ha-

venstein se convirtió en su rey sin corona. Rápidamente demostró que él también creía que la devaluación del marco no tenía nada que ver con el enorme incremento de billetes en circulación y se dedicó «alegremente a manejar la imprenta, ignorando completamente sus desastrosos efectos». Era evidente, creía D'Abernon, que el 90 por ciento de los banqueros alemanes manifestaban y tal vez tenían ese mismo punto de vista. En cualquier caso, la prensa económica publicaba sus opiniones sin rechistar.

Los salarios crecientes y los planes de expansión industrial distorsionaban y empañaban la visión de muchos extranjeros, a pesar de la penuria que estaba padeciendo el pueblo alemán. *The Times* publicaba el 18 de abril de 1922 un amargo informe de «un hombre de negocios» que había visitado recientemente Alemania.

La mayor y más fraudulenta conspiración que se haya producido nunca en la historia de la humanidad se está desarrollando en estos momentos en Alemania, con la complicidad y el apoyo consciente de sus 60 o 70 millones de habitantes. Y esta conspiración se está llevando a cabo descaradamente, ante las mismas narices de los aliados. Alemania nada en la abundancia. Bulle como un enjambre. El bienestar y la prosperidad de su pueblo me dejaron absolutamente asombrado. La pobreza prácticamente no existe... Es justo lo contrario... Y éste es el país que ha decidido no pagar sus deudas... Es un país de actores... Si no fuera porque los alemanes carecen del sentido del humor, se podría pensar que toda la nación ha resuelto gastar al mundo una broma cuidadosamente elaborada.

Por supuesto que algunos prosperaban, y su bienestar se podía comprobar a simple vista. Los que comían bien en los restaurantes eran los que podían permitírselo. Además, a medida que el valor de lo ahorrado se fundía como un trozo de hielo en un día de verano, aumentaba el incentivo para comer, beber y disfrutar de los ahorros. El proyecto de ley bávaro del otoño anterior para penalizar la gula había hecho una encantadora distinción en su preámbulo entre la glotonería habitual y el exceso esporádico para festejar alguna fecha señalada. El hombre de negocios debía haber

pasado por alto no sólo la miseria y la pobreza de los suburbios, como seguramente tampoco las veía en Gran Bretaña: la penosa situación de los jubilados y de los rentistas también le había pasado inadvertida.

En Hamburgo, donde las autoridades estaban especialmente preocupadas por combatir las injusticias que pudiesen agravar los problemas sociales, las regulaciones introducidas para comprobar la especulación sólo tuvieron un éxito moderado. En los tres primeros meses de 1922, con los 175 expedientes incoados, se recaudaron en concepto de multas 347.000 marcos —unas 1.500 libras de entonces— y se dictaron sentencias de encarcelamiento por 1.635 días. La mayor multa fue de 50.000 marcos, y se impuso a un estraperlista de harina, y la condena de prisión más alta fue de un año y nueve meses por especular con carbón. En junio la Wucheramt, la oficina para perseguir el contrabando y la especulación, había incrementado sus actividades denunciando 185 casos durante ese mes y recaudando 1,4 millones de marcos, que ahora ya valían solamente 1.000 libras.

Aparte de las sentencias mayores, poco bienestar podían aportar estas cifras a los hamburgueses, que ese mismo mes recibían 105 marcos de media (cantidad suficiente para alimentar a una familia de cuatro personas durante un día a los precios oficiales) por cada uno de los 200.000 objetos empeñados en los establecimientos municipales del monte de piedad; que desde abril tenían que pagar 20 veces más de la tarifa oficial por sus coches de caballos y 25 veces por los taxis, y cuyo coste de vida, como el de todo el mundo, subía al menos un 50 por ciento cada cuatro semanas.

En la primavera de 1922 Alemania empezó a dar señales de desesperación nacional. Durante la administración imperial era evidente que la población prosperaba y se sentía segura. En cualquier caso, lo que más inquietaba a las clases alta y media de la antigua generación era la superficialidad de la cultura prusiana. La gente joven, que recordaría en algunos casos aquellos años como una aventura y no como una pesadilla, estaba confusa y desilusionada.

La confianza del país en sus propias posibilidades se desvanecía en paralelo a su prosperidad, y esto a su vez provocaba la degeneración de la moral nacional y una descomposición de sus instituciones. El pesimismo y el descontento crecían a medida que la sensación de seguridad, el espíritu de solidaridad y el patriotismo disminuían. Ni el odio hacia el militarismo francés y hacia Francia en general ni el creciente deseo de revancha eran suficientes para aglutinar al que había sido el pueblo de Europa más respetuoso con la ley cuando el tejido de la nación se hacía pedazos junto a sus principios éticos, y cuando los estragos morales, materiales y sociales de la inflación socavaban y empeoraban inmensamente la situación de ambos.

Es cierto que para algunos la idea de conseguir el renacimiento del orgullo alemán, mancillado por la guerra, la miseria y la humillación, se estaba convirtiendo en una obsesión. No sólo los militaristas del Frontkämpfertag y los profesores de Königsberg, sino mucha gente de toda clase víctima de la inflación, empezaron a añorar la presencia de un líder: no de un gobernante (según comentaba un observador contemporáneo) como el kaiser c von Tir-pitz, sino de alguien que poseyese los atributos y los valores espartanos de los legendarios héroes teutones. Esta nostalgia era lo que Hitler, con su admiración por Wagner, entendió perfectamente, y la que el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) estaba ya explotando en Munich. Cuando una nación se está despedazando y sus valores tradicionales se ven amenazados por nuevas situaciones, siempre habrá elementos que aprovechen cualquier forma de cohesión.

«La inflación terminó el proceso de decadencia que había iniciado la guerra», le decía Erna von Pustau a Pearl Buck.

Fue un proceso lento que duró una década o más; tan lento que realmente parecía una interminable agonía... Hubo veces en que parecía que el marco iba a dejar de devaluarse, y entonces la gente recobraba un poco de optimismo y decía: «Parece que ya hemos pasado lo peor». En aquellos tiempos mi madre vendió las casas alquiladas que tenía.

Pensó que estaba haciendo un buen negocio, pues le pagaron el doble de lo que le habían costado. Pero los muebles que tuvo que comprar habían subido cinco veces... y lo peor no había pasado. Pronto resurgió la inflación con nuevos bríos, y acabó poco a poco con los ahorros de mi madre y con los de muchos millones de personas más.

Frau von Pustau continuaba narrando que una de las casas la habían vendido porque en ella vivía un matrimonio que había perdido a sus dos hijos en la guerra, no tenían a nadie que cuidase de ellos, los ahorros de toda su vida no valían nada y decidieron dejar abierta la llave del gas. «Los tiempos que nos tocó vivir nos volvieron cínicos. El pastel era cada vez más pequeño, y más gente reclamaba su parte, así se perdió el clima de "buena vecindad" de los viejos tiempos. Todo el mundo veía a los demás como a un enemigo.» Su padre se quejaba porque «nosotros, los de la clase media, no estábamos organizados frente a los comerciantes, mientras que los obreros sí que lo estaban contra nosotros». La clase media, en otras palabras, había quedado aprisionada entre las grandes empresas y los obreros.

En el verano de 1922 los pequeños empresarios identificaron como su enemigo al gran hombre de negocios, personificado por herr Stinnes, «el mayor obstáculo para la reforma monetaria», según lo describía lord D'Abernon. La derecha, que conspiraba en Berlín para la vuelta de los Hohenzollern y de los Wittelsbach en Munich, consideraba como su principal adversario al gobierno republicano. Más inquietante era que consideraran una traición la política de satisfacción de las deudas de las reparaciones que personificaba el doctor Rathenau. Ni Rathenau ni Stinnes confiaban el uno en el otro, pero tal vez llegaron a comprenderse mutuamente en la madrugada del 28 de junio, cuando volvían de una larga velada en casa del embajador americano en Berlín en la que se discutió sobre las entregas de carbón a los aliados. Rathenau era judío como Erzberger, y al igual que éste acababa de sufrir en el parlamento un virulento ataque del doctor Helfferich, líder de los derechistas.

Pocas horas más tarde, cuando Rathenau se dirigía a su despacho en el Ministerio de Asuntos Exteriores, un coche se atravesó en su camino bloqueándole la salida, mientras que dos sicarios que le venían siguiendo en un tercer automóvil se acercaron y a quemarropa le acribillaron a balazos. Como precaución adicional, arrojaron una bomba al interior del vehículo, dejando su cuerpo horriblemente mutilado.

CAPÍTULO 6

EL VERANO DE 1922

El asesinato del apóstol del «cumplimiento», un hombre de Estado cuya amplitud de miras iba más allá de la estrechez del nacionalismo, reventó el dique que había contenido al marco desde el mes de abril. Una vez más, la divisa se derrumbaba — palabra que apenas sirve para explicar lo que iba a suceder— de 1.300 a 1.600 libras inmediatamente, pero una semana más tarde se alcanzaba la cota de los 2.200 y casi 500 con el dólar.

Lo que estaba detrás de esta última caída de la moneda no era solamente la muerte de Rathenau, celebrada con una huelga general en Berlín como advertencia para la derecha. En Baviera, por ejemplo, las finanzas estatales se encontraban ya en una situación desesperada porque los inspectores fiscales eran incapaces de recaudar el impresionante atraso de deudas tributarias pendientes, y el déficit presupuestario previsto para 1922 se había duplicado. Aunque reclamar una reducción del gasto público en Baviera o en cualquier otra parte del mundo es más fácil de decir que de hacer, el continuo descenso del poder adquisitivo de la moneda hacía que las cosas fuesen mucho más complicadas. En junio de 1922 Baviera no había satisfecho todavía las tasas federales de 1920, lo cual reflejaba las propias dificultades del gobierno central. (Podemos hacernos una idea de cómo entendían la situación en el Landtag bávaro en el hecho de que en estas condiciones se duplicaron las subvenciones para el fomento del deporte.)

Había también factores externos. Las negociaciones mantenidas en París con el Comité Morgan para gestionar nuevos préstamos internacionales habían fracasado, a pesar de las esperanzas y las expectativas, y la habilidad de las autoridades financieras para evitar las oscilaciones bruscas en el mercado del dinero se agotó. El 7 de julio, el *Frankfurter Zeitung* observaba que el temor a posibles disturbios internos en Alemania parecía ser la causa del pánico, y que las grandes empresas industriales se habían apresurado a comprar divisas extranjeras para asegurarse el suministro de materias primas en el futuro. Por primera vez desde el armisticio los periódicos destacaban horrorizados que las naciones extranjeras habían denegado un crédito a Alemania, lo que hasta entonces se había obtenido vendiendo marcos en el exterior: «En estos momentos el marco es invendible».

La rapidez con que los precios se ajustaban a la nueva paridad de la moneda representaba un nuevo fenómeno. Hasta principios del verano existía un plazo relativamente largo entre la depreciación del marco en el interior y su reflejo en el mercado internacional. Poco antes del desplome producido tras la muerte de Rathenau, un creciente número de industrias se quejaban de que sus costes de producción estaban alcanzando los niveles del mercado mundial y que por tanto no podrían competir con los productos extranjeros. Ni que decir tiene que estos argumentos dejaban perplejos a los que observaban que el coste salarial seguía siendo más barato en Alemania, y que el resto de las subvenciones a la industria continuaba como antes. Además, lejos de existir desempleo, había escasez de mano de obra, pues muchos trabajadores alemanes emigraban a Bélgica, Holanda e incluso a las áreas fronterizas de Francia, donde podían conseguir salarios más altos.

En la primavera de 1922 se hizo evidente la divergencia creciente entre el ritmo al que aumentaba la deuda flotante y el volumen de dinero en circulación. Detrás de este hecho se escondía, en primer lugar, la incapacidad de los bancos privados para proveer la financiación que necesitaba la industria y el comercio, y, en segundo lugar, la liberalidad con la que el Reichsbank asumía el deber de rellenar ese

vacio. A partir del verano el Banco Central trató los efectos comerciales con tanta generosidad como si fueran letras del Tesoro, y las empresas podían conseguir financiación a tipos de interés notablemente más bajos de los que podían ofrecerles los bancos privados. El tipo de descuento que aplicaba el Reichsbank para los efectos comerciales era del 6 por ciento en agosto, mientras que en ese mismo mes el marco caía un 250 por ciento con relación a la libra. En seis meses los efectos comerciales en la cartera del Reichsbank llegaron a alcanzar una cifra equivalente al 60 por ciento de los pagarés del Tesoro en poder del propio Banco Central. La demanda de nuevos créditos, que la conducta del Reichsbank fomentaba, fue casi tan importante para alimentar la inflación como las desproporcionadas facilidades con el propio gobierno.

Lo más sorprendente de esta perplejidad del mundo financiero, así como de los redactores del *Frankfurter Zeitung*, era que no tenían en cuenta las continuas avalanchas de nuevos billetes como una de las razones del comportamiento del marco. Su última caída se consideró desastrosa para las finanzas del Reich y de los gobiernos regionales: todos los esfuerzos para restaurar el equilibrio del presupuesto federal habían caído en saco roto. Significaba también un mayor empobrecimiento para las clases que dependían de rentas fijas, incluidos los funcionarios, y (como advertía otro periódico) nuevas afiliaciones en los círculos radicales de derecha procedente de toda esta masa de «desclasados».

«Se respira inquietud», escribía en Berlín D'Abernon el 10 de julio de 1922.

El porvenir está cubierto por negros nubarrones. La caída del marco continúa; hoy está a 2.430, aproximadamente la mitad que hace un mes. Los precios siguen subiendo y pronto duplicarán el nivel de primeros de junio; los sueldos y los salarios deberían ajustarse, pero ¿ajustarse con relación a qué?

La situación financiera alemana, seguía comentando, es ahora precisamente como la vienesa de hace un año, con el cambio entre

2.000 y 2.500. «Hoy la cotización de la corona es de 95.000. ¿Estará el marco igual el año que viene?»

Como los demás, lord D'Abernon culpaba a las autoridades alemanas de lo que estaba sucediendo. Consideraba que su imprudencia en la emisión de billetes era una ciega locura: «Se necesitan esposas —escribía— para mantener a raya la mano que hace girar la manivela de la imprenta». Sin embargo, aun estando las cosas tan mal, siempre se podía confiar en que las actividades de la Comisión de Reparaciones acabarían con el delgadísimo hilo de esperanza que aún pudiera quedar. Su sola presencia en Berlín causaba pánico. «En cuanto aparecen —decía lord D'Abernon—, el marco se desboca.»

Cuando en septiembre de 1921 visitó Berlín una delegación del Comité de Garantías, el marco había pasado de 350 a 650 la libra. Ahora, durante su extensa visita veraniega, se hundió de los 1.800 hasta los 2.400 por libra, cosa que el gobierno alemán no dejó de recordárselo con satisfacción: los gastos correspondientes a las seis semanas de estancia de esa delegación, incluyendo los correspondientes al vagón especial de ferrocarril que permaneció esperándoles en Berlín durante todo ese tiempo, les fueron pagados en billetes de veinte marcos, y para llevárselos a la estación fueron necesarios siete ordenanzas que los transportaban en enormes papeleras. Mientras tanto, la insistencia de la comisión por desligar al Reichsbank del control del gobierno había sido ejecutada en mayo de 1922, y en opinión del embajador británico fue como si se hubiera dejado a los locos a cargo del manicomio. «La última semana —escribía en su diario el 10 de julio—, cuando, por un regalo de la Providencia, el sector de artes gráficas se puso en huelga, y por tanto la impresión de billetes quedó forzosamente interrumpida, Ha-venstein se apresuró a reclutar esquiroles para poner en marcha las imprentas otra vez.»

Detrás de la huelga de impresores había algo más de lo que D'Abernon refería brevemente. En junio se necesitó una cantidad enorme de papel moneda, lo que obligó al Reichsbank a emitir nuevos billetes por valor de 11,3 billones de marcos. Debido a la

huelga, no se produjo la entrada en el banco del flujo habitual de dinero y, por tanto, se quedó sin reservas. Alrededor de seis meses antes, según un memorándum confidencial entregado al primer ministro, se habían firmado unos contratos para el suministro de un nuevo papel especial que permitía una impresión más rápida de los billetes, añadiendo simplemente una marca que era imposible de imitar. El papel llegó a las imprentas el 7 de julio de forma inesperada. Habría sido posible producir la cantidad que se necesitaba para el jueves 13 de julio a base de billetes de 500 marcos, y poder pagar así la nómina quincenal. Pero, en contra de la opinión de los sindicatos de seguir adelante con el nuevo papel, los impresores cambiaron de parecer repentinamente.

«Está claro —decía el memorándum— que detrás de esta huelga hay algo más que una mera reivindicación salarial o un simple paro de solidaridad. Parece probable que líderes clandestinos e ilegales estén tratando de acogotar al Estado.»

Si el día de pago no llegaba el dinero a las grandes fábricas, el gobierno correría el peligro de enfrentarse a problemas de orden público. Antes de tomar la decisión de romper la huelga, el gobierno también tenía que sopesar la posibilidad de que los huelguistas berlineses destruyesen la maquinaria si se contrataba a esquirols.

El cónsul británico en Frankfurt informaba a finales de julio de que se había producido una subida instantánea de precios de los productos básicos. Los salarios de los trabajadores habían subido, naturalmente, en la misma proporción, y un obrero cualificado está ganando ahora unos 100.000 marcos al año, unas 5.000 libras si fuese dinero de antes de la guerra, pero ahora sólo le sirven para subsistir. El resto de los salarios de los obreros ha seguido la misma progresión. «Estos índices de crecimiento —decía el cónsul— no han sido iguales para los ingresos de profesionales como los médicos, profesores, empleados de banca, para los que la capacidad adquisitiva de sus salarios ha quedado muy deteriorada: un administrativo de banco con experiencia, por ejemplo, puede aspirar como mucho a un salario anual de 12.000 marcos», es decir, 5 libras al cambio de Londres.

En las cuatro semanas de julio el índice de precios al por mayor de 98 productos alimenticios había subido de 9.000 puntos a 14.000, otra nueva alza mensual superior al 50 por ciento. El *Frankfurter Zeitung* señalaba que los precios de los «productos» se habían multiplicado por 139 desde el comienzo de la guerra, y los del cuero y los tejidos, por 219. Frente a estas cifras, los índices americanos, que podían considerarse representativos de los mundiales, habían permanecido en conjunto estables, con una caída en los precios de los cereales antes de la guerra y una subida en los de los metales. El periódico comunista *Rote Fahne*, cuya información estadística era generalmente correcta, calculaba que en aquella fecha «el mínimo de subsistencia para una familia de cuatro personas» se había incrementado en Alemania 86 veces desde 1914, mientras que los salarios sólo lo habían hecho 34. Un huevo, que entonces costaba 4 pfennigs, valía ahora 7,2 marcos, es decir, 180 veces más. Solamente durante la primera semana de julio el mínimo semanal que necesitaba una familia-tipo de cuatro personas, y que era en Londres de 1 libra o de 5 dólares en Nueva York, subió de 2.300 a 2.800 marcos. Esto significaba que un administrativo bancario, con su salario anual, sólo podía mantener a su familia durante un mes.

La situación austríaca se estaba reproduciendo implacablemente en Alemania, con las clases más instruidas despojadas en la mayoría de los casos del derecho a vivir decentemente y a sacar adelante a sus familias, volviéndose cada vez más hostiles a la República y más receptivas a las fuerzas de la reacción. El cónsul en Frankfurt observaba también una creciente ola de antisemitismo.

No es exagerado afirmar que los alemanes más cultos y las mujeres de mayor nivel social defienden abiertamente que la eliminación política de los judíos es un acto de legítima defensa. Es cierto que reconocen que el asesinato de Rathenau fue de dudoso provecho... pero añaden que todavía hay otros muchos que deberían seguir el mismo camino para que Alemania se salvase. Incluso en Frankfurt, donde predomina la población judía, el movimiento antisemita es tan fuerte que se ha

invitado a los judíos con una posición social a dimitir de sus puestos en los consejos de las empresas.

Erna von Pustau recordaba esa misma tendencia en Hamburgo, donde «bolsa de valores» y «judíos» eran casi sinónimos para la gente, y donde las circunstancias de una situación que nadie llegaba a comprender hacían de todos aquellos que habían perdido sus ahorros o sus fortunas víctimas propicias de la propaganda antisemita. Su padre empezó a hablar cada vez con más frecuencia en contra de los judíos, afirmando que «el verdadero capital productivo era el que poseíamos los alemanes, y que el capital parásito era el que tenían los judíos».

«Tendrías que haber conocido a mi padre de antes», le decía a su amiga.

El me dio la educación política que tengo. Me explicaba por qué estaba en contra del kaiser y del parlamento. Pero ahora ha dejado de pensar y de razonar, y esto nos hará más daño que todo el que pueda hacer a los judíos.

En lo que podría haber sido el punto álgido de la inminente crisis de finales de julio de 1922, la Comisión de Reparaciones decidió irse de vacaciones, retrasando hasta mediados de agosto una solución para el caos del cambio; y Poincaré, más resuelto que nunca (según parecía) a destruir Alemania, envió un comunicado oficial a Berlín acusando al gobierno de incumplir deliberadamente sus compromisos de pago, amenazándole con «represalias». El efecto en el mundo financiero fue calamitoso. La subida de los precios intensificó la demanda de dinero efectivo tanto por parte del Estado como de los empresarios. Los bancos privados no podían atender todas las peticiones de ninguna manera, y empezaron a racionar el cobro de los cheques, lo que suponía que los talones pendientes de cobro permaneciesen congelados mientras su poder de compra seguía disminuyendo. Era imposible convencer a nadie de que aceptase el pago en otra forma que no fuese en dinero efectivo, y mu-

chos negocios se paralizaron rápidamente. El pánico cundió entre los trabajadores cuando comprobaron que no podían cobrar sus nóminas.

Dado que los medios del Reichsbank para imprimir los billetes y para distribuirlos a tiempo no eran ya suficientes, se aprobó una ley por la que se permitía, bajo licencia y previo depósito de los activos correspondientes, la emisión de dinero de emergencia por parte de las autoridades locales y de las propias empresas privadas, el *Notgeld*, una especie de fichas con las que se podían pagar los salarios de los empleados cuando el Reichsbank no llegase a tiempo con el dinero. El propósito de la ley era principalmente regular y regularizar una práctica que se había extendido desde hacía ya algunos años, con la diferencia de que ahora el *Notgeld* gozaba del respaldo del Banco Central. Poco después, a medida que esta garantía iba perdiendo consideración, el dinero de emergencia que entraba en circulación, con o sin la aprobación del Reichsbank, contribuía inmensamente a elevar el nivel del mar de papel en el que estaba inmerso el país. Como la posibilidad de emitir dinero privado en una época de inflación galopante permitía sustanciales beneficios, sólo limitados por la voluntad de la gente de aceptar ese dinero, este proceso simplemente echó leña al fuego de la inflación para que la quema fuera aún mayor.

La excesiva subida del coste de la vida en aquellas semanas provocó nuevas tensiones en demanda de alzas salariales, sin que influyeran en los empresarios. Las huelgas acompañaron estas reivindicaciones. La huelga de los dependientes de comercio de Frankfurt el 8 de agosto consiguió que dos días más tarde les subieran el sueldo de 7.200 a 9.600 marcos al mes, y que se les aplicara el aumento con carácter retroactivo desde el 1 de julio. A ésta le siguió otra de cajistas, que tuvieron cerrados los periódicos durante dos semanas, llegando finalmente a un acuerdo que consistía en un aumento de 500 marcos semanales, hasta primeros de septiembre; después, y hasta el 16 de septiembre, se subirían hasta 800 marcos, y a partir de esta fecha se aplicarían las condiciones resultantes de nuevas negociaciones. A los funcionarios se les con-

cedió una revisión del 38 por ciento de incremento desde primero de agosto, y a los trabajadores por cuenta del gobierno, un plus adicional de 12 marcos por hora, lo que suponía una carga suplementaria para el presupuesto de 125.000 millones de marcos. Para compensar este desequilibrio no se contemplaban más medidas que la subida en un 50 por ciento de los fletes ferroviarios a partir del 1 de septiembre y diversos incrementos en las tarifas postales (el valor nominal de los sellos de correos, que en 1916 iba desde el 2 pfennig gris hasta el 4 marcos rojo y negro, a finales de 1922 comenzaba con el 50 marcos azul y terminaban con el 100.000 marcos rojo).

Mister Seeds escribía desde Munich que los gastos de alimentación semanales de su chófer eran ahora cinco veces y media superiores a los de hacía un año, en agosto de 1921. Por otra parte, su salario era seis veces más alto. Como éste se fijaba de acuerdo con la media pagada a los trabajadores de su ramo, no estaba pasándolo demasiado mal, excepto por los desfases que se producían entre las revisiones salariales, que en aquella época eran mensuales, y las subidas de los precios, que lo hacían semanal o incluso diariamente. Éste era el caso de la mayoría de los artesanos y obreros manuales, pero, por supuesto —decía Seeds—, la situación de clase media, incluyendo funcionarios y periodistas, no era ni mucho menos tan satisfactoria. Los extranjeros obtenían su información del último grupo, y tal vez por eso los relatos sobre la incidencia de la inflación que se publicaban en otros países fueran tan patéticos.

Sin embargo, un joven Ernest Hemingway, que trabajaba para el *Toronto Daily Star*, cruzó la frontera francesa por aquellos días y describió un panorama igualmente pesimista:

No había manera de conseguir marcos en Estrasburgo, el tipo de cambio había dejado a los banqueros sin blanca; por tanto, cambiamos algo de dinero francés en la estación de Kehl. Por 10 francos me dieron 670 marcos. Diez francos supone alrededor de 90 céntimos en dinero canadiense. Esos 90 céntimos nos dieron a la señora Heming-

way y a mí para todo un día de grandes gastos y por la noche todavía nos quedaban 120 marcos.

Nuestra primera compra fue en un puesto de frutas... Escogimos cinco magníficas manzanas y le dimos a la señora un billete de 50 marcos. Nos devolvió 38. Un anciano caballero de barba blanca y de buena presencia, al vernos comprar las manzanas, nos saludó levantando su sombrero y se dirigió a nosotros.

«Perdóneme, señor —dijo en alemán bastante tímidamente—, ¿cuánto le han costado las manzanas?». Conté la vuelta y le dije que 12 marcos.

Se sonrió y movió la cabeza. «No puedo pagar eso, es demasiado.» Se marchó paseando, como todos los ancianos caballeros de barba blanca del antiguo régimen pasean en todos los países del mundo, pero él había mirado las manzanas con mucha más ansiedad que los otros. Deseé haberle ofrecido alguna. Ese día, 12 marcos eran algo menos de 2 centavos. El anciano, cuyos ahorros de toda su vida probablemente estarían invertidos como los de la mayoría de la gente que no especula en bonos alemanes anteriores a la guerra, o de la misma guerra, no podía permitirse un gasto de 12 marcos. Es el tipo de personas cuyos ingresos no aumentan mientras descende el poder adquisitivo del marco y de la corona.

Hemingway comentaba que a 800 marcos por dólar, u 8 por centavo, una libra de café podía conseguirse por 34 marcos. La jarra de cerveza costaba 10 marcos, es decir, un centavo y cuarto. El mejor hotel de Kehl servía una comida de cinco platos por 150 marcos, unos 15 centavos.

Los franceses no pueden venir a comprar todas las cosas baratas que habrían querido. Pero pueden venir a comer... El milagro del cambio permite ver el canallesco espectáculo de la juventud de Estrasburgo invadiendo las pastelerías alemanas y hartándose de comer tartas rellenas de crema a 5 marcos la porción hasta ponerse enferma. Todas las existencias de las pastelerías se agotaban en media hora ... Sin embargo, el pastelero y su dependiente no parecían muy contentos después de haber vendido todo. Probablemente el marco estaría bajando más deprisa de lo que ellos tardaban en hacer los pasteles.

Mientras que por la calle un curioso tranvía zarandeaba a los obreros que volvían a los suburbios con sus tarteras vacías, los coches de los especuladores levantaban nubes de polvo que se posaban en los árboles y en las fachadas de los edificios; dentro de la pastelería gamberros franceses engullían los empalagosos pasteles y las madres francesas limpiaban los churretes de las boquitas de sus hijos. Era la otra cara del cambio. Cuando los últimos bebedores de té y comedores de pasteles atravesaban el puente en dirección a Estrasburgo, los primeros piratas del cambio empezaban a llegar a Kehl para cenar barato.

El marco se desplomaba. El doctor Wirth decía el 16 de agosto en una comida con lord D'Abernon que ese día, en el que el marco había bajado de la cota de 1.000 por dólar, cuando su paridad era alrededor de 5, había sido uno de los peores de la historia de Alemania y de su vida. Se había visto desbordado por las visitas, muchas de ellas presas del pánico, que acudían a preguntarle sobre la crisis financiera y a proponerle toda clase de soluciones impracticables para los problemas del país.

El canciller seguía sin admitir la relación entre la impresión de billetes y su depreciación. Lo mismo le pasaba al resto del gabinete, a la banca, al parlamento y a la prensa. El *Vossische Zeitung* del 16 de agosto decía:

La opinión que defiende que en la emisión de billetes está el origen de la depreciación no sólo es errónea sino peligrosamente errónea... Tanto las estadísticas públicas como las privadas han demostrado cumplidamente que durante los dos últimos años la depreciación interior del marco se ha debido a la devaluación del tipo de cambio... No olvidemos que nuestra circulación fiduciaria, aunque sobre el papel parezca una terrorífica avalancha de billones, en realidad no es demasiado alta... No estamos ante «una peligrosa inundación de papel», sino que, por el contrario, nuestra circulación total es ahora por lo menos tres o cuatro veces menor de la que teníamos en tiempos de paz.

Lord D'Abernon describía estas singulares opiniones como «extraordinariamente retrógradas» y un ejemplo clásico de lo que opi-

naba el Berlín ilustrado. El *Berliner Börsen-Courier*, un par de días más tarde, mostraba gran preocupación por las consecuencias sociales, pero no mayor conocimiento sobre sus razones. Lamentaba que el marco, a un tricentésimo de su valor nominal, se encontrase en la misma categoría que la corona húngara. Según el periódico, el proletariado empezaba a inquietarse y el Estado, cuyas previsiones recaudatorias estaban basadas en un cambio medio de 500 marcos por dólar, se veía impotente.

Pero la verdadera tragedia de la depreciación eran sus «efectos morales». Cualquier pronóstico en el extranjero sobre la imparable caída del marco provocaría en el país una insoportable incertidumbre. Ninguna negociación económica podía apaciguar a las masas, ni ocultarles el precio del pan. Está más que demostrado que la impresión de billetes es el efecto y no la causa de la depreciación, y que la cantidad de dinero, a medida que aumenta en volumen, realmente descende en valor total. Se ha llegado a un punto en que la escasez de dinero tiene peores consecuencias que la propia depreciación... Incluso aunque la cantidad de papel moneda fuese tres veces superior a la actual, esto no debería ser obstáculo para acometer la estabilización. Mientras llega ese momento, ¡sigamos imprimiendo billetes!

Para este prestigioso diario financiero estaba claro lo que ocurría: el total de marcos en circulación había subido de 35.000 millones en diciembre de 1919 a 200.000 millones en julio de 1922, pero su valor equivalente en libras esterlinas había pasado de 193 millones a 83. Antes de la guerra, los 6.000 millones de marcos equivalían a 300 millones de libras. La causa del fenómeno, sin embargo, seguía siendo objeto de múltiples conjeturas.

El doctor Hummel, el joven pero influyente presidente del estado de Badén, afirmaba que no le gustaría tener que asumir la decisión de parar las imprentas. Atribuía la caída del marco a diversas causas psicológicas o morales, a la postura de Poincaré, a la carga de las reparaciones y también a la emisión de billetes. Sin duda todos estos factores contribuían a ello, y el mismo D'Abernon comparaba

la actitud de Poincaré con la del maestro que echara un rapapolvo a un alumno medio moribundo. La catástrofe de Austria era un buen ejemplo. «Es probable que el pánico siga azotando al marco —escribía el embajador— a no ser que la causa inmediata de su caída —es decir, la continua impresión de billetes— se detenga. Pero para meter esto en las cabezas de las autoridades se necesitaría una intervención quirúrgica, como mínimo una trepanación.»

El 24 de agosto el doctor Wirth, más nervioso que nunca, le confesaba al embajador sus temores de que Alemania no pudiese disponer de suficientes provisiones para alimentar a la población durante el siguiente invierno, sobre todo cuando venciesen los pagos de las reparaciones. Mientras conversaban, recordaba D'Abernon, «le pasaron una nota con la nueva cotización del dólar (1.837), una enorme caída desde ayer».

La confusión del gobierno y de la gente ante esta absoluta falta de seguridad en materia financiera tuvo su repercusión en medios diplomáticos. Un delicioso ejemplo de esto se puede encontrar en lo que escribe D'Abernon el día 26 de agosto:

Esta tarde me he entrevistado con el embajador americano, que me ha dicho: «Sé muchas cosas, ¿usted cuánto sabe?». Pero no pude sacarle a qué demonios se refería. Dijo: «Estamos al borde de una guerra», pero si se refería a Estados Unidos e Inglaterra, o a Francia y Alemania, o a cualquier otra combinación, no tengo la menor idea.

CAPÍTULO 7

LA HERENCIA DE LOS HABSBURGO

Indudablemente los años de posguerra habían producido en Austria una importante redistribución de la renta y de la riqueza. El principal problema que provocó fue que una proporción excesiva —la que recibía la clase trabajadora— eludía los impuestos. El gobierno era incapaz de encontrar una fórmula que gravase los salarios de los trabajadores y que esto no repercutiera en los empresarios (especialmente cuando el patrono era el Estado o la municipalidad de Viena), que a su vez los empresarios no la repercutieran en los consumidores y que todo esto no degenerase en un círculo vicioso de impresión de billetes, como consecuencia del incremento de los salarios y los precios. El secretario comercial de la legación británica en Viena, O. S. Phillpotts*, describía un alarmante panorama del egoísmo nacional que despertaba la inflación y de la ineptitud política que provocaba la incertidumbre económica:

Los austríacos se encuentran como en un barco a la deriva y lanzan continuamente señales de socorro. Mientras esperan, se dedican a fabricar, cada uno por su cuenta, una balsa con el casco y la cubierta. A pesar de hacer agua, el barco no se hunde, y los que han conseguido madera la usan para cocinar, mientras que los buenos marineros observan hambrientos y ateridos de frío. La población carece de coraje y

* Owen Phillpotts conocía muy bien el país, pues había sido vicecónsul y después cónsul en Viena desde 1906 hasta 1914.

energía, así como de patriotismo. Durante la última huelga de ferrocarriles las autoridades solicitaron voluntarios de un club de automovilistas, pero no se presentó ninguno, y a una empresa local que le alquilase camiones, pero se negaron a menos que el gobierno los comprase.

Por mucho que a lord D'Abernon le preocupara que el marco alcanzara pronto los niveles de cambio de la moneda austríaca, de momento la corona le sacaba una enorme ventaja. En mayo de 1921 se alcanzó la cota de 2.000 coronas por libra. En mayo de 1922 se llegó a las 35.000. Las causas del problema seguían siendo las mismas, sostenidas por la desconfianza internacional y conducidas por el pesimismo en el país, que llevó a los austriacos a comprar todo lo que fuese con el dinero efectivo que tuvieran y a acaparar provisiones a pesar de las fuertes multas a las que se exponían. Un reciente decreto obligaba a los tenderos a aceptar los billetes del Estado; pero como a pesar de ello se permitía pagar con moneda extranjera, los comerciantes generalmente encontraban excusas para aceptar otra cosa. La medida agravó la situación, y las tiendas de Viena se vieron invadidas por campesinos que acudían en tropel a la antigua capital imperial para deshacerse de su dinero.

«Las mujeres acaparaban azúcar, café y otros alimentos antes de que subieran de precio, o gastaban su dinero en vestidos y muebles», escribía V. W. Germain*.

Otros derrochaban el dinero temerariamente; ¡seguramente el vino estaría más caro mañana! Los días en que el dólar subía se asaltaban las tiendas. Los precios aumentaban de hora en hora, y al público le invadía una especie de fiebre compradora. Se contaban anécdotas como la de un solterón que compró unas mantillas porque en la tienda no quedaba otra cosa... Los comerciantes se defendían cerrando las tiendas con los más variados pretextos, enfermedades, asuntos familiares, inventarios.

Había otros, especialmente en las ciudades, que no tenían ni un céntimo que derrochar.

* Autor de *Austria of Today*, Macmillan, 1932.

A mediados de mayo de 1922 los esfuerzos del valiente doctor Schober, que sin ayuda apenas se esforzaba como primer ministro en poner orden en la economía austríaca y devolver la moderación y el sentido común a la política, llegaron a su fin. Su gobierno fue derrotado en una votación parlamentaria justo cuatro semanas después de que hubiese convencido a los aliados, reunidos en Genova, para que renunciasen a sus derechos hipotecarios preferentes sobre todas las propiedades del Estado austríaco en garantía de los pagos a realizar en concepto de gastos de ocupación y de reparaciones, un acuerdo que abría las vías para que Austria pudiese negociar algún préstamo. Los políticos debieron de pensar que Schober ya había cumplido, pero la destitución del mejor estadista del país salpicó inmediatamente de interrogantes la capacidad de endeudamiento de la nación mientras controlase sus propias finanzas. Con la noticia de la dimisión del ex jefe de policía, el crédito británico prometido por Lloyd George se evaporó, tampoco se materializaron los de Francia, ni los de Italia, y la corona volvió a resbalar de nuevo. La situación de Austria era especialmente crítica, porque en comparación con Alemania o con Hungría dependía mucho más de la importación de productos extranjeros.

Después del primero de junio, el gráfico de la evolución de la corona se inclinaba vertiginosamente. El 5 de junio su relación con la libra era de 52.000, y más de 10.000 con el dólar, cifras que produjeron tal pánico que en los dos días siguientes se materializó un deterioro de otro 40 por ciento. El 9 de junio la libra valía 70.000 coronas, y el dólar, más de 15.000. Un mes después del asesinato de Rathenau en Alemania a finales de junio, la corona, en solidaridad con el marco, caía de 100.000 hasta 125.000 por libra. En paralelo a esta caída se produjo una enorme subida de precios, y sobre un índice 100 en julio de 1921 se llegaba ahora al 2.645.

En la capital la capacidad de los políticos vieneses para hacer frente a esta situación era objeto de chiste, mientras que fuera de ella el desprecio y el disgusto hacia el gobierno central crecían por momentos. En Estiria y en el Tirol la unión con Italia se comentaba ya como la mejor alternativa. En Viena el tema del *Anschluss* con

Alemania seguía ganando adeptos, promovido por el movimiento pangermánico, a pesar de estar prohibido expresamente por los tratados de paz y aunque Berlín lo menospreciara: «¿Quién querría unirse a nosotros —preguntaba el doctor Wirth— con el marco en estas condiciones?». No obstante, el Consejo de la Liga de las Naciones no concedió el permiso necesario y la subversión comunista se extendía por todo el país con financiación de Moscú.

De hecho, el Partido Comunista Austriaco estaba tan arruinado como el resto del país, pero Moscú seguía apoyándolo por sus vinculaciones con el importante movimiento comunista alemán. Estaba bien organizado y, aparte de las protestas contra las subidas de precios y las rutinarias reclamaciones para la confiscación del patrimonio de los ricos, tenía bastante habilidad para provocar huelgas y para prolongarlas en el tiempo. Un hecho a destacar era que, lejos de ser la organización clandestina de antaño, los comunistas a título individual habían empezado a manifestar abiertamente su militancia y sus opiniones.

El 22 de agosto el doctor Ignaz Seipel, sucesor de Schober en la Cancillería, envió a los aliados una petición desesperada para un préstamo de 15 millones de libras. Lloyd George lo denegó en nombre del Consejo Supremo lamentando que Austria, desde el final de la guerra, «hubiera recibido tanto con resultados tan decepcionantes». Se remitió a Austria a la Liga de las Naciones, y al final del mes la corona ya cotizaba a 350.000 por libra, exactamente la décima parte de su valor de mayo. La desesperación era absoluta. Los austriacos miraban al cielo esperando que se abriera como si la corona no hubiera caído ya montones de veces. El jefe de policía anunciaba públicamente que contaba con 20.000 hombres para proceder a desarmar al ejército austriaco, de tendencia peligrosamente izquierdista. El ministro consejero de la Embajada estadounidense en Viena recomendaba a los visitantes que no viajaran si no era por motivos de negocios. Aunque las huelgas y las manifestaciones eran frecuentes, se preveían mayores desórdenes, y en la legación británica se hablaba de los «atemorizados empresarios judíos», que se apresuraban a poner sus pasaportes al día. Los riesgos

de pillaje del populacho hambriento y sin trabajo crecían diariamente, porque desde julio el índice del coste de la vida había subido un 124 por ciento. También en julio el Estado tuvo que recurrir a pagar a plazos los 150.000 millones de coronas que debía a sus funcionarios. En agosto su nómina subió hasta 344.000 millones, y la masa salarial del país llegó a ser de 700.000 millones mensuales, mucho más que todo el dinero circulante que existía en el país. El derrumbamiento de toda autoridad gubernamental era inminente.

La situación era un reflejo del problema financiero básico de Austria, que consistía en un excesivo gasto público en los sueldos y salarios de funcionarios prescindibles (cuya cifra había crecido enormemente durante la guerra) cuyos haberes estaban indexados automáticamente con el coste de la vida y que solamente se podían pagar imprimiendo más dinero. Los sindicatos empezaron a protestar a finales de julio porque sus salarios se revisaban mensualmente, de acuerdo con el encarecimiento de la vida en el mes anterior, lo que ya no era suficiente para seguir el ritmo de los precios, de modo que presionaron para que creciese aún más la impresión de dinero. Solamente en agosto la cantidad adicional de billetes emitidos sin respaldo real fue de 560.000 millones de coronas, una cifra que hacía que careciese de sentido la ley aprobada en julio para crear un nuevo banco de emisión, con un capital de 800.000 millones de coronas, financiado a partes iguales por un préstamo forzoso y por nuevos impuestos. Esta idea, promovida por la Comisión de Reparaciones, no llegó a ponerse en práctica simplemente porque el ritmo de la depreciación la había dejado anticuada.

Con la estrepitosa crisis de la corona empezó a funcionar en Viena un mercado paralelo, la *Devisenzentrale*, con la idea de regular las transacciones y los movimientos de moneda extranjera que Alemania y Hungría adoptaron también en un par de meses. Pero la medida no sólo no consiguió detener la huida en desbandada, sino que tampoco logró que volviese al país el oro valorado en 18 millones de libras depositado en Suiza. No sirvió para aliviar las penalidades de la clase media, ni las terribles condiciones de vida de las más bajas. Tampoco tuvo ningún efecto destacable sobre las opera-

ciones de los especuladores, sobre los abusos de los estraperlistas y sobre la devaluación de la moneda. A medida que la corona se volvía inaceptable y nadie la aceptaba, aquellos que disponían de billetes extranjeros, que constituían el principal instrumento de cambio, rehusaban desprenderse de ellos. Los austriacos habían vuelto a donde la guerra les había dejado, es decir, a unos pocos millones de seres hambrientos y arruinados, luchando por no naufragar en un mapa que no reconocían.

Austria, que se mantenía a flote a duras penas en medio del turbulento mar de la Europa de 1922 (las metáforas marineras resultan muy oportunas en este caso), de pronto se encontró con que hacía pie. Ante la idea de asistir pasivamente al hundimiento de su país, el doctor Seipel resolvió finalmente renunciar a parte de la independencia de la nación a cambio de su supervivencia. «Ahora se puede ver —decía un comentarista— el insólito espectáculo de un canciller austriaco recorriendo Europa, ofreciendo su país al mejor postor.»

La gira de Seipel incluyó a todos los países vecinos de Austria y sirvió de sutil preludio diplomático para su conmovedor llamamiento a primeros de septiembre ante la Liga de las Naciones en Ginebra. Les demostró terminantemente que sin ayuda financiera la Austria que había diseñado el Tratado de Saint-Germain se haría añicos, anunciando que Viena estaría dispuesta a aceptar cualquier disciplina que le impusiera la Liga con tal de que le permitieran poner en orden sus asuntos internos. La pistola que apuntaba a la Liga no era tanto el horror ante la desintegración de Austria como la amenaza de una unión aduanera, sin olvidar un mayor grado de integración política entre Austria y alguno de sus vecinos —tal vez Baviera, Italia o los Estados del Danubio—, que se estaba convirtiendo rápidamente en la única solución viable. Que Austria llegara a convertirse en un protectorado italiano, parte de una gran Italia, podía hacer que Francia se lo pensase dos veces.

La situación cambió milagrosamente en cuanto comenzaron las negociaciones con la Liga. La corona, que había alcanzado su pun-

to más bajo el 25 de agosto, subió ligeramente de 350.000 a 335.000 por libra en la primera semana de septiembre, y gracias a la confianza que despertaban las conversaciones de Ginebra, el gobierno consiguió mantenerla en ese nivel. Los protocolos de Ginebra se redactaron en un mes. En el primero se garantizaba a Austria su integridad política y territorial; el segundo comprometía un préstamo a Austria de 650 millones de coronas oro, que suscribirían conjuntamente Gran Bretaña, Francia, Italia y Checoslovaquia; y el tercero comprometía a Austria a arreglar sus finanzas, a dejar de descontar pagarés del Tesoro y a crear un nuevo banco emisor. Para garantizar el cumplimiento del acuerdo se investía de poderes financieros absolutos a un comisario general nombrado por la Liga.

Desde que el índice de precios alcanzó su máximo nivel el 15 de septiembre de 1922, los precios no cesaron de bajar hasta final de año, reduciéndose en este tiempo alrededor de un 20 por ciento. Más extraordinario aún era el hecho de que desde el 2 de septiembre el valor de la corona frente al dólar no hubiera fluctuado, a pesar de que la emisión de moneda siguió aumentando durante otros dos meses y medio, y de que los billetes en circulación llegaron a triplicarse. Hasta mediados de noviembre, cuando se constituyó el nuevo Banco Nacional Austríaco y se empezó a consolidar la deuda interna a base de préstamos a corto plazo suscritos por los bancos privados, el déficit del sector público siguió cubriéndose con las máquinas de imprimir. El gobierno caminaba por una delgadísima cuerda floja, manteniéndose gracias a la confianza que despertaba el espíritu de Ginebra.

La inflación tras la estabilización, una situación contradictoria en sus términos estudiada con interés por los economistas de la época, surgió por la necesidad de sustituir con coronas la ingente cantidad de billetes extranjeros que circulaban en Austria. Por otra parte se produjo una auténtica escasez de tesorería, que ahora las imprentas no podían solucionar: en agosto de 1922 la circulación fiduciaria representaba algo más de 80 millones de coronas oro, mientras que en la misma área circulaban del orden de 500 millo-

nes antes de la guerra (aunque las circunstancias no eran las mismas). Dos factores contribuyeron a que bajasen los precios: que ya no tenían que ser tan exorbitantes para conseguir beneficios y que como el mercado se había saturado durante la fiebre compradora, al caer la demanda los precios naturalmente cayeron también.

Después de mediados de noviembre, cuando el éxito de la operación fue evidente tanto para los austríacos como para los extranjeros, la política del gobierno se concentró en prevenir cualquier «mejoría» en el valor de la corona. Viena ya había presenciado el doloroso efecto que se había producido en la situación financiera de Checoslovaquia por la compra especulativa de coronas checas en Alemania. En 1922 Austria había quedado tan desarticulada por las continuas depreciaciones que la estabilización por sí sola era suficiente para crear una aguda crisis económica. El gobierno necesitaba coronas; sólo podía emitir las contra las divisas extranjeras de sus ciudadanos o las que llegaran desde el exterior para llenar las reservas. El banco se vio obligado a comprar más moneda extranjera de la que realmente necesitaba.

La velocidad con que se restauraron en Viena la estabilidad y la confianza, aunque no se llegase a alcanzar la prosperidad, demostraba que el problema particular de Austria había sido fundamentalmente psicológico y administrativo. Desde el primer momento los austríacos habían desconfiado de sí mismos y de su gobierno, y habían depositado ingenuamente sus esperanzas en la ayuda y el control exteriores. Esta postura quizás se debía en gran medida a que el vacío creado por la ausencia de autoridad tradicional, que había sido barrida por la revolución creando un gran desencanto entre los empobrecidos funcionarios y las clases dirigentes, lamentablemente seguía sin llenarse.

Ni que decir tiene que el doctor Seipel fue atacado durísimamente por sus oponentes políticos, que le acusaban de haber comerciado con la soberanía de la joven República, pero los socialistas fueron silenciados cuando a mediados de octubre sobrevino en Italia el golpe de Estado de Mussolini, que proyectaba el fantasma de una Austria fascista si no se materializaba el préstamo de la Liga:

el fascismo era una ideología bastante popular entre los austríacos. El comité financiero de la Liga comprendió inmediatamente que sin su ayuda ningún gobierno austríaco podría tener el apoyo parlamentario suficiente para imponer el tipo de medidas económicas necesarias ni rescatar sin ayuda al país de sus dificultades, que iban de la promesa de anarquía a la amenaza del hambre. Al préstamo a corto plazo para la fundación del nuevo banco le siguió inmediatamente otro en el mercado internacional, también a corto plazo, que se apresuraron a suscribir un número cada vez mayor de países, y Austria se apaciguó a la espera de que llegasen los créditos internacionales a largo plazo que todavía se estaban discutiendo. El comisario general de la Liga, el doctor Zimmermann*, llegó a Viena a mediados de diciembre de 1922 y desde el primer momento se dedicó a implantar y a hacer respetar las condiciones estipuladas en los protocolos de Ginebra, reconociendo lo mucho que ya había hecho Austria para conseguir la estabilidad de su moneda y para facilitarle su trabajo.

Lo más urgente era darle la vuelta a un sistema que, basado en una mezcla de oportunismo político y de voluntarismo socialista, era lo contrario de la economía. Resultó que Viena tenía más funcionarios públicos como capital de una República de seis millones y medio de personas que cuando era la cabeza de una monarquía con 50 millones de habitantes. El sistema de recaudación fiscal era absolutamente ineficaz, y todas las empresas estatales sufrían unas enormes pérdidas. Solamente las de los ferrocarriles eran de seis millones de libras anuales, un tercio aproximadamente del déficit presupuestario nacional, y se debían no sólo al exceso de personal sino también a la insuficiencia de las tarifas. Existían tres empleados por cada milla de vía, mientras que en Suiza, por ejemplo, sólo había dos, y aunque los salarios de los ferroviarios se habían ido elevando de acuerdo con la evolución del índice del coste de la vida, las tarifas sólo se habían modificado para compensar la quinta parte de estas subidas. Los ministerios, los ferrocarriles, el correo:

* El doctor A. R. Zimmermann había sido alcalde de Rotterdam.

todos necesitaban recortes y reformas en profundidad. Las subvenciones que se pagaban eran de una generosidad asombrosa. Menos de la mitad de los usuarios del ferrocarril pagaban la tarifa íntegra. Aunque parezca increíble, este país, que estaba en quiebra, le suministraba el tabaco a su población por debajo del precio de coste.

A pesar de todo, las finanzas austríacas eran las únicas de entre las antiguas potencias centrales que estaban mejorando claramente. A medida que la confianza se fue restableciendo, a pesar del aumento del desempleo, comenzaron a volver al mercado las divisas que la población había acaparado. Por fin había una base sobre la que empezar a construir; o, más bien, como la independencia de la ayuda exterior tenía que ser tan grande, sobre la que poder construir un país.

En la primavera de 1922 Hungría, la otra pata sobre la que se sostenía la monarquía dual de los Habsburgo*, se encontraba a mitad de camino entre Alemania y Austria en el escalafón de los desórdenes comerciales y financieros. Como se trataba de un país fundamentalmente agrícola, sus problemas eran distintos y, en teoría, tenía bastante para subsistir y algo de excedente. Teniendo en cuenta su prometedora forma física, resulta extraordinario que siguiera exactamente los mismos pasos que sus antiguos aliados en su marcha hacia el desastre financiero.

Entre 1913 y el final de 1921 la cantidad de moneda en circulación había aumentado 64 veces. Una muestra representativa de los artículos de consumo normal, que podían comprarse en 1914 con 100 coronas, costaban ahora 8.260. Antes de la guerra, en el área que constituía la nueva Hungría, los ingresos que obtenía el Estado eran alrededor de una décima parte mayores que los gastos; tres años después del armisticio, los gastos eran una tercera parte mayores que los ingresos. En 1921 el desquiciamiento de los patrones

* Hungría había perdido en virtud del Tratado de Trianon sus mejores territorios, quedándose sólo con 14 *comitats* de los 64 que la componían. El propio Foreign Office británico llegó a admitir directamente, aunque no en público, que «era excesivo pedir además reparaciones».

monetarios normales como consecuencia de la guerra, la revolución, la contrarrevolución, el Terror Rojo, el Terror Blanco y finalmente la regencia del almirante Horthy había provocado tal pesimismo que la idea habitual de todo aquel que tenía dinero era convertirlo en activos más estables, como divisas, acciones industriales, antigüedades o joyas. Por tanto, igual que en Alemania y en Austria, la especulación se extendió a todas las clases sociales, se compraban y vendían todo tipo de valores y diariamente se seguía de cerca la cotización de las divisas.

El ministro de Finanzas, doctor Hegedüs, se impuso como primer objetivo en 1921 frenar la tendencia bajista de la corona. Aunque en enero estaba a 2.100 por libra, pretendía llegar a estabilizarla en torno al 400. De hecho, seis semanas después del primer intento del emperador Carlos por reconquistar el trono de Hungría, en abril de 1921, la corona había conseguido recuperarse hasta un nivel de 800. Sin embargo, habría sido mejor espaciar las reformas de Hegedüs en una década, en lugar de en sólo nueve meses, ya que las medidas fueron tan draconianas que le llevaron a presentar su dimisión en septiembre. Los 29 decretos financieros promulgados durante su mandato incluían una leva del 20 por ciento sobre el capital y feroces ataques fiscales a «las fortunas de la guerra», las acciones, los artículos de lujo y las propiedades: decretos que se contemplaban con alegría o consternación según le afectase a cada uno. Un error psicológico fue el embargo del 20 por ciento de todos los depósitos bancarios porque la gente, y especialmente los campesinos, dejaron de confiar sus ahorros a las instituciones financieras, atesorándolos en sus casas con la consiguiente escasez de dinero.

El doctor Hegedüs achacó su fracaso a la caída del marco alemán, a la mala cosecha y a la incertidumbre sobre las reparaciones. Pero su último acto de gobierno consistió en conseguir la aprobación de un incremento de 960 millones de coronas (600.000 libras) para los sueldos de los funcionarios, cuyos haberes habían quedado muy desfasados con relación a los de los obreros, y esta medida fue la razón oficial para explicar la inflación y las nuevas depreciado-

nes, ya que la máquina de imprimir volvió a funcionar en serio por primera vez desde marzo.

La forma en que la política financiera del doctor Hegedüs afectó al comercio húngaro fue un ejemplo clásico. En la primavera de 1921, cuando la corona se apreció, el desempleo, que hasta entonces había sido insignificante, creció visiblemente, pues las mercancías y las materias primas adquiridas cuando la libra valía 2.000 coronas no podían venderse sin grandes pérdidas cuando la corona subió a 800. A medida que la corona mejoraba, la situación de comerciantes y empresarios empeoraba; cuando Hegedüs dimitió y la corona empezó a descender de nuevo, el mundo empresarial suspiró aliviado y el empleo comenzó a recuperarse. Por otro lado, la subida temporal de la corona fue recibida con profunda satisfacción por los funcionarios y todos aquellos que tenían rentas fijas. En cambio, el campesinado —dos tercios de la población— contemplaba todo esto con indiferencia, pues siempre podían vender sus productos al equivalente del precio internacional vigente en cada momento; posiblemente su situación era más boyante que la de ninguna otra comunidad agrícola de Europa.

En los últimos meses de 1921 el gobierno tuvo que hacer frente de nuevo al problema de la supervivencia de sus funcionarios. El suministro de alimentos y otros productos básicos por debajo de su precio de coste era solamente un pequeño alivio. Un alto funcionario, como por ejemplo un subsecretario de Estado, todavía seguía ganando el mismo salario de 2.000 coronas al mes que cobraba antes de la guerra, suficientes para llevar una vida de un lujo moderado y permitirle educar a sus hijos y sacar adelante a su familia en aquella época. Ahora, aunque se le ayudase con los subsidios, que podían suponer otras 3.000 coronas mensuales, no podía vivir con menos de 20.000. Esta última cantidad, que equivalía a 120 libras al año en septiembre de 1921 (inmediatamente antes del segundo intento del emperador Carlos de entrar en Budapest), en Navidad no llegaba a las 70 libras anuales. El trabajo de los oficinistas, también remunerado por debajo de los niveles de antes de la guerra, los sumió en una situación igualmente miserable.

Míster Hohler*, el alto comisionado británico en Budapest, informaba:

En estas circunstancias no debería sorprender a nadie que existiese una corrupción desenfrenada: hay que decir en honor de los funcionarios húngaros que los casos de corrupción son comparativamente escasos. Los funcionarios y las clases cultas son, con mucha diferencia, los que se encuentran en peores condiciones. Su reserva impide averiguar el alcance de sus dificultades. Sin embargo, las subastas dan una idea de la estrechez a la que se ven reducidos.

Además, muchos de los pertenecientes a la clase «funcionarial», especialmente sus miembros más jóvenes, encontraban una salida a sus inquietudes a través de las perniciosas actividades de las sociedades secretas, en su mayoría violentamente antisemitas. Estas organizaciones atraían también a los militares jóvenes, que necesitaban una causa por la que luchar, y alguien a quien echarle la culpa de su pobreza.

En junio de 1922 ya había pasado mucho tiempo para que un ministro de Finanzas hubiese puesto orden en el presupuesto húngaro. Desde enero la cantidad de billetes en circulación había aumentado un 28 por ciento, el índice de precios, un 36 por ciento, y la depreciación externa de la corona, entre un 52 por ciento y un 75 por ciento; este último margen se corresponde con la variación producida en una sola semana de ese mes. A mediados de junio una libra valía 4.500 coronas, y según el entonces ministro de Finanzas, doctor Kallay, era un reflejo de la situación financiera de Austria y Alemania. Corno en Alemania, también aquí se creía que la impresión de billetes no tenía nada que ver con el porcentaje de depreciación, y los círculos que representaban la ortodoxia financiera acusaban a la «desconfianza de Zúrich», afirmando que como la tasa de depreciación era mucho mayor que el porcentaje de incremento de billetes, esto último podría ser, como mucho, un factor accesorio en

* Más tarde, sir Thomas Hohler. Nació en 1871 y murió en 1946.

la explicación de la devaluación monetaria. Más aún, el hecho de que durante muchos meses la depreciación en el exterior precediese, en lugar de seguir, a las nuevas emisiones de dinero llevó a las autoridades húngaras a pasar por alto el efecto que tenía en Zúrich la seguridad de que el déficit presupuestario se cubriría con nuevas emisiones de dinero y que se seguirían imprimiendo billetes para satisfacer la demanda de efectivo que acarreaba cada nueva subida de los precios. En cualquier caso, el gobierno húngaro suponía — como el alemán — que mientras no se conociese la cuantía de las reparaciones, la estabilización era posible. En el curso de un año desde la ratificación definitiva del Tratado de Trianon la circulación fiduciaria se había doblado.

Al final de junio de 1922 el descontento era palpable y crecía el número de los que protestaban por el alza del coste de la vida. Las huelgas de los basureros municipales y de los alcantarilleros de Budapest se solucionó con una subida general de sueldos, que supusieron entre un 12 por ciento y un 75 por ciento de incremento. El doctor Kallay declaraba que se sentía inclinado irresistiblemente a aumentar las emisiones de papel moneda, a pesar de los peligros que suponía, siempre que no se vislumbrara ninguna interrupción en la espiral al alza de los precios y al incremento de los salarios. Consecuentemente, la corona, que alcanzó una cotización de 6.000 frente a la libra el día 17 de julio, una semana más tarde llegaba a 7.000 (previamente ya había sufrido otra sustancial baja, en solidaridad con el marco, después de la muerte de Rathenau), y los precios de los alimentos volvieron a dispararse al alza. Inmediatamente se produjeron nuevas reivindicaciones salariales.

Mientras tanto, la mayor parte de la riqueza de la nación provenía del sector agrario, cuyos impuestos, a pesar de los esfuerzos de Hegedüs, seguían siendo los mismos en términos monetarios que antes de la guerra, es decir, dos centésimas partes en términos reales. Esta injusticia tributaria habría sido suficiente por sí sola para intensificar la animosidad entre las comunidades urbana, industrial y comercial, por una parte, y los agricultores y terratenientes, por otra. Sin embargo, las condiciones financieras incentivaban a los

agricultores a retener sus cosechas, retrasando en la medida de lo posible su envío a los mercados para crear una mayor demanda y un incremento de los precios de venta. Hungría había creado en gran medida las condiciones para su autodestrucción.

La devaluación de la corona continuaba con una alarmante rapidez. En septiembre, cuando la circulación fiduciaria aumentó un 25 por ciento con relación a agosto y la corona caía por debajo de las 11.000 por libra, el ministro de Finanzas explicaba al país que la última emisión de billetes no tenía por qué producir ninguna depreciación, ya que se limitaba a reflejar el aumento de la riqueza de la nación por haberse terminado de recolectar las cosechas, y que la nueva moneda se retiraría de la circulación en cuanto se distribuyera la cosecha anual. Independientemente de que sus argumentos fueran producto de la hipocresía o simples ilusiones, sus esperanzas fueron vanas, ya que fue imposible contener los precios de los productos agrarios.

Muy asustado, el gobierno estableció una oficina encargada del control de la moneda extranjera —según el modelo de la *Devisen-zentrale* austriaca— con el fin de evitar un colapso financiero. Mientras persistieron los problemas iniciales, los llamados *Kinderkrankheiten*, la situación empeoró aún más. Al haber fijado el cambio de la corona a un nivel inferior a su valor de mercado y ser incapaz de convencer a los que poseían divisas de que las cambiaran, la oficina se encontró sin medios para ayudar a los comerciantes a pagar a sus proveedores extranjeros. Anteriormente los exportadores vendían sobre la base del cambio vigente el día de la formalización del contrato, cubriendo el pago inmediatamente en la moneda de sus acreedores. Bajo la nueva reglamentación cada petición de moneda extranjera tenía que dirigirse a la oficina de cambios, que estaba tan mal organizada que tardaba del orden de dos semanas en tramitarla y que debido a la escasez de divisas sólo podía atender una parte de la cantidad solicitada. Naturalmente el comercio exterior se ralentizó, lo que trajo un mayor desempleo.

Por otra parte, en noviembre, con la corona sostenida artificialmente a un nivel de 12.000 por libra, la *Devisenzentrale* húngara

iba sobre ruedas, y los especuladores no estaban muy contentos, ya que había desaparecido la oportunidad de manipular los precios de la corona en el exterior. La especulación con las divisas dio paso a la especulación en la bolsa de valores, produciéndose una auténtica estampida de las cotizaciones. Acciones que cotizaban a 8.000 coronas en la primavera pasaron a 100.000 y más; las empresas vieron en ello la oportunidad de ampliar su capital y diluyeron el valor de sus títulos. La gente seguía comprando de todas formas, y ni siquiera los inversores más prudentes tenían la intención de conservar sus valores (cuyos dividendos eran ridículos en comparación con el desembolso), pero siempre podían venderlos más caros a un compatriota menos astuto. Sin embargo, dos meses de moneda casi estable, combinados con las leyes contra la especulación en el mercado de cambios, obligaron a los especuladores a liquidar sus posiciones en valores. Las cotizaciones empezaron a caer de nuevo, y muchos salieron mal parados.

Los que eran demasiado pobres para jugar y debían conformarse con mirar tuvieron al menos la compensación de divertirse con el espectáculo. Aunque la corona estaba firme, los precios siguieron subiendo, incrementándose en un 60 por ciento durante los dos meses anteriores a noviembre. El 13 de ese mes el gobierno decidió una importante subida de las tarifas ferroviarias, lo que repercutió directamente en todos los precios. «Todo el mundo —escribía Hohler— ha perdido completamente el sentido de la proporción en lo que se refiere a los costes. Cualquier húngaro que se encoge de hombros y protesta contra el Tratado de Trianon cuando le cobran 5.000 coronas por una botella de *vin mousseux*, se exaspera si le suben 5 coronas el billete del tranvía.»

Hohler envió al Foreign Office un detallado análisis de cómo habían reaccionado los húngaros ante sus nuevos problemas financieros. Los funcionarios, decía, son los más perjudicados, incapacitados para declararse en huelga y sobreviviendo sólo porque sus exiguos salarios se complementan con ciertos privilegios, como reducciones en el precio del tren y el derecho a comprar en economatos. A pesar de ello, «es difícil comprender cómo se las arreglan los

que no se aprovechan ilícitamente de su cargo para poder subsistir». Los oficiales del ejército sólo están algo mejor. Un comandante, por ejemplo, que recibía 575 coronas semanales antes de la guerra gana ahora 17.000 a la semana (alrededor de 1 libra y 10 chelines), pero necesitaría del orden de 184.000 para recuperar su antiguo poder adquisitivo. En términos reales, un teniente tiene que vivir con una libra a la semana, y un teniente general, con 2 libras y 5 chelines. Los oficiales casados reciben una ayuda familiar de 3.500 coronas al mes (6 chelines) por cada persona a su cargo.

Excepto para los pocos afortunados que tuviesen su capital invertido en países neutrales, los rentistas se enfrentaban a un «angustioso panorama». Los más jóvenes y activos habían encontrado trabajo, pero los más viejos quedaron desamparados. Los profesionales liberales, médicos, abogados, etc., lo mismo que en Austria y Alemania, sufrían la escasez de clientes o de enfermos, pero podían revisar sus honorarios hasta un cierto límite, aunque a la profesión médica no le ayudara el hecho de que los hospitales estaban desprovistos de lo más elemental, desde camas hasta cuñas. Los profesionales con salarios fijos se vieron reducidos a «la más absoluta penuria». Los administrativos, que antes constituían una de las clases más importantes de la capital, tenían unos salarios totalmente insuficientes, de entre 12.000 y 20.000 coronas al mes (de 12 a 19 libras al año), y se reducían continuamente, pero seguían en pie gracias a que en el trabajo les proporcionaban la comida a cambio de una cantidad simbólica. Sin embargo, para aquellos con familiares a quienes alimentar «el 60 por ciento de subida de los precios no les permite seguir resistiendo».

Como siempre, los trabajadores con sindicatos que les defendiesen no lo pasaban tan mal, ya que sus pagas se revisaban de vez en cuando. De todas formas no se podía decir que fuesen precisamente afortunados. Mientras que en 1914 necesitaban 80 horas de trabajo para poder comprar un traje, en 1919 precisaban 141 horas, y en julio de 1922, 381. Asimismo, las horas requeridas para comprar un docena de huevos se habían multiplicado por tres, y en el caso de un kilo de pan, por cuatro.

En el campo, los terratenientes y los agricultores eran los menos afectados, ya que producían la mayoría de los productos de primera necesidad y subían los precios de sus mercancías con la misma frecuencia que los tenderos. Los campesinos sin tierras no lo tenían tan fácil, y el gran número de temporeros, cuya movilidad se había reducido por las nuevas fronteras húngaras, formaba un grupo particularmente desamparado. El relato de Hohler concluía comentando que había muchos que prosperaban en medio de la crisis y que eran los responsables de que Budapest ofreciese una atmósfera de cierto bienestar, especialmente los judíos, que constituían una gran parte de la población de la capital.

A medida que se acercaba la Navidad de 1922 y los precios seguían subiendo más allá de lo que podían soportar la mayoría de las clases urbanas, era evidente que la crisis no podía tardar en llegar y que la corona no podía seguir manteniéndose por mucho tiempo. Con las organizaciones secretas infiltrándose en el poder, el nacionalismo extremista en aumento y con un antisemitismo que ya empezaba a ser evidente hasta en los círculos oficiales, Hungría estaba al borde del abismo.

CAPÍTULO 8

LA BÚSQUEDA DEL TESORO DE OTOÑO

En Alemania sólo la gente del campo vivía con cierta comodidad: cualquiera que viviera de la tierra tenía acceso a valores tangibles. Por eso, cuando los agricultores aseguraban que el dinero que recibían por sus cosechas sólo les permitía seguir comprando las mismas cosas de siempre, no era extraño que se les acusase de extorsión, con mayor motivo si retenían sus productos en la seguridad de que cuanto más esperasen, mayores serían los precios que obtendrían con su venta.

Erna von Pustau fue a pasar unos días al campo y preguntó abiertamente a sus anfitriones qué es lo que hacían con todo el dinero que le estaban sacando a la gente de las ciudades. Le respondieron con franqueza que estaban amortizando sus hipotecas. El principio del *Mark gleich Mark* había beneficiado enormemente a la agricultura: a la gente del campo, terratenientes, agricultores o campesinos, la vida les sonreía. Al final de agosto de 1922, cuando el marco atravesó la barrera de los 2.000 por dólar —9.000 por libra—, una hipoteca que se hubiese concedido siete u ocho años antes podía devolverse cuatrocientas veces con el valor del bien hipotecado. Cuando la señora von Pustau regresó a su casa, comentó:

Las conversaciones en aquella familia giraban en torno a la subida de los precios, sobre los créditos que tenían que reducirse, sobre el parti-

do de la clase media, sobre grandes negocios y sobre los obreros que siempre estaban pidiendo más... El contraste entre el campo y la ciudad es tan grande que nadie que no haya vivido allí puede llegar a comprenderlo.

Herr Hans-Georg von der Osten, que había sido piloto en el «Circo Volante» del barón von Richthofen y que más tarde fue por poco tiempo ayuda de campo (ADC) de Goering hasta que disparó al ciervo preferido del mariscal, recordaba que en febrero de 1922, con un préstamo que le había concedido un amigo banquero, se había comprado una finca que lindaba con la suya en Pomerania y que le costó 4 millones de marcos (equivalente entonces a 4.500 libras). El préstamo lo devolvió al otoño siguiente con la venta de menos de la mitad de la cosecha de una de sus parcelas de patatas. En junio de ese mismo año, cuando los precios estaban subiendo más deprisa de lo que estaba bajando el marco, compró 100 toneladas de maíz por 8 millones de marcos (5.000 libras de entonces). Una semana más tarde, cuando todavía no le habían entregado la mercancía, le revendió toda la partida al mismo comerciante por el doble de precio, ganándose 8 millones de marcos sin haber movido un solo dedo. «Con esta cantidad —decía— he amueblado la mansión de mi nueva finca a base de antigüedades, he comprado tres escopetas, seis trajes y tres pares de zapatos de los más caros que hay en Berlín; y además he pagado los gastos de ocho días de estancia en la capital.»

Esto era sencillamente comerciar: lo único que se podía hacer con el dinero efectivo en aquellos tiempos era gastarlo en lo que fuese lo más rápidamente posible. Ahorrar era una locura. Sin duda, igual que sucedía en Austria, el comportamiento de muchos agricultores fue escandaloso. El doctor Schacht cuenta que en los años de la gran inflación «los agricultores compraban toda clase de maquinaria y muebles y muchas más cosas superfluas. Fue un período en el que se podían encontrar pianos de cola y de pared en casas sin ninguna afición por la música». Cualquiera que conociera las consecuencias de la inflación, continuaba

Schacht, se protegía comprando activos que pudiesen mantener su valor real: casas, fincas, productos manufacturados, materias primas, etc.

Convertirlo todo en valores reales no sólo permitía a los ricos, sino especialmente a los que carecían de escrúpulos, conservar e incluso incrementar su patrimonio... Como consecuencia de la lucha por la supervivencia financiera y el enriquecimiento basados en la explotación de la ignorancia de las masas, cualquier aspecto de los negocios estaba viciado.

Tachar de egoístas, inhumanos o perversos a los que luchaban por la supervivencia en aquellas caóticas circunstancias no es justo en muchos sentidos. Cuando la gente no comprende qué está pasando, o por qué, y cuando no tiene ni idea de lo que puede hacer y nadie se lo explica, lo lógico es que cunda el pánico. Aun así, este comportamiento natural de la gente de los pueblos no tranquilizaba a los habitantes de las ciudades, que no tenían nada con lo que negociar y cuyos ingresos no variaban.

En septiembre, un catedrático de Hesse lamentaba que los profesores, los maestros y los científicos no tuviesen ya derecho a seguir viviendo, y que probablemente muchos de ellos morirían el próximo invierno por falta de alimentos o de calefacción. Temía que sus hijos, en lugar de seguir el camino de sus padres, como habían hecho durante generaciones, se viesan forzados por las circunstancias a escoger los trabajos manuales para poder ganarse la vida.

Es evidente que su razonamiento era excesivamente pesimista, y dedicarse a trabajos manuales durante un período de crisis para ganarse el pan no obligaba a nadie a seguir para siempre en la misma actividad. Pero las quejas de este profesor reflejan el grado de desaliento al que había llegado el mundo académico.

El trabajo manual, cualificado o no, es el que manda hoy en Alemania; ya no hay demanda de cerebros. Dicho de otra forma, la inteligencia ha dejado de tener un valor de mercado. El resultado no sólo puede

significar una catástrofe para Alemania y el hundimiento de la civilización en la Europa Central, sino en todo el mundo.

Sin embargo, un nuevo elemento ya se había sumado a la crisis económica. Por primera vez, y a pesar de las presiones de todo tipo que ejercían los sindicatos, las revisiones salariales empezaban a quedar seriamente desfasadas respecto a la subida de los precios. El presidente Ebert le rogaba a Curzon que gestionase una nueva moratoria de las reparaciones, argumentando que las condiciones de vida de la población trabajadora se habían vuelto «completamente imposibles» y que la ruina de la vida económica alemana era inminente.

Un litro de leche, que costaba 7 marcos en abril de 1922 y 16 en agosto, a mediados de septiembre ya valía 26 marcos. La cerveza había subido de 5,60 marcos el litro a 18 y 30 en las mismas fechas. Un solo huevo, a 3,60 en abril, costaba ahora 9 marcos. En sólo nueve meses el presupuesto semanal del chófer de míster Seeds, para una cesta de la compra idéntica, había subido de 370 marcos a 2.615.

La subida de cerca del cien por cien de las últimas cuatro semanas [informaba el cónsul] se ha producido a pasos agigantados con lo cual no es posible elaborar un plan simultáneo de incrementos salariales que pueda hacerle frente: una revisión de salarios acordada al final de una semana ya no basta al martes siguiente para mantener el poder adquisitivo, y las clases obreras y asalariadas están sufriendo duramente las consecuencias, a pesar del continuo incremento de sus remuneraciones... La situación salarial se ha desquiciado por completo.

El 9 de septiembre las autoridades financieras anunciaron que durante los diez días anteriores se habían imprimido y distribuido 23.000 millones de marcos, lo que representaba el 10 por ciento de toda la circulación fiduciaria existente en el país. Los periódicos informaban de que «la producción diaria de las imprentas federales era de 2.600 millones de marcos, pero que en el curso de este mes se podría llegar a los 4.000 millones, con lo que se esperaba terminar definitivamente con la escasez de dinero efectivo».

La escasez de efectivo era ciertamente grave, y en julio entró en vigor la ley sobre el dinero de emergencia. Las grandes empresas industriales comenzaron a pagar parte de la nómina en dinero y parte en vales que eran aceptados por los comerciantes locales, convencidos de que les serían reembolsados en breve. Los municipios también emitieron su propia moneda, conscientes de que cualquier retraso en el abono de las nóminas perjudicaría notablemente a sus funcionarios, que sólo estaban esperando su paga para gastársela antes de que se depreciase. Los alcaldes de las grandes ciudades empezaron a temer el desempleo, que a gran escala podía provocar desórdenes callejeros inspirados por los comunistas, y se pusieron a contratar personal creando empleos artificialmente. Los ciudadanos de Frankfurt observaron alarmados cómo se comenzaron a reparar grandes tramos de carreteras que estaban en perfecto estado y cómo se procedía a enterrar toda la red aérea de cables telefónicos.

Los objetivos del Reichsbank para el mes de septiembre se cumplieron, pero cuando en la segunda semana de octubre el marco pareció entrar en una especie de caída libre, pasando de los 9.000 a los 13.000 por libra en seis semanas, la esperanza de satisfacer la demanda de dinero efectivo desapareció rápidamente. La predicción que había hecho el profesor Keynes quince meses antes, de que el marco caería un punto diario hasta llegar a la cotización de 1.000 frente a la libra, se había quedado corta en nada menos que trece veces, y en sólo dos terceras partes del tiempo previsto. Ahora, en el número del 29 de septiembre del *Manchester Guardian*, escribía que lo máximo que en su opinión podría pagar Alemania en concepto de reparaciones era del orden de 2.000 millones de marcos oro al año (cien millones de libras), que más allá de esa cifra era entrar «en el reino de la fantasía», y añadía que ni siquiera se podía estar seguro de que Alemania pudiese hacer frente a esas cantidades. Decía que los más de 3.000 millones al año que exigía Francia se basaban en la «falacia con la que se engaña a muchos franceses, haciéndoles creer que las necesidades de Francia aumentan la capacidad de Alemania». Keynes, a quien invitaron inmediatamente a

Alemania junto con otros expertos independientes para que aconsejase acerca de las medidas adecuadas para frenar la caída del marco, consideraba esencial que se diese «un respiro» antes de que se reanudasen los pagos de las indemnizaciones, aunque éstas fuesen más moderadas.

Albert Einstein también opinaba que el tema de las reparaciones era la causa principal de la debilidad del marco, y envió a lord Haldane un artículo del *Berliner Tageblatt* en el que se sugería que Inglaterra y Francia participasen en el capital de las industrias alemanas en un porcentaje de hasta el 30 por ciento. Einstein, que le pedía a Haldane que su nombre «no aparezca relacionado con este asunto», consideraba que se podía tratar de una buena solución.

Desgraciadamente, la idea de Einstein no llegó a cuajar; cuando en noviembre la comisión de expertos emitió su informe, que sugería un programa de estabilización monetaria (en torno a 14.000 marcos por libra), equilibrio presupuestario, préstamos exteriores y retraso temporal de los pagos de las reparaciones, fue totalmente ignorado por acreedores y deudores. Hay que tener en cuenta en su descargo que tenían muchos otros problemas de los que preocuparse. En Gran Bretaña, la coalición gubernamental que presidía Lloyd George fue sustituida aquel octubre por una administración conservadora liderada por Bonar Law. En Italia, Mussolini protagonizaba un golpe de Estado.

En Alemania, donde la gente estaba volviendo al trueque y al pago con divisas como única forma seria de comerciar, se dictaron nuevos decretos para prohibir la compra de efectos extranjeros y la utilización de divisas para los pagos interiores. Además de la cárcel, las multas podían llegar a más de diez veces el montante de la operación ilegal. Para evitar la fuga de capitales, las transferencias al exterior, desde entonces, tenían que ser autorizadas —no sólo notificadas, como hasta ese momento—, y se regularon estrictamente las operaciones de los importadores. Estas medidas, desgraciadamente, aparte de dificultar el comercio legítimo, no tenían en cuenta el hecho de que se podía seguir especulando con valores en

las distintas bolsas extranjeras, y por consiguiente fueron incapaces de contener la tendencia descendente del marco.

En Oldenburg se hizo un intento por ofrecer al público una alternativa de inversión segura para que pudiese competir con la compra de moneda extranjera: los «pagarés de centeno» (*Roggen-marks*) emitidos por el banco del Estado con vencimiento en 1927. El precio de emisión era el del valor de 125 kilos de centeno, y su reembolso se efectuaría por el valor medio de 150 kilos de centeno calculado durante el primer trimestre del año en el que correspondiese amortizarlos; los 25 kilos adicionales representaban cuatro años de intereses. Los pagarés eran al portador, cotizaban en bolsa y estaban garantizados con la totalidad de los fondos del banco del Estado.

Mientras tanto, los 26 marcos que valía un litro de leche en septiembre se habían convertido en 50 marcos en octubre. La mantequilla, de 50 marcos la libra en abril había pasado a 480. En dos meses el precio de un huevo había duplicado su valor inicial de 14 marcos. Un peine de bolsillo costaba 2.000 marcos; un tarro de miel, 8.000; unos pantalones de niño, 5.000; una docena de platos de loza, 7.500; un par de medias de seda, 16.500; un rollo de papel higiénico, 2.000; unos zapatos de niño, 2.800. Sin embargo, decirle tres misas a un difunto seguía manteniendo su antiguo precio de 150 marcos.

Los diputados de la región de Baviera se agruparon, con independencia de su filiación política, para urgir al gobierno central a que enviase algún socorro para los cientos de miles de pobres que estaban pasando verdadera hambre. La súplica era más acuciante dado que se acercaba la *Oktoberfest*, la gran fiesta anual de Munich, que duraba tres semanas y en la que se consumían pantagruélicas cantidades de cerdo y cerveza —casi siempre a precios mucho más altos de los normales. Como el marco había descendido de 9.000 por libra a 12.000, primero, y a 18.000, después, y como la cerveza había subido de 30 marcos el litro a 78, los agricultores que disfrutaban de la fiesta, celebrando sus cosechas, se convirtieron en el centro de las denuncias políticas, ya que la mayoría de los turistas

habían regresado a sus países de origen. Míster Seeds comentaba desde el consulado de Munich:

Está perfectamente justificado que los diputados condenen tan duramente como lo están haciendo los despilfarros que se producen, pero para el observador extranjero, que advierte que los miles y miles de los que se divierten en estas fiestas son exclusivamente trabajadores y miembros de la clase media baja, es razonable que dude de la existencia de tanta penuria y de tanta hambre como se dice. Excepto en lo que se refiere a ciertos grupos de la clase media, es difícil resistirse a la impresión de que las subvenciones para los alimentos son simplemente una manera de traspasarles a los contribuyentes una parte de los salarios que deberían pagar los empresarios.

Al propio Stinnes, el más genuino representante del capitalismo despiadado, le preguntaron en noviembre de 1922 durante una reunión celebrada en Colonia con empresarios británicos hasta cuándo podrían aguantar los industriales alemanes ese estado de cosas. Su respuesta fue que tratarían de aguantar todo lo que pudieran, «si hacía falta hasta el día en que el gobierno francés se decidiera a emprender una política de negociación». Stinnes no perdía ninguna ocasión para abrir una brecha entre Francia e Inglaterra, pero probablemente creía sinceramente que el riesgo de desempleo era secundario en comparación con el nivel al que podía caer el marco. «Con un gobierno central sin poder y sin autoridad, con problemas económicos muy agudos y con unos vecinos vengativos dispuestos a pescar en aguas revueltas —afirmaba Stinnes—, nosotros haremos todo lo que esté a nuestro alcance para mantener los puestos de trabajo de nuestros obreros.»

Efectivamente, en el Ruhr, numerosas fábricas estaban utilizando diversas fórmulas para evitar poner a la gente en la calle. Por ejemplo, Bochumer Verein, en Essen, empleaba a 1.500 hombres en fabricar material ferroviario para almacenarlo, pues no tenía pedidos. Sin embargo, estas medidas sólo podían practicarlas las empresas con grandes reservas financieras, y los pequeños empresarios tuvieron que ir despidiendo personal poco a poco. Con el

incremento de precios de noviembre —la mantequilla a 800 marcos la libra, los huevos a 22 marcos la unidad—, las tiendas tuvieron que empezar a despedir dependientes, pues las ventas estaban bajando.

La disparidad entre la subida del coste de la vida y el aumento de los salarios era cada vez mayor. Mientras que desde la guerra la vida había subido alrededor de 1.500 veces, el sueldo de los mineros —que eran los trabajadores mejor pagados— en noviembre de 1922 apenas se había multiplicado por 200. Con el marco a 27.000 por libra y 6.400 por dólar a mediados de noviembre, y con los precios interiores acompañando en su tendencia a ambas divisas, los salarios ya no sólo eran incapaces de seguir a los precios sino que cuando los obreros cobraban la paga en realidad recibían menos de lo que se les debía. Dada la escasez de dinero efectivo, tanto en papel moneda como en *Notgeld*, cuando se les liquidaban sus haberes éstos habían perdido ya el 50 por ciento de su valor. Los trabajadores mejor pagados no podían permitirse los productos de primera necesidad. Los demás, y —como de costumbre— aquellos con rentas fijas o que dependían de sus ahorros, sufrían en consecuencia.

Aquellos sufrimientos fueron muy intensos, y aunque lo peor estaba aún por llegar, era tan sólo la culminación de muchos meses de miseria creciente. Puede ser que las condiciones de Berlín no fuesen completamente representativas de todas las urbes del país, pero por lo menos pueden dar una idea de la angustia general. Las cifras dadas a conocer por el burgomaestre de Pankow relativas a 1922 indicaban que el 25 por ciento de los niños, al acabar el colegio, estaban por debajo de la media de peso y estatura, y el 30 por ciento estaba incapacitado para el trabajo por razones de salud. En Schöneberg, donde en 1913 el 8 por ciento de los niños que terminaban la escuela estaban tuberculosos, ahora el porcentaje ascendía al 15. «La indigencia —decía el informe del burgomaestre— está acabando con la limpieza, la decencia y la higiene personal, y en los cerebros sólo queda sitio para pensar en la forma de combatir el hambre y el frío.»

La imposibilidad de que los salarios mantuvieran el ritmo de los precios, y el consiguiente empobrecimiento de hasta los trabajadores más afortunados, tenían un efecto directo sobre los sindicatos. Debido a la caída en el valor de los fondos sindicales y la imposibilidad en unos tiempos tan duros de aumentar las cuotas, las convocatorias de huelga se hacían cada vez menos viables. Los líderes sindicales, por la misma razón, tenían cada vez menos fuerza para presionar y conseguir las subidas salariales que reclamaban los trabajadores, y por tanto empezaron a perder su influencia y, aunque se negaban a reconocerlo, también el control. En un estado de creciente nerviosismo se vieron obligados a hacer frecuentes llamamientos a la disciplina y a reclamar a sus miembros que respetasen las decisiones de su sindicato.

Por su parte, los trabajadores eran presa fácil de los grupos extremistas, y resultaba sencillo conseguir que parasen y organizaran disturbios, especialmente cuando creyeron que la gran reivindicación de la revolución, la jornada laboral de ocho horas, se veía amenazada por los grandes empresarios. Como había muchas autoridades locales que no habrían dudado en dar la orden de disparar sobre los posibles amotinados, la mezcla era de una volatilidad poco común. En la tercera semana de noviembre se produjo un serio enfrentamiento entre la policía y una masa de trabajadores hambrientos después de que los empleados de Mannesmann exigieran la duplicación de sus salarios y del intento fallido, pese al apoyo comunista, de declarar una huelga general en la ciudad. Un acontecimiento similar se produjo en Colonia. En Dresde hubo una violenta manifestación para protestar por el coste de la vida en la que se saquearon tiendas y se produjeron destrozos estimados en 100 millones de marcos; también se realizaron ruidosas demostraciones de xenofobia delante de los principales hoteles donde normalmente se alojaban los extranjeros y a los que la población atribuía la responsabilidad de la subida de los precios. En Braunschweig hubo tumultos y pillajes en las tiendas de alimentación y nuevos motines en Berlín. La mayoría de ellos podían ser controlados, pero en cualquier caso eran representativos del grado de malestar y angustia reinante.

El valor oro del dinero en circulación antes de la guerra era equivalente a 300 millones de libras, y el del existente en julio de 1922, 83 millones de libras, pero en noviembre sólo valía 20 millones de libras esterlinas. Cuantos más billetes se imprimían, más bajo caía su valor, con lo que se comprobaba la tesis copernicana expuesta por el rey Segismundo de Polonia en 1526 de que «el dinero pierde su valor cuando abunda demasiado». De qué forma se podían llevar los negocios con una cantidad tan escasa de dinero real era algo que desconcertaba a muchos observadores y explicaba las presiones para que los bancos siguieran emitiendo billetes. La razón que se daba era que el comercio seguía siendo posible gracias a que el dinero existente circulaba cada vez a mayor velocidad. Los billetes se mantenían en las manos del público el menor tiempo posible. Los talones y los cheques bancarios no se aceptaban más que en casos excepcionales. Todo aquel que recibía dinero por las cosas que vendía corría rápidamente a transformarlo en otras cosas, y el dinero no se paraba nunca; de esta manera, al circular diez veces más deprisa de lo normal, era como si existiese diez veces más dinero.

En medio de esta tensión el gobierno Wirth cayó a mitad de noviembre, y a medida que avanzaba el mes el marco pasaba de 30.000 a 32.000 y a 34.000 por libra —8.000 por dólar. El Reichs-bank había prometido, y cumplió, un programa de impresión ilimitada de billetes. Más y más imprentas se pusieron a trabajar, y a final de diciembre la cantidad emitida sólo estaba condicionada por la capacidad de las máquinas y el cansancio físico de los impresores. Lord D'Abernon informó entonces a Londres de que «el mercado de cambios y el Reichsbank son como caballos desbocados montados por jinetes incompetentes, y cada uno agrava la locura del otro», o, como lo describía con esta otra ocurrencia: «En toda la historia de la humanidad, ningún perro ha dado vueltas persiguiéndose el rabo tan deprisa como lo está haciendo el Reichsbank. El descrédito que los alemanes han hecho recaer sobre su propio dinero aumenta incluso más rápidamente que el volumen de billetes en circulación. El efecto es mayor que la causa. El rabo va más deprisa que el perro».

La escasez de dinero fue una de las razones de la estrepitosa caída del valor real de las acciones industriales —por supuesto, no en términos monetarios. Hacia el final del verano, en términos oro, habían descendido aproximadamente a la décima parte de su valor anterior a la guerra, con las consiguientes pérdidas para sus propietarios, pero sin punto de comparación con las que habían sufrido los inversores en bonos de guerra u otros títulos de renta fija, que prácticamente lo habían perdido todo.

En agosto, el *Berliner Tageblatt* estimaba el valor de todas las empresas alemanas en no más de 4.000 millones de marcos oro (alrededor de 200 millones de libras), y advertía del peligro de que sus acciones pudieran ser compradas sistemáticamente por los extranjeros a precios de saldo, ya que «la impresión que transmiten los periódicos de París y Londres sobre la prosperidad de la industria alemana es completamente diferente de la que aquí se respira».

En términos de dinero corriente, un paquete de acciones de sociedades que no hubiesen inflado o alterado de alguna forma su capital de antes de la guerra había subido entre julio de 1914 y julio de 1922 13,4 veces. Este paquete incluía acciones mineras (Gelsenkirchen, que subió de 181 a 1.374; Muhlheimer, de 155 a 1.990) y una amplia variedad de sectores industriales (Schwelmer Eisenwerk, de 135 a 2.800; Deutsche Waffen- und Munitions-fabriken, de 331 a 1.605; Kammgarnspinnerei Dusseldorf, de 131 a 2.550; Hotelbetriebs Berlin, de 136 a 2.100; Anglo-Continental Guanowerke, de 119 a 1.776). Pero esta subida no era nada comparada con las 143 veces en que había aumentado un marco oro con relación a un marco de papel. Al final de la guerra el índice de precios de las acciones industriales había descendido alrededor de un tercio, en términos reales, con relación al nivel de 1913. En el año 1921 se había reducido a la quinta parte. En octubre de 1922 su valor era sólo de 3 centesimos, y la gente decía que toda la Daimler Motor Company, fábricas, terrenos, existencias, etc., así como su marca y su organización, podían comprarse por el mismo precio que costaban

327 coches de los que ella misma producía. La demanda de acciones también era muy pequeña porque el dividendo que pagaban, en relación con el precio de mercado, era sólo del orden del 0,25% —porque así lo querían los principales accionistas—, y había otras maneras de conseguir recuperar el capital cuando se quisiera, de forma más rápida y con mayores plusvalías.

La memoria del Deutsche Bank correspondiente al ejercicio de 1921 reflejaba claramente hasta qué punto la inflación había reducido el valor oro de los dividendos, en contraste con la ilusión monetaria que producía la distribución de altos rendimientos en marcos de cada año. El volumen de papel descontado por el banco en 1921 ascendía a 2.125.000 millones de marcos, que equivalían a 85.000 millones de marcos oro. En 1913, cuando la red de sucursales del banco era menos extensa, la cantidad descontada había sido de 129.000 millones. En 1922, el dividendo sobre un capital de 400 millones era equivalente a 1,5 millones de marcos oro, frente a 25 millones repartidos en 1913 al 12,5 por ciento para un capital de 200 millones.

Sin embargo, octubre de 1922 fue el punto más bajo para los accionistas. A partir de entonces no sólo se volvieron a comprar acciones, sino que la gente que podía conseguir créditos baratos, o los que no podían sacar su dinero al extranjero, comenzaron a comprender las ventajas de comprar las industrias y demás activos de su país por sólo una parte de lo que auténticamente valían. Aunque en términos reales el mercado de valores comenzó a subir, el poder adquisitivo del marco continuaba descendiendo.

Al final de aquel año —decía Erna von Pustau— mi asignación y todo lo que ganaba no me daban ni para un café. Podías ir a la panadería por la mañana y dos barras te costaban 20 marcos, pero si volvías por la tarde esas dos mismas barras valían 25. El panadero no sabía qué es lo que había pasado... sus clientes tampoco... tenía algo que ver con el dólar, o con el mercado de cambios... y quizás, también, con los judíos.

El chófer de mister Seeds no estaba menos confuso. Él y millones como él instintivamente consideraban que el marco era tan bueno como el oro, y no comprendían cómo se había llegado a una situación tan desesperada. La leche, que le había costado la increíble cantidad de 78 marcos el litro en la primera semana de noviembre, un mes más tarde no la había podido conseguir por menos de 202 marcos. La mantequilla había subido de 800 a 2.000 marcos por libra; el azúcar, de 90 la libra a 220, y un huevo había pasado de valer 22 marcos a costar 30. Aunque las patatas se habían mantenido a 8 marcos la libra, sólo un marco más que el mes anterior, había que pagar 1.400 marcos más si se las quería acompañar con medio kilo de salchichas.

En la mayor parte del país las emisiones autorizadas de *Notgeld* eran ahora tan corrientes como los billetes del Reichsbank. Este dinero de emergencia podía imprimirse en cualquier cantidad hasta un máximo de 500 marcos, y en casos especiales de hasta 1.000 —estos límites tenían que ser revisados periódicamente al alza—, y eran canjeables por billetes del Reichsbank en un plazo de dos o tres meses. A mediados de noviembre sólo en los territorios ocupados ya había 40 compañías emisoras. Incluían industrias tan diversas como Anilin und Sodafabrik de Ludwigshafen, el Düsseldorf Landesbank, Stahlwerk Becker-Willich y Linoleumfabrik-Maximi-liansau, químicas, bancos, siderúrgicas o pavimentos. Entre los municipios que pagaban a sus empleados con dinero que ellos mismos emitían estaban Krefeld, Coblenza, Dusseldorf, Duisburg, Worms, Tréveris, Maguncia, Bonn y Colonia, donde los pagarés iban firmados por Konrad Adenauer.

En este contexto de precios desbocados y multiplicación de emisiones de moneda nacional y local, la cuarta conferencia de Londres levantó el telón del año 1923: el año de la inflación de la carretilla. Esta reunión, que sólo pretendía servir de preparación para una nueva conferencia de París, se celebró en diciembre para estudiar si se concedía una moratoria en el pago de las reparaciones. Fue notable no sólo por la presencia de Mussolini representando a Italia, sino por el firme anuncio de Poincaré a Bonar Law de que, «pase lo

LA BÚSQUEDA DFX
TESORO DE OTOÑO

;
■>
/

qu
e
pa
se
,
yo
en
tra
ré
en
el
R
uh
r
el
15
de
en
er
o»
.
Fu
e
Fr
an
ci
a,
y
no
In
gl
at
er
ra,
qu
ie
n
se
gú
n
la
fa
m
os
a
fr
as

e que sir Eric Geddes pronunció en 1918, estaba dispuesta a «exprimir a Alemania como a un limón, hasta que se pudiese oír el crujir de las pepitas».

La opinión de Lloyd George sobre las propuestas que había hecho Poincaré cuatro meses antes en la Conferencia de Londres era que «demostraban que o era incapaz de comprender el abecedario de las condiciones económicas que regulan los pagos internacionales, o estaba siniestramente resuelto a provocar el incumplimiento alemán para justificar la invasión de la cuenca minera de Westfalia con la perspectiva de desgajarla posteriormente del resto de la patria».

Bonar Law, que comprendía que la estabilización del marco significaba para Alemania desempleo, crisis industrial y enormes tensiones financieras, mientras que si no se afrontaba la estabilización sería catastrófico, no fue capaz de convencer al primer ministro francés de la inutilidad de amasar montañas de marcos de papel por medio de la extorsión o de la represalia. La Comisión de Reparaciones no se atrevía a cobrar los 1.500.000 millones de marcos que habían recaudado las aduanas alemanas para la cuenta de los aliados porque apenas sacaría nada de ellos. Poincaré

se
gu
ía
co
nv
en
ci
do
,
es
cri
bí
a
Ll
oy
d
G
eo
rg
e,
de
qu
e
lo
s
bo
sq
ue
s
al
e
m
an
es
po
dí
an
se
r
ex
pl
ot
ad
os
fá
cil
m
en
te
ba
jo
la
su

pervisión de las autoridades militares aliadas, y que resultaría práctico controlar el Reichsbank para obligarle a revaluar el marco. La invasión del Ruhr le demostraría que estaba terriblemente equivocado. Si la intención era o no hundir a Alemania para siempre, su política consiguió reducir el franco francés a la quinta parte de su valor anterior a la guerra.

El 10 de diciembre la Conferencia de Londres recibió una nota oficial del nuevo canciller alemán, doctor Wilhelm Cuno, sugiriendo varias medidas para estabilizar el marco, entre las que se incluía una moratoria de dos años en el pago de las reparaciones. La nota fue rechazada. Poincaré insistió en que Berlín aportase «garantías productivas», y se encolerizó más aún cuando antes de Navidad los

alemanes propusieron un pacto de no agresión durante treinta años, que él interpretó como una simple estratagema.

Los acontecimientos se precipitaron a partir de la conferencia de París. El 4 de enero Francia e Inglaterra no llegaron a ponerse de acuerdo. Los delegados franceses, belgas e italianos de la Comisión de Reparaciones decidieron el 9 de enero de 1923, con el voto en contra de Inglaterra, que Alemania había incumplido voluntariamente con las entregas de madera y carbón a las que le obligaba el tratado de paz. No había, pues, ningún camino legal para impedir que Poincaré cumpliera sus amenazas, y la esperanza de que Estados Unidos intercediera fue en vano. El 10 de enero las fuerzas de ocupación norteamericanas se retiraron. Al día siguiente Poincaré envió a la zona del Ruhr una comisión de control formada por ingenieros «con el propósito de garantizar las entregas», acompañados de tropas «encargadas de protegerles y de asegurar el cumplimiento de su misión». Por si acaso, el primer ministro francés advertía de que, de ser necesario, se impondrían mayores sanciones y otras medidas coercitivas.

Aparentemente la invasión del Ruhr pretendía, como se suele decir, «que Alemania sentase la cabeza» y obligarla a pagar. Lo que no se explicaba era cómo iba a poder hacerlo si se la separaba temporalmente de su principal región industrial. La opinión de Lloyd George, que fue confirmada rotundamente por los sucesos del verano siguiente, era que el verdadero motivo consistía en establecer en la zona del Rin una confederación de regiones ligadas a Francia. Lo calificó de «agresión militar contra una nación desarmada, tan injustificada como contraproducente, según quedaría demostrado». Una de las consecuencias de mayor alcance que hacía presagiar los peores augurios era que muchos alemanes se convencieron de que para no tener que volver a sufrir estas afrentas debía emprenderse el rearme en cuanto se tuviese la menor oportunidad. Sin embargo, a corto plazo, los efectos en Alemania fueron a la vez vitales y, en su sentido más dramático, catastróficos. El país estaba escandalizado. Sin un ejército suficientemente poderoso para tomar represalias, su respuesta se encaminó en la única dirección que le permitían las

LA BÚSQUEDA DEL TESORO DE OTOÑO

circunstancias: la política de resistencia pasiva en las nuevas áreas ocupadas.

La guerra del Ruhr, la llamada *Ruhrkampf*, presentaba un panorama económico trágicamente instructivo. El corazón industrial de Alemania prácticamente dejó de latir. Casi nadie trabajaba, casi nada funcionaba. Las minas de carbón no llegaron a paralizarse por completo ya que algunos propietarios aducían que las reservas (que los franceses confiscaban siempre) debían mantenerse. La población del Ruhr —2 millones de trabajadores, 6 millones de almas— tenía que ser mantenida por el resto del país. Sin embargo, la economía alemana, obligada a subvencionar una huelga general indefinida, se veía privada no sólo de sus más importantes productos y materias primas —carbón, coque, hierro y acero, fundamentalmente—, sino que además se le despojaba de sus enormes fuentes de ingresos exteriores procedentes de las exportaciones de las zonas del Ruhr y del Rin. La Hacienda pública se quedaba sin los ingresos fiscales procedentes de un porcentaje muy grande de la industria nacional, así como del impuesto sobre el carbón y de las rentas de los ferrocarriles del Ruhr. Además, dada la importancia internacional del mineral del Ruhr, el precio mundial del carbón y del acero, que ahora Alemania tenía que importar, siguió subiendo, incrementando más aún las dificultades económicas del país.

Casi con seguridad la política de resistencia pasiva obligó a los invasores a actuar en mayor escala de lo que inicialmente habían previsto. El franco francés comenzó a bajar rápidamente; y las indemnizaciones de guerra de Francia se iban a la deriva. Pero Francia no podía permitirse perder la batalla, como tampoco el gobierno alemán habría podido capitular por fuerza mayor: los alemanes no lo habrían tolerado, y mucho menos en los primeros meses, durante los cuales la solidaridad entre todos los habitantes del Ruhr fue asombrosa. Ambos bandos estaban empeñados hasta el fondo en una guerra santa, y el gobierno alemán sólo conocía un arma. La lucha en el Ruhr se entabló entre la presión y subversión francesas, por un lado —que adoptaron diversas formas: económica, diplomática, militar, política—, y la máquina de imprimir billetes ale-

mana, por el otro. Mientras los billetes pudiesen canjearse por comida, la lucha podía continuar. Cuando ya no se pudo, la lucha terminó.

Hasta la invasión del Ruhr las razones de la inflación alemana podían achacarse en primer lugar a la incertidumbre de las repercusiones de la guerra y después a la inexperiencia y debilidad de los nuevos políticos en el poder. La industria no quería ni una mayor fiscalidad ni que se le obstaculizara en su expansión interior y exterior; por tanto, el gobierno cedió y con la imprenta sustituyó los ingresos que no recaudaba. Ni los industriales ni la gente en general estaban dispuestos a pagar los verdaderos costes del ferrocarril o del correo, ni siquiera los del pan; el gobierno lo entendió así y optó por imprimir dinero para pagarlos. ¿Tenían los alemanes otros agravios procedentes de la guerra, o, mejor dicho, del tratado de paz? ¿Hubo algún estado federado, o alguna comarca, por pequeña que fuese, que no mirase hacia Berlín para que le resolviese sus problemas financieros? El gobierno imprimía billetes para satisfacerlos a todos con la excusa de que, al haber disminuido el uso de los cheques como medio de crédito, la cantidad de dinero en efectivo tenía que ser mucho mayor. Los ricos y los poderosos fueron los más beneficiados.

Una de las consecuencias de la inflación galopante había sido la destrucción de la capacidad de endeudamiento del Estado en el exterior. Al final de 1922 ya empezaban a aparecer otros efectos. Debido a la ventajosa posición competitiva de Alemania, sus productos estaban presentes en todos los mercados del mundo, aunque todavía sólo en la tercera parte del volumen anterior a la guerra; dado que todo el mundo gastaba sus ingresos tan deprisa como podía, el mercado interior absorbía una cantidad increíble de la producción, proporcionando extraordinarios beneficios a corto plazo para la industria.

Desde mediados de 1922 los problemas de los pagos y créditos privados, tanto interiores como exteriores, se habían hecho mucho más difíciles; los exportadores estaban generalmente en mejo-

res condiciones para reabastecerse de materias primas, ya que podían utilizar los ingresos procedentes de sus ventas en el extranjero. Numerosas exportaciones alemanes, como por ejemplo los productos químicos, las porcelanas o artículos de metal, se vendían a unos precios ridículamente bajos en comparación con los de otros países, aunque esto se explicaba en parte porque los exportadores no conseguían los beneficios en la venta inicial, sino en la posterior reventa del producto en el país de destino; de esta manera conseguían eludir la ley de repatriación de ingresos en el extranjero. Muchos de estos beneficios por exportaciones quedaban inmunes a los impuestos sobre el capital y a las quiebras financieras. Por el contrario, los que compraban materias primas para venderlas en el mercado interior iban por mal camino. Los exorbitantes intereses del 25 por ciento mensual y la escasez generalizada de dinero suponían un serio hándicap para el desarrollo normal del comercio. Ya era suficiente con las continuas negociaciones entre obreros y patronos para revisar los salarios, que se quedaban desfasados tan pronto como entraban en vigor, y que todos los precios internos se hubieran distorsionado de tal forma que se había creado la más completa confusión comercial a todos los niveles.

La situación en el sector automovilístico reflejaba las dificultades de toda la industria manufacturera, que tenía que trabajar bajo la incertidumbre que provocaban unas condiciones financieras inflacionarias. El número de coches que había en el país en 1922 era de uno por cada 360 habitantes, lo cual no era mucho si se comparaba con Francia (uno por cada 176), Inglaterra (uno por cada 91) o Estados Unidos (uno por cada 10). Pero su mercado potencial era mucho mayor, con una demanda altísima. Extranjeros, nuevos ricos y propietarios agrícolas, que habían comprendido que los coches eran más baratos de mantener que los caballos, eran sus clientes habituales: desde la guerra, el *gentleman* que se compraba un coche para divertirse prácticamente había desaparecido. El coste de la gasolina, 17 marcos por litro (0,5 peniques) en enero de 1922, se elevaba a final de año a 686 marcos.

La gran demanda de poco servía a los concesionarios. Un automóvil de diez caballos, por ejemplo (con luces y manivela de arranque, pero sin neumáticos, ya que era costumbre comprarlos aparte), en enero de 1922 costaba 220.000 marcos (alrededor de 270 libras), en agosto del mismo año su precio era de 1.250.000 marcos y en enero de 1923 costaba 11,4 millones, o el doble, o el triple, dependiendo del día de aquel frenético mes en que se comprara, mientras que el precio en libras seguía siendo prácticamente el mismo. Igualmente, un camión de cuatro toneladas (sin neumáticos, pero con carrocería y con lámparas de acetileno) había subido de enero de 1922 a enero de 1923 desde los 265.000 marcos (320 libras) hasta 12,9 millones. Los neumáticos (cámara y cubierta antideslizante) habían subido desde 4.920 (6 libras) hasta 161.000 marcos, y los macizos todavía más, de 3.691 (4 libras 10 chelines) hasta 202.095 marcos cada uno.

Era prácticamente imposible hacer un presupuesto, y los propios clientes no se atrevían a comprometerse contractualmente con las llamadas «cláusulas de deslizamiento»: después de pagar una entrada no reembolsable, la factura final podía ser ilimitada, dependiendo de la fecha de entrega. En consecuencia, los concesionarios, cuyos recursos financieros estaban ya sometidos a una enorme tensión, se veían obligados a mantener una continua y desagradable correspondencia con proveedores y clientes. Más aún, las discusiones entre el distribuidor y el fabricante para dilucidar sus diferencias sobre el depósito entregado por el primero al realizar el pedido se eternizaban. Normalmente se habría adelantado la tercera parte del precio vigente en el momento de formalizar el pedido, pero una vez transcurrido el plazo de entrega —que era bastante largo— el depósito inicial se había convertido en una proporción mínima del precio final que regía en ese momento, y los fabricantes pretendían injustamente que se les abonase el saldo total. En cualquier caso, lo que quedaba claro era que con los ingresos procedentes de las ventas no se podían reponer las existencias.

Las indeseables condiciones del comercio interior repercutían a la hora de persuadir a la Hacienda pública para que aceptara un

presupuesto desequilibrado. Los ingresos por impuestos, derechos de exportación y aranceles aduaneros en los últimos nueve meses de 1922 ascendieron a 324.000 millones de marcos, o en torno a los 10 millones de libras al cambio vigente. Por su parte, los gastos del gobierno durante el mismo período fueron de 1.173.000 millones de marcos, o 40 millones de libras. El déficit se había producido al aumentar la deuda de tipo flotante con la emisión de nuevos billetes por un importe cercano a los 850.000 millones. El bajo nivel en términos reales tanto de los ingresos como de los gastos demostraba hasta qué punto se habían desmoronado las finanzas de una nación altamente industrializada con más de 60 millones de habitantes. En la Navidad de 1922 el marco valía en el interior 1.723 veces menos que antes de la guerra; en el extranjero su valor era 1.923 veces inferior.

En medio de este oscuro panorama, el gobierno sólo podía ver dos rayos de esperanza. Uno era que la deuda interna del país, para desesperación de los que habían invertido en ella, se había reducido prácticamente a cero. El otro consistía en la casi ausencia de desempleo; el paro había sido el principal motivo de preocupación del gobierno socialista desde que se produjo la desbandada del ejército, y ese miedo había sido en gran parte el responsable de la política inflacionaria.

Sin embargo, incluso en Baviera, el final de 1922 significó para la mayoría de la población una vuelta a las condiciones de la guerra. Una vez más hubo que distribuir a la gente cartillas de racionamiento para el pan y el azúcar y los suministros se vieron doblemente afectados por la extrema escasez de combustible. La excusa oficial para justificar las nuevas restricciones era la caída del marco, pero ya casi nadie la creía, pues los precios habían subido con igual rapidez durante los escasos períodos de relativa estabilidad monetaria. Todos achacaron la escasez de carbón a la exigencia de pago en especie a los aliados, impuesta por el tratado de paz.

Aparte de las viudas, pensionistas y demás, míster Seeds no creía que la población bávara estuviese al borde de la inanición; algunos

suburbios de Inglaterra podrían ofrecer las mismas muestras de flagrante pobreza. Pensaba que la clase media estaba pasando estrecheces, pero no en la miseria, y de una población de 7 millones solamente 16.000 estaban sin trabajo. Baviera, sin embargo, se había convertido más que nunca en un refugio para los movimientos reaccionarios, y el avance del Partido Nacionalsocialista durante los doce meses anteriores fue uno de los hechos más destacables de aquel año. Las Tropas de Asalto de Hitler, las SA, fundadas en 1921, habían reclutado 6.000 miembros en un año, y se les permitía entrenarse y hacer maniobras conjuntas con el ejército.

Antes —informaba míster Seeds a la embajada en Berlín— la existencia del NSDAP sólo se conocía por los enormes carteles rojos que anunciaban los discursos de Herr Hitler, que siempre terminaban con la misma frase: «¡Echemos a los judíos!». El antisemitismo parecía ser el principal punto de su programa, pero en realidad él era antitodo: los aliados, el gobierno federal, los capitalistas, a veces el gobierno bávaro, los socialistas y los comunistas, todos son presentados como traidores al pueblo con un lenguaje muy elocuente. El público al principio acudía por entretenerse, pero a medida que fue pasando el tiempo y empeoraba la situación tanto política como económica, se tendía a considerar que Hitler era un hombre que siempre tenía razón.

Poco a poco, explicaba Seeds, la estrella de Hitler empezaba a eclipsar a las medallas de Ludendorff. La salvación económica se había convertido en una necesidad imperiosa para la mayoría. Se alejaban de la política a causa del encarecimiento de la vida, los bajos salarios e ingresos. Hitler era el único capaz de cambiar de rumbo según la dirección del viento y, en una palabra, la clase media se estaba volviendo nazi.

Además de todo, estaba la invasión del Ruhr. Como consecuencia de la guerra, Alemania había perdido nueve décimas partes de su marina mercante y todo su imperio colonial. Se había quedado sin el carbón y el zinc de Alta Silesia, el potasio de Alsacia y las minas de hierro de Lorena. Francia le arrebató el control de las minas del Sarre. Perdió el 14 por ciento de las tierras de cultivo —el 15

por ciento de sus antiguos trigales y el 18 por ciento de sus campos de patatas. Todo el capital de Alemania en el exterior había sido confiscado.

Visto todo esto desde su más sombría perspectiva —como más tarde haría el doctor Stresemann cuando ese año solicitó la ayuda internacional desde su cargo de canciller—, Alemania ya era un cadáver mutilado (decía), atormentado por el rencor, trabajando sólo ocho horas diarias, mientras el 11 de enero los ejércitos de Francia y de Bélgica se ponían en movimiento al mando del general De-goutte para reclamar los postes de telégrafo que habían perdido durante la guerra. En 1923, la cuenca del Ruhr proporcionaba alrededor del 85 por ciento de los recursos carboníferos que le quedaban a Alemania, y el 80 por ciento del acero y de los lingotes de hierro; el tráfico de mercancías y minerales representaba el 70 por ciento del conjunto del país, y allí vivía el 10 por ciento de su población. La pérdida de la producción del Ruhr y todo lo que ello supuso fueron la gota que colmó el vaso. Si el marco estaba a 35.000 por libra en la Navidad de 1922, el día después de la invasión cayó a 48.000, y al final de enero de 1923 llegó a 227.500, bastante más de 50.000 marcos por dólar.

Fue entonces cuando el Reichsbank puso en circulación su primer billete de 100.000 marcos. Su poder adquisitivo equivalía a poco más de 2 dólares o 10 chelines; tal vez la décima o la quinceava parte del valor nominal que tenía mientras se estaba diseñando. Poco importaba: ya estaban preparados los billetes de un millón de marcos que se pondrían en circulación al cabo de tres semanas.

CAPÍTULO 9

RUHRKAMPF

Es un fenómeno habitual que cualquier nación, por muy dividida que se encuentre por disputas internas, se una ante una agresión del exterior. Según se sabe, la entrada en el Ruhr de las tropas francesas y belgas tuvo un efecto galvanizador en una Alemania en vías de desintegración. Como Tirpitz se sintió obligado a decir en inoportuno elogio a los anglosajones, el destino parecía haber asignado a Francia «el histórico papel de soldar la unidad de las fuerzas divergentes de nuestro pueblo una y otra vez». No sólo se produjo un movimiento de solidaridad de toda Alemania para ayudar a sus hermanos del Rin, sino que el fervor sociopolítico imperante en las zonas industriales desencadenó un apasionado torrente de nacionalismo dirigido contra los enemigos comunes.

Un hecho destacable fue la repentina desaparición de la lucha de clases, a lo que ayudó la buena voluntad demostrada por algunos empresarios —especialmente directores y propietarios de minas—, que fueron arrestados y encarcelados por no colaborar con las fuerzas de ocupación, igual que sus empleados, lo que los convirtió en héroes nacionales. En Berlín hasta el izquierdista Partido Socialista Independiente llegó a prestar de buena gana su apoyo al gobierno de Cuno, aunque sólo fuese temporalmente. Lo que se llamó «el renacimiento del espíritu nacional» fue motivo de comentario en todo el mundo. Dentro de este nuevo despertar sólo desentonaba Ludendorff, que no conseguía una respuesta favorable en Viena a

sus llamadas a la solidaridad con el pueblo alemán. Los austriacos estaban pasando todavía por momentos muy duros a pesar de la salud de la corona, y la gente recordaba en qué lado de la tostada se había untado la mantequilla: fue increpado con gritos de «¡A la horca!» y «¡Abajo el asesino de millones!», y tuvo que volver a escondidas a su país.

«Se cantaban todas las antiguas canciones patrióticas —decía Erna von Pustau—. Incluso mi padre dio dinero para ayudar al Ruhr. Se recogió ropa. Había escasez de carbón y nuestras casas estaban frías, pero estábamos dispuestos a sufrir por nuestra patria.»

Con la ausencia de los equipos directivos de las minas y de los bosques —en prisión o emigrados a la parte no ocupada—, lo que había comenzado como una simple operación administrativa (al menos aparentemente) se convirtió rápidamente en una clara ocupación militar a menudo brutal. El consorcio carbonífero de la cuenca del Ruhr fue sustituido por funcionarios franceses y belgas que asumieron la administración de bosques, las aduanas y la expedición de licencias de exportación en la nueva zona ocupada. Se estableció una barrera aduanera entre el área del Rin y del Ruhr y el resto de Alemania, a través de la cual estaban prohibidas todas las exportaciones de carbón. Se cortó la línea de ferrocarril que unía la Alemania libre con Suiza y se incorporó personal belga y francés a la compañía estatal de los ferrocarriles del Ruhr. Con estos operarios extranjeros los trabajadores alemanes tenían poco que hacer, y sus antiguos jefes y directivos sufrieron las consecuencias.

Durante los quince días siguientes al 11 de enero, alcaldes, empleados de aduanas a todos los niveles, comisarios e inspectores de policía, concejales y empleados de Hacienda fueron expulsados de sus puestos e incluso de sus casas. El comisario en jefe de los bosques fue cesado, junto con sus delegados en Cléveris, Speyer, Maguncia y Tréveris. El director de la aduana principal de Wiesbaden fue sustituido. Como protesta por la detención del alcalde de Es-sen, todas las tiendas y restaurantes de la ciudad cerraron sus puertas hasta que las fuerzas francesas empezaron a tomar represalias.

Estos ejemplos dan una idea del bajo nivel de los funcionarios que dirigían las operaciones en el Ruhr. Sin embargo, su escala distaba mucho de ser pequeña. Durante la ocupación 147.000 alemanes fueron expulsados del Ruhr por el general Degoutte, incluyendo 5.764 ferroviarios y sus 17.237 familiares. Más de 2.000 personas resultaron heridas y hubo 376 muertos. Todas las ciudades alemanas, hasta las más alejadas como Breslau, tuvieron que acoger refugiados del Ruhr. Aparte de los daños económicos que produjo, la lucha del Ruhr añadió una incalculable cantidad de problemas a un espantoso compendio de miserias humanas.

La resistencia pasiva no fue tan estrictamente pasiva como había pretendido sinceramente el gobierno. Sabotear las líneas del ferrocarril se convirtió en un pasatiempo popular, y los puentes y los cruces eran dinamitados a intervalos regulares. Se obstruían las señales y los administrativos perdían o destruían los conocimientos de embarque de las mercancías transportadas, especialmente los correspondientes a los bienes perecederos, que eran inmediatamente saqueados. Se provocaba el descarrilamiento de los trenes militares franceses y se hundían las barcazas en los canales, con lo que el carbón no llegaba al oeste nada más que de forma muy esporádica.

Con la ola de nacionalismo que se extendió por toda Alemania después de la invasión francesa, los movimientos reaccionarios se apresuraron a salir a la luz con el apoyo tácito del ejército alemán y con la financiación y el aliento de los industriales. El nacionalsocialismo, el Deutsche National Volkische Partei y las organizaciones fascistas fueron los que más se aprovecharon del «patriotismo del Ruhr» —Hitler personalmente hizo una campaña de reclutamiento en el Ruhr— y desempeñaron el papel principal en la organización de los conflictos en la zona. La mayoría de estos movimientos, especialmente el Orgesh (del que se sabía que estaba apoyado por Stinnes), contaba con un gran apoyo en el ejército y entre los estudiantes, y tenía sus raíces en Baviera. Sin embargo, los descontentos y los parados del Ruhr también contribuyeron a la resistencia contra las fuerzas de ocupación, y se llegaban a dar casos de obreros bien pagados del resto del país —tal era el fervor chovinista que

despertaba la Ruhrkampf— que empleaban sus vacaciones anuales en hacer una excursión al Ruhr para dispararle a un oficial francés o para volar un tren de suministros.

En respuesta a todo esto los franceses y los belgas arrestaban, encarcelaban y ejecutaban, mientras que diplomáticamente ambos, junto con el gobierno alemán, provocaban una situación de la que era imposible salir sin perder la dignidad. Como era de esperar, agentes rusos se infiltraron en el Ruhr, pero, al menos al principio, la gente hacía mucho más caso al dinero que traían que a las engañosas ideas bolcheviques. En marzo, la propaganda rusa en el Ruhr había cesado prácticamente, pues los soviéticos no querían aparecer como indiferentes a las desgracias populares. Por el contrario, los franceses comenzaron entonces a actuar en colaboración con los comunistas locales con el fin de debilitar a las autoridades alemanas. Esta ayuda francesa a las *Rote Hundertschaften*, las «Centurias Rojas», que operaban en el área del Rin-Ruhr, repetía la política que el alto mando alemán había adoptado seis años antes, cuando en plena guerra envió a Lenin a Petrogrado en un tren precintado con el propósito de acelerar la desintegración de la Rusia zarista.

En lo que al patriotismo popular se refiere, Munich se distinguió del resto de Alemania desde los primeros días de la ocupación por sus manifestaciones de duelo e indignación. No se permitió durante varios meses la celebración de bailes públicos ni privados, a pesar de las pérdidas que se ocasionaban a todas las personas que vivían de estos negocios. Ningún francés podía presentarse sin peligro en un restaurante, tienda o cualquier otro lugar público; en este sentido Berlín fue mucho más indulgente. Más aún, según informaba míster Seeds, el continuo cántico del *Deutschland über Alles* acarreaba con frecuencia violentos ataques a cualquier extranjero que, bien fuese por descuido o por pereza, no se pusiera rápidamente en pie.

Inmersos como estaban en un programa monetario de impresión ilimitada de billetes, tanto el gobierno como el Banco Central reconocían que si el valor del marco continuaba bajando, el tiempo

durante el que se podría seguir manteniendo a la población del Ruhr estaba contado. Por esta razón, a mediados de febrero el Reichsbank vendió en el mercado interior y en el exterior una gran cantidad de pagarés en divisas, con ánimo de sostener el cambio del marco, una política que sólo podía ser posible en virtud de la suspensión del pago de las reparaciones que decretó el gobierno inmediatamente mientras durasen las hostilidades. Tan pronto como el exceso de papel fue absorbido, el precio del marco subió rápidamente, y el 20 de febrero se había recuperado en más de un 50 por ciento, pasando de 50.000 por dólar a 20.000. Una consecuencia esperanzadora fue la favorable reacción en los precios, que comenzaron a frenar su escalada. La consecuencia negativa fue que los valores bursátiles experimentaron una severa caída al verse defraudadas las especulativas previsiones alcistas.

Sin embargo, la prueba principal de que no se había recuperado ni por asomo la sensatez era la emisión de más y más dinero por parte de las imprentas del Reichsbank. Durante el mes de febrero la circulación fiduciaria se incrementó a razón de 450.000 millones de marcos a la semana. A primeros de marzo, en un solo día, y a través de pagarés del Tesoro descontados por el Banco Central, la deuda flotante aumentó en 800.000 millones.

La anomalía de un período de estabilidad monetaria en el mercado de cambios junto a una inflación galopante en el interior, acompañada de la habitual subida de los precios, no podía pasar desapercibida. El *Berliner Tageblatt* condenó rotundamente la política crediticia del Reichsbank por «favorecer a individuos, en perjuicio de la comunidad, al aferrarse a la ficción del marco de papel, que había dejado de ser una reserva de riqueza o una medida de valor». La principal prueba de ello la aportaba la persistente tendencia de industriales y empresarios en general, en parte por evitar los impuestos pero sobre para no quedarse con ningún marco en las manos, de ampliar, renovar o mejorar sus instalaciones, una práctica que los franceses contemplaban desde hacía meses con suspicacia, incapaces de conciliarla con las protestas alemanas acerca de su empobrecimiento nacional.

A pesar de todo, el marco se mantuvo durante marzo y las dos primeras semanas de abril por debajo de los 100.000 por libra. Superó los efectos de una nueva invasión del ejército francés, que el 13 de marzo atravesó el Rin y ocupó parte de Mannheim, Karlsruhe y Darmstadt; también soportó la noticia de que los japoneses habían encargado a los ingleses la construcción de sus nuevos barcos, en detrimento de los astilleros de Hamburgo. Aguantó la caída del franco, que desde un nivel de entre 20 a 25 por libra antes de la guerra había descendido hasta los 70, arrebatándoles a los rentistas franceses otra sexta parte de su poder adquisitivo*. Sobrevivió a los disturbios ocasionados por la supresión de la conspiración separatista de Munich y a la preocupación, repetidamente puesta de manifiesto en el parlamento alemán, por las maniobras que desarrollaban en la misma ciudad un grupo de unas 8.000 personas bajo la dirección de herr Hitler. Fue capaz de resistir incluso el anuncio expreso de un déficit público de 7 billones de marcos, o de 70 millones de libras (alrededor de cuatro veces el nivel existente en el mes de enero), que, como todo el mundo sabía, se solucionaría a golpe de imprenta.

La Feria de Primavera de Leipzig, que se celebró a principios de abril a pesar de los problemas por los que atravesaba el país, constituyó un fracaso para los exportadores, que veían cómo ahora sus precios eran demasiado altos para conseguir pedidos, y que la nueva estabilidad del marco en los mercados de cambios no compensaba los incrementos sufridos por los precios interiores. La desenfrenada fluctuación del valor del marco durante los meses precedentes a la feria, cuando las mercancías se estaban fabricando, produjo una extraordinaria disparidad de precios, que llegaban hasta el 60 por ciento en productos idénticos.

Los únicos artículos en los que era posible cerrar transacciones eran aquellos, como los juguetes y los instrumentos mecánicos de precisión, en los que Alemania todavía disfrutaba de una especie de monopolio, pero los productos alemanes de piel, vidrio o cristal,

* En marzo, los precios del coque francés duplicaron los del mes de enero.

por ejemplo, tenían que sufrir ahora una severa competencia por parte de Gran Bretaña.

Los visitantes de la feria se encontraron con que las firmas alemanas parecían haberse dedicado a la fabricación de grandes cantidades de artículos de baja calidad, quizás porque eso permitía emplear más mano de obra, estaba más en consonancia con el deteriorado poder adquisitivo del mercado interno y además respondía a las necesidades del consumo masivo alemán, que estaba dispuesto a comprar cualquier cosa con tal de quitarse los marcos de encima. El ciudadano medio prefería comprarse tres pares de botas de cualquier tipo en lugar de un par de buena calidad. En la feria se ofrecían armónicas por 17 chelines la docena, o violines a media guinea cada uno. En muchos aspectos Alemania se había convertido en un país de baratijas.

Sólo era cuestión de tiempo que se agotase la capacidad de intervención del Banco Central para apoyar a su divisa. El gobierno intentó colocar una emisión de bonos del Tesoro nominados en dólares para conseguir una entrada sustancial de divisas fuertes (la emisión era amortizable a los tres años y al 120 por ciento), pero se encontró con que la gente que tenía divisas prefería conservarlas por encima de todo y no estaba dispuesta a sustituirlas por cualquier otro activo. Cuando en los últimos días de marzo se publicó un avance sobre la marcha de la colocación del préstamo se puso en evidencia que un 75 por ciento de la emisión estaba todavía sin suscribir. La desconfianza engendrada por estas noticias impulsó con mayor brío la demanda de moneda extranjera, pero no fue hasta el 18 de abril, fecha en que Hugo Stinnes formuló una petición al Reichsbank de 93.000 libras para hacer frente a pagos comprometidos en el exterior, cuando la política de intervención y sostenimiento de cambios se vino definitivamente abajo. El marco se desplomó y se decidió dejar que alcanzara una cotización más realista. En menos de veinticuatro horas se situó a 140.000 por libra, y la tendencia seguía siendo a la baja.

«En más de un sentido la inflación es como una droga — señalaba lord D'Abernon[^]: al final es fatal, pero permite a sus adeptos

superar algunos momentos difíciles.» Adicto sin remisión, el Rei-chsbank se iba enterrando a sí mismo progresivamente. La venta de divisas había fracasado en su esfuerzo por estabilizar el marco, mientras que día tras día se lanzaban más y más billetes al mercado. Las reservas de oro también habían ido cayendo por esta enorme brecha. En marzo sumaban 1.004 millones de marcos oro, equivalentes a 50 millones de libras. A mediados de mayo una quinta parte se había esfumado, se sustituía dinero bueno por dinero malo cuando en aquel momento, con las reservas que quedaban, casi con seguridad se habrían podido establecer las bases para estabilizar la moneda.

A partir de la primavera las reservas de oro fueron disminuyendo (y no exclusivamente a causa de la política de apoyo al marco, pues muchas de las reservas se emplearon en importaciones esenciales de alimentos y carbón británicos) y se hicieron intentos desesperados para controlar el mercado de cambio. Las intervenciones que se practicaban de forma esporádica conseguían como mucho frenar la caída de la divisa unos cuantos días. Lo que sí propiciaban indefectiblemente era que los especuladores pudiesen aprovecharse de ellas para hartarse de comprar monedas extranjeras a precios artificialmente bajos. En mayo se dictó una reglamentación que obligaba a los bancos a informar detalladamente de todas las compras de moneda extranjera realizadas por cuenta de sus clientes; una medida para salir al paso de uno de los efectos secundarios de la inflación, y las tres docenas, más o menos, de decretos que la siguieron regulando las compras, las ventas, e incluso la tenencia transitoria de divisas, no consiguieron mucho más que entorpecer el desarrollo normal del comercio.

Los precios seguían subiendo, y aunque todo el país, y particularmente el Ruhr, seguía dispuesto a resistir, el desgaste que producía la continua lucha contra los franceses conseguía debilitar la moral, especialmente en la zona del Rin. Si el pequeño partido francófilo hubiera decidido entonces proclamar, con el apoyo de Francia, la República Renana, probablemente muchos habrían cerrado los ojos y aceptado la nueva situación. El movimiento separa-

tista dio la oportunidad a los comunistas para lanzar una campaña de agitación desde Essen hasta Frankfurt. La ola de refugiados que emigraban a la Alemania no ocupada seguía aumentando y causaba allí tantos y tan graves problemas sociales y económicos como los que había dejado detrás. Los líderes sindicales, que ahora apenas incitaban a salir a la calle, comenzaban a pedir trabajo en lugar de incrementos del inadecuado subsidio de desempleo. El primero de mayo el marco cayó hasta un cambio de 200.000 por libra, mientras en Munich el comandante de la guarnición local, von Lossow, sofocaba el intento de Hitler de utilizar sus Fuerzas de Asalto para boicotear la tradicional manifestación sindical, y si era posible provocar una guerra civil en Alemania. Asimismo, los esfuerzos de Curzon* por salir del callejón sin salida del problema del Ruhr pidiendo a Alemania que hiciera una nueva oferta para el pago de las reparaciones no llegaron a cristalizar en nada concreto.

A finales de abril Ernest Hemingway regresó a Kehl provisto de un visado conseguido en el consulado alemán en París mediante soborno. Desde el año anterior la pequeña ciudad renana había sufrido grandes cambios.

El camarero estaba sentado en una mesa. «No, ahora no viene nadie por aquí —dijo—. Toda la gente que vio usted en julio pasado no puede venir ahora. Los franceses no dan pasaportes para entrar eh Alemania... Los comerciantes y los dueños de los restaurantes de Estrasburgo estaban muy enfadados porque la gente se venía aquí a comprar y a comer mucho más barato, y se fueron a ver a la policía. Desde entonces en Estrasburgo no se facilitan pasaportes para venir aquí... Tampoco los alemanes pueden conseguir el permiso para atravesar el río y llegar a Estrasburgo, donde trabajaban muchos. Trabajaban por menos dinero que los franceses, y eso se ha acabado. Aquí todas las fábricas están cerradas. No hay carbón. No hay trenes. Esta era una de las estaciones de más movimiento de Alemania. Ahora, ya puede usted

* Un mes antes, en abril, y con gran disgusto de Curzon, Baldwin sustituyó a Bonar Law como primer ministro. Véase Harold Nicolson, *Curzon, The Last Phase*, capítulo 12.

verlo, nada. Ningún tren, excepto algún convoy militar, y éstos circulan cuando les da la gana... No nos hemos podido divertir desde 1914. Si se hace algún dinero, no va a ninguna parte, y lo mejor que se puede hacer con él es gastarlo. Eso es precisamente lo que hacemos. El año pasado conseguí ahorrar lo suficiente para comprarme un *Gasthaus* en Hernberg; hoy con ese mismo dinero no podría comprar ni cuatro botellas de champán.»

Hemingway informaba a los lectores del *Toronto Daily Star* de que el champán costaba 38.000 marcos por botella, una comida, 3.500 marcos, un bocadillo, 900, y una jarra de cerveza, 350 marcos.

Le recordé que en julio pasado estuve en un hotel de lujo con mi mujer por sólo 600 marcos diarios. «Claro —replicó el camarero—, yo también leo lo que dicen los periódicos franceses. Eso de que Alemania envilece su dinero para timar a los aliados. Pero, dígame, ¿qué saco yo en limpio con todo eso?»

La verdad es que el camarero no había conseguido nada con la inflación, y, aparte de librarse de una mínima parte de la deuda nacional, tampoco lo había conseguido Hacienda. Algunos, sin embargo, ahora estaban mejor que nunca. El especulador en el mercado de cambios que hubiese conseguido un préstamo del Reichsbank el 1 de enero de 1923 de, por ejemplo, 1.980 millones de marcos y hubiese comprado con ellos 100.000 dólares el 1 de abril podía vender del orden de 80.000 de estos dólares para cancelar sus deudas con el banco. Si de nuevo volviese a repetir la operación con otros 100.000 dólares, al final de mayo, es decir, dos meses más tarde, se encontraría con el equivalente a un cuarto de millón de dólares a costa de los que aceptaban marcos. Su problema, por supuesto, sería cómo materializar sus beneficios: si se quedaba con los marcos, rápidamente los vería evaporarse ante sus ojos.

Esta depreciación era inevitable. En marzo, abril y mayo los ingresos del Estado representaron solamente el 30 por ciento de sus gastos, y en mayo los obreros ya sufrieron una presión fiscal más alta que los mayores contribuyentes de las clases sociales más eleva-

das, pues mientras que a los primeros se les retenían los impuestos en origen, los tributos que tenían que pagar los segundos estaban totalmente desfasados cuando la maquinaria administrativa les reclamaba los suyos. Entre el primero y el último día de mayo el marco pasó de 220.000 a 320.000 por libra, y el primero de junio fue celebrado con el lanzamiento del primer billete de 5 millones de marcos.

La especulación con divisas no fue en absoluto del dominio exclusivo de los financieros bien informados. Todo el mundo — banqueros, políticos, hombres de negocios o simples trabajadores— veía en este camino una forma más fácil de mantenerse a flote que la mucho más problemática de vivir con un sueldo, y no se desperdiciaba la menor oportunidad para hacerlo. Se calcula que a primeros de 1923 bastante más de un millón de alemanes estaban especulando en el mercado de cambios. Sus operaciones se llevaban a cabo principalmente a través de los llamados *Winkelbankiers*, los operadores de trastienda, que habían florecido junto a la inflación, y que prosperaban en una economía enferma, a base de las grandes diferencias entre los precios de compra y de venta de las distintas divisas. Aunque no se trataba de agentes bursátiles reconocidos, desempeñaron un papel muy significativo en la determinación de la cotización diaria del marco, y a las operaciones de los *Winkelbankiers* se atribuía el que Berlín cerrase invariablemente a un nivel más bajo que Nueva York.

A finales de mayo de 1923 habría hecho falta más que una simple reforma para impedir el desastre final. Se introdujeron algunas pequeñas reformas: el 19 de mayo se aprobó una ley para amortizar los títulos de la deuda pública cuyo nominal fuese inferior a los 5.000 marcos, ya que el coste que suponía su administración era demasiado elevado. De esta forma a los 920.000 inversores en bonos de guerra que habían pagado del orden de 250 libras por título para ayudar al esfuerzo bélico del país se les obligó a aceptar un valor nominal (como mucho de 6 peniques) por sus acciones. Otra iniciativa consistió en que el Ministerio del Interior permitió la sustitución de los ataúdes de madera por otros de cartón, especialmen-

te para los enterramientos de los indigentes, que iban siendo cada vez más numerosos. Por lo demás, el gobierno se conformaba con dictar medidas que retrasasen lo inevitable.

Hasta la invasión del Ruhr la política inflacionista había estado presidida principalmente por el miedo al desempleo. Ahora se había producido un paro masivo, y aunque el renacimiento del espíritu nacional había atenuado en gran parte la virulencia de sus peores efectos secundarios, la inflación seguía con más fuerza que nunca. Como el desempleo del Ruhr disfrutaba de un subsidio completo de paro, no influyó en las presiones en demanda de nuevas alzas salariales, ni allí ni en cualquier otra parte del país. El enorme coste de este esfuerzo hacía que Berlín pensase cada vez más seriamente en la reforma de su sistema fiscal y que intentase convencer cada vez con más fuerza a Stinnes y a sus amigos para que aumentasen su contribución real al erario público. En junio, de los 511.000 millones de marcos procedentes del impuesto sobre la renta, solamente 90.000 procedían de los contribuyentes censados, y el resto lo aportaban las retenciones practicadas a los trabajadores en el momento de cobrar sus salarios. La influencia de Stinnes se consideraba cada vez más perniciosa para las finanzas alemanas. El único motivo de satisfacción para la Hacienda durante ese mes fue el incremento del cien por cien en el rendimiento del impuesto sobre las operaciones bursátiles, ya que se produjo una nueva avalancha de órdenes de compra de acciones alemanas.

Los pequeños delitos, los delitos de los desesperados, proliferaban. Las raterías, por supuesto, habían, aumentado desde la guerra, pero ahora se podía decir que se producían a escala comercial. Las placas conmemorativas tuvieron que ser retiradas de los monumentos públicos para mantenerlas a salvo. Los llamadores y las placas de la entrada principal de la embajada británica en Berlín fueron robados en una campaña sistemática que la policía no podía controlar y que afectaba incluso a las casas de Wilhelmstrasse y Unter den Linden. Que los miembros del ejército británico en el Rin y sus familiares sufrieran numerosos robos probablemente no se debía tanto a

una especial fobia contra las fuerzas de ocupación como al hecho de que en aquellos tiempos los extranjeros tenían muchas más cosas tentadoras en sus casas que los demás. En la mayor parte de Alemania comenzó a desaparecer el plomo de los tejados. La gasolina se sacaba con gomas de los depósitos de los automóviles. El trueque ya era la forma más corriente de comercio, y el latón y el combustible empezaron a ser utilizados como moneda de pago. Una entrada de cine costaba un trozo de carbón. Con una botella de petróleo se podía comprar una camisa y con esa camisa, las patatas que necesitaba una familia. En 1922 Herr von der Osten pagaba el apartamento de una amiga suya en la capital de la provincia con media libra de mantequilla al mes, pero en el verano de 1923 ya le costaba una libra entera. «Estábamos volviendo a la Edad Media», decía Erna von Pustau.

Las diferentes comunidades emitían su propio dinero basado en mercancías, como, por ejemplo, una cierta cantidad de patatas o de centeno. Las fábricas de zapatos pagaban a sus trabajadores en vales para zapatos, que luego ellos entregaban en la panadería o en la carnicería a cambio de lo que necesitaban.

Los que disponían de moneda extranjera eran los que compraban con más facilidad y conseguían las mayores gangas. Particularmente el poder adquisitivo del dólar excedía, con mucho, el valor de su cambio en el mercado. A principios de 1923 von der Osten se marchó con seis amigos a Berlín a pasar una noche de juerga llevando consigo un solo dólar. A la mañana siguiente, después de haber cenado y de haber pasado por varias salas de fiestas, aún le quedaba dinero en los bolsillos. Se contaban anécdotas sobre las dificultades en las que se veían algunos americanos en Berlín porque nadie tenía suficientes marcos para darles la vuelta de un billete de cinco dólares, o de aquellos que deliberadamente pretendían pagar con billetes extranjeros de alta denominación, en la seguridad de que nadie podría darles el cambio, consiguiendo así retrasar el pago y entregar más tarde unas cantidades devaluadas. También se comentaba que

había estudiantes extranjeros que habían comprado manzanas enteras de casas con sus asignaciones.

Se contaban historias de comerciantes a los que les habían robado y se encontraron con que los ladrones se habían llevado las carteras y los maletines en los que guardaban su dinero y habían dejado tirado en el suelo los billetes que contenían. Había personas que vivían vendiendo cada día un diminuto eslabón de la cadena de oro del crucifijo. También se contaban curiosas historias (sobre todo a partir del verano, cuando las cotizaciones del marco fluctuaban varias veces al día) de restaurantes cuyas comidas costaban más cuando se pasaba la cuenta que cuando se había pedido. Una taza de café de 5.000 marcos podía costar 8.000 cuando se acababa de beber.

La realidad que se escondía detrás de estas anécdotas sobre la inflación, que en retrospectiva resultan divertidas, era extremadamente triste. La angustia se reflejaba tanto en los ancianos encorvados que andaban por las calles con sus recosidos cuellos blancos y sus trajes raídos de antes de la guerra como en las colas de trabajadores exhaustos, que esperaban impacientemente delante de la ventanilla de pago, provistos de grandes bolsas para recoger sus salarios y salir corriendo hacia las tiendas para gastárselos. A pesar de su mala situación, el nivel de vida de los jornaleros era casi comparable al que habían tenido en el pasado. Tanto en Alemania como en Austria y en Hungría, el nivel de vida de asalariados, pensionistas o de la gente que vivía de las rentas había descendido hasta hacerlos casi invisibles.

Lady Listowel*, cuyo padre ocupó un cargo de importancia en la diplomacia húngara, llamaba la atención sobre la miseria que rodeaba al círculo de sus amistades y familiares en Budapest:

Estaba acostumbrada a ver cómo cambiaba gradualmente el aspecto de sus viviendas. Recordaba dónde solía estar un cuadro, una alfombra o un escritorio. Las habitaciones estaban ya casi vacías, y en algunas ya

* Judith, condesa de Listowel, de soltera Judith de Marffy-Mantuano.

no quedaba nada. En la práctica, no es que la gente se muriera. Estaban terriblemente hambrientos, y los parientes y amigos lo más que podíamos hacer era ayudarles de vez en cuando con algo de comida. Nosotros les enviábamos algunos paquetes o se los llevábamos personalmente porque no teníamos dinero en efectivo para pagar el franqueo. Algunos mendigaban, no en las calles, sino haciendo visitas casuales sin ningún objetivo preciso, pero que se podía adivinar fácilmente, o escribiendo cartas en demanda de ayuda. Todos trataban de guardar las apariencias. Al principio trataron de economizar gastos, pensando en qué clubes podían darse de baja, o de qué lujos podían prescindir. Más tarde se trataba de considerar lo mínimo necesario para seguir viviendo.

Y cuando la comida no era problema —después de todo nosotros vivimos la mayor parte del tiempo en el campo y allí podíamos conseguir alimentos—, las dificultades procedían de la falta de dinero efectivo. Solamente podíamos permitirnos que uno de nosotros viajase a Budapest. No había manera de conseguir medicinas ni asistencia médica sin dinero. Si tenías un dolor de muelas, no podías acudir al dentista. Si necesitabas ir a un hospital, tenías que contentarte con un convento. En caso contrario, te quedabas en casa y te curabas, o no.

En junio, tras una breve pausa, se empezó nuevamente a apoyar al marco. La razón era evidente: calmar el descontento popular, que estaba alcanzando proporciones alarmantes. El pueblo tenía razón para quejarse. En un mes, a partir del 20 de mayo, el precio de un huevo pasó de 800 marcos a 2.400; el litro de leche, de 1.800 a 3.800; el kilo de harina, de 2.400 a 6.600, y el cerdo, de 10.400 a 32.000 marcos el kilo. También en el Ruhr, mientras los salarios se duplicaban (el salario por hora de un obrero subió de 3.300 a 6.800 marcos), los precios de las mercancías se triplicaban. Los comerciantes no sabían cómo fijar los precios y a menudo simplemente cerraban las tiendas. Por estas razones, en un solo día se perdieron 6 millones de marcos oro de reservas en «otro convulsivo y desesperado intento del Reichsbank — como lo calificaba Mr. Jo-seph Addison— de reanimar el marco, vendiendo divisas en el mercado con la idea de mantener el dólar por debajo de los 100.000

marcos». Los deseos del gobierno nuevamente quedaron frustrados. A mediados de junio los billetes en circulación ascendían a 8.564.000 millones de marcos. El 21 de junio la circulación fiduciaria aumentó en un solo día 157.000 millones. El 28 de junio el dólar cotizaba a 170.000 frente al marco, la circulación fiduciaria total ascendía a 11 billones de marcos y desde esta fecha dejaron de imprimirse los billetes de valor inferior a los 100.000 marcos (2 chelines y 10 peniques).

En una carta que Addison envió el 29 de junio al Foreign Office, informaba que entre el 25 y el 26 de junio la circulación fiduciaria había aumentado en 959.156.010.000 marcos, y entre el 26 y el 27, en 1.523.534.460.000, es decir, en un día «el incremento del incremento» había sido de más de 500.000 millones de marcos. «Estamos lejos de aquellos modestos aumentos diarios de 160.000 millones que se producían hace sólo una semana», decía, y añadía el mefistofélico comentario del Fausto:

*Der kleine Gott der Welt bleibt stets von gleichem
Schlag, Und ist so wunderbar als wie am ersten
Tag.*

[El pequeño dios del mundo permanece fiel a su
naturaleza y es tan caprichoso como el primer día.]

A medida que se inflaba la circulación monetaria y el valor del marco caía, la recaudación fiscal perdía paulatinamente importancia. El incremento de la deuda pública flotante del 27 de junio —los 1.500.000 millones de marcos que señalaba Addison en su carta— equivalía a todos los ingresos que recaudó la Hacienda pública durante el mes de mayo anterior. Aunque el Ministerio de Finanzas estaba preparando un proyecto para elevar los impuestos y adecuarlos con relación al grado de depreciación del marco, el Reichsbank, con sus políticas de descuento y de impresión de moneda, anulaba cualquier posible iniciativa para que el marco pudiera recuperarse. En dos meses y medio el gasto público había supuesto el equivalente a 15,5 millones de libras, frente a unos ingresos de solamente 5

millones. En términos de libras esterlinas estas cantidades no eran nada extraordinario, pero la verdad era que una nación con 60 millones de habitantes se estaba acercando a la quiebra porque, con una cotización de 500.000 marcos por libra, era incapaz de recaudar 30 millones de libras para hacer frente a unos gastos de solamente 80.

Hacia finales de junio de 1923 el gobierno comenzó a recurrir con renovado aunque indebido optimismo a toda clase de medidas provisionales. La panacea pretendía ser el multiplicador, que el ministro de Finanzas determinaría según su propio criterio, para mantener la presión fiscal de acuerdo con el índice de depreciación monetaria. A nadie le preocupó en el ministerio que la medida vulnerase el sagrado principio de certidumbre de Adam Smith según el cual todo contribuyente tenía que conocer de forma clara y por anticipado cuánto tendría que pagar al fisco. Durante el mes de mayo el impuesto sobre la renta se multiplicó por 25, y ya se anunció que en agosto, cuando debían realizarse los pagos, el multiplicador sería de 40. A pesar de todo, era evidente que los ingresos fiscales de cualquier tipo nunca podrían acomodarse a la velocidad de la depreciación monetaria. Los impuestos sobre consumos —por ejemplo, el tabaco, el vino, la cerveza, el azúcar, la sal y los naipes— no conseguían recaudar siquiera los costes necesarios para su administración.

El problema consistía en que todos los impuestos se aplicaban sobre los valores corrientes y no sobre los reales, por lo que el ministro de Finanzas, doctor Hermes, en cierto sentido tenía razón al argumentar que si se subían los impuestos reales al nivel del resto del mundo, no podría «ofrecer garantías financieras para el futuro». La desmoralización reinante era la clave sobre la que se apoyaba esta afirmación. La insuficiencia de la carga fiscal alemana era a todas luces evidente, a pesar de lo excesivo que resultaba para las maltrechas economías. El doctor Hermes planteó la revisión del impuesto del timbre y el que gravaba las transmisiones de capital, y propuso el pago anticipado del impuesto sobre la renta y las contribuciones locales. Esto último, que financieramente era bastante

más significativo, se contemplaba, sin embargo como una compensación para las clases trabajadoras.

En la segunda mitad de junio fue necesario duplicar otra vez los sueldos de los funcionarios gubernamentales y aumentar las percepciones de los mutilados de guerra, de las viudas, los pensionistas y los parados, tanto dentro como fuera del Ruhr. Una razón adicional para justificar estos aumentos, aparte de la consabida caída del poder adquisitivo del marco, era que las clases más pobres, especialmente los rentistas, estaban ya a punto de no poder comprar ni siquiera pan. Los agricultores estaban molestos con la *Umlage*, la disposición que les obligaba a entregar al Estado dos millones de toneladas de trigo cada año, con el que éste pudiera suministrar al menos la mitad de la producción total de pan a precios más bajos. A partir de agosto los agricultores exigieron que sus cosechas les fuesen pagadas a los precios internacionales, pues, mientras que se les obligaba a vender el trigo más barato, ellos tenían que seguir comprando los fertilizantes a los precios del mercado exterior. El cambio de política, que pasaba de subvencionar los alimentos a subvencionar a los necesitados, podía haber satisfecho a los agricultores, pero los subsidios adicionales concedidos a los pobres pronto se revelaron inútiles de nuevo.

En la tercera semana de junio se produjo otro intento más de controlar la especulación del mercado de cambios; se fijó oficialmente la paridad a la que podían realizarse transacciones legalmente. Las sanciones por infringir la nueva ordenanza consistían en multas ilimitadas y más de tres años de cárcel. La medida, que se tomó a petición de los principales bancos, que temían un ataque de la población en caso de desórdenes callejeros, iba dirigida contra las operaciones de los *Winkelbankiers*, que no podrían establecer sus cotizaciones hasta que no se conociese el cambio oficial del marco. Lo primero que se decidió fue que la industria alemana tuviera suficientes divisas como para cubrir sus necesidades durante el mes en que estuvo vigente esta disposición; de otra manera, le habría resultado imposible importar y su actividad prácticamente se habría paralizado.

Sin embargo, la Alta Comisión Renana se negó a adoptar esta ordenanza, de manera que inmediatamente se realizaron en Colonia un enorme volumen de operaciones deprimiendo una vez más la cotización del marco. Por su parte, el general Degoutte decretaba la inaplicabilidad de la medida en la zona del Ruhr, y Francia, que siempre había acusado a Alemania de depreciar voluntariamente su moneda, se vio en la absurda tesitura de prohibir un movimiento cuyo único objeto era reforzarla. La medida fracasó rotundamente y en parte dio lugar —igual que sucedió en Austria— a que los *Winkelbankiers* pasasen a operar en la semiclandestinidad de los cafés. (En Austria, la bolsa tuvo finalmente que claudicar y reproducir las cotizaciones de la Schwarze Börse.) El 2 de julio el dólar abrió en Nueva York a 174.000 marcos, mientras Berlín había cerrado, con la intervención del Reichsbank, a 160.000. En otras palabras, el Banco Central estaba vendiendo sus dólares por 160.000 marcos, a sabiendas de que su precio era 14.000 puntos mayor en el resto del mundo.

Al día siguiente, el 3 de julio, apareció una nueva ordenanza prohibiendo las compras de futuros. En parte se pretendía restringir las importaciones, ya que se consideraba que las existencias eran muy altas, pues los importadores habían aprovechado la época en la que el marco estaba intervenido para comprar grandes cantidades de pagarés extranjeros. Inmediatamente la bolsa se vio inundada por órdenes de compra al contado, en lugar de operaciones a tres meses, y sólo se podían cumplimentar una décima parte de ellas. Consecuentemente los importadores empezaron a solicitar diez veces más de las que realmente necesitaban, con la idea de conseguir todos los dólares de la parte que les correspondía.

La ordenanza también estaba dirigida a aquellos que compraban dólares, digamos a 160.000 marcos cada uno, y los destinaban a comprar pagarés del Tesoro en dólares, cuya cotización en marcos era sustancialmente mayor, una forma evidente de conseguir grandes beneficios. La alta cotización de los pagarés había hecho creer a la gente que el cambio oficial del dólar era artificial y que su auténtico valor era el de los pagarés. Sin embargo, este exceso de órdenes

daba lugar a que el Reichsbank, con algo más de astucia de la habitual, descubriera su engaño exigiéndoles el pago mediante cheque de las solicitudes presentadas. En la medida en que esto le permitió descubrir qué bancos estaban especulando con las divisas, la ordenanza no fue totalmente inútil.

Pero, a pesar de todo, los esfuerzos por evitar las pérdidas de reservas y los intentos de estabilizar el marco eran sólo una parte insignificante de los problemas de la nación. La ley de autonomía del Banco Central de mayo de 1922 había llevado al doctor Havens-tein a creerse que podía hacer lo que quisiera en su casa. A pesar de las presiones que le llegaban de todas partes, estaba muy claro que no estaba dispuesto a dimitir, y que tampoco pensaba cambiar de idea. Creía que era en Berlín donde había que sostener al marco, independientemente de lo que pudiera pasar en el resto de los mercados mundiales, y satisfacía la demanda del público vendiendo las divisas de que disponía. Durante los últimos días de julio, mientras el marco descendía frente a la libra de 600.000 hasta 800.000, vendió a los especuladores alemanes, según admitía el doctor Berg-mann, un alto cargo del Ministerio de Finanzas, cerca de 80 millones de marcos oro —unos 2 millones de libras. Mientras tanto, sólo se necesitó un millón de marcos oro para el mucho más loable propósito de apoyar al marco en Nueva York.

Para el 10 de julio las reservas de oro alemanas habían descendido al equivalente a 35 millones de libras, y todo lo que el banco estaba haciendo había producido precisamente el efecto que se pretendía evitar. Durante la semana que terminaba el 14 de julio se perdieron otros 50 millones de marcos oro, racionándose el suministro de divisas y teniendo que recurrir a las reservas de oro para atender al pago de algunas importaciones indispensables. Si la intervención se mantenía al ritmo de 10 millones de marcos oro diarios, la bancarrota se produciría al cabo de 60 días; las reservas habían alcanzado el mínimo de seguridad. Si, por el contrario, cesaba la intervención, era muy probable que el dólar se fuese hasta el millón de marcos, y la libra, por encima de los cuatro —a final de julio estas previsiones quedaron confirmadas. Los comerciantes se-

guían pidiendo préstamos con la garantía del 80 por ciento de sus activos y acudían rápidamente con estos marcos a cambiarlos por pagarés en dólares en el Reichsbank para, aparentemente, hacer frente al pago de sus importaciones. Los pagarés se enviaban a las agencias de compra de los comerciantes en el extranjero y en la mayoría de los casos nada volvía a Alemania en contrapartida.

El conformismo parecía haberse apoderado de la mentalidad financiera del gobierno. El subsecretario de Hacienda, herr Schroeder, por ejemplo, opinaba que los 8 billones de marcos descontados en junio sólo representaban 10 millones de libras esterlinas, lo cual no le parecía excesivo teniendo en cuenta que el país se encontraba en estado de guerra. Sin embargo, el Reichsbank contemplaba consternado cómo desaparecían las reservas que le quedaban. De repente, el 19 de julio suspendió el descuento de papel comercial y se negó a seguir sacrificando sus reservas de oro. El tráfico normal de importaciones prácticamente quedó paralizado y el gobierno se vio en dificultades para financiar la importación del carbón y los alimentos: carbón que se necesitaba desesperadamente para mantener en funcionamiento los ferrocarriles.

La decisión del Banco fue, en parte, una medida motivada por el pánico. Las peticiones que le habían dirigido ese mismo día el resto de los bancos equivalían al volumen total de billetes en circulación en el país. El director del departamento de cambios sólo suministraba un 0,25 por ciento del total solicitado, y los bancos protestaban airadamente. Dos días más tarde, el Reichsbank accedió a elevar el porcentaje que atendía al 5 por ciento, pero continuó descontando efectos interiores y a final de julio las reservas de oro se habían reducido a 25 millones de libras. Los intentos del gobierno por conseguir un préstamo exterior, empezando por Londres, para cubrir las importaciones más acuciantes tropezaron con la vieja respuesta de que no habría créditos para Alemania hasta que no pusiera orden en sus finanzas.

En Alemania había opiniones para todos los gustos: mientras la perplejidad y el desaliento invadían a todo el mundo, desde el gobierno y los círculos empresariales, de los que se podía esperar que

supiesen qué es lo que estaba pasando, hasta los administrativos y los obreros, que no tenían ni la más mínima idea. Por una parte, entre los funcionarios subalternos que siempre se habían destacado por su intensa lealtad al gobierno, fundamentalmente porque su propia suerte estaba ligada íntimamente a la prosperidad del país, comenzó a desarrollarse un espíritu extremadamente nacionalista. Se había vuelto políticamente imposible para el gobierno —para cualquier gobierno— pensar en abandonar la resistencia pasiva en el Ruhr. Por otra parte, en todo el país la coalición política en el poder iba perdiendo apoyo popular muy rápidamente. El principal periódico del centro, el *Germania*, publicaba el 27 de julio que la confianza en la administración «estaba completamente destrozada», que el malestar era general y que «el ambiente que se respira es el del Nueve de Noviembre» (el día en que se proclamó la República en 1918).

Al gobierno de Wirth [decía el *Germania*] se le acusaba de imprevisible y de no dejar de moverse de un lado para otro, pero el gobierno de Cuno es que no se mueve en absoluto. Está petrificado. Aparte de unos pocos decretos, como el que controla el consumo de la carne en los restaurantes, y de algunas declaraciones esporádicas, permanece parado... Los enormes gastos que ha acarreado la resistencia pasiva han sido financiados a golpe de imprenta... Se han concedido generosamente créditos a los círculos industriales, y no se conoce hasta qué punto se han empleado para acumular pagarés extranjeros... La política de compromiso había sido sólo responsable en parte. En el exterior se ha perdido la confianza en Alemania cuando han visto que la autoridad del Estado estaba siendo contestada en el propio país. El primer síntoma fue el asesinato de Rathenau. El derrumbamiento real de nuestra moneda comenzó a ponerse de manifiesto cuando empezó a ser evidente que algunos círculos industriales eran más poderosos que el propio gobierno.

Mientras tanto, la población asalariada estaba perdiendo la paciencia. La retirada de circulación de los billetes de 1.000 marcos, aunque su valor fuese escasamente el de un tercio de penique a princi-

pió de julio, constituyó una desagradable pérdida. Se había emitido por primera vez nada menos que en 1876, y se trataba pues de un viejo amigo; empezaron a circular rumores de que se retiraba porque se podía estar pensando en revalorizarlo en consonancia con la antigua paridad del oro. En la práctica desapareció, porque (como señalaba el doctor Schacht) el valor que representaba era menor que todos los costes de papel, maquinaria, impresores, litógrafos, expertos en colores, empaquetadores y distribuidores necesarios para producirlo. En la cuarta semana de julio Alemania introdujo una nueva gama de billetes cuyas tres denominaciones mayores eran las de 10, 20 y 50 millones de marcos.

Los trabajadores respondieron de la única forma que podían: exigieron no sólo salarios más altos sino pagos diarios para que sus ingresos pudieran mantener su poder adquisitivo el tiempo suficiente para librarse de ellos. Las peticiones fueron apoyadas con numerosas huelgas, desórdenes y manifestaciones en todo el país. En los periódicos se hablaba de la posibilidad de una guerra civil, lo que el gobierno desmintió histéricamente. Después de los motines y saqueos que se produjeron en Breslau los días 20 y 21 de julio, donde grupos organizados de comunistas se movilizaron por las calles, fueron detenidas más de mil personas. El 24 de julio se produjeron en Frankfurt manifestaciones contra los estraperlistas, los capitalistas y los fascistas, en el curso de las cuales se rompieron escaparates, se molestó a inofensivos ciudadanos y un hombre fue pateado hasta la muerte. Las reuniones al aire libre fueron prohibidas en Berlín, pero en Leipzig se manifestaron pacíficamente más de 10.000 personas, y en Dresde, otras 5.000. En la última semana de julio se produjeron muertos entre los manifestantes de la ciudad bávara de Rosenheim y en Potsdam, y hubo huelgas en los astilleros de Hamburgo y de los prácticos del canal de Kiel.

La misma tendencia continuó durante agosto, cuando huelguistas armados asesinaron a policías en Wilhelmsburg y los tiraron al agua en Hamburgo. Todo ello para apoyar unos aumentos salariales que inevitablemente quedaban desfasados mientras se negociaban y se hacían efectivos. Algunos de estos disturbios estaban inspirados

por los comunistas, pero otros no. En 1922, la Tercera Internacional había abandonado este tipo de actuaciones en Alemania, y se había concentrado en aumentar su influencia entre los obreros, explotando la difícil situación económica por la que atravesaban. En mayo de 1923 había considerado una posible sublevación en el Ruhr, pero estimó que en general no había llegado el momento todavía.

Los líderes sindicales, a medida que descubrían que conseguir un poder adquisitivo estable para sus jornales resultaba cada vez más difícil, comenzaron a exigir que sus salarios se fijaran en base al precio del oro. Aunque todo el mundo estaba de acuerdo con ello, no podía ponerse en práctica hasta que el comercio y las finanzas adoptasen el mismo baremo. A principios de julio se llegó a un acuerdo entre el ministro de Hacienda y una comisión representativa de los sindicatos en virtud del cual los salarios se ajustaban automáticamente al índice del coste de la vida. En principio, la revisión salarial se realizaría cada semana, y los pagos se harían diariamente para mantener el valor, aplicándose el ajuste tanto a los salarios «productivos» (*Leistungslohn*) como a los complementos «sociales» (*Soziallohn*), que cubrían ingresos extra como las ayudas familiares. La negociación de los salarios reales (*Reallohn*), es decir, el incremento de los pagos en base al marco oro, se consideraría algo completamente aparte.

En la práctica, como bien sabía el gobierno, las subidas siempre tendrían 15 días de retraso respecto al incremento del coste de la vida, ya que las nuevas actualizaciones se recibirían al final del periodo de cobro de 15 días y el salario base se recibía al comienzo del mismo periodo, un sistema que suponía un enorme ahorro para la Hacienda, ya que en cada semana del mes de julio la cotización del marco frente a la libra subió de 800.000 (7 de julio) a 900.000 (14 de julio), a 1.600.000 (23 de julio), a 5 millones o 21 millones respecto al dólar el último día del mes; a medida que los precios subían en consonancia.

Lord Curzon describía como «extraordinaria y casi increíble esta caída del marco» y añadía que había originado una grave crisis de

alimentos en Alemania, empujando al embajador alemán en Londres a visitarle en el Foreign Office en actitud suplicante. El embajador le insistió en que utilizase su influencia para que Alemania recibiera el préstamo tantas veces solicitado con el que poder pagar las importaciones fundamentales de combustible y alimentos. Como Francia seguía siendo formalmente un aliado británico, Curzon no podía acceder a ello, y escudó su negativa preguntando hasta cuándo pretendía el Reichsbank seguir imprimiendo billetes. Sobre esto y sobre la cuestión de por qué las últimas medidas fiscales no habían sido promulgadas antes, el infortunado embajador no tenía respuestas. A pesar de todo, envió un memorándum a Curzon expresándose en unos términos que habría suscrito el periódico *Germania*:

Es una señal muy preocupante que el marco, después de su último aparatoso derrumbamiento [*nach ihrem letzten ungeheuren Sturz*], esté comenzando ahora a perder también su poder adquisitivo en el mercado interno. Al mismo tiempo, el Reichsbank ya no dispone de las divisas suficientes para poder comprar en el extranjero los productos esenciales que precisan el Estado y la industria, especialmente los alimentos y el carbón. Las tristes expectativas exteriores, junto con la destrucción de la moneda y el consiguiente caos económico, han llevado a la población a perder la confianza en el Estado y en sí misma. La desconfianza en una moneda que se está depreciando continuamente está retirando las mercancías del mercado, mientras que desde la última cosecha se observa una excepcional y alarmante escasez de comestibles en las ciudades, particularmente en Berlín. La desesperación de las masas está siendo explotada por agitadores extremistas, tanto de la izquierda como de la derecha.

De hecho, la cosecha de trigo de ese año había sido bastante buena, especialmente en Sajonia, y la escasez se debía a que los agricultores se negaban a aceptar papel moneda a cambio de sus productos. Sin embargo, seguía sin conseguirse ningún préstamo internacional, y la única política del gobierno consistía en endeudarse en el mercado interior a tipos de interés elevadísimos, para poder pagar la nó-

mina del Ruhr, mientras el independiente Banco Central echaba más leña al fuego de esta especie de locura (el doctor Havenstein y toda la dirección del Reichsbank estaban tan desorientados y tan superados por los acontecimientos como el propio gobierno). Además, a principios del año anterior, Inglaterra ya se había desprendido de 12 millones de libras para ayudar a una Austria igualmente despilfarradora. La fenomenal caída del marco durante los últimos días de julio había creado graves dificultades al gobierno. El embajador alemán se quejaba de que, aunque se había venido diciendo desde hacía varios meses que el marco estaba perdiendo su poder adquisitivo en el mercado interno, ahora esta afirmación se había hecho más real que nunca. Ahora bien, a pesar de que los comerciantes preferían no aceptar los billetes del Banco Central, la realidad era que éstos se multiplicaban tanto en cantidad como en denominaciones. En la práctica era cada vez más difícil suministrar a los bancos la cantidad de dinero suficiente para desarrollar sus operaciones en la forma tradicional. A finales de julio, desde Dresde hasta Coblenza, se esperaban ansiosamente los billetes con las nuevas denominaciones multimillonarias.

Entre el 11 y el 20 de julio la deuda flotante pasó de 28 a 40 billones de marcos, con un incremento diario, excluyendo domingos, de 2 billones. El sistema fiscal había dejado de tener sentido. El gobierno sólo se preocupaba de vivir al día. De los 12 billones de marcos que gastó el sector público durante estos pocos días solamente el 4 por ciento procedía de la recaudación de impuestos, es decir, alrededor de medio billón, que no llegaba siquiera a cubrir los intereses (570.000 millones) de la deuda contraída durante este mismo período.

Estas catastróficas cifras no eran más que un aperitivo del caos que habría de producirse durante las semanas siguientes. Los ferrocarriles del Ruhr, que antes proporcionaban la tercera parte de la renta de aquella zona, ahora apenas cubrían la quinta parte de sus propios gastos en sueldos y salarios. Un alto funcionario alemán le decía al embajador británico: «*Wir schiessen dieselben Böcke wie die Österreicher*» («estamos disparando contra las mismas cabras que los

austriacos»). Entre el 1 y el 10 de agosto la deuda flotante prácticamente se duplicó. Pero durante esos últimos 10 días los gastos de la administración supusieron 40 billones de marcos, algo más que todos los gastos de los cuatro primeros meses del año.

Aunque las cabras austríacas ya eran de otra raza desde que en el otoño anterior el doctor Zimmermann había tomado el control financiero y el Parlamento había aprobado los protocolos de Ginebra, Alemania podría haber mirado a sus vecinos con temor. Ese desgraciado país estaba atravesando por la dura prueba de ahuyentar al diablo de la inflación, y evidentemente no se trataba de un proceso agradable.

Las Navidades anteriores ya había quedado claro para todo el mundo que las reformas necesarias no se podían alcanzar sin grandes sacrificios. Lo que nadie les había dicho, y ahora estaban descubriendo, era que las víctimas de la recuperación iban a ser tan injustamente elegidas como las de la inflación. En agosto de 1922 las cifras oficiales de paro eran 21.000 (como ocurría en Alemania, se subestimaba la cifra real de desempleo y se ignoraba el fenómeno del subempleo). En los cinco meses que transcurrieron desde octubre de 1922 hasta febrero de 1923, la cifra aumentó hasta 38.000, 58.000, 83.000, 117.000 y, finalmente, a 161.000 personas. En cualquier caso, más de la mitad del desempleo se localizaba en Viena, donde en aquel febrero más de 100.000 desocupados recibían un subsidio máximo de 87.360 coronas, equivalentes a unos 5 chelines, con los que tenían que subsistir ellos y sus familias durante una semana. Era una peligrosa concentración que afectaba a obreros y funcionarios, en una ciudad políticamente dividida donde la lucha de clases seguía siendo tema de conversación.

En toda Austria, alrededor de una quinta parte de la población recibía sus salarios o sus pensiones (los jubilados) con cargo al presupuesto del gobierno. En los ferrocarriles había dos pensionistas por cada tres trabajadores en activo. Aunque la reestructuración de plantillas de los ferrocarriles no se emprendió hasta finales de 1923

bajo supervisión externa*, y aunque sus finanzas representaban la parte fundamental del déficit presupuestario, ya se habían empezado a poner en práctica otra serie de medidas de ahorro, unas veces voluntariamente y otras no tanto. El saneamiento se produjo tanto en el sector público como en el privado, y ambos procedieron a despedir al personal sobrante. La estabilización enfrentó a los empresarios austríacos cara a cara con la cruda realidad, provocando una seria depresión industrial; el estancamiento afectó especialmente a la siderurgia, a la industria papelera y del cuero, a las manufacturas metálicas, la maquinaria, los zapatos y a la fabricación de muebles, y comenzaron a producirse las primeras quiebras empresariales causadas por la inflación. Por otra parte comenzó a reducirse el exceso de personal de las empresas. En enero de 1923, por ejemplo, los principales bancos de Viena tenían un empleado por cada 2.000 libras de sus reservas y depósitos, mientras que en Londres esta relación era de 18.000 libras. Esta situación se debía en parte al trabajo adicional al que se veían obligados los bancos austríacos para ayudar a las oficinas de control de cambio y a las autoridades fiscales, pero también a que los costes de administración no compensaban el posible rendimiento de numerosísimas cuentas de pequeños o antiguos ahorradores cuyo valor real a causa de la inflación ni siquiera alcanzaba para pagar el papel en se apuntaban los movimientos. En este sentido, las cajas de ahorro y las instituciones financieras orientadas hacia el ahorro popular fueron las más afectadas.

En el sector público los despidos estaban condicionados por los recortes presupuestarios establecidos por el gobierno del doctor Zimmermann. Generalmente, se producían a raíz de los despidos en el sector privado, pero el gobierno tardaba en implantar las instrucciones que recibía. Pero cuando finalmente se despedía a alguien, se trataba sobre todo de personas sin vinculaciones políticas. Una de las desafortunadas consecuencias de esta medida fue que a

* Sir William Acworth, elegido asesor técnico de los ferrocarriles, presentó su informe en noviembre de 1923 recomendando que se despidiera a la cuarta parte de la plantilla.

finales de 1923 la eficacia del aparato administrativo se había deteriorado gravemente, seguían sobrando casi tantos funcionarios como personal en el ferrocarril y los puestos de mayor responsabilidad estaban ocupados por funcionarios que sabían mantener a los políticos a distancia.

Sin embargo, a partir de marzo, el panorama económico y financiero comenzó a mejorar desde el punto de vista de los que apadrinaban a Austria. El desempleo, que ese mes alcanzó la cifra de 170.000 parados, empezó a descender sustancial y regularmente, situándose en agosto en 84.000 (53.000 de los cuales se encontraban en Viena). La corona permanecía firme como una roca, y el hecho de que durante la mayor parte del año su comportamiento frente al dólar hubiese sido el más estable de todas las divisas europeas generaba confianza. Se incrementaban los depósitos de ahorro de los bancos. Cuando, finalmente, el 1 de junio de 1923 se anunció el préstamo internacional a largo plazo, inmediatamente obtuvo una gran aceptación. El presupuesto austríaco se equilibró antes de lo previsto por el doctor Zimmermann, y el préstamo internacional no se utilizó en su totalidad. El impresionante aumento de la demanda de las acciones y demás valores austríacos, cuyo índice se había duplicado desde diciembre hasta mayo y que alcanzaría el 400 por ciento a finales de año, era un síntoma claro de que había vuelto la confianza, aunque no supusiese demasiados beneficios económicos inmediatos: la especulación con acciones infravaloradas estaba absorbiendo una gran parte del capital interior, que podía haber sido empleado en proyectos productivos.

La cifra oficial más baja de desempleados se alcanzó en noviembre de 1923 y fue de 79.000 personas, todavía cuatro veces mayor que la de antes de la estabilización. Después de noviembre empezó a sentirse el efecto del programa previsto de reducción de funcionarios en la administración, en el Volkswehr, en los servicios postales y en los ferrocarriles. La relativamente prometedora situación austríaca de mediados de 1923 se debía también, en gran parte, a las implicaciones de la *Ruhrkampf*, que habían incrementado el comercio austríaco ya que los pedidos extranjeros de determinados artícu-

los se habían trasladado de Alemania a Austria, donde incluso una pequeña parte del comercio alemán suponía mucho.

El despido de más de 23.000 funcionarios públicos entre octubre y diciembre de 1923 fue la prueba más evidente de que el país se estaba apretando el cinturón realmente. Las huelgas eran escasas, pues, en unas condiciones en las que los empleados podían ser sustituidos fácilmente y con poco coste, fomentar la conflictividad laboral y exponerse a la pérdida del empleo, con apoyo sindical o sin él, era una política evidentemente suicida. Después de todo, el objetivo oficial consistía en reducir en 100.000 los puestos de trabajo estatales para final de 1924, y los sindicatos eran conscientes de que en el otoño de 1923 los programas oficiales iban sensiblemente retrasados.

Resultaba sin duda satisfactorio que hubiese vuelto la confianza internacional a esta especie de oasis financiero europeo tutelado por los aliados, y que tanto la economía pública como la privada se estuviesen reorganizando en Austria siguiendo modelos correctos. Sin embargo, no eran realmente motivos para la alegría de los austríacos, a pesar de que la atmósfera de pesimismo e incertidumbre general de 1922 había mejorado. A partir de enero de 1923, cuando la guerra del Ruhr afectó al resto de las economías europeas, el coste de la vida comenzó a subir, y continuó haciéndolo durante todo el año, creciendo sólo en agosto un 3 por ciento. Aunque en diciembre de 1923 sólo había llegado al récord anterior de septiembre de 1922 (después de este mes se produjo una caída de los precios del 20 por ciento), estas alzas se producían en un contexto en que la presión fiscal era más alta que nunca. El gobierno se lamentaba particularmente de que estas subidas (reflejo de lo que ocurría a nivel internacional) se produjeran cuando se estaban acometiendo las reformas y restricciones necesarias, y a principios de mayo el gobierno austríaco se preguntaba seriamente si le iba a ser posible mantener el equilibrio presupuestario al mismo tiempo que el orden público.

No debe sorprendernos que los trabajadores se resistiesen a la supresión del sistema de indexación según el cual los salarios no podían bajarse hasta que el índice de precios no hubiese descendido

dos meses consecutivos. Los obreros industriales eran los que se encontraban relativamente mejor, y en algunos casos mejor incluso que antes de la guerra, a pesar de que sus jornales eran los más bajos de Europa, con excepción de Alemania. En un país donde había un exceso de personas con estudios, la diferencia de salarios entre los trabajadores intelectuales y los manuales era muy pequeña por término medio, y los sueldos de los mecánicos especializados eran a menudo superiores al del director de una fábrica, que a su vez ganaba varias veces más que un alto funcionario del gobierno.

El panorama financiero estaba aclarándose. La economía estaba mejorando. Pero los aspectos sociales estaban lejos de ser satisfactorios. Los grupos de población que habían soportado ya pruebas muy duras se daban cuenta de que tendrían que seguir aguantando todavía más. Aquellos a los que la indexación les había protegido de alguna manera comenzaron a experimentar una especie de angustia al comprobar lo pobres que les había hecho la inflación. Los días de las subvenciones y del seguro de paro se habían terminado. La gente que se quedaba sin trabajo estaba más en la miseria que nunca y buscaban en los periódicos y en las agencias de colocación unos empleos que no existían. Los funcionarios públicos que permanecían en nómina cobraban en 1923, como media, una cuarta parte del poder adquisitivo de sus sueldos de 1914, y los jubilados recibían, en términos reales, una tercera parte de lo que antes de la guerra era apenas suficiente para sobrevivir.

En Viena la mayoría de la gente vivía en pisos, y solamente los muy ricos se podían permitir el mantenimiento de una casa. Dado que los alquileres de las viviendas se habían congelado (ésta suele ser una de las primeras medidas y de las más baratas que toman los gobiernos para contener el aumento del coste de la vida), la oferta de pisos en alquiler era muy escasa. Pero aunque la municipalidad de Viena hubiera sido más condescendiente con los caseros, la verdad era que eran muy pocos los que podrían haber satisfecho unos alquileres que tendrían que haber sido 20.000 veces más altos que los anteriores a la guerra. Incapaces de subir las rentas de sus pisos, los caseros tenían al menos el consuelo de que los pagos que tenían que

hacer para devolver sus préstamos hipotecarios sólo les suponían una carga simbólica, lo que a su vez desanimaba a los ahorradores y a los accionistas de los bancos hipotecarios. En estas circunstancias ningún promotor privado se decidía a construir nuevos edificios y, de hecho, prácticamente se les había expropiado. Más de 42.000 familias esperaban su turno para que se les adjudicase una de las 6.000 viviendas que anualmente construía la municipalidad de Viena. La escasez, unida a la reglamentación que otorgaba a las autoridades locales, y no a los caseros, el derecho a decidir quién habría de ocupar un piso que se quedase vacío, propiciaron la corrupción y la especulación en un sector que ya de por sí era muy dado a los abusos.

Fue el período de la rehabilitación austríaca, con altos impuestos y cortes drásticos del gasto público, en el que las clases populares lo pasaron peor, con continuos enfrentamientos entre grupos y clases sociales y con luchas políticas constantes. El gobierno central y la municipalidad de Viena competían entre sí para gravar con impuestos a la industria austríaca, que se localizaba principalmente en la capital; el Estado, para conseguir hacer frente a la carga financiera de los préstamos exteriores, y la municipalidad (cuyas actividades estaban fuera del control de la Liga), para atender a los intereses de los trabajadores que constituían su clientela política. Independientemente de que la acusación de que los socialistas que controlaban Viena hicieron poco más que anudar una soga de reformas doctrinarias al cuello de la República «empeñados en un proceso deliberado —escribían los alemanes— de convertir los ingresos de la clase media en subsidios de paro», fuera justa o no, no cabía duda de que los partidos políticos continuaban dividiendo al país cuando éste estaba reclamando la unidad a gritos.

La reconstrucción austríaca se comparó con el experimento de aquel gitano que estaba entrenando a su caballo para que no comiera. Cuando llegó a una brizna de heno al día, el caballo murió.

CAPITULO 10

EL VERANO DE 1923

A finales de 1923, las acciones se habían constituido en una reserva de riqueza aunque inestable. En general, los accionistas eran bastante más pobres de lo que pensaban, pero este empobrecimiento lo ocultaban los gigantescos aumentos de los precios nominales. La especulación había situado el valor de las acciones por encima de los intereses que producían; máxime teniendo en cuenta que los beneficios distribuidos eran artificialmente bajos con el fin de evitar el pago de impuestos. Una acción del Deutsche Bank costaba, inmediatamente antes de la guerra, 114 libras y rendía 6 libras y 5 chelines. En 1923 costaba 5 libras y rendía un cuarto de penique. Otra, de Siemens und Halske, a 101 libras antes de la guerra y que pagaba 6, estaba ahora a 23 libras y daba un dividendo de 2 peniques. El valor del capital había descendido, aunque no tanto como los dividendos, que ahora eran proporcionalmente incluso más bajos que los repartidos en 1922. En la asamblea general de un gran banco un accionista americano se quejaba de que el escaso dividendo repartido no tenía ningún atractivo, y no sólo por lo exiguo, sino por lo costoso que resultaba transportar tal cantidad de billetes cuando se cobraba.

Todos los que buscaron un refugio para su dinero en el mercado doméstico de acciones durante los seis primeros meses del año habían sufrido pérdidas muy reducidas en términos reales. El valor total de las acciones alemanas cotizadas en la Bolsa de Berlín había

subido de los insignificantes 89 millones de libras de diciembre de 1922 hasta casi el triple (271 millones) en julio de 1923. Esto servía de consuelo a quien pudiera obviar el valor anterior a la guerra, de 1.767 millones de libras, o los 600 millones de julio de 1921. El precio en dólares de una muestra de las llamadas acciones «sin diluir» (es decir, acciones de sociedades sin ampliaciones de capital durante el plazo considerado) se había doblado en los primeros meses de 1923 con relación al mes de octubre anterior, en que se alcanzó el nivel de cotización más bajo. En ese mismo tiempo el dólar se había revaluado 1.525 veces con relación al marco, mientras que la cotización de las acciones en marcos corrientes sólo lo había hecho 89 veces. De hecho, desde octubre de 1922 era posible incrementar sustancialmente el valor del capital invertido seleccionando cuidadosamente la cartera. En julio de 1923 el valor de una cartera media podía haberse revalorizado 16 veces, en septiembre, 23 veces, y en octubre, 28, todo ello en términos reales.

El comportamiento de los mercados de valores durante ese año, aunque a un nivel muy inferior al de antes de la guerra, por lo menos consiguió recuperar todo lo perdido durante la terrible bajada de 1922. Por otra parte, la caída y el alza eran también un reflejo de la posibilidad de disponer de moneda extranjera como forma alternativa de conservar el valor, y las grandes fluctuaciones del mercado hacían que fuese extraordinariamente difícil seleccionar racionalmente los valores. Además, durante la guerra del Ruhr se produjo una avalancha de órdenes de compra procedentes de la zona ocupada que eran posibles gracias a los numerosos subsidios que el gobierno central daba en esa zona para financiar la resistencia pasiva. Muchos inversores tuvieron que soportar graves pérdidas por las bruscas oscilaciones del mercado mientras que otros, por el mismo motivo, consiguieron sustanciosos beneficios. Los efectos de la inflación, junto a los producidos por los movimientos del mercado de valores, originaron enormes cambios en la distribución de la riqueza entre la nueva y muy numerosa comunidad de accionistas y contribuyeron a extender por todo el país el rencor y la desmoralización. Muchos de los que habrían deseado comprar acciones in-

dustriales cuando estaban a un precio absurdamente barato no pudieron hacerlo por falta de dinero*.

No sólo los particulares se vieron forzados por las circunstancias a actuar egoístamente. A medida que la nación se encaminaba hacia el caos cada comunidad, desde los estados hasta los grupos más reducidos, comenzaba a centrarse en sus prioridades. Por ejemplo en Prusia Oriental, ante el inminente derrumbamiento de la Alemania Central, los empresarios y terratenientes de Königsberg buscaron una puerta falsa para asegurar sus exportaciones. En este alejado y próspero distrito la clase dirigente ya estaba preparada para abandonar el barco y buscar otro refugio si éste se hundía, y no le importaba nada dejar que el centro de Alemania se muriese de hambre si no le proporcionaba un mercado para sus productos agrícolas.

Prusia Oriental todavía disfrutaba de pleno empleo. A pesar de las medidas que estaban tomando para salvaguardar su futuro, era sabido que las personas más ricas del estado habían contribuido generosamente al *Ruhrspende*, el fondo creado para sostener la lucha contra Francia. El aislamiento producido por el Tratado de Versalles, que había separado físicamente esta zona del resto de Alemania, había conducido al renacimiento de muchas industrias y recientemente se había construido una central eléctrica para afrontar la escasez de carbón. Como era de esperar, Stinnes se había apresurado a comprar casi todos los astilleros y las fábricas de papel y celulosa de Prusia Oriental, y otros inversores estaban haciendo lo mismo.

Sin embargo, como en otros sitios, la prosperidad estaba reservada a aquellos que estaban en condiciones de producir algo que se pudiese vender. El director del *Königsberger Volkszeitung* protestaba porque había barrios obreros en la ciudad «en los que sus habitantes vivían en peores condiciones que los fellahs egipcios». Como siempre, la clase media-baja estaba sufriendo terriblemente, y, en julio,

* Para una explicación más amplia y profunda sobre el comportamiento de las acciones durante la inflación, véase Bresciani-Turroni, *The Economics of Inflation* (original italiano *Le Vicende del Marco Tedesco*, 1931) pp. 253-285).

las cuatro quintas partes de los 60.000 habitantes de Königsberg que dependían de la beneficencia municipal eran pequeños burgueses que intentaban sobrevivir con los ahorros. Un maestro de Ins-terburg, entrevistado por un observador aliado, decía que el 70 por ciento de los escolares de Prusia Oriental estaban en observación por tuberculosis, y añadía sombríamente que «la visión de la comida destruye la salud mental de una población hambrienta».

La situación política en Sajonia era más peligrosa. El comunismo tenía allí una fuerte implantación, y el primer ministro socialista, doctor Zeigner, había pactado con los nueve diputados comunistas a fin de mantener el control dentro del parlamento regional. Aquí fue donde hicieron su aparición las primeras Centurias Rojas —las *Rote Hundertschaften*—, grupos organizados de trabajadores socialistas con agentes soviéticos infiltrados y cuya misión manifiesta consistía en complementar a la policía. Aunque disponían de menor potencia de fuego, su número era mucho mayor que el de la policía: en Sajonia serían probablemente 30.000, frente a sólo 11.500 miembros de las fuerzas policiales. Desde un punto de vista nacional, eran un peligro, aunque muchos las consideraban un elemento de equilibrio que neutralizaba la sombría expansión de las agrupaciones reaccionarias. Sin embargo, se trataba de un asunto altamente inflamable, ya que las fábricas sajonas, igual que las del resto de Alemania, estaban perdiendo competitividad. La reducción de pedidos extranjeros y el consiguiente recorte de la producción provocaban una disminución de las horas de trabajo y desempleo.

La casi paralización del comercio internacional que se produjo a mediados de verano afectó en distintos grados a los socios comerciales de Alemania. La Cámara de Comercio de Londres había reconocido con anterioridad la imposibilidad de comerciar directamente con Alemania. Los holandeses, italianos y austríacos (estos últimos intentando mantenerse en pie) estaban preparándose con determinación para el derrumbamiento político y económico de su vecino común. Bélgica estaba profundamente preocupada por el futuro del tráfico fluvial y ferroviario a través de Amberes. A prin-

cipios de agosto se suspendieron los pagos en especie en concepto de reparaciones incluso a los miembros de la alianza que no habían invadido el país. El trastorno en el comercio y en el suministro de materias primas en todo el continente sería incalculable.

A comienzos de agosto las condiciones más preocupantes de toda Alemania se daban, como es natural, en el Ruhr y en Renania. Poincaré podía haber pedido a los periódicos franceses que se abstuvieran de apoyar la desintegración de la zona, dejando de publicar artículos en favor de una república renana, pero Francia hizo todo lo que pudo por romper el espíritu de resistencia pasiva, dando a escoger a los trabajadores alemanes de las áreas ocupadas entre la separación de Alemania o volver al trabajo. El Ruhr era una triste sombra de sí mismo, con un panorama de estancamiento económico. Los únicos trenes que circulaban eran los militares, que iban y venían sin objeto. Los canales y los puertos fluviales estaban bloqueados por toda clase de barcos que o no querían o no podían moverse. Los servicios postales y telegráficos funcionaban desespe-rantemente mal, y las líneas telefónicas se cortaban todo el tiempo. Circulaban pocos coches y resultaba muy difícil desplazarse, y estos problemas para viajar despertaban peligrosos instintos. La producción carbonífera de ese verano era inferior a la normal, y los franceses, que habían enviado a Francia las existencias de bocamina, localizaron mediante reconocimientos aéreos las reservas de carbón para la industria siderúrgica y las estaban mandando también a su país. La mayoría de los altos hornos del Ruhr estaban apagados, y la producción de acero era mínima. La falta de coque había reducido a una quinta parte el volumen de hierro y acero producido en 1922.

En las zonas ocupadas, dentro y fuera del Ruhr, el orden público se había convertido en una mercancía muy frágil. El marco, que estaba a 5 millones por libra el 31 de julio, llegaba a los 17 millones el 7 de agosto. Durante los ocho días siguientes se cerró la frontera con la parte no ocupada de Alemania, según anunció el general De-goutte, como represalia por la reciente explosión de una bomba en Dusseldorf. Represalia o no, esta medida formaba parte de la política francesa para debilitar la resistencia mediante la retención del

suministro de dinero, una práctica que era tanto más eficaz cuanto mayor era el coste de la vida. Esta política no fracasó del todo, en particular entre los mineros y los ferroviarios del Ruhr, que se ofrecieron a cooperar con los franceses si sus patronos no les pagaban a tiempo la siguiente nómina. Sin embargo, el resultado inmediato fue incitar al pueblo contra cualquier clase de autoridad, y la falta de dinero no sólo puso nerviosos a los parados del Ruhr, cuyo subsidio de desempleo era ahora de 2 millones de marcos diarios y apenas resultaba suficiente, sino también al resto de los trabajadores de las áreas ocupadas, que luchaban ineficazmente por llevar a sus casas un salario con el que poder vivir.

En la zona belga el robo en los cultivos amenazaba la cosecha. Al oeste de Colonia los saqueos, huelgas y motines aumentaban día tras día, y grandes bandas de descontentos asolaban los campos destruyendo cultivos y edificios. En Aquisgrán, durante una jornada de lucha para conseguir mejoras salariales, 12 manifestantes resultaron muertos y 80 heridos. Los mineros de Bergheim (en la zona británica) mantuvieron una prolongada huelga después de una serie de paros salvajes y de amenazas de quemar fábricas y destruir maquinaria. La policía tuvo que dispersar en Mülheim a 3.000 obreros del sector del papel, y una multitud de desempleados en Solingen asaltó el mercado y obligó a los tenderos a rebajar a la mitad el precio de las patatas. Los bomberos de Leverkusen fueron encerrados por un grupo de comunistas. En Gelsenkirchen, cerca de Essen, ahorcaron sendas efigies del canciller Cuno y Hugo Stinnes y se desencadenó un motín sangriento después de que la multitud cercara y atacara a la policía local, registrándose dos nuevas muertes.

El 10 de agosto, fecha en que la huelga de impresores provocó una interrupción más en el suministro de billetes, se sintió todo el peso de la escasez de dinero. Las existencias de alimentos desaparecieron completamente en muchos sitios y las fábricas sólo pudieron pagar sus nóminas a cuenta. Los ferroviarios de la zona británica, cuyo salario era la mitad del de los trabajadores industriales, intentaron unirse a los resistentes pasivos del Ruhr y preguntaban paté-

ticamente cómo iban a conseguir que las autoridades de la ocupación les garantizaran suficientes alimentos a precios estables, así como el dinero necesario para comprarlos si no se les permitía ir a la huelga.

En Coblenza se precisaban inmediatamente 300.000 millones de marcos para los pagos semanales si se querían evitar motines y derramamientos de sangre. Lord Kilmarnock, que se encontraba en Coblenza, hizo todo lo posible para convencer a Degoutte de que relajase el control fronterizo, pero los franceses, que sospechaban que las huelgas del Ruhr se estaban financiando principalmente desde la zona británica, replicaron que no era razonable que Colonia y Coblenza recibieran marcos mientras el gobierno alemán rehusaba entregárselos a los ejércitos francés y belga. En este caso las sospechas francesas probablemente estuviesen justificadas, porque durante tres semanas Berlín había transportado sistemáticamente sus envíos de billetes a Colonia a través de Ámsterdam y de Croydon con el fin de evitar las tasas y confiscaciones en las fronteras del territorio ocupado por los franceses. Esta circunstancia llegó a conocimiento del Foreign Office en Londres cuando la aduana de Croydon preguntó si los paquetes de billetes que acompañaban a herr Heinrich Schlinkmeier, directivo del Reichsbank, y que pesaban un cuarto de tonelada en cada envío debían clasificarse como mercancías o como efectos personales. De hecho, el tráfico continuó hasta el final de la resistencia pasiva y mientras tanto el general Degoutte recibió instrucciones de París para que permitiese los suministros de dinero a Colonia.

En la zona británica las cosas iban un poco mejor respecto al dinero. El Reichsbank prometió imprimir in situ un millón de billetes diarios, de un valor de un millón de marcos cada uno. «De esta forma nuestra zona no va a depender de los suministros exteriores —telegrafiaba lord Kilmarnock el 13 de agosto en una injustificada demostración de optimismo (pues al cabo de un mes el billete de un millón de marcos valdría apenas medio penique)— y permitirá constituir una reserva frente a posibles caídas del marco en el futuro.»

Las autoridades locales, incluidas las de Colonia y Coblenza, trataron de remediar la escasez de efectivo imprimiendo sus propios billetes, pero se encontraron con que los grandes empresarios no confiaban en ellos. La fricción aumentó rápidamente en la política local, lo que animó a los trabajadores a reclamar salarios correspondientes a un hipotético valor del marco. Los estibadores de Bremen solicitaron que sus salarios estuviesen ligados al precio del oro. Los amotinados de Hamburgo, donde las asambleas públicas se prohibieron en vano, demandaban un salario base de 4,65 millones de marcos diarios (alrededor de 7 chelines). El lunes 13 de agosto les concedieron subidas de sueldo que iban desde 5 hasta 15 millones de marcos semanales, pero el grueso de la paga tendría que ser abonado mediante cheques, entregando por término medio en efectivo sólo 5 millones (6 chelines). Los cheques tardaban bastante tiempo en poder ser convertidos en dinero efectivo, y el 14 de agosto los empleados de Wupperman rodearon las casas de los directores, reclamando la entrega inmediata de 50 millones de marcos (3 libras) por cabeza, mientras que un grupo de 10.000 empleados de la Ba-yer hizo lo mismo. Esa semana una multitud armada con piedras y barras de hierro agredió a la policía en Colonia, y en Wiesdorf, Ohligs y Hilden la turba patrullaba las calles mientras el desempleo seguía aumentando.

Mientras tanto, en Berlín, aunque la situación no era tan tensa como en el Ruhr y en Renania, la vida no era mucho mejor. La crisis política había alcanzado un punto culminante. Cuando los impresores se declararon en huelga una muchedumbre equipada con cestas y carretillas rodeó la sede central del Reichsbank pidiendo airadamente billetes. Se temía una escalada de disturbios en todas partes del país si no se podían pagar las nóminas, y ya no se trataba de liquidaciones semanales, sino diarias. Durante quince días Berlín parecía una ciudad sitiada, pues el resto del país había paralizado el suministro de carnes, huevos y hortalizas a la capital. Todo lo que podía decirse acerca del dinero era que todavía circulaba, pero ya no constituía ni una medida fiable del valor de las cosas ni tampoco un medio de cambio.

Por entonces, la vida diaria en la capital era tan complicada que se precisaban amplios conocimientos matemáticos para las cuestiones más elementales. La prensa de cada mañana publicaba los precios del día:

Billete de tranvía.....	50.000
Bono mensual de tranvías	
válido para una sola línea.....	4 mili.
válido para todas las líneas.....	12 mili.
Taxis: multiplíquese la tarifa normal por.....	600.000
Coches de caballos: multiplíquese la tarifa normal por	
	400.000
Librerías: multiplíquense los precios por.....	300.000
Baños públicos: multiplíquense los precios normales por	
	115.000
Asistencia médica: multiplíquese el precio normal por	
	80.000

Existía un índice o multiplicador diferente para cada comercio, e incluso para cada producto dentro de cada comercio. Hasta la compra más sencilla requería del orden de tres o cuatro minutos de cálculos, y cuando ya se había determinado el precio, se necesitaban normalmente otros tantos más para contar los billetes. Las colas crecían y crecían. Lord D'Abernon escribió:

A nadie le puede sorprender que todas estas cosas creasen un gran descontento. A un extranjero le podía resultar abusivo que le pidiesen un millón de marcos por jugar una partida de golf, pero podía consolarse al comprobar que apenas le costaba un chelín. Sin embargo, la desdichada ama de casa no podía hacer la misma cuenta cuando le cobraban semejantes precios por la compra diaria. Encima tenía que permanecer varias horas de pie haciendo cola para conseguir mantequilla.

El gobierno, desesperado por aplicar un sistema tributario lógico y por recuperar para la Hacienda pública una parte de la montaña de marcos —«los rublos de Havenstein», como se les llamaba— que el Reichsbank ponía todos los días en circulación (y para disminuir la necesidad de seguir imprimiendo), intentó todo lo que sabía. La

lucha en el oeste tenía que seguir, y se instituyó el *Rhein-Ruhr Opfer* (sacrificio del Rin-Ruhr) que se aplicaría a los contribuyentes. El nuevo impuesto se basaba en la cuota de 1922 multiplicada por 50 para el primer pago y por mucho más para los dos pagos siguientes. Afectaba principalmente al comercio, la industria y la agricultura, pero cualquiera que ganase más de 1.000 millones de marcos anuales (150 libras) o que tuviese un automóvil estaba obligado a pagarlo: este último tenía que abonar 50 veces la tasa de circulación. El 14 de agosto la depreciación monetaria había llegado a tales extremos que los multiplicadores de 25 y de 35 que había que aplicar a los impuestos devengados se habían quedado pequeños, e incluso las nuevas propuestas para que los impuestos sobre la renta y sobre sociedades se multiplicasen por 100 y por 140 respectivamente se quedaron anticuados. Tres días más tarde se acordó que se aplicara a las empresas un multiplicador de 600. Aun en el supuesto de que estos impuestos hubieran funcionado, no habrían reducido ni siquiera a la mitad el déficit presupuestario.

Los problemas de indexación y de insuficiencia impositiva eran igualmente evidentes en los servicios postales, que, como era sabido, se utilizaban para camuflar el desempleo. Aunque los funcionarios de Hacienda admitían abiertamente que el servicio se prestaría mucho mejor si se despedía a la mitad de los empleados, políticamente no era posible tomar esa medida. La administración de correos reaccionaba subiendo las tarifas de un nivel ridículo a otro claramente insuficiente. El franqueo para la correspondencia interior costaba ahora 400 marcos (un octavo de penique), y 1.000 marcos para el extranjero. El déficit esperado del servicio postal era del orden de 6 billones de marcos. Lo mismo ocurría en los ferrocarriles, cuya administración se había resistido durante cuatro meses a ajustar sus tarifas a la caída del marco. Cuando finalmente el 1 de agosto se decidieron a subirlas, los billetes de primera y segunda clase sólo aumentaron el 300 por ciento, los de tercera y cuarta, el 250 por ciento, y los fletes ferroviarios, el 150 por ciento, y las protestas de los usuarios fueron más importantes que los ingresos reales que se consiguieron con ellas. En cualquier caso, estaba claro que

ningún ministerio tenía la esperanza de equilibrar el presupuesto mientras se siguieran imprimiendo billetes.

Mientras la deuda nacional volvía a duplicarse una vez más, se proyectó un préstamo con garantía oro (sin intereses y amortizable a los doce años al 50 por ciento) con el objetivo expreso de retirar papel de la circulación. Estaba destinado a dos tipos de inversores: a los padres que deseaban dejar algún capital a sus hijos y a los empresarios que quisieran preservar su capital circulante en valores estables. Aunque esta medida fue saludada como el primer ataque serio a la política de impresión de moneda, era como tratar de contener la marea con un cubo. El Reichsbank era imparable. Las denominaciones de los billetes dejaban de servir casi cuando estaban saliendo de las prensas. A medida que se acercaba el otoño, la totalidad del dinero que circulaba en el país tenía que ser sustituido cada vez que el precio del tranvía —ejemplo típico de la unidad de menor valor en circulación— proseguía su incansable carrera hacia arriba. Incluso desde este punto de vista, la política inflacionaria debió de ser un negocio bastante costoso.

La incapacidad de la dirección del Banco Central había llegado a un punto inimaginable. El 3 de agosto de 1923, como el tipo de interés había sobrepasado por primera vez la barrera del 1 por ciento diario, el presidente subió el tipo de descuento del propio banco del 18 al 30 por ciento anual, y el de los préstamos, del 19 por ciento al 31 por ciento. A pesar de la opinión en contra del comité central del Banco, que consideraba que se estaban falseando las condiciones de mercado, Havenstein y los demás directivos impusieron su criterio y el propio Havenstein opinaba que la obligación del Reichsbank no era fijar tipos de interés, sino seguirlos. Si hubiera creído —o por lo menos entendido— lo que decía, tendría que haber situado el tipo de descuento del Banco Central por lo menos al 360 por ciento anual, porque el 3 por ciento o 4 por ciento semanal de las cuentas corrientes representaba un 200 por ciento anual. El nuevo tipo de interés no tuvo ningún efecto.

En una atmósfera cargada de violencia y frustración, y recibiendo ataques de todas partes por la política del Reichsbank, el doctor

Havenstein seguía en sus trece. Día y noche 30 fábricas de papel, 150 imprentas y 2.000 prensas trabajaban sin descanso para seguir lanzando billetes al vendaval que había arrasado la economía nacional. Havenstein hablaba de la eficiencia — *Leistungsjuhigkeit* — de su sistema de impresión y veía el principal peligro en los bancos privados, que podían emitir 15 billones de marcos, no diariamente como estaba haciendo el Reichsbank todos los días de la semana excepto los domingos, sino una única vez como límite máximo, y que reclamaban autorización para imprimir más. Para Havenstein, que proclamaba una vez más su misión de librar a Alemania de la escasez de dinero, esto «podría hacer estéril toda la política crediticia del Estado y del Reichsbank».

La presión de Havenstein y la *Ruhrkampfe* más de lo que un gobierno podía soportar. El futuro del gabinete del doctor Cuno ya era dudoso cuando sobrevino a primeros de agosto el hundimiento del marco. Sin préstamos exteriores, ante la perspectiva de tener que ampliar en otros 6 billones de marcos (alrededor de 400.000 libras) el déficit para financiar la causa del Ruhr, y a sabiendas de que el fin de la resistencia pasiva podía significar no sólo la muerte política, sino tal vez la muerte física de sus miembros, la coalición gobernante empezó a irse a pique. «No se trata de escoger entre la capitulación y el caos — explicaba el ministro de Asuntos Exteriores, doctor Rosenberg —. La capitulación probablemente dará lugar al caos, pero si las cosas siguen así tendremos caos sin capitulación. En resumen: la alternativa es caos con honra o caos con deshonra.»

La desesperación estaba consumiendo a Alemania. Se creía que los disturbios del Ruhr y del Rin podrían dar lugar a una marcha de las tropas francesas sobre Berlín, rumores que los franceses no se preocuparon de desmentir. En Sajonia y Turingia estallaron brotes de violencia inspirados por los comunistas, y el movimiento reaccionario liderado por Hitler iba cobrando fuerza y extendiéndose por toda Baviera. El 8 de agosto, durante un discurso que pronunció ante el parlamento y que apenas se podía escuchar por los abucheos de los diputados comunistas, el doctor Cuno advertía de que las importaciones deberían limitarse al máximo, que la fiscalidad

debería aplicarse de forma «inexorable» y que la unidad nacional era más necesaria que nunca. Aunque lo más destacado de esta sesión fue la hostilidad demostrada entre la mayoría socialista y comunista, junto a la creciente insolencia con que éstos trataban a todo el mundo, el canciller consiguió que le escucharan cuando proclamó que los siete meses de resistencia pasiva en el Ruhr habían demostrado al mundo que Alemania era digna de respeto. La Cámara dio su aprobación a la propuesta de continuar la lucha, pero se trataba del último esfuerzo de Cuno, que aparecía cada vez más como futura víctima propiciatoria.

En medio de un alud de marcos de papel, con los tipos de interés por los suelos, bajo la amenaza de una huelga general y con el general desconcierto provocado por una nota oficial enviada por Curzon en la que se establecía más o menos categóricamente que Francia no tenía derecho a permanecer en el Ruhr, el gabinete Cuno cayó. Su puesto lo ocupó el doctor Gustav Stresemann, líder del constitucional y antisocialista Volkspartei, el partido de los empresarios.

CAPÍTULO 11

HAVENSTEIN

La primera medida del nuevo canciller fue hacer pública la nota de Curzon y distribuirla para que todo el mundo la leyera. La anunciada huelga general fue cancelada, y de forma casi instantánea el pueblo alemán respaldó con nuevos bríos la *Ruhrkampf*. Pero Stresemann no podía conseguir inmediatamente el apoyo de una nación incapaz de olvidar un momento la anarquía financiera en la que vivía. La derecha, incluyendo algunos empresarios con una marcada aversión hacia los impuestos, comenzó a sospechar y a acusarle de que estaba siguiendo una línea socialista. Por su parte, los grupos más turbulentos de la población —los comunistas, y especialmente en Baviera las organizaciones «patrióticas»— eran más rebeldes que nunca.

Aumentaron los temores, o se exacerbaron, de que el nombramiento de Stresemann supusiera el fin de la resistencia pasiva y la capitulación ante los franceses, de forma que Hitler estaba a un paso de conseguir su objetivo de unificar a todas las fuerzas reaccionarias: en Munich, las opiniones se dividían entre los que proponían la separación de Baviera de la disciplina de Berlín y los que estaban decididos a marchar sobre la capital. Por el lado contrario se produjeron disturbios comunistas y antihitlerianos en Stettin, Lübeck y en otras ciudades, y hubo altercados con los trabajadores en toda Alemania.

Sin embargo, por mala que fuese, no había situación aquel verano que el doctor Havenstein no pudiera empeorar. No había nadie

en el gobierno que supiera menos que él de estas cosas, pero nadie parecía dispuesto a discutir al guardián y líder de la ortodoxia financiera alemana. Havenstein creía firmemente que la cantidad de dinero no tenía nada que ver ni con el nivel de precios ni con la cotización del marco; consideraba que su misión consistía en suministrar dentro del límite de sus capacidades el medio de cambio que reclamaban sus compatriotas para compensar la continua erosión del poder adquisitivo de su dinero; y se vio obligado a desplegar una actividad renovada por las escalofriantes subidas de precios que les acosaban. El problema logístico, por no mencionar los increíbles gastos que suponía imprimir y distribuir esta enorme cantidad de billetes, constituía su principal preocupación, y aunque en esos días los billetes de las denominaciones adecuadas sólo estaban disponibles circunstancialmente, nadie de la banca ni del Reichstag sugirió jamás que otra persona habría sido capaz de superar las dificultades que suponía su suministro.

Las barbaridades de la política de Havenstein quedaban reflejadas en el discurso que pronunció el 17 de agosto ante el Consejo de Estado, y que se publicó inmediatamente. «El Reichsbank —decía con evidente orgullo y satisfacción— está hoy en condiciones de emitir 20 billones de marcos diarios, 5 de ellos en billetes de altas denominaciones. La próxima semana emitirá 46 billones diarios, 18 en grandes denominaciones. Actualmente, la circulación fiduciaria asciende a 63 billones. Por tanto, dentro de muy poco seremos capaces de emitir en un solo día las dos terceras partes de todos los billetes que existen hoy en el país.»

Lo de menos era cómo se iba a poner en circulación toda esta enorme montaña de papel. Havenstein no era consciente del desastroso efecto de su plan y, todavía más, de su anuncio, en el valor del marco, por no hablar de toda la estructura financiera, industrial y comercial del país. Antes de pronunciar su discurso, el marco valía 3 millones con relación al dólar y 12,5 millones por libra (recientemente se había producido una pequeña mejora): a las cuarenta y ocho horas su cotización había caído a 5,2 millones por dólar y 22 millones por libra. La totalidad del dinero en circulación en

agosto de 1923 tenía un valor equivalente a 9 millones de libras; menos de la trigésima parte del que tenía diez años antes, y por mucho que se imprimiera no se conseguiría aumentar su valor total en un solo penique. Por el contrario, el agujero presupuestario se iba ensanchando, pero el doctor Havenstein basaba sus creencias sobre la relación entre suministro de dinero y precios en este fenómeno.

«Nadie podía prever semejante demostración de la extrema locura a la que pueden conducir la ignorancia y las falsas teorías —escribía al Foreign Office lord D'Abernon—. Las ideas demenciales del Reichsbank hacen imposible la estabilización.» Y anotaba en su diario:

Cuarenta y seis billones de marcos [12 ceros] representan un valor nominal de 2.300.000.000.000 de libras, y los billetes en circulación se elevan a 3.150.000.000.000... Se supone que en el Consejo de Estado deben sentarse expertos en economía y finanzas; sin embargo, nadie ha criticado la política expuesta ni ha mencionado su insensatez. El discurso fue ampliamente reproducido por toda la prensa alemana y no ha provocado ni protestas ni asombro.

Esto no era totalmente cierto. El periódico *Vorwärts*, del que Hilferding, el semiprogresista ministro de Finanzas, había sido comentarista político hasta 1915, acusaba tajantemente al doctor Havenstein de arruinar los últimos intentos del gobierno para reducir la cuantía de la circulación fiduciaria; no sólo porque imprimiese marcos, sino por permitir que los ciudadanos conservasen las divisas o, peor aún, por facilitarles préstamos en marcos con los que podían comprar todavía más moneda extranjera. Bajo el titular de «El eterno Havenstein», el *Vorwärts* protestaba:

¡Alemania es una república, pero el Reichsbank es una monarquía! ¡Guillermo está en Doorn: Havenstein sigue en Berlín! Está aquí para siempre. Se lo debe a los aliados: los ingleses creyeron equivocadamente que había que dar más poder al Reichsbank, que la inflación se estaba produciendo contra su voluntad y que un banco central autónomo

podría oponerse a descontar pagarés del Tesoro.
¡Necesitamos una ley para que Havenstein abdique!

El canciller quedó muy impresionado con la intervención de Havenstein, pero, siendo partidario de la inflación, igual que Stinnes, quien había ejercido una gran influencia sobre él, lo que más le sorprendió fue la publicación del discurso y no su contenido, cuyas esperpénticas afirmaciones seguramente no llegó a comprender totalmente. Los socialistas exigieron la dimisión de Havenstein, lo que era suficiente para hacerlo políticamente imposible, y los amigos de Havenstein dijeron que si él se retiraba, la posibilidad de conseguir el préstamo de Londres, donde creían que se le respetaba, se esfumaría. En cualquier caso, aunque se le hubiese invitado a dimitir, Havenstein habría estado en su derecho de negarse.

En las ciudades, en los pueblos, en las aldeas, en todas partes los voluminosos e inadecuados billetes de Havenstein, excesivos y escasos a la vez, complicaban la existencia de la gente y aumentaban su desesperación. En Berlín los tranvías habían dejado de funcionar por falta de medios. En los pueblos, donde no existía otro tipo de dinero municipal o de emergencia, la repentina caída del marco dejaba a la comunidad sin medios de pago para desenvolverse, y en los municipios aislados esto ocurría sin previo aviso. La imagen de los compradores yendo a las tiendas con cestos llenos de billetes era ahora frecuente en todas las ciudades.

«Se podía ver a los carteros por la calle llevando sacos a la espalda o empujando cochecitos de bebé repletos de billetes que serían devaluados al día siguiente —decía Erna von Pustau—. La vida era una pesadilla, una locura, desesperante, caótica.»

Dada la escasez de efectivo, que continuaba a pesar de la emisión el 22 de agosto del primer billete de 100 millones de marcos, muchas empresas empezaron a emitir ilegalmente su propio dinero, sin ningún respaldo ni la garantía del Reichsbank. Por mucho que Havenstein condenase lo que calificaba como «una nueva e importante fuente de inflación», que trataba de contener, estaba claro que el Reichsbank acabaría por canjearlo.

Las normas y reglamentos tributarios formaban una pila de varios pies de altura, y nadie sabía con exactitud si tenía que pagar, ni cuándo ni a quién. Los ingresos fiscales de agosto eran nominal-mente 98 veces mayores que los de abril, pero en términos reales equivalían como mucho a la mitad, pues el marco había perdido en ese tiempo 200 veces su valor. En consecuencia, los ingresos recaudados entre el 20 y el 30 de agosto suponían solamente el 0,7 por ciento del gasto público del mismo período. De hecho, la diferencia habría sido insignificante aun en el caso de que el sistema fiscal hubiera sido capaz de equilibrar un presupuesto de gastos que se disparaba cada día hasta cotas imprevisibles: la imposición de unas cargas fiscales impagables para hacer frente a una imposible devolución de la deuda pública había terminado por destruir la conciencia tributaria de la sociedad a todos sus niveles. La unidad nacional, que había tenido un efímero desarrollo durante la primavera, había desaparecido, y nadie estaba ya dispuesto a sacrificarse por el Estado.

La inútil lucha para quitar a Havenstein se reavivaba. El *Berliner Börsen-Courier* le pedía a Hilferding que actuase con mano dura, y se preguntaba si «con sus delicados modales austriacos» sería capaz de asumir ese papel.

Si los *Geheimrats* [los altos funcionarios del Reichsbank en este caso] quieren deshacerse del nuevo ministro, saben muy bien cuál es el procedimiento. En primer lugar, suministrarle demasiados documentos para que sea incapaz de discernir los datos más elementales, y después darle muy poca información para que no sepa nada de lo que pasa. El problema monetario está personificado en la batalla entre Hilferding y Havenstein; y la lucha por la presidencia del Banco Central resume la actual situación alemana.

El periódico se preguntaba si un terrateniente prusiano como Havenstein sabía que los trabajadores alemanes podían morir de hambre. O si se trataba de algo más siniestro que la mera estupidez, siendo su objetivo extender la desesperación entre las masas, des-

truir la autoridad de la República y preparar el camino para la llegada de una dictadura de derechas. El gobierno de Stresemann, pensaba el *Courier*, era tal vez la última oportunidad para salvar a Alemania por métodos parlamentarios legales.

Hilferding pronunció un importante discurso indicando que había que estabilizar el marco, pero admitía que no encontraba una forma mejor para arreglar la situación que la propuesta por su predecesor, el doctor Hermes, y el préstamo en oro estaba atrayendo a pocos suscriptores. El ministro del Interior intentó inútilmente redactar un presupuesto en términos oro, pues era imposible interpretar el verdadero sentido de las cifras que tenía que manejar, que además estaban cambiando a cada momento.

El 25 de agosto, y aparentemente debido a la entrada en vigor de la *Rhine-Ruhr Opfer* —el impuesto extraordinario para ayudar a las zonas invadidas—, que obligaba a todos los comerciantes a entregar las divisas que poseyesen para pagarlo, el marco tuvo una importante recuperación y pasó de 25 millones por libra a 12,5 millones, de manera que en 48 horas los salarios reales superaron el nivel de los tiempos de paz y los precios de las materias primas de importación superaron los precios internacionales; sin embargo, la recuperación, que duró lo suficiente como para producir una enorme confusión en todo el sistema de precios minoristas, fue flor de un día. Havenstein, ahora a la defensiva, insistía en que la inflación no procedía de la concesión de créditos sino de lo que él llamaba el ilimitado crecimiento de la deuda pública flotante, lo que venía a decir que era culpa del gobierno. Para justificar por qué no se negaba a seguir financiando el déficit del gobierno, replicaba que «la amenaza del Banco Central habría sido un gesto inútil», añadiendo que si se hubiese elevado el tipo de descuento del Reichsbank para compensar la depreciación, esa política habría perjudicado a todas las ramas de la industria además de tener un efecto «catastrófico» sobre los precios.

El discurso que dirigió Havenstein al comité central del Reichsbank en los últimos días de agosto terminaba con una descripción de lo que seguía considerando su principal misión:

La extraordinaria depreciación del marco ha producido lógicamente un rápido incremento de la demanda de dinero, que el Reichsbank no ha sido siempre capaz de satisfacer. Una producción simplificada de billetes de alta denominación [incluyendo su impresión a una sola cara] nos ha permitido poner en circulación enormes cantidades de marcos. No obstante, estas enormes sumas apenas han sido suficientes para atender la demanda de medios de pago, que recientemente ha alcanzado un nivel absolutamente increíble, especialmente como consecuencia de los extraordinarios aumentos de sueldos y salarios.

El funcionamiento de la organización creada por el Reichsbank para la impresión de billetes se ha desbordado y está exigiendo un esfuerzo enorme a nuestro personal. El envío de los billetes a sus lugares de destino, por razones de rapidez, se está realizando mediante transportistas privados. Todos los días salen de Berlín numerosos cargamentos con destino a las provincias. Las entregas a varios bancos sólo pueden hacerse... por avión.

El 1 de septiembre el *Reichsbank* emitió su primer billete de 500 millones de marcos; se acuñó el término «mil billones» añadiendo tres ceros a los antiguos billones y ahora se necesitaban 50 millones de marcos para comprar una sola libra esterlina.

Las circunstancias favorecían el rápido crecimiento de las oscuras fuerzas fascistas que operaban al sur del país. Desde fuera tal vez se vieran estimuladas por el triunfo de la dictadura militar del general Primo de Rivera en España en primer lugar, pero aún más por el éxito conseguido por Mussolini ante la Liga de las Naciones tras haber bombardeado y ocupado la isla de Corfú a finales de agosto*. Internamente, la incertidumbre política, económica y financiera que todo lo invadía y había conseguido ahogar el antiguo espíritu nacionalista era ahora caldo de cultivo para los extremismos. Hasta las personas más moderadas reconocían que se necesitaba mano dura. Habrían coincidido con Stresemann cuando decía: «*In drin-genden Notfalle muss geschossen werden*» («En circunstancias extre-

* La medida fue tomada precipitadamente en represalia por los disparos realizados en suelo griego por unos bandoleros contra un italiano que formaba parte de la comisión que estaba delimitando la frontera entre Grecia y Albania.

mas hay que disparar»). Sin embargo, para muchos, Berlín se había convertido en sinónimo de debilidad, y república, en el de miseria. Así, el 2 de septiembre de 1923, unos 100.000 manifestantes convocados por los nazis acudieron a Núremberg, donde Hitler, al lado de Ludendorff, lanzó otro virulento ataque contra el gobierno, al que acusó de haber entregado a Francia el honor de los alemanes. Tras el desfile, se formó la *Deutsche Kampfbund* (la Unión Alemana de Combate), con Ludendorff como presidente. Durante esa semana Hitler, que llegó a pronunciar cinco o seis discursos diarios, propugnó la instauración de una dictadura nacional. Todo lo que necesitaba ahora para probar que tenía razón, y para conseguir el poder, era que se produjese una catástrofe nacional en el Ruhr.

Por la izquierda el extremismo no era menos evidente. Stresemann declaraba a sus íntimos que los comunistas no dejarían pasar la presente oportunidad sin hacer un esfuerzo desesperado para subvertir el orden existente: no volverían a tener una oportunidad semejante y aunque la clase trabajadora alemana en el fondo fuera anticomunista, estaba confusa por las terribles pruebas que había sufrido*. Hamburgo, donde las familias burguesas estaban tomando medidas para protegerse de los saqueos revolucionarios, estaba a punto de estallar, más aún teniendo en cuenta que 600 trabajadores que se habían distinguido durante las recientes huelgas de los astilleros habían sido despedidos y estaban recurriendo a la delincuencia para ganarse la vida: el subsidio de desempleo, que era entonces de 700.000 marcos diarios (alrededor de 3 peniques y medio), no cubría las necesidades mínimas de cualquier padre de familia con dos hijos. Había muchos, tanto en Hamburgo como en otras partes, que prestaban atención al grito de ¡fuera de la Alemania proletaria!, inspirados por Radek desde Moscú y por Zinoviev desde Petrogrado.

* No era casual que ya se hubiera escuchado a Stresemann citar un nuevo verso del himno nacional, que empezaba: «*Deutschland, Deutschland, über alies, und im Unglück nun erst recht/Erst im Unglück lasst's sich sagen ob die Liebefrei und echt*» («*Deutschland, Deutschland, über alies, y sobre todo en la aflicción: sólo en la desgracia se puede saber si el amor es libre y auténtico*»).

El 9 de septiembre tuvo lugar en Dresde (Sajonia) una concentración socialista y comunista de las llamadas «organizaciones de autoprotección», en la que unos 8.000 hombres realizaron durante dos horas ejercicios y maniobras bajo la dirección del demagogo local, Stadtbourat Sierks, antiguo subteniente del ejército. Entre los asistentes se encontraba el jefe de policía, Herr Mehnke, que había cumplido una condena de dos años y medio de trabajos forzados y que ahora aplaudía a Sierks cuando proclamaba: «Tenemos que defender la dictadura de la izquierda... Si los trabajadores no se nos unen en masa, tendremos que conducirlos a punta de bayoneta... Es mejor que lo haga yo a dejar que se encarguen de ello las hordas de Hitler; debo anticiparme a sus acciones».

Es de destacar que la concentración se celebrara con el consentimiento del primer ministro del Estado, doctor Zeigner, que había permitido la formación de las Centurias Rojas, crestas de dragón que por fin empezaban a asomar. No obstante las simpatías políticas de la policía de Herr Mehnke, esto no fue óbice para que dos días después causaran 13 heridos entre los parados que se manifestaban en Dresde.

La nación también estaba amenazada por la desintegración territorial, más allá de la diseñada por Francia en Renania. Desde Stet-tin llegaron noticias de que se estaba preparando un plan para la instauración de una dictadura en Pomerania, Prusia Oriental y Ba-viera: parece que existía un acuerdo tácito para que Herr Noske, el anterior ministro de Defensa y actual presidente provincial de Han-nover, ocupase la jefatura del movimiento, con Hitler como su representante en Baviera; y no se habría contado con Ludendorff porque, aunque monárquico en esencia, su perspectiva habría sido socialista. Es difícil saber hasta dónde llegaba esta conspiración. Entre las pruebas estaba la acumulación de provisiones en gran escala, especialmente de patatas, con la vista puesta, tal vez, en despertar la confianza en la eficacia de los dirigentes del movimiento. La consecuencia inmediata fue que, al menos en Pomerania, se produjo una gran escasez de patatas, a pesar de que la cosecha había sido buena.

Mientras tanto se tomaron precipitadamente algunas medidas en el ámbito financiero y constitucional, demasiado pocas y demasiado tardías para poder dominar unos acontecimientos que ya nadie controlaba. Ni los nuevos impuestos ni el préstamo en oro tuvieron ningún impacto significativo a la hora de modificar la situación (aunque los pagarés oro disfrutaron de cierta aceptación entre el público como instrumentos negociables y por la conservación de su valor en términos reales). También se añadieron nuevas obligaciones a la larga lista de reglamentaciones existentes para controlar el tráfico de divisas, la mayoría de las cuales no servían para nada, pues prácticamente era imposible que la gente pudiese conseguir moneda extranjera en otro sitio que no fuese en los mostradores del gobierno.

El 8 de septiembre se nombró un comisionado para el Control de Moneda Extranjera, dotado de los más amplios poderes para expropiar cualquier divisa que encontrase, de la forma que fuese, y para obligar a que sus propietarios las entregasen a cambio de vales canjeables por bonos oro. La decisión conllevaba la suspensión de varios principios constitucionales, particularmente los relativos al secreto postal, a la inviolabilidad de la vivienda y a la expropiación de bienes o propiedades en general, y en un plazo de diez días el nuevo *Devisenkommissar* había asumido también el derecho de aprehender el oro, plata, platino o sus aleaciones, tanto en monedas como en bruto. Esta última decisión se debía en parte a que como se habían destinado 200 millones de marcos oro para garantizar las emisiones de deuda pública en dólares, las reservas alemanas de oro habían quedado reducidas a algo menos del equivalente a 14 millones de libras, demasiado poco para que sirviesen de respaldo a una nueva moneda en la que la gente pudiera confiar.

Bajo los auspicios de la comisión, el 20 de septiembre, la *Wu-cherpolizei* se presentó en los cafés y restaurantes de Unter den Linden y de Kurfürstendamm en Berlín, obligando a todos los clientes a vaciar bolsos y carteras y a entregarles todo el dinero extranjero que tuviesen encima. Ese día consiguieron 3.120 dólares, 36 libras esterlinas, 373 florines holandeses, 475 francos suizos, 200 francos

franceses, 42.523 coronas austríacas, 37 coronas danesas, 30 coronas suecas, 1.402 coronas checas, 800 coronas húngaras, 143 dinares serbios, 18.000 lewas búlgaras, 30 marcos estonios, 5.100 marcos polacos y 500 rublos soviéticos. Por todos ellos se extendieron los correspondientes recibos.

La experiencia no sólo vino a demostrar lo inútil de la nueva política, sino que confirmó la desesperación de un país, industrialmente avanzado, que se veía incapaz de conseguir los 6 millones de libras que necesitaba por el medio que fuese. Addison escribía a Miles Lampson*: «es como si yo no pudiera conseguir ni medio penique».

Se ha llegado a límites inconcebibles [la carta estaba fechada el 11 de septiembre de 1923]. La deuda pública flotante ha aumentado hoy en 160 billones de marcos corrientes. Los esfuerzos para calcularla en otra moneda son inútiles: todo al final se reduce a marcos de papel. Las tiendas exigen libras, francos, coronas danesas o cualquier otra moneda imaginable, y después tardan media hora en calcular cuántos miles de millones de marcos supone lo que se les ha pedido. Por tanto, la subida de los precios se relaciona automáticamente con la caída del marco, y siempre se añade algo más para anticiparse a la tendencia. Excepto para algunas cosas, como las tarifas del tranvía, se nos piden varios millones de marcos más de lo que supondría su coste al cambio vigente en Londres. Es natural porque los comerciantes descuentan una nueva bajada. Se ha perdido la costumbre de pensar en cifras sencillas, y se cree que 40 o 60 chelines debe de ser muy poca cosa porque es una cantidad que no termina en millones. El Hotel Adlon cobra el equivalente a 4 o 5 libras** por una botella de vino.

Addison creía que Alemania «se estaba acercando a pasos agigantados hacia algo muy feo», pero la gente seguía discutiendo sobre si los empresarios eran los responsables de los males del país, o sobre las medidas que debía adoptar la ayuda mutua. Había conocido alemanes que parecían realmente convencidos de que después de

* Más tarde, primer lord Killearn. Acababa de regresar al Foreign Office desde Siberia. ** Este precio era doce o quince veces mayor que el de Londres, donde un buen Burdeos en el hotel Savoy costaba unos 10 chelines en 1923.

cuatro años de deterioro continuo la situación podría seguir así para siempre.

Pero evidentemente algo continúa sólo hasta un momento en que no puede, y esto sucede de repente. En marzo de 1918 nadie pensaba que la guerra estuviese a punto de terminar. Tampoco nadie imaginó que el saqueo de la manufactura Réveillon por el pueblo de París fuese a terminar en la Revolución Francesa.

Se pueden ver largas colas de personas que esperan de pie durante horas delante de las tiendas de comestibles berlinesas. Las mujeres no pueden limpiar la casa ni atender a sus hijos si desde las ocho de la mañana hasta la una del mediodía tienen que estar esperando que les toque la vez para comprar una salchicha, si es que tienen la suerte de que no se acaben antes. La paciencia de la población es admirable, pero una multitud de alemanes hambrientos puede ser muy peligrosa.

Addison había tenido la oportunidad de presenciar los acontecimientos de Baviera cuando se produjo el desabastecimiento de las ciudades mientras sobraban las provisiones en el campo. Sin embargo, no pudo comprar en las granjas ni un solo huevo pagando con marcos, ya que, como le dijo en una ocasión un campesino: «*Wir wollen keine Juden fetzen von Berlin*» («No queremos cromos judíos de Berlín —la descripción popular de los billetes del Banco Central»). Baviera suspiraba porque se volviese al viejo tálero (*Ta-ler*) abandonado en 1870, la moneda de la que procede el nombre de dólar.

La carta de Addison tenía una posdata:

Desde que he empezado a escribirte la libra ha llegado a los 500 millones, es decir, en menos de 24 horas se necesitan 200 millones de marcos más para comprar una libra.

El nuevo peligro se produjo cuando los campesinos se negaron rotundamente a enviar sus productos a las ciudades y los ciudadanos tuvieron que desplazarse al campo para buscarlos. Ya había ocurrido en Austria durante el bloqueo. También pasó lo mismo en las

zonas del Rin y del Ruhr bajo la provocación del militarismo francés y el paro forzoso. Ahora se decía que en Sajonia ■—en la Alemania no ocupada— bandas de varios centenares de habitantes de las ciudades se habían dirigido en bicicleta al campo para confiscar lo que necesitaban.

El diario de Anna Eisenmenger incluía un relato de primera mano de los pillajes ocurridos en Austria, en Linz y sus alrededores, el lugar que Hitler consideraba su patria chica. La señora Eisenmenger transcribía una carta de su hija, que había pasado unas cuantas semanas con sus primos, que tenían una granja con ocho vacas, dos caballos, doce cerdos y las gallinas de costumbre:

Había ido con los tíos a la iglesia en Linz. A medida que nos acercábamos, había más gente en la carretera, que normalmente está desierta. Había gente de aspecto muy extraño. Nos llamó la atención un hombre que llevaba puestos tres sombreros, uno encima del otro, y por lo menos dos chaquetas... Nos encontramos con gente que conducía carros atiborrados de latas de conserva de todas clases... Un hombre y una mujer estaban en la cuneta quitándose tranquilamente sus vestidos raídos y poniéndose otros nuevos. «Dense prisa —nos gritó la mujer— o no quedará nada.» No comprendimos lo que estaba sucediendo hasta que pasamos por delante de las primeras tiendas saqueadas.

Parecía que hubiera habido un terremoto en la tranquila ciudad de Linz. Los muebles estaban tirados en mitad de la calle, destrozados e irreconocibles. Pero el pillaje no se limitaba a los cafés, los restaurantes, las tabernas y las tiendas de tejidos. Las joyerías y relojerías tampoco habían podido proteger su mercancía. Vimos la fonda donde solía acudir el tío después de misa totalmente devastada. El viejo posadero se nos acercó corriendo y casi llorando. No podía abrir su establecimiento porque le habían destrozado los muebles y robado todo lo que tenía en la despensa; le aconsejó a mi tío que nos volviésemos a casa a toda prisa, pues los cabecillas de aquella turba estaban incitando a saquear los alrededores... El tío arreó al caballo... Cuando estábamos llegando al camino de entrada de la granja de los tíos... vimos a lo lejos a un grupo de unos 80 o 100 hombres y mujeres. Iban gritando y cantando, rodeando un

carro tirado por un caballo castaño. El tío exclamó: «¡Se están llevando a Hansl con el carro!». Sin decir más, el tío saltó al suelo dirigiéndose hacia el camino, donde pensaba interceptarles, pero no podía ir muy deprisa por culpa de la cojera.

En aquel momento llegó un camión cargado de gendarmes. Dispararon unos cuantos tiros y la multitud se dispersó hacia los montes, abandonando el carro y el caballo.

En el carro había tres cerdos degollados. Además, había partes de vacas y cerdos que acababan de sacrificar y unos cuantos pollos. «¡Dios mío, Dios mío! —sollozaba la tía— ¿Qué nos vamos a encontrar en la casa?». Dos gendarmes nos acompañaron para comprobar los daños. «Que estén hambrientos no nos sorprende —dijo uno de ellos—, pero no entiendo por qué tienen que destruirlo todo.» Estábamos preparados para lo peor. Las puertas de la granja estaban abiertas de par en par. No había ni rastro de las criadas. Un cerdo gravemente herido pero todavía con vida yacía en el patio en medio de un charco de sangre. Los otros cerdos se habían escapado al campo. El establo estaba empapado en sangre. Habían sacrificado una vaca y allí mismo la habían desollado. Los muy salvajes le habían rajado las ubres a la mejor vaca lechera que teníamos, y al pobre animal hubo que aliviarle sus sufrimientos inmediatamente. En el granero los piensos y el forraje estaban esparcidos en medio del mayor desorden... unos trapos empapados en petróleo todavía humeantes mostraban las intenciones de aquellos bárbaros. En la cocina, que hacía las veces de cuarto de estar, y de la que mi tía se sentía tan orgullosa, no quedaba nada sano. El tío estima que los daños pueden ser del orden de 100.000 coronas antiguas, y ninguna compañía de seguros le va a compensar por todo esto.

Las ciudades estaban hambrientas. La cosecha había sido magnífica, pero no salía de las zonas rurales. Los campesinos rechazaban categóricamente entregarlas a cambio de billetes alemanes. Había que hacer algo para cambiar la situación. El 18 de septiembre se publicó el proyecto de estatutos del nuevo Boden Credit Bank, más tarde conocido como Rentenbank, un banco de emisión respaldado

no por oro (era demasiado tarde para eso), sino por hipotecas sobre terrenos agrícolas y establecimientos industriales. Era fundamentalmente un recurso para que los agricultores colaborasen en la tarea de alimentar a la nación, y el *Bodenmark* se convirtió en una forma de *Kontomark* con solidez: cada unidad equivalía a diez céntimos que el Reichsbank comenzó a utilizar para expresar el valor real de las cuentas corrientes: por fin se había abandonado el viejo mito del *Mark gleich Mark*.

El comentario más corriente sobre el nuevo plan era que, al haber agotado casi hasta el límite la capacidad de impresión como instrumento inflacionario, el Reichsbank estaba tratando de encontrar uno nuevo. Después de todo, el *Bodenmark* no estaba concebido como un elemento de estabilización. Igual que los préstamos oro, que le habían precedido, y que los bonos de centeno —emitidos y amortizados según el precio vigente de este cereal—, que se lanzaron al mismo tiempo que el nuevo marco, apenas pretendían algo más que poner un parche, mientras las impresoras seguían funcionando. Efectivamente, se estaban poniendo en circulación por primera vez los billetes de 10.000 y 20.000 millones de marcos y estos últimos, que tenían un valor de 50 libras el día que salieron (15 de septiembre), una semana más tarde valían unas 30. En estos días existía una profunda divergencia de hasta un 40 por ciento entre el cambio oficial y la cotización del mercado libre. El marco tenía cada vez menos tomadores, y cada industria fijaba sus precios de acuerdo con diferentes índices.

Durante la primera mitad de septiembre, el Ruhr era responsable de las cinco octavas partes del incremento diario de la deuda flotante. Se necesitaban del orden de 50.000 millones de marcos al día para subvencionar a los obreros en paro, algo más, pero no mucho más, que los extraordinarios costes que suponía la financiación del déficit de los ferrocarriles y el servicio postal germánicos. Hasta cierto punto, la operación financiera del Ruhr estaba sirviendo para apoyar al franco, pues los marcos que se estaban introduciendo en aquella zona se utilizaban para comprar moneda francesa, que estaba bastante más saludable que la divisa alemana.

La *Ruhrkampf* empezaba a deteriorarse. Sin duda la idea despertaba todavía el fervor patriótico en muchas partes de Alemania: desde luego la propuesta de que la rendición podría ser la solución más práctica valía más que la vida de cualquier político. Sin embargo, en el Ruhr, los trabajadores estaban profundamente desmoralizados por haberse acostumbrado a una ociosidad mal pagada. En términos nacionales, el carbón era la clave del problema: Alemania no podía funcionar sin él, y por esta razón, cualquiera que fuese el sentido que se diera a la palabra, Poincaré habría «vencido». Una victoria pírrica de los franceses no era más que un consuelo académico para los perdedores: ni siquiera podría ser explotado por Stresemann, pues los movimientos reaccionarios no se lo permitirían.

Al final de la tercera semana de septiembre el control gubernamental de la situación política, por no mencionar el de la financiera, había llegado al límite. Según Benes, el entonces ministro de Asuntos Exteriores checo, los ministros alemanes estaban tan cansados que eran incapaces de analizar en profundidad los problemas a los que tenían que enfrentarse; «las decisiones dependían del ministro que hubiese dormido más la noche anterior». El decreto del 19 de septiembre que imponía un mes de cárcel y multas sin límite a todo aquel que acaparase dinero o alimentos, eludiese el pago de impuestos o impidiese la distribución de comestibles o piensos, aunque fuese firmado por el canciller, por el ministro del Interior y por el propio presidente, se trataba de un acto inútil de desesperación: todos, incluidos los ministros, acaparaban lo que podían; nadie hizo el menor esfuerzo por pagar sus impuestos, y el único impedimento para distribuir los alimentos era la ausencia de dinero con el que pagarlos.

Sin embargo, no cabía ninguna duda sobre la determinación de Stresemann. Su problema consistía en cómo abandonar la resistencia pasiva sin que Alemania perdiese la dignidad. Era un problema sin solución. Después de que Poincaré y Baldwin firmaran un acuerdo según el cual aparentemente no existía ninguna discrepancia política entre ambas naciones, y enterado de la declaración ile-

gal del estado de emergencia en Baviera, Stresemann, que estaba dispuesto a actuar por su cuenta si el Reichstag se interponía en su camino, por fin encaró los hechos de frente.

El 26 de septiembre suspendió siete artículos de la Constitución de Weimar, declaró el estado de emergencia y concedió poderes ejecutivos a Herr Gessler, el ministro de Defensa que había sucedido a Noske después del golpe de Kapp. Esta transferencia fue una mera formalidad. En realidad, desde entonces, y durante los siguientes cinco meses, fue el general von Seeckt, comandante en jefe del ejército, quien asumió el poder ejecutivo y administrativo del país.

Alemania se había convertido en una dictadura militar, nada menos, y por decisión de un gobierno de mayoría socialista. El país se dividió en siete regiones militares con un dictador local en cada una de ellas. Al mismo tiempo, el presidente Ebert anunciaba el fin de la resistencia pasiva en el Ruhr.

CAPITULO 12

EL FONDO DEL ABISMO

Aquí estaba, quizá, la mano dura que los alemanes moderados habían estado esperando durante tantos meses. La habían conseguido a un coste mayor de la imaginada pérdida de dignidad internacional. Ahora podría haber restricciones en la libertad personal, de expresión, de prensa y de asociación. El ejército y la policía podrían interceptar la correspondencia, las comunicaciones telegráficas y telefónicas, efectuar registros domiciliarios y confiscar propiedades. Incitar a la desobediencia podía castigarse con la cárcel o con multas superiores a los 15.000 marcos oro. Si se ponía en peligro alguna vida, la pena consistía en trabajos forzados. La muerte se castigaría con la muerte, y esa sería la pena para los cabecillas de bandas armadas y para los culpables de traición, incendios provocados o sabotaje de los ferrocarriles.

La derecha, presumiblemente, no habría esperado menos. Sin embargo, Berlín se limitaba a seguir el juego. Los líderes bávaros ya habían sondeado a Benes sobre la actitud que adoptaría Checoslovaquia en el caso de una hipotética declaración de independencia. Benes les contestó (según informó a Curzon) que permanecería neutral siempre que no se produjera la unión de Baviera con Austria, y «que el movimiento se dejara en manos de Hitler y de Rupprecht [el príncipe bávaro de la casa de Wittelsbach], y que Ludendorff no tuviese nada que ver con él».

Los gobernantes de Munich conocían mucho mejor a Hitler que Benes. El estado de emergencia en Baviera se había declarado prin-

principalmente como respuesta a Hitler, que había puesto en alerta a unos 15.000 soldados de las SA, asumiendo él mismo el liderazgo de la *Kampfbund*, aunque no se sabe si en aquellos momentos pretendía dar un golpe de Estado. Ahora el gabinete bávaro, de forma anticonstitucional y violando el Tratado de Versalles, nombraba al político antirrepublicano Gustav von Kahr comisionado general del Estado con poderes dictatoriales. Von Kahr acalló inmediatamente a un Hitler enfurecido y la situación volvió pronto a la normalidad, al menos en teoría, cuando Gessler nombró al comandante militar de la zona von Lossow comisionado oficial del gobierno, y a von Kahr, su adjunto civil. Desde entonces las relaciones entre Berlín y Munich se hicieron cada vez más difíciles. La nueva realidad era que Alemania tenía dos dictadores, uno en cada ciudad. Von Seeckt sofocó rápidamente un pronunciamiento derechista mal organizado en Küstrin (Prusia), y aprovechó la oportunidad para acabar con el «ejército negro», los restos de los Batallones Francos, reprimiendo con igual firmeza el movimiento izquierdista de Sajonia. A pesar de las airadas protestas del líder de los nacionalistas, Helfferich, por la capitulación ante Francia, la verdad era que por fin se había abierto una vía para salir del punto muerto económico y diplomático.

A pesar de la desesperada situación del país, al menos algunos sectores de la economía intentaban seguir funcionando con normalidad. Un ejemplo era la industria de la automoción, que decidió seguir adelante con el salón del automóvil de Berlín en octubre, con la intención de demostrar al mundo que los fabricantes alemanes seguían siendo competitivos. Sin embargo, las críticas no eran de la misma opinión. La principal diferencia desde la feria de 1921 consistía en el gran incremento de coches pequeños y motocicletas, la mayoría feos y de dudosa calidad. Las marcas más conocidas ofrecían muy pocas novedades.

Euler presentaba otra vez su fantástico modelo en forma de gota de agua [el *Tropfenauto*], con el morro redondeado [informaba el agregado comercial británico con acritud]; Maybach seguía con sus chasis de transmisión directa; Benz y Mercedes, con sus diseños habituales, y la

única marca digna de mención que posiblemente había mejorado algo era Audi. Todas las carrocerías eran peores, los colores, horribles, y los diseños, monstruosos, cuando no vulgares. Los detalles eran de mala calidad y un gusto pésimo. Además, no había forma de comprender los precios.

La mano dura en el centro, o los centros, de poder no consiguió solucionar ninguno de los problemas tangibles de Alemania. Las cosas seguían empeorando con rapidez, con una inflación galopante como fuente de todos los problemas. En la última semana de septiembre el Reichsbank emitió 3.267 billones de marcos, una cantidad que al cambio vigente equivalía a 5,2 millones de libras diarios. En consecuencia el marco había respondido situándose a 315 millones por libra el 11 de septiembre, a 1.500 millones el 2 de octubre y a 5.700 millones por libra el 9 de octubre. El Reichsbank había batido su récord de productividad.

Estas extraordinarias cifras presagiaban terribles desgracias. El salario medio antes de la guerra era del orden de 36 marcos oro a la semana (una libra y 16 chelines). En octubre de 1923, el poder adquisitivo de los jornales representaba menos del 20 por ciento de lo que habría sido normal. Ni siquiera era necesario que los extremistas desatasen sentimientos revolucionarios. Ya no se manejaban billetes inferiores al millón de marcos, y, según le escribía lord D'Abernon a Curzon, «ni un mendigo habría aceptado un billete más pequeño».

Las desgracias no eran sólo de orden físico. Durante ocho meses el gobierno había estado asegurando al pueblo que nunca se cedería en la resistencia contra los invasores. Los ignorantes habían interpretado que esto significaba para siempre. Todos los escaparates y kioscos estaban llenos de carteles exhortando a la población a resistir, con peticiones de fondos o con imágenes de las tropas francesas golpeando a la población. De pronto todo eso había terminado, y se informó tranquilamente de que el gobierno les había dejado en ridículo y que debían rendirse sin condiciones en un asunto que les había costado trillones de marcos y un cúmulo inconmensurable de

privaciones y sufrimientos. El desprecio por la República y sus funcionarios era prácticamente general.

«El pueblo está maduro —escribía Joseph Addison en una carta personal a Alexander Cadogan*— para aceptar cualquier sistema autoritario o a cualquier hombre que parezca saber lo que quiere y dé órdenes en voz alta y firme.»

Addison hacía otra puntualización importante:

Los problemas económicos están convenciendo a la población de que el autoritarismo es la única esperanza de salvación para salir de la situación actual. El desempleo está haciendo que la democracia pierda atractivo, mientras los obreros comprueban que la huelga es inútil, ya que es lo que están deseando los empresarios.

A comienzos de octubre, inmediatamente después de la aprobación de la nueva ley de ordenación bancaria y monetaria, Stresemann intentó conseguir mayores poderes extraconstitucionales para su gobierno a través de una ley de prerrogativas. Su Vblkspartei había visto la oportunidad de darle por fin la puntilla a la jornada laboral de ocho horas, recuerdo de una legislación revolucionaria que los empresarios seguían condenando con especial odio: la nueva propuesta era la negación misma de la socialdemocracia. El asunto dividió al ministerio, y hasta Hilferding, que se había agarrado como una lapa a su sillón de ministro de Finanzas, se vio obligado a dimitir en solidaridad con sus colegas socialistas. El gobierno cayó.

El nuevo gabinete de Stresemann, que tomó posesión el 6 de octubre, estaba inevitablemente más inclinado a la derecha, y buscaba una fórmula para que la gente trabajase más y que hiciese a la industria alemana más productiva. En cualquier caso, tenía que ser un programa con el que estuviesen de acuerdo los trabajadores. A éstos les quedaba poca ilusión por la democracia, y se decantaban cada vez más hacia formas autoritarias de gobierno por puro agota-

* Más tarde, sir Alexander Cadogan, O.M., secretario de Estado de Asuntos Exteriores entre 1938 y 1946.

miento mental y casi una absoluta indiferencia ante todo lo que no fuera su carencia de bienes materiales. El canciller consiguió sacar adelante su ley de prerrogativas el 13 de octubre. El manifiesto del Volkspartei publicado el 4 de octubre no hacía más que reflejar los sentimientos nacionales cuando aseguraba que «el timón del barco del Estado tiene que ser confiado a la derecha... El marxismo ha arruinado a Alemania... Hay que poner fin a la política de transigencia. ¡Hay que sacar a los socialistas del gobierno!».

Los socialistas salieron del poder, aunque no sin respuesta por parte de los sindicatos: «¡Obedeced sólo las instrucciones de vuestra organización! ¡Mantened la disciplina! ¡Abajo los enemigos de la clase obrera! ¡Viva la República!».

Sin embargo, los trabajadores aceptaron que la lucha en el Ruhr había terminado. El 30 de septiembre el *Kölnischer Zeitung* (precio del periódico, 5 millones de marcos) reprodujo el acuerdo que los obreros tenían que firmar para poder volver a trabajar en las empresas francesas —una especie de juramento de lealtad a los belgas y a los franceses. El 6 de octubre el gobierno alemán terminaba con la *Rhein-Ruhr-Hilfe* —la ayuda a esas zonas—, pero se declaraba dispuesto a pagar el subsidio de paro a todos aquellos que no encontrasen trabajo: hasta el 1 de noviembre la prestación de desempleo sería el doble de la recibida en las demás regiones; a partir de esa fecha se homogeneizaría en todo el país, que era lo mismo que decir la mitad del mínimo necesario para sobrevivir. Las presiones no tardarían en volver a aparecer: el 7 de octubre un grupo de industriales, entre los que se encontraban Herr Stinnes y el director de las minas estatales de Prusia (pero no Herr Krupp von Bohlen, que seguía en prisión), visitaron al comandante en jefe francés con vistas a reanudar el trabajo. Se iniciaron conversaciones, y una semana más tarde el gobierno alemán daba instrucciones al personal de los ferrocarriles para que se reincorporasen a sus puestos.

Estaba tan claro como siempre que no podría llegarse a ninguna solución, de ningún tipo, hasta que las finanzas alemanas no se recuperasen. El reinicio de los envíos de carbón, o de cualquier otro pago en especie a Francia, sólo podía asumirlo el gobierno. La única ma-

ñera de financiarlo seguía siendo la impresión de billetes. El 10 de octubre la cotización oficial de la libra llegó a los 7.000 millones de marcos, aunque en el mercado libre no se podía conseguir por menos de 18.000. El 15 de octubre la cotización oficial ya era de 18.500 millones, y la del mercado libre, de 40.000. Se barajaban toda clase de planes para acometer la reforma monetaria, bien fuese con base en el oro, en el centeno, en las divisas extranjeras o en «valores tangibles». El gran dilema era si se podía aceptar un control extranjero de las finanzas alemanas. La fórmula de un pequeño préstamo exterior, un nuevo banco emisor y una supervisión externa probablemente habría dado mejores resultados en Alemania que en Austria: la gran ventaja con la que podían contar los países cuyas monedas se habían hundido era que podían hacer borrón y cuenta nueva dejando atrás deudas nacionales o municipales. Las conversaciones prosiguieron mientras el marco continuaba desplomándose a niveles inconcebibles, y mientras la pobreza, el hambre, y ahora el frío, atenazaban a la nación. La clase obrera empezaba a experimentar finalmente el sufrimiento que había padecido la clase media durante tres años.

Cuando el 15 de octubre se publicó el decreto de creación del *Rentenbank*, se consideró una total insensatez. El *Rentenmark* era una versión rebautizada del *Bodenmark*, que a su vez era en esencia una variante del *Roggenmark* (o marco de centeno), el invento propuesto por Karl Helfferich; se había ideado para conseguir el apoyo de los nacionalistas agrarios de su partido, así como de la izquierda, que consideraba el *Roggenmark* políticamente sospechoso. Todo lo que se pudiera argumentar sobre el *Rentenmark* —empezando por la solidez de su respaldo— pasaba por el principio fundamental de liberar al Reichsbank de la obligación de financiar al gobierno. Si funcionaba, llevaría al doctor Havenstein al plan monetario de 1913, cuando un billete indicaba lo que valía. El *Rentenmark* era un invento del doctor Luther, sucesor de Hilferding en el Ministerio de Finanzas y del doctor Schacht, director del Darmstadt & National Bank, y que muy pronto sería nombrado nuevo responsable monetario. Sin embargo, a mediados de octubre, el plan del *Rentenmark* ya no era más que otro de los planes monetarios que,

como decía Addison, «sólo servía para emborronarte de tinta el cerebro». No hubo nuevo banco de emisión, y aún menos nuevos billetes que reemplazasen a los antiguos.

Aunque Munich y los municipios bávaros estaban pasándolo tan mal como los demás, era evidente que aquí se encontraba la mezcla más explosiva de toda Alemania. Robert Clive, el nuevo cónsul general británico en Munich, al observar que se habían congregado en la capital de Baviera numerosos corresponsales de prensa, se atrevía a pronosticar que «de momento no va a pasar nada». Diariamente se proclamaban nuevos decretos prohibiendo las reuniones públicas y las huelgas, y no cabía la menor duda de que los dos autoritarios amigos, von Kahr y el general von Lossow, mantenían un control total. Tan confiados estaban, que ambos ignoraban a propósito las instrucciones que recibían de Berlín. Llegaron al punto de rechazar la orden de prohibir el periódico de Hitler, el *Voikis-cher Beobachter*, recibida el 2 de octubre, pero tres días más tarde ninguno de los dos dudó en suspender su publicación durante 10 días por haber incluido en ese número un artículo desleal.

«Baviera prefiere a Kahr —escribía Clive—. El eclipse de Hitler es casi completo.» Von Kahr imitaba a Hitler, fomentando deliberadamente mentiras sobre la responsabilidad de la guerra (*Kriegs-chuldlüge*) y expulsando del Estado a docenas de familias judías, desde mendigos hasta estraperlistas: cuando el *Münchener Post* le acusó de tomar estas medidas expresamente para agradar a Hitler, también se prohibió su publicación*. Von Lossow, por su parte, no se atenía a la disciplina central más de lo que lo hacía Kahr. Kahr no contestaba las cartas. Lo contaba Addison, a quien Stresemann le había confesado sus penas:

Lossow siempre está protestando de que hace todo lo que puede para poner en práctica las instrucciones que recibe como *Reichsdiktator*; pero siempre hay algo que invariablemente le impide cumplir sus

* El *Münchener Post* probablemente fuera injusto con Kahr, que era una especie de puritano testarudo que se consideraba un instrumento de la Providencia para librar a Alemania de los socialistas y de los judíos.

magníficas intenciones: las instrucciones llegan demasiado tarde, o está en una comida, o en el entierro de su tía... A la hora de la verdad es como si Baviera no formara parte del Reich.

El 20 de octubre, Kahr anuló la orden de destitución de Lossow enviada desde Berlín.

A la gente le importaban muy poco las dificultades por las que atravesaba el gobierno central, y mucho menos a los que no pensaban constantemente en operaciones políticas o militares. «La miseria es muy grande», decía el informe de Clive del 18 de octubre.

Son pocas las familias que pueden permitirse el lujo de comer carne una vez a la semana, no se encuentran huevos, la escasez de leche es terrible y el precio del pan se ha multiplicado por 16 desde que hace unos días se abolió el precio máximo de venta. Es cierto que los restaurantes caros están llenos de gente bien vestida, que bebe buenos vinos y come lo mejor de Munich, pero se trata de americanos de origen alemán que la gente confunde con los de allí, o de empresarios del Ruhr... Nadie espera que se produzcan algaradas políticas, pero los motines de gente hambrienta son otro asunto... y el frío: nadie puede pagar la calefacción central. Nadie imagina que el *Rentenmark* vaya a servir de algo.

Tampoco Herr von Haniel, el *Reichsminister* o delegado del gobierno de Berlín en Munich:

Las desesperadas condiciones económicas son las principales responsables de los problemas recurrentes. Las cosas no pueden estar peor. Está cundiendo la irresponsabilidad y la desmoralización, y esto seguirá así hasta que no aparezca en el horizonte alguna luz y haya motivos para seguir viviendo más allá de la cotización del dólar y de la necesidad de desembarazarse del dinero antes de que pierda más valor.

En otras partes la población recurría a la acción directa cuando el gobierno les fallaba. Las tropas armadas con metralletas patrullaban las calles de Bremen para intimidar a los trabajadores de los astille-

ros y de las hilaturas, que se habían declarado en huelga como protesta por una nueva alza del coste de la vida. Allí, y en toda la provincia de Hannover, el desempleo crecía un 10 por ciento semanal, y los precios seguían subiendo, tanto en términos monetarios como reales. Mister Elphick, el cónsul británico que acababa de llegar a Bremen, escribía:

Lo primero que me ha sorprendido es que los días en que Alemania era un país muy barato se han terminado. Uno llega aquí después de haber oído las historias sobre lo que se puede comprar con tu dinero. A mi llegada he visto que los precios alemanes no sólo han alcanzado los niveles mundiales, sino que incluso resulta más económico comprar en Inglaterra que aquí. La razón estriba en que toda Alemania está convencida de que el marco no tiene ningún valor y los precios se establecen con relación al oro.

En términos generales se establece un precio mínimo en marcos oro, doble del que existía antes de la guerra, y después la cantidad que resulte se multiplica por un índice que cada comerciante fija por su cuenta, de acuerdo con su propio criterio, y que modifica no sólo cada día, sino con frecuencia cada hora, para acompañar la estrepitosa caída del marco; o, mejor dicho, para anticiparse, ya que, a fin de contrarrestar la rápida depreciación del precio resultante en «oro» de los billetes en efectivo, incluye un enorme porcentaje de beneficio*.

El 24 de octubre el Senado de Bremen tomó la decisión, por su cuenta y riesgo, de hacer una emisión de billetes oro por un valor de un millón de dólares; la denominación era en valores de un cuarto, medio y un dólar, con denominaciones más pequeñas de cinco y diez centavos expresamente indicadas para no tenerlos que cambiar por marcos de papel en las pequeñas compras diarias. Los certificados de oro ya se habían emitido anteriormente, formando parte de un paquete de medidas salariales, y eran amortizables al

* El sobre de la carta enviada a Londres por Elphick estaba matasellado el 22 de octubre y llevaba un franqueo de 148 millones de marcos.

cabo de cinco meses, bien en bonos del estado de Bremen nominados en dólares al 5 por ciento, o bien en dinero emitido por el Reichsbank a la media del cambio oficial de Nueva York. Estos billetes de un dólar eran canjeables en cualquier momento por marcos, al cambio oficial vigente en el país y sin ningún cargo adicional por cambio de divisas. Como la emisión estaba respaldada por todos los ingresos y recursos del rico estado de Bremen —una importante puerta de acceso a Alemania en caso de división del país—, parecía la moneda más estable que pudiera concebirse por entonces en cualquier parte de Alemania.

Bremen asumió el riesgo calculado de que la continua emisión de marcos de papel pusiese en marcha la ley de Gresham, según la cual el dinero malo expulsa al bueno de la circulación de manera que los nuevos billetes oro simplemente se atesorarían. Sin embargo, en el otoño de 1923 entró un nuevo factor en juego: la ausencia total de capacidad de ahorro. Tanto los trabajadores como los pequeños burgueses habían agotado todos sus recursos y tenían que vivir al día. Las existencias de los comercios necesitaban rotar muy rápidamente, lo que favorecía el tráfico del negocio minorista, pero los bolsillos estaban vacíos. Parecía improbable que alguien siguiese manejando una moneda que nadie quería; por tanto, en contra de la teoría, el mejor medio de pago expulsó de la circulación al peor. Una consecuencia interesante de la emisión oro fue la bajada de los precios, dado que los detallistas dejaban de tener en cuenta la depreciación a la hora de establecer sus márgenes*.

Esta variedad de separatismo financiero era uno más de los problemas del gobierno. Se produjeron amenazas de separación terri-

* El 10 de febrero de 1923, el profesor J. Shield Nicholson puntualizaba en *The Scots-man*: «A partir de un cierto grado de depreciación del papel moneda la ley de Gresham comienza a operar en sentido inverso. La moneda de uso legal deja de ser aceptada por la población como medio de pago, a pesar de exponerse a ser castigada por ello. El dinero bueno expulsa al malo... Los débiles esfuerzos realizados por el gobierno alemán para restringir la especulación contra el marco son tan inútiles como fueron las cadenas y la pena de muerte decretadas para apoyar los *Assignats* [que la Revolución Francesa declaró moneda de curso legal en 1790 y tuvo que abandonar en 1796 ante su inviabilidad]».

torial en Prusia, Sajonia, Baviera y Renania. Hubo incluso una conspiración secesionista de los güelfos en Hannover, liderada por el duque de Cumberland —título inglés que llevaba el nieto del depuesto elector de Hannover. El separatismo más preocupante, después del de Baviera, era el de Renania, cuyo movimiento venía ganando fuerza durante las últimas semanas; por lo menos había aumentado el número de sus manifestantes y alborotadores, así como el volumen de sus gritos. El 30 de septiembre se reunieron en Dusseldorf 20.000 separatistas, que después de desfilarse mataron a 11 policías; la multitud había llegado en trenes con el permiso y el apoyo de los franceses mientras la población local cerraba las puertas y se quedaba en casa.

Durante las tres semanas siguientes continuaron los disturbios, con o sin el apoyo francés, y finalmente el 21 de octubre se proclamó en Aquisgrán una república renana en la zona controlada por los belgas. La escaramuza terminó después de que Curzon enviase a Bélgica una nota de protesta. Sin embargo, con el apoyo de las tropas francesas se declararon administraciones separatistas en Bonn, Tréveris, Wiesbaden y Maguncia, en la zona francesa. Los líderes de la nueva República se pelearon entre ellos, los funcionarios alemanes se negaron a colaborar y tanto los servicios públicos como el propio régimen se vinieron abajo. Los franceses entonces volvieron su atención hacia el Palatinado, que formaba parte de Baviera, intentando que se constituyese como estado autónomo*.

Al mismo tiempo que los escarceos renanos, se produjeron serios y peligrosos disturbios en Hamburgo fomentados por los comunistas. Fundamentalmente, la causa era la de siempre: cuando los obreros recibían su paga semanal, ya se había producido una nueva depreciación monetaria, lo que hacía completamente inadecuado el salario que acababan de percibir. El 15 de octubre las autoridades suprimieron las cartillas de racionamiento del pan que habían permitido comprar este alimento a la mitad del precio de mercado.

* La forma en que Curzon lo echó por tierra se narra en el capítulo XII de *Curzon: The Last Phase*, de Harold Nicolson.

Una semana más tarde los estibadores y los obreros de los astilleros se volvieron a declarar en huelga. Las comisarias de policía fueron asaltadas, se cruzaron árboles en las calles, se cavaron trincheras y las pocas tiendas de comestibles que se encontraban abiertas fueron saqueadas. En Küstrin ya se había suprimido una «intentona» y el gobierno no quería correr riesgos. El crucero alemán *Hamburg* llegó escoltado por lanchas torpederas y desembarcó suficientes tropas como para sofocar la rebelión y detener a 800 activistas de izquierda.

El 15 de octubre la cotización del marco respecto a la libra superó los 18.000 millones. El 21 de octubre, después de que en tres días el marco se hubiese devaluado de 24.000 a 80.000 millones por libra, lord D'Abernon hacía un ejercicio de estadística recreativa, calculando que (a 60.000 millones) «la cotización equivalía aproximadamente a un marco por cada segundo transcurrido desde el nacimiento de Cristo». Al final del mes la circulación fiduciaria ascendía a 2.496.822.909.038.000.000 marcos, y la gente seguía pidiendo más. El 26 de octubre, en Berlín (donde no había habido pan durante varios días pues los panaderos no tenían harina) el Reichsbank fue rodeado por una multitud que reclamaba billetes de 1.000 millones de marcos, y en cuanto se imprimían se los llevaba en cestos y carros. Los primeros billetes de uno, cinco y diez billones de marcos estarían listos el 1 de noviembre.

Los disturbios de finales de octubre en Hamburgo, aunque promovidos por la izquierda, respondían a la desesperación y el desengaño más auténticos. La depreciación se producía tan deprisa que ya era imposible ajustar los jornales a base de índices y multiplicadores. Los trabajadores que habían cobrado 405 millones de marcos como paga del día 1 de octubre (alrededor de 6 chelines y 8 peniques, al cambio de ese día), y 6.500 millones por la del 20 del mismo mes, se encontraron de repente que al cambio del día su jornal representaba sólo 1 chelín y 7 peniques y medio. Sin embargo, los precios sí que subían paralelamente con la depreciación de las divisas extranjeras: en general, ¡a velocidad a la que subían los precios en el comercio era una medida de protección. El comercio se

había vuelto prácticamente imposible, y se obligó a las tiendas por un decreto del 22 de octubre a permanecer abiertas y a aceptar marcos de papel a cambio de sus mercancías.

Como en todas partes, en Hamburgo continuaban exigiéndose salarios de valor constante. Parecía que había pasado muchísimo tiempo desde que los sindicatos reivindicaban simplemente subidas salariales para compensar el alza de los precios. El 26 de octubre la mayoría de los que clamaban salarios fijos rechazaron el pago de sus nóminas en los nuevos billetes hamburgueses de marcos oro aduciendo que sus patronos no estaban en condiciones de pagarlos y que, en cualquier caso, necesitaban marcos de papel para hacer la compra. La gente ya ni sabía lo que quería. El 1 de noviembre, después de que la Asamblea de Hamburgo aprobara 500 billones de marcos (aproximadamente, 2.000 libras) para aliviar la miseria, los hamburgueses volvieron al trabajo y los pagos en el puerto se hicieron después de todo en billetes de «oro» municipales.

El acuerdo distaba mucho de ser perfecto porque estos billetes tenían que ser convertidos en marcos de papel antes de poder gastarlos y con frecuencia los cambistas se aprovechaban de esta circunstancia. Sin embargo, la satisfacción general de que la sublevación comunista hubiera sido sofocada era tan grande que se olvidaba la gravedad de la situación por la que estaba atravesando la industria; sólo en Hamburgo había 100.000 parados, de ellos 30.000 en los astilleros, 6.000 estibadores y 60.000 de otros oficios.

En toda Alemania era lo mismo; en unos sitios mejor, en otros peor, y el Ruhr se llevaba la palma. Los despidos se generalizaban. Se envió al Ruhr un contingente de marinos del *Hamburg* ante el temor de que la decisión de Thyssen, Stinnes y otros empresarios de cerrar varias de sus factorías degenerase en disturbios. Las negociaciones de los industriales con los franceses fueron amistosas, para beneficio de ambas partes, pero entraban en conflicto con las instrucciones de Berlín.

El 27 de octubre, el primer ministro visitó el Ruhr y regresó consternado. La cancelación del subsidio oficial a las zonas ocupa-

das no se había completado, pero, pese a que éste había quedado reducido a una cantidad ridícula, el gobierno no podía seguir financiándolo de ninguna manera. Los sindicatos informaban de que en el conjunto de toda Alemania el porcentaje de sus afiliados en paro era del 18,7 por ciento, y que otro 40 por ciento se encontraba subempleado, trabajando entre 4 o 5 y 30 o 40 horas a la semana. Aparte de a los dos millones de trabajadores de los territorios ocupados, el gobierno estaba pagando subsidios de paro a 877.262 trabajadores en el resto del país (donde los sindicatos denunciaban un desempleo del 10 por ciento) y prestaba otra serie de ayudas temporales a 1.700.000 personas más. Sin embargo, todavía quedaban otras tantas a las que no llegaba este tipo de ayudas. El estancamiento de la Alemania libre se debía prácticamente a la falta de actividad del resto de la nación.

Stresemann le confesaba a D'Abernon que para noviembre se esperaba que el número de trabajadores en paro, sin ayuda gubernamental y prácticamente sin alimentos, llegaría a los cinco millones. Los tumultos callejeros eran inevitables. Stinnes y su colega Vogler continuaban negociando con los franceses, pero lo que parecía claro era que los nacionalistas, con el respaldo de Stinnes, estaban dispuestos por encima de todo a derribar al gobierno. Todo esto no era sino la mitad del problema. El impuesto sobre el carbón, que los franceses reclamaban como parte del precio pactado por la vuelta a la normalidad, simplemente no se podía pagar. Renán ia había caído bajo el dominio de la anarquía, la ilegalidad y el terrorismo implacable de las bandas armadas separatistas que ocupaban los ayuntamientos y, con apoyo francés, desafiaban a la policía. En todo el país la población se negaba a aceptar un dinero que perdía la mitad de su valor cada día que pasaba. Pero aquí no acababa todo.

Los ministros comunistas del doctor Zeigner publicaron en Sajonia un manifiesto proclamando una dictadura roja, y Zeigner rechazó el ultimátum de Berlín que le exigía la restauración del orden. Más aún, sabiendo que su única esperanza, y quizá la única alternativa para que Alemania sobreviviese como nación unida, era

la introducción de un medio de cambio estable, el canciller empezaba a dudar de que el nuevo *Rentenmark* sirviera siquiera como remedio temporal. Sin duda al limón ya no le quedaba ni una gota por exprimir.

El 30 de octubre, con el marco a 310.000 millones por libra, el gobierno de Berlín tenía que encarar cinco crisis simultáneas: Baviera, Sajonia, Renania, la cuestión de la vuelta al trabajo en el Ruhr y el caos financiero*. Del éxito de las negociaciones del Ruhr dependían los resultados de las que se mantenían en Nueva York para conseguir créditos suficientes para poder importar alimentos y combustible absolutamente necesarios. De ser el préstamo lo suficientemente amplio, junto con las reservas que todavía le quedaban a Alemania, se podría haber lanzado una nueva moneda. En caso contrario, el gobierno no tendría donde buscar nuevos balones de oxígeno para seguir viviendo un poco más.

Los problemas, en cambio, le llegaban a espaldas. El 1 de noviembre las huestes bávaras de Hitler se concentraron en el límite con Turingia (con el apoyo moral de Brandeburgo y Pomerania), amenazando con combatir a los insurgentes comunistas si la República no lo hacía. Mientras tanto, el comandante militar de Sajonia, al que le habían enviado refuerzos, procedió con tal fuerza (y con tanto éxito) contra las Centurias Rojas y sus patrocinadores —Zeigner y sus ministros fueron arrestados— que provocó una fuerte protesta de los socialistas en el parlamento, lo que contribuyó a incubar la crisis del gabinete. El 2 de noviembre se produjo un intenso pánico en la bolsa de Berlín, pero no se debía a los asuntos de Baviera ni a la crisis ministerial, ni siquiera a que el marco hubiese perdido cuatro quintas partes de su valor en los últimos tres días, sino a que se dieron cuenta de que había ocho clases diferentes de billetes oficiales en circulación, sin contar las innumerables emi-

* El sistema fiscal se mantuvo en gran parte sobre la base de valores monetarios hasta diciembre de 1923. En octubre la tasa para obtener el pasaporte en la frontera polaca todavía costaba 2 marcos, ya que la tarifa no se había modificado desde la guerra.

siones municipales y el dinero de emergencia creado por los ayuntamientos, estados federados y empresas privadas. Los medios de pago oficiales iban desde los vales y billetes del Reichsbank hasta los dólares del Estado, pasando por el *Notgeld* de los ferrocarriles y los cupones de los préstamos oro. Se trataba de un período (decía lord D'Abernon) de «caos, como no se había visto nunca en la historia de la economía».

El 5 de noviembre, las autoridades militares dieron por terminadas las operaciones contra Sajonia y el ejército se dirigió a Turingia, provocando nuevas protestas de los socialistas, muchos de cuyos diputados se encontraban en ese momento en la línea de fuego. El 6 de noviembre los saqueos de las tiendas de comestibles, con trasfondo antisemita, comenzaron en los barrios más pobres de Berlín, donde la gente de nuevo sufría una gran miseria por la negativa de los agricultores a vender sus productos en las ciudades. Un hombre de negocios británico, míster J. C. Vaughan, que estaba de paso por Berlín, escribió una carta de protesta al Foreign Office en Londres:

Estoy consternado por lo que he visto. He pasado por la galería que une Friedrichstrasse con Unter den Linden, y en un trayecto tan corto he visto tres mujeres casi moribundas. Estaban en las últimas fases del proceso de deterioro o de inanición, y no me cabe duda de que éste era su problema. No tenían fuerzas ni para pedir limosna, y cuando les di un puñado de devaluados billetes alemanes, me angustió ver la avidez con que se lanzaron sobre ellos —como lo haría un perro hambriento sobre un hueso. Yo no soy germanófilo, pero me resulta inconcebible que pueda tolerarse este estado de cosas cinco años después del armisticio. Estoy seguro de que quien no haya presenciado estas escenas no puede creer que sea posible tanta miseria... Por supuesto, en Berlín se ven coches y mucha gente bien vestida, pero no sabemos nada de lo que está pasando en los suburbios. Las colas hablan por sí mismas.

Ésta era normalmente la suerte que sufrían las zonas y ciudades industriales de todo el país, excepto en los municipios cuyo *Notgeld*

con base en oro hubiesen conseguido mantener la confianza de la gente, y siempre que pudiesen cubrir sus necesidades básicas con los suministros directos de una zona agrícola cercana. Había pocos oasis de este tipo. En Breslau, otro hombre de negocios extranjero que había vivido allí desde septiembre principalmente a base de pan y de té flojo contaba que «sólo podía comer una vez al día, luchando por coger sitio en un restaurante por la mañana temprano y esperando a que sirvieran la comida varias horas más tarde». Aunque tenía dinero para pagar lo que quisiera, todas las noches se iba a la cama con hambre.

El hecho era que, aunque todas las granjas del país estaban repletas de cosechas sin vender, Alemania sufría una hambruna generalizada. Todas las tiendas de alimentación de Zúrich tenían colocado un cartel que decía: «Mande paquetes de comida a sus amigos de Alemania». Como siempre, o mejor dicho, peor que nunca, las condiciones presentes y las perspectivas futuras de las clases profesionales y medias eran espantosas. Sólo existían dos soluciones posibles: una era descabellada; la otra, prácticamente inconcebible: la primera consistía en importar más alimentos; la segunda, una moneda estable que convenciera a los campesinos alemanes de vender alimentos.

La acción de Turingia mantuvo controlada la presión de la caldera bávara durante dos días más. Las esperanzas de Hitler de que un enfrentamiento con los comunistas de Turingia o de Sajonia llevase a las tropas bávaras a marchar sobre Berlín se desvanecieron. La tensión en Munich aumentaba cada hora, mientras Kahr y Los-sow acariciaban la idea —o al menos eso se creía— de proclamar la secesión de Baviera como una monarquía independiente. Este peligro, junto a la necesidad de hacer algo para capitalizar a su favor el ambiente revolucionario que seguía creciendo desde la terminación de la *Ruhrkampf*, impulsó a Hitler a intentar su «golpe» la noche del 8 de noviembre.

El relato del *Bürgerbraukeller Putsch* y de su ignominioso final al día siguiente, después de que la policía muniquesa que custodiaba la Odeonplatz hiciese una sola descarga, no forma parte estrictamente

de nuestro objetivo, y ya se ha narrado suficientes veces*. Lo destacable era que Hitler y su partido nazi eran lo suficientemente osados y sin escrúpulos como para aprovecharse de las dificultades inherentes a una situación gravemente inflacionaria y poner a toda la nación en contra de la autoridad, intentando convencer a muchos miles de personas de que los errores y las responsabilidades se debían a quienes evidentemente no correspondían: a los hombres que habían firmado el armisticio, a los franceses, a los judíos y a los bolcheviques. Hitler también utilizó el argumento de la inflación, de la que los nazis eran tan poco culpables como los comunistas, que también intentaban aprovecharse del naufragio social que ésta estaba provocando.

La inflación es la aliada de los extremismos políticos, la antítesis del orden. En otras ocasiones —en la Rusia posrevolucionaria y en la Hungría de Kadar— tal vez fue provocada deliberadamente para destruir el orden social establecido, ya que el caos es la materia de la que nacen las revoluciones. Sin embargo, en la Alemania de estos años la política inflacionaria era consecuencia de la ignorancia financiera, de la codicia de los industriales y, hasta cierto punto, de la cobardía política. En cualquier caso, favorecía el crecimiento y la expansión de las cruzadas reaccionarias o revolucionarias. Hitler confiaba en 1923 en la «revuelta de los hambrientos billonarios»**. Su intentona dio un buen susto en la segunda semana de noviembre a las autoridades de Baviera, y quizás en menor medida también a las de Berlín. Durante veinticuatro horas el gobierno del Estado, a medida que observaba la creciente simpatía que despertaba este movimiento en Prusia Oriental y en Pomerania, llegó a pensar que existía un peligro real de guerra civil, no sólo circunscrita a Baviera. Sin embargo, el levantamiento comunista de Hamburgo sofocado unos días antes se consideraba —por lo menos hasta la celebración del proceso contra Hitler en febrero de 1924— el episodio más siniestro y peligroso. De hecho, la descoordinada insurrección de Hamburgo

* No hay nada que añadir a lo que se cuenta en *The Nemesis of Power*, de Wheeler-Bennett o en *Hitler: A Study in Tyranny*, de Bullock.

** Konrad Heiden, en *Der Führer: Hitler's Rise to Power*, explica detalladamente cómo jugó Hitler en aquellos días con los temores económicos de todas las clases sociales.

la había organizado precipitadamente el Partido Comunista, después de haber consultado a Moscú, ante el temor de que se produjese una revolución obrera que no estuviese inspirada por la izquierda.

Los sangrientos acontecimientos de Baviera —donde se declaró la ley marcial— no sirvieron ni para enfriar las pasiones ni para aliviar desgracias. Von Seeckt, amparándose en los poderes que le conferían los últimos decretos presidenciales, suprimió todos los partidos extremistas. Para templar los ánimos, el presidente y el primer ministro emitieron una proclama condenando el último brote de violencia en el sur, y puntualizaron que las recientes medidas monetarias habían hecho que el marco mejorase significativamente en veinticuatro horas; pero este triunfo suntuario tendría una vida muy corta. El efímero primer billete de 100 billones de marcos* ya estaba en la calle. Las imprentas del doctor Havenstein habían conseguido superar su récord de emisión llegando a producir en una semana 74 millones de millones de millones de marcos, cuadruplicando en seis días la totalidad de la circulación fiduciaria anterior. El coste de la vida, con un índice 1 en 1914, había subido como media en septiembre de 1923 a 15 millones, llegaba a 3.657 millones el mes siguiente y el 12 de noviembre se situaba en 218.000 millones.

Las mujeres de Colonia, donde había cerca de 100.000 parados, enviaron un emotivo llamamiento, nada exagerado, «A las mujeres del Imperio Británico»:

Durante los tiempos de la resistencia pasiva podíamos vivir no por el trabajo que proporcionaba la industria, sino gracias a los subsidios de paro que nos enviaban desde la parte no ocupada del país. Ahora estas ayudas se han terminado y estamos pasando hambre. La industria no puede recuperarse, y hay millones de personas literalmente sin trabajo... Decenas de miles de nuestros ciudadanos más importantes han sido deportados y encarcelados... Nuestros periódicos han sido censurados... Bandas armadas de desaprensivos campan a sus anchas en medio de una

* La mayor denominación impresa: 100.000.000.000.000 de marcos, que en Alemania (y en Gran Bretaña) se denominó cien billones.

población desamparada e inermes, invocando el separatismo y el republicanismo... El invierno se nos viene encima, y no tenemos carbón.

El gobierno alemán estaba pensando en abandonar las finanzas de la zona ocupada a su propia suerte. Era algo que se podía haber hecho antes, en lugar de embarcarse en la aventura suicida de la resistencia pasiva, pero las circunstancias patrióticas y humanitarias de aquel enero lo hicieron imposible. El peligro consistía ahora en que el final de la ayuda financiera supusiera arrojar toda la zona en los brazos de los separatistas; por esta razón se consideraba inoportuna la creación de un nuevo banco de emisión para el Ruhr y Renania, a menos que éste fuese absorbido por el futuro *Rentenbank*. Las negociaciones entre los franceses y los empresarios continuaban estancadas. Sin embargo, lo que estaba claro era que el *Rentenmark* seguiría el mismo camino del marco si se prolongaban los pagos improductivos en pensiones y seguros de desempleo en la zona del Ruhr. Para evitarlo iban a eliminarse hasta los pagos de las pensiones de los ancianos —aunque por el momento todavía seguían enviándose diariamente millones de marcos oro para salvar a la población de la Alemania ocupada.

En las zonas ocupadas los ayuntamientos y las industrias hacían lo que podían para amortiguar el impacto de los cambios que se avecinaban. Por ejemplo, el distrito de Solingen hizo una emisión de marcos, con base oro, respaldada por los saldos acreedores de las transacciones exteriores de las que eran beneficiarios los miembros de la Cámara de Comercio de Solingen. La fábrica de pinturas Hóchst hizo una segunda emisión monetaria en marcos oro con la cobertura de 400.000 francos suizos que tenía depositados en un banco de Zúrich. Varias empresas hicieron compras masivas de leche y de patatas para vendérselas a sus propios empleados, pero en efectivo sólo podían pagarles 70 pfennigs de oro por hora, alrededor de 8 peniques y medio o 20 centavos. La diferencia de salario entre el trabajo cualificado y la simple mano de obra se había reducido a un 10 por ciento en toda Alemania. Los trabajadores estaban más desmoralizados que nunca y la productividad individual era más baja que la de antes de la guerra.

CAPÍTULO 13

SCHACHT

Cuando el 13 de noviembre el doctor Schacht fue nombrado comisario para la Moneda Nacional, las cuestiones pendientes eran con qué moneda estable se iba a amortizar el marco de papel y a qué tipo de cambio. Eran cuestiones académicas, porque nadie tenía grandes esperanzas de que el plan del Rentenbank fuese a funcionar. Cada día se dictaban nuevos decretos para reconducir el creciente caos financiero, económico y administrativo, con el lamentable resultado de ampliar aún más la confusión. La ausencia de periódicos, debida a una huelga de impresores entre el 10 y el 16 de noviembre, aumentó considerablemente el desconcierto, los rumores y el pánico, pues en general la gente no sabía los precios, lo que estaba pasando en Baviera, ni las decisiones de la administración.

Schacht se tuvo que enfrentar a este increíble desorden. Durante los diez días anteriores a su toma de posesión los gastos habían sido 1.000 veces mayores que los ingresos. La deuda flotante se había multiplicado por quince. El gobierno estaba muy cerca de no poder pagar en efectivo los sueldos de los militares, de los policías y del resto de sus funcionarios. Los empleados del Ministerio de Finanzas recibían ya parte de su sueldo en patatas. Las previsiones presupuestarias incluían en cada página la vergonzosa advertencia, entre paréntesis, de que todas las cifras estaban expresadas en miles de

billones*. El consejo de administración del Rentenbank tendía descaradamente a la derecha, y lo formaban latifundistas, grandes industriales, empresarios agrícolas y en general personas que se habían enriquecido con la política inflacionista y que habían evitado pagar los tributos al Estado; por tanto, no se podía esperar un resultado democrático.

Lo que sucedió después del nombramiento de Schacht y de la inauguración del Rentenbank el 15 de noviembre —exactamente un mes después de la ordenanza original— fue sorprendente. Aquel día, cuando el Reichsbank dejó por fin de descontar pagarés del Tesoro, el doctor Havenstein se encontró con que había otros medios de pago que venían a sustituir al marco, que el día anterior había cotizado a 6 billones por libra. Según el doctor Schacht, los billetes que en ese momento estaban en manos del Reichsbank y de sus sucursales, pendientes de ser puestos en circulación, habrían llenado 300 vagones de ferrocarril de 10 toneladas cada uno.

La máquina inflacionaria había dejado de girar, pero las finanzas del país aún seguían desbocadas, como consecuencia de su extraordinaria inercia. Durante los cinco días siguientes, y mientras hacían su aparición los primeros *Rentenmarks*, se permitió que la cotización del marco cayese de los 12 billones por libra del día 15 de noviembre hasta los 18 billones del día 20, o los 4,2 billones por dólar (la libra esterlina se acababa de devaluar recientemente frente a la divisa americana). En estos cinco días, el valor nominal de todos los billetes en circulación volvió a duplicarse, y el marco de papel llegó a valer exactamente una billonésima parte del marco oro. Al llegar a este punto, cuando sólo había que quitar doce ceros a los marcos antiguos para realizar una fácil conversión de ambas monedas, el marco de papel, que seguía siendo todavía el único instrumento legal de pago, por fin se estabilizó**. Un billón, un mi-

* 15 ceros en la notación americana. Los gastos gubernamentales representaban para ese año 6 trillones (18 ceros, quintillones en notación americana) y los ingresos contribuyeron a financiar esa cantidad, como mucho, en una milésima parte. ** De haber estabilizado el marco a su nivel del 15 de noviembre se habría tenido que hacer una engorrosa multiplicación por 1,66 para cada conversión.

Uón de millones de marcos, equivalía a un marco oro, y el marco oro equivalía a un *Rentenmark*. Otra vez se volvía al viejo principio *Mark gleich Mark*: lo importante era si la gente lo creería. La confianza era fundamental. El ministro de Finanzas, doctor Luther, comparaba esta tarea con la construcción de una casa empezando por el tejado.

Hubo problemas, muchos de los cuales ya se habían discutido al final del verano. Las reservas de oro y divisas convertibles se habían esfumado durante la *Ruhrkampf* ahora no podían respaldar a la nueva moneda. Los billetes emitidos por el Rentenbank tuvieron que garantizarse a partes iguales con hipotecas sobre terrenos y con bonos de la industria alemana — comercio, banca y transporte— por un montante global de 3.200 millones de marcos oro (alrededor de 160 millones de libras). La emisión máxima de Renten-marks fue de 2.400 millones. El Rentenbank (igual que antes el Reichsbank) era independiente, y el gobierno no podía interferir en sus decisiones. En contrapartida, por el crédito de 1.200 millones concedido al Estado —en el que se incluían 300 millones de Rent-enmarks sin interés para amortizar la deuda flotante—, el gobierno se comprometía a no descontar ningún pagaré del Tesoro más a través del Reichsbank. Durante los cinco días que siguieron al 15 de noviembre, cuando se dejó que el marco perdiera otra mitad de su valor a pesar de haberse puesto fin al descuento, el equivalente en marcos oro de los pagarés del Tesoro descontados pasó de 320 millones a 191,6. De esta forma, con el pretexto de esperar a que la conversión supusiese un número redondo, el Rentenbank le había hecho un enorme favor al Estado.

La espera, de hecho, había supuesto una nueva puñalada para los maltratados acreedores nacionales; desde los inversores en préstamos de guerra hasta los acreedores hipotecarios; desde los suscrip-tores de pólizas de seguros hasta los miembros de cooperativas de crédito; desde los que tenían cuentas de ahorro hasta los que tenían cualquier cosa pendiente de cobrar, para quienes se había desvanecido la posibilidad de justicia. Para ellos, la extinción de la deuda nacional suponía la desaparición de toda esperanza. Los deudores

alemanes, públicos y privados, se habían visto liberados de sus obligaciones en unos 10.000 millones de libras*.

Todo el mundo se asombró de que las clases medias alemanas, igual que los grupos más organizados, como las cajas de ahorro y los sindicatos, aceptasen sin rechistar esta solución, que, aunque era eficaz, consolidaba su expoliación, extinguiendo prácticamente las deudas y anulando los ahorros de la gran mayoría. Las pérdidas sufridas por la población eran irreversibles; Bresciani-Turroni las describía como «la mayor expropiación acometida en tiempos de paz contra unas clases sociales determinadas». Estas clases, escribía Addison desde Berlín en 1924, «han aceptado tanto la llegada como la culminación de su ruina con el mismo estoicismo con el que están soportando los primeros síntomas de una convalecencia dolorosa: impuestos altos y desempleo generalizado».

Tal vez reaccionaron así porque su desesperación era absoluta; pero posiblemente fuese porque la mayoría simplemente no comprendía nada de lo que estaba pasando. El Rentenbank era, en un sentido literal, un timo. El valor real de las garantías hipotecarias era extremadamente dudoso, por no decir completamente ilusorio. Además, aunque se dejaran de descontar pagarés del Tesoro, se tenía que seguir descontando papel comercial, lo que sucedió enseguida. El «milagro del *Rentenmark*» consistía en que desde el 20 de noviembre el precio del marco de papel permaneció invariable, mientras que la cantidad en circulación no dejaba de crecer. En otras palabras, la depreciación se había parado, pero el dinero en circulación seguía aumentando.

Era lo mismo que había pasado en Austria. El valor real de todos los billetes emitidos por el Reichsbank era en noviembre de 1923 un tercio del que había sido necesario en los años de estabilidad monetaria anteriores a la guerra. Había una extraordinaria escasez de dinero efectivo, que el *Rentenbank*, si se mantenía dentro de los límites legales, sólo podía remediar en una tercera parte. Había

* Philip Snowden, ministro de Hacienda británico, estimaba en 1930 que la guerra le había costado a Gran Bretaña una cifra idéntica.

cientos de emisiones autorizadas o ilegales de *Notgeld* que tenían que ser sustituidas y una inmensa cantidad de moneda extranjera incontrolada moviéndose en el mercado; el montante de las primeras se estimó, sin ninguna certeza, en unos 1.000 millones de marcos oro, y las divisas en torno a los 2.000 millones —sumando entre ambas unos 150 millones de libras a las emisiones oficiales.

A 30 de noviembre de 1923 se habían puesto en circulación 500 millones de *Rentenmarks*, 1.000 millones al 1 de enero y 1.800 millones al mes de julio siguiente. Estas emisiones venían a sumarse a los marcos antiguos, que se añadían a los 93 quintillones* que estaban en circulación el 15 de noviembre, y que ahora equivalían a 93 millones de marcos oro. El papel en circulación llegó a 400 quintillones el 30 de noviembre, a 690 a finales de marzo de 1924 y a 1.211 en julio, una suma aproximada de 70 millones de libras, o dos tercios de los *Rentenmarks* en circulación. «Conviene recordar», advertía en 1931 el economista Costantino Bresciani-Turroni, miembro de la Comisión de Reparaciones, que:

La estabilización del marco alemán no se consiguió por la reducción ni el cese del crecimiento del dinero legal en circulación. Por el contrario, la cantidad de moneda legal aumentó considerablemente.

La estabilización era un requisito indispensable para la recuperación, pero si el gobierno hubiese anunciado que durante los ocho meses siguientes emitiría nuevos billetes que multiplicarían por doce el total de los que existían en circulación cuando se lanzó el *Rentenmark*, los efectos psicológicos habrían tenido unas consecuencias desastrosas.

La propia posición del *Rentenmark* era anómala. No era una moneda de curso legal, sino «un medio legal de pago». No era convertible en oro, y mucho menos en los activos agrícolas o industria-

* El «trillón» británico y alemán, o 1.000.000³. La confusión internacional sobre qué quería decir la gente cuando hablaba del valor del marco llevó a la Embajada Británica y otras a adoptar el estilo norteamericano (y francés) para las cantidades mayores. Esto confundió aún más a la gente.

les que supuestamente le respaldaban, aunque 500 *Rentenmarks* podían caerse por un bono de un valor nominal de 500 marcos oro. La moneda legal seguía siendo el marco, muerto pero momificado, y negociable porque la permanencia de su valor, a una millón millonésima parte de su valor nominal, estaba garantizada a los ojos de la población por el *Rentenmark*, el cual no dejaba de ser otro papel con una promesa escrita en él. La reducción del valor del antiguo marco a su nueva y extremadamente pequeña fracción no fue sancionada legalmente hasta la promulgación de la ley monetaria del 30 de agosto de 1924, que permitía la conversión del billete que llevaba la leyenda *Eine Billion Mark* (y que en aras de una mayor claridad también especificaba 1.000 *Milliarden*) por un *Reichs-mark*.

Los fundamentos de la estabilización no estaban tanto en el cese de la emisión de billetes como en la rigurosa disciplina impuesta a los gastos del gobierno, la negativa a suministrarle más créditos y el abandono de la flotación del marco para volver a una paridad fija frente al oro y al dólar.

Hasta cierto punto, el truco de la confianza funcionó. El *Rentenmark*, el parche que se había inventado para financiar la cosecha de 1923, se convirtió en instrumento puente para la conversión de los billetes de un billón de marcos, hasta que surgió el *Reichsmark* un año más tarde. «Sobre la base —decía Bresciani-Turroni— de que el nuevo dinero simplemente se llamaba de una forma distinta que el antiguo, la gente pensó que se trataba de algo diferente del marco de papel... El nuevo dinero se aceptaba, a pesar de que no era convertible. La gente lo retenía y no se lo gastaba tan rápidamente».

La misma experiencia ya había tenido lugar no sólo en Austria, sino con los espurios préstamos en oro emitidos en agosto en la propia Alemania: no tenían una auténtica cobertura, pero había bastado con que se les etiquetase de «valor estable» para que la gente no sólo los aceptase, sino para que los atesorara. La velocidad de circulación del dinero pasó de un galope desbocado a un paso sosegado. El principal éxito del *Rentemmark* consistió en ganarse la confianza de

los agricultores. Desde el día en que se produjo la estabilización, por fin se vislumbró la posibilidad de que los alimentos pudiesen volver a las ciudades y de que algún día el presupuesto nacional volviese a equilibrarse.

El doctor Schacht tuvo dos problemas para consolidar el nuevo instrumento financiero. El primero era el mercado negro, en el que el dólar estaba a punto de alcanzar los doce billones de marcos en la última semana de noviembre, cerca de tres veces el nuevo cambio oficial establecido. El otro lo constituía el *Notgeld*, el dinero de emergencia que había sido emitido en abundancia, que circulaba igual que el marco y que suponía la amenaza más grave para una estabilidad duradera. Schacht estaba decidido a terminar con un sistema en el que «cada uno podía ser su propio banco emisor». El anuncio de que en lo sucesivo el Reichsbank no aceptaría nuevas emisiones de *Notgeld* desató una oleada de protestas por parte de aquellos que, a expensas del Banco Central, habían crecido y prosperado sobre la base de imprimir su propia moneda.

En una borrascosa reunión en Colonia, celebrada el 25 de noviembre, el comisario para la Moneda Nacional se resistió a las súplicas y amenazas de industriales y funcionarios municipales —todos ellos empeñados en que se siguieran aceptando el *Notgeld*— anunciándoles que la decisión era firme y que tendrían que acostumbrarse a trabajar de nuevo sobre la base de una situación monetaria estable. El ajuste de cuentas había llegado. Con toda clase de recelos, Alemania se asomaba temerosamente a la oscuridad de diciembre.

El problema del mercado negro fue atacado inmediatamente con enorme contundencia. Los especuladores se encontraron a finales de noviembre, cuando el tipo de cambio del dólar en el mercado negro estaba en su máximo, con que no tenían dinero para hacer frente a sus obligaciones. Se habían acabado los préstamos fáciles del Reichsbank, y los que habían comprado dólares a 12 billones de marcos tuvieron que venderlos a 4,2 billones de marcos por dólar, perdiendo un 65 por ciento de lo desembolsado. Antes del 1 de diciembre habían vuelto al Banco Central 10 millones de

libras en divisas. Los especuladores volvieron su vista hacia París y comenzaron a operar en contra del franco; éste era el primer síntoma de que la estabilización era un hecho.

El doctor Schacht se instaló en una sencilla habitación del Ministerio de Finanzas que se había utilizado anteriormente para guardar los utensilios de limpieza y que daba a un patio interior. Desde este lugar transformó el sistema financiero alemán, pasando del caos a la estabilidad en menos de una semana. Su secretaria, Fräulein Steffek, describiría así el trabajo del comisario:

¿Qué hacía? Se sentaba en su silla y se ponía a fumar en el cuchitril que le servía de despacho y que todavía conservaba el olor a bayetas. No leía cartas ni tampoco las escribía. Telefoneaba, eso sí. Telefoneaba a todo el mundo y a todos los sitios de Alemania y del extranjero que tuviesen algo que ver con el dinero y los cambios de divisas, así como al Reichsbank y al Ministerio de Finanzas. Y fumaba. En aquella época no comíamos mucho. Normalmente nos íbamos tarde a casa, a menudo con el último tren, en el que viajábamos en los vagones de tercera clase. Aparte de esto, el doctor Schacht no hacía nada más.

Las complicadas y enigmáticas manipulaciones financieras realizadas por el Ministerio de Finanzas pasaron prácticamente desapercibidas para la mayoría de la población, cuyas preocupaciones aquel 15 de noviembre eran el hambre, el frío y el creciente malestar y miseria social. Los disturbios y los asaltos se producían por todo Berlín. La aprobación del decreto de prerrogativas propuesto por Stresemann dio mayor libertad de acción a von Seeckt, quien a su vez dio instrucciones a las autoridades militares para que colaborasen con los civiles en la tarea de controlar los precios de los alimentos; aun así, se consideró prudente mandar a casa al personal femenino de la Comisión de Reparaciones.

Tres días después de la estabilización oficial no había llegado al mercado más comida. Aunque había bastante carne de vaca y de cordero, tenía unos precios tan altos que prácticamente era imposible comprarla. No había carne de cerdo pues, según se decía, los granjeros se la reservaban para su propio consumo. Debido a la au-

sencia de grasas sintéticas de importación, se había producido una escasez de piensos, y el rendimiento lácteo había descendido. El consumo diario de leche en Berlín, que en una época normal habría sido de 1,8 millones de litros, era ahora de 130.000, y Bollo, la central lechera más grande de la ciudad, que antes de la guerra vendía un millón de litros diarios, ahora apenas despachaba 25.000. No había mantequilla y, en cualquier caso, habría resultado excesivamente cara para la mayoría de la población.

Los políticos socialistas estaban más preocupados por el deterioro de la joven democracia alemana que por el colapso financiero. Desde la supresión de la izquierda en Turingia no paraban de atacar con indignación al primer ministro. El voto de los socialistas en el parlamento hizo caer al gobierno el 23 de noviembre, al perder éste una moción de confianza en la que se proponía continuar con el estado de emergencia, pero había también otro motivo para su descontento. Stresemann había tomado posesión en agosto con el propósito de frenar la inflación y, por tanto, de destituir al doctor Havenstein. Por un capricho del destino, Havenstein murió el 20 de noviembre, precisamente el día de la estabilización, y sólo así abandonó su puesto de gobernador del Banco Central. El nombramiento de Hilferding como ministro de Finanzas no había contribuido a suavizar las tensiones, y ahora que Stresemann tenía que dar marcha atrás no parecía que el doctor Luther, el sustituto de Hilferding, fuese a conseguir mucho más. Por otra parte, incluso sus propios seguidores recalaban que Stresemann había llegado al poder bajo la ola de optimismo que siguió a la nota británica del 11 de agosto, y declaró entonces que continuaría la resistencia pasiva en el Ruhr*. Ahora había decidido personalmente el final de la batalla y todavía no había alcanzado ningún acuerdo con los franceses. El Ruhr le había dado el golpe final: la posibilidad de que los trabajadores fuesen abandonados a su suerte, después de tantos meses de lucha, fue decisiva para que se le retirase el apoyo parlamentario,

* La dramática entrada en el recinto del Reichstag de un grupo de pobres hambrientos en agosto fue otra de las causas que provocó la caída de Cuno.

aun a riesgo de cambiar su administración por otra más escorada a la derecha todavía.

La falta de confianza en Stresemann, que estaba agotado, no significaba sin embargo que se confiase en cualquier otro político. Lord D'Abernon calificaba la actuación de von Seeckt como moderada y precavida, sin dejar de ser dictatorial, pero en la última semana de noviembre opinaba que la confusión en los ambientes políticos era «indescriptible», que el problema del Ruhr estaba peor que nunca y que las dificultades financieras no eran menores. Aparte del hecho de que los comunistas de Hamburgo y de Dresde, donde habían sido excepcionalmente fuertes, ahora parecían estar completamente intimidados (el último decreto de von Seeckt había abolido los partidos extremistas, tanto de derecha como de izquierda, para reconciliarse con las corrientes de opinión moderadas), él no veía ninguna luz en el horizonte.

La sensatez se estaba recuperando lentamente. La caída de Stresemann y los problemas políticos que ésta planteaba oscurecían los cambios prometedores, aunque no los hacían peligrar. Precipitadamente se llegó a una especie de acuerdo entre los propietarios de las minas del Ruhr y el MICUM, la comisión franco-belga de control que había sustituido a la Asociación Alemana del Carbón cuando la cuenca minera fue ocupada, por el cual los dueños de las minas se comprometían a entregar todo el carbón y el coque establecido en las reparaciones y a pagar 15 millones de dólares de impuestos atrasados. Con el coste obvio para las perspectivas de recuperación de Alemania, se garantizaban las «productivas promesas» de Poincaré y se abría la vía (aunque no inmediatamente, primero tuvo que caer Poincaré) para la evacuación francesa.

Esto no fue todo. La decisión de basar las tarifas postales en el oro; el anuncio de que durante los dos próximos meses se despediría al 10 por ciento del personal de los ferrocarriles junto con reducciones drásticas en los gastos; el acuerdo (temporal) de los mineros para trabajar una jornada de ocho horas, o de siete horas y media en el subsuelo, y de los funcionarios, administrativos y hasta los obreros metalúrgicos de volver a la jornada laboral de nueve ho-

ras, y la reducción de los salarios a niveles de antes de la guerra eran algunos de los indicios de los fríos vientos de realismo que soplaban en el país.

Estas medidas se vieron reforzadas en primer lugar por el derribamiento del gobierno provisional de la República renana y, en segundo lugar, por la toma de posesión como canciller del doctor Marx, del Partido Centrista, que constituyó su gabinete el 30 de noviembre, en el que figuraba Stresemann como ministro de Asuntos Exteriores. Cuando el 8 de diciembre el Reichstag suspendió sus sesiones hasta mediados de enero, se puso fin a la crisis parlamentaria y gubernamental que había comenzado con el abandono en septiembre de la resistencia pasiva en las zonas ocupadas.

El fenómeno más importante era el creciente desempleo. Hasta qué punto la estabilización era responsable del número de parados es difícil de determinar. El deterioro de la economía y de las finanzas alemanas había llegado a tal punto que ninguna medida habría podido ralentizar o detener la tendencia creciente, y el tiempo en que algún paliativo podría haber retrasado la llegada del funesto día del paro masivo ya había pasado. Nadie quería al viejo marco y no había manera de mantener los puestos de trabajo imprimiendo dinero. La alternativa se había reducido a elegir entre desempleo y caos financiero o desempleo y disciplina monetaria. Ambas posibilidades significaban miseria, pero al menos la segunda posibilidad aportaba la promesa de la comida y una vía de escape del callejón sin salida. Los parados alemanes no notaron la diferencia al principio. La semana que transcurrió entre la salida de Stresemann y la entrada de Marx se repitieron los desórdenes —nuevamente organizados por los comunistas— en Dusseldorf, Essen y Gelsenkirchen con enfrentamientos armados con la policía y derramamiento de sangre. El problema era la comida.

La primera señal de que la estabilización había triunfado fue el éxodo hacia París de los especuladores internacionales, atraídos por la debilidad del franco, pero los síntomas posteriores eran mucho menos agradables. Los impuestos comenzaron a suponer una carga

muy pesada. Los tipos de interés seguían siendo altos, en torno al 100 por 100 anual. La escasez de capitales y de crédito hacía que los precios subiesen y que las fábricas tuviesen que cerrar. El coste de la vida subía continuamente, y ahora lo hacía en términos reales. Algunos costes se dispararon súbitamente, como las tasas universitarias, con lo que descendió notablemente el número de alumnos matriculados. Las prestaciones estatales y municipales eran aún más insuficientes que antes. Los sindicatos, cuyos fondos se habían evaporado con la crisis del marco, sufrían graves problemas internos.

Durante las primeras fases de la inflación los jornales habían sido bajos, pero en conjunto suficientes. Con las violentas sacudidas de los tipos de cambio, los problemas de la clase trabajadora aumentaron enormemente. El impacto de la estabilización había vuelto su situación casi insoportable. En Navidad el paro total registrado en la Alemania no ocupada alcanzaba a más de millón y medio de personas —el doble que a principios de noviembre[^], pero probablemente la cifra real debió de ser de un millón más, y el número de personas subempleadas o con reducción de paga eran la mayoría de la mano de obra. Arthur Rosenberg, de la extrema izquierda, estimaba que solamente 30 de cada 100 trabajadores tenían un empleo fijo. Los obreros no tenían más remedio que aceptar cualquier condición de horario y jornal, circunstancia de la que se aprovechaban los empresarios con la benévola neutralidad del gobierno.

Después de apretarle las tuercas a la nación y nombrar presidente vitalicio del Reichsbank al doctor Schacht, el gobierno podía hacer poco más que esperar que el remedio funcionase, preparar la nueva ordenación fiscal y tomar medidas para aliviar la penuria de la gente sin coste alguno. Se suprimieron temporalmente los juicios con jurado por el perjuicio económico que les suponía a los miembros del mismo. Una prueba mayor de fe, así como de necesidad, fue la decisión de pagar a sus funcionarios solamente la mitad de la nómina semanal que vencía el 17 de diciembre, dejando el resto pendiente hasta que se recaudase lo suficiente con los impuestos

para completarla. Pero ahora existían motivos para confiar. Los impuestos se habían actualizado sobre la base oro. Así, mientras que inmediatamente antes de la estabilización el déficit presupuestario entre ingresos y gastos era del 99 por ciento, después del 20 de noviembre cayó al 92 por ciento, y en los últimos diez días de diciembre, al 44 por ciento. Los ingresos fiscales de diciembre fueron de 33 millones de marcos oro, pero en el mes de enero ya supusieron 440 millones, o el 95 por ciento de los gastos. Finalmente, y después de un retroceso en febrero de 1924, el presupuesto se equilibró en marzo.

Aunque el éxito alcanzado en el saneamiento de la situación financiera alemana superó las previsiones más optimistas, el triunfo más importante del *Rentenbank* a corto plazo consistió en que la nueva moneda fue aceptada por todo el mundo, y en especial por los agricultores, con lo que se pudieron movilizar las cosechas. Los informes médicos de 1922 ponían de manifiesto que en todas las grandes ciudades existían bolsas de desnutrición acuciante. En las zonas urbanas la escasez de alimentos, vestido y calefacción había ocasionado todo tipo de enfermedades, desde úlceras hasta raquitismo, y desde pulmonías hasta tuberculosis; todas ellas agravadas por los inaccesibles costes de las medicinas y de los cuidados médicos. Otro año más de privaciones se había cobrado un tributo terrible, y a esto se tenían que añadir ahora la certeza de la desmoralización por el prolongado desempleo que se venía encima.

Sin embargo, a mediados de diciembre los alimentos volvieron a llegar a las ciudades gracias exclusivamente a la existencia del *Ren-tenmark*. En 1923, hasta noviembre el único incremento en el número de animales sacrificados para comida se había producido en el caso de los perros*: después de la estabilización, el consumo de todos los artículos de primera necesidad —cerveza, carne de cerdo, café, azúcar, tabaco— se incrementó regularmente, excepto la carne de perro. El día de Navidad de 1923, lord DAbernon escribía sobre «la varita mágica de la estabilidad monetaria»:

* Principalmente para compensar la escasez de cerdos.

Ni el más fanático partidario de la estabilización —y este título no se lo cedo a nadie— pudo haber previsto unos resultados tan espectaculares como los que ahora se ponen de manifiesto. Los alimentos abundan en las ciudades: las patatas y los cereales llegan a los mercados en grandes cantidades, mientras que la mantequilla, que antes sólo se podía encontrar en los barrios más ricos, ahora se puede conseguir en todas partes a un precio estable, aunque algo caro. Los animales llenan los mataderos, y han desaparecido las colas delante de las carnicerías y de las tiendas de comestibles. La *detente* económica ha traído consigo una cierta pacificación política: ya no se habla de intentos golpistas ni de dictadura, y hasta los partidos extremistas han cesado, por el momento, de crear problemas...

La euforia por los logros conseguidos por la estabilización en los meses inmediatamente posteriores a su implantación contagió al propio Bresciani-Turroni, que seis años más tarde escribía lo siguiente sobre los efectos beneficiosos de la reforma:

El comercio renació, el aprovisionamiento de las ciudades fue un hecho, se incrementaba la capacidad adquisitiva de la gente, las fábricas volvieron a abrirse, el desempleo disminuyó rápidamente y un refrescante soplo de esperanza revitalizó la energía de la gente.

Durante un tiempo fue verdad. En febrero de 1924 el doctor Kuczynski, la principal autoridad alemana en materia de estadística, confirmaba la transformación que se había producido en toda Alemania:

Resulta asombroso comprobar el cambio de mentalidad que se ha producido entre la población en apenas dos meses —le comentaba al embajador británico—. Antes todo el mundo estaba deprimido y pensaba que el hundimiento total era inminente. Hoy, rebosa confianza. No existe ninguna razón, ni física ni económica, para ello, y el cambio es principalmente psicológico. Usted puede decirme que todo se debe al *Rentenmark*, pero éste es poco menos que un fraude, y sería más correcto decir que la nueva actitud responde al efecto moral por haber dejado de imprimir billetes o, dicho de forma más correcta, a la creen-

cia de la población de que las imprentas han dejado por fin de funcionar. Esto les ha infundido la confianza suficiente como para conservar el dinero en sus bolsillos o en la caja registradora —25 millones de libras hoy, mientras que a finales de septiembre era sólo de 5 millones.

La sensatez había vuelto a imponerse en las finanzas alemanas; indudablemente las frecuentes restricciones monetarias de 1924 contribuyeron a consolidar la recuperación financiera. Pero era demasiado optimista pensar que, tras la adopción del Plan Dawes en agosto y la reducción del paro durante el verano y el otoño, los años de despilfarro irresponsable pudieran compensarse tan fácilmente o que lo sucedido no fuera a dejar ninguna secuela en la población. La miseria de las clases medias, de la que se recuperarían en su momento, era solamente una parte del precio que había que pagar. El ajuste económico estaba por hacer. Algunos dirían que el ajuste político no llegaría hasta 1933, cuando habría que comenzar de nuevo la reconversión económica.

CAPÍTULO 14

EXPLOSIÓN DE DESEMPLEO

El doctor Schacht, autor de la reforma, no se hacía ilusiones sobre sus defectos. Sabía que el *Rentenmark* no podría contener la marea mucho tiempo, que era esencial conseguir nuevos créditos internacionales y que por ese motivo había que mantenerse dentro de la más estricta disciplina (a pesar de los ruegos del gobierno, desesperado por conseguir dinero). No se podía hacer nada que pudiese poner en peligro la estabilidad monetaria o el equilibrio presupuestario. El 24 de enero de 1924 el doctor Schacht decía: «Después de una larga devaluación, la estabilidad sólo puede recuperarse a costa de una severa crisis. Nos encontramos en medio de esa crisis. El comercio exterior está en punto muerto. La balanza comercial está activa [favorable a Alemania] sólo porque se ha dejado de importar porque los importadores no tienen forma de pagar. La industria sobrevive gracias a las existencias».

Schacht ya había visitado a lord Norman, gobernador del Banco de Inglaterra, para hablar de la financiación del *Golddiskontbank*, un proyecto que logró desbaratar la creación del nuevo banco de emisión para la zona del Rin que contaba con apoyo francés. Al final de enero viajó a París, donde el Comité Dawes (presidido por el financiero americano que le daba nombre) estaba estudiando una posible ayuda a Alemania y el futuro de la cuestión de las reparaciones. Su gélida entrevista con Poincaré le convenció de que Francia

no renunciaba a su tajada, y que estaba decidida a seguir promoviendo el separatismo en Renania.

La confianza recuperada en Alemania no era compartida por los industriales de estas provincias occidentales. Presionados fuertemente por la necesidad de fondos, tanto en su país como en el extranjero, estaban empezando a contemplar la posibilidad de pasarse al bando de los franceses, considerando (como había dicho Stresemann) que el primer deber patriótico de un empresario era ganar dinero, no declararse en bancarrota. Éste había sido su credo durante muchos años, y Stinnes estaba peligrosamente dispuesto a aceptar lo que le propusiese París. No le importaba lo más mínimo que un banco central renano respaldado por los franceses y en contra del Reichsbank diera un gran impulso al separatismo.

Ni la nueva confianza ni la nueva abundancia habían llegado a los más pobres o a los parados, y mucho menos en la zona del Rin-Ruhr. La estabilización estaba teniendo devastadores efectos en muchos de los sectores del comercio alimentario, especialmente entre los importadores. Cuando el marco estaba débil, los comerciantes fijaban precios altos con el pretexto de que tenían que cubrir los costes crecientes de reposición. Como el dinero que cobraban en la práctica lo convertían con frecuencia en valores, se desarrolló un tipo de negocio peligroso. No sólo les resultaba muy duro a estos comerciantes (y a la mayoría de los agricultores) volver a un mundo en el que los beneficios eran más flojos, sino que muchos se vieron sorprendidos por la disponibilidad de alimentos de importación más baratos y se encontraron con una gran cantidad de costosas existencias, a menudo perecederas. Los grandes importadores, que habían hecho los pedidos en la época de la depreciación galopante esperando pagar en marcos devaluados a expensas del Reichsbank, se encontraron al borde de la bancarrota y en un ataque de pánico inundaron el mercado con sus existencias.

Así, en la tercera semana de enero de 1924 llegaban de Colonia noticias de la «abundancia» de frutas y hortalizas nacionales y extranjeras: patatas, huevos y mantequilla alemanas; coliflores italia-

ñas, tomates canarios, uvas españolas, manzanas americanas, nueces francesas. Quince días después la abundancia se había convertido en exceso. Se acosaba a la gente para que comprase leche a 36 pfennigs el litro (unos 5 peniques). Había montañas de pinas hawaianas, de salmón colombiano y de carne enlatada americana, todo ello procedente de quiebras o de suspensiones de pagos. Sin embargo, las mercancías no se vendían, a pesar de que los precios se habían abaratado —la cerveza, por ejemplo, había bajado un 25 por ciento—, porque simplemente no había con qué comprarlas. De hecho, la gente lo estaba pasando muy mal, en parte porque muchos trabajadores estaban en huelga como protesta contra la vuelta a la jornada laboral de diez horas pero, sobre todo, porque muchas grandes fábricas habían cerrado sus puertas. En todas las ciudades de Renania y del Ruhr se veían multitudes de parados.

Allí la comida era más barata, pero eran pocos los que ganaban o cobraban lo suficiente para comprarla. En el resto de Alemania, aunque sí había un gran demanda de hortalizas, la bajada de los precios se debía a razones más ortodoxas. En Navidad, con un billón de marcos (un millón de millones, es decir, con el equivalente a un *Rentenmark*) se podían comprar dos o tres naranjas, pero en el febrero siguiente con el mismo dinero se le podían comprar veinte o treinta a un parado que las pregonaba por las calles ante la irritación de los tenderos. La margarina se podía conseguir por medio billón el kilo, cuando antes no se encontraba por debajo de los 800.000 millones. La carne congelada había bajado de 600 a 450 miles de millones la libra, aunque las mejores piezas todavía costaban 4 billones la libra (unos 4 chelines).

Desde el punto de vista de un economista, había amanecido una nueva era; pero según la Embajada británica:

Los pobres no reciben alimentos adecuados pues no tienen suficiente dinero para aprovechar los precios más baratos debido a las huelgas, al estancamiento de la industria y a la paralización de las exportaciones. También se ha producido un incremento generalizado en el coste de la

calefacción, la luz y la vivienda, que ahora son más caras aquí que en Gran Bretaña.

La gente necesitaba trabajo. Los subsidios de desempleo no eran suficientes, y los salarios de los trabajadores a tiempo parcial, ni siquiera cubrían sus necesidades.

La situación política de Baviera se serenó después de que se celebrase el juicio contra Hitler, que había empezado el 2 de febrero y duró 24 días. El juicio proporcionó una tribuna nacional e internacional para el protagonista y se dictaron unas sentencias mínimas para los acusados, para afrenta de muchos, que, como Ludendorff, se sintieron indignados con su propia absolución, o al menos eso decían. A finales del año, mirando hacia atrás con cierta perspectiva, el cónsul general británico en Munich escribía lo siguiente sobre los acontecimientos de los que había sido testigo:

El nacionalsocialismo había prosperado durante la depresión de 1923. Había despreocupación en el ambiente. El gran fiasco del juicio desilusionó a la gente más razonable, aunque poco después el partido de Hitler obtuvo la quinta parte de los votos del Landtag... El peor enemigo de Hitler es el *Rentenmark*. Es imposible sobrevalorar el benéfico efecto que la estabilización monetaria ha producido en Baviera, y supongo que en todo el resto de Alemania. Cuando la conferencia de Londres [para la implantación del Plan Dawes] se reunió en julio de 1924, seis meses de estabilidad habían conseguido aplacar las mentes exaltadas de los nacionalistas.

A mediados de febrero dimitieron von Kahr y von Lossow, lo que permitió el restablecimiento de las buenas relaciones entre Baviera y el *Reich*.

Por supuesto, también en Baviera las clases medias estaban arruinadas. Se trataba del mismo problema que en el resto de la Alemania urbana, pero es difícil decir si a finales de 1923 su situación era más dura y tenían más frío y más hambre que a finales de 1922: la Navidad de 1919 había traído la miseria a muchos. Los que vivían de sus ahorros, los jubilados, los que

dependían de una pensión, los mutilados, los que habían confiado en las prestaciones de un seguro de vida y, en general, todos los que tenían ingresos fijos debían apañárselas con lo que les quedaba por vender o con algún trabajo eventual que pudieran encontrar. Con frecuencia se alimentaban en los comedores de beneficencia.

Había millones, y ninguno figuraba en las listas de los receptores del subsidio de paro o salario social. Algunos, sin saberlo, habían perdido su riqueza durante la guerra. Pedían en vano ayuda a las instituciones de caridad o a los establecimientos religiosos, pero éstos, al igual que las fundaciones científicas y muchas universidades y hospitales, habían visto mermados sus ingresos a la mínima expresión. Los que disponían de obligaciones o pagarés industriales habían perdido todo en beneficio de sus deudores, que ahora amortizaban sus títulos con un dinero devaluado. A los que poseían acciones desde antes de 1914 se les había reducido su capital a la cuarta parte, y en todos esos años apenas habían cobrado unos dividendos simbólicos; sin embargo, la mayoría de estos viejos accionistas hacía ya tiempo que habían tenido que vender sus valores, y eran los especuladores y los estraperlistas industriales los que amasaban la riqueza de la nación, sin repartirse dividendos pero sí asignándose elevados «honorarios». El capital alemán se había redistribuido de una forma extraordinariamente cruel, no distribuido entre millones de pequeños propietarios, sino concentrándolo en inmensos paquetes en manos de la nueva plutocracia.

Muchos observaron que la miseria producida por la inflación no fue generalizada. La riqueza de la que hacían ostentación los nuevos ricos confundía a muchos observadores, incluidos los franceses, que suponían que la negativa alemana a pagar las reparaciones no era más que una estratagema teutona. La existencia hasta la invasión del Ruhr de pleno empleo y consecuentemente de una próspera clase obrera, una economía boyante, el mercado interior en expansión, una posición competitiva en los mercados internacionales y fábricas produciendo sin parar eran posibles gracias al endeuda-

miento de la nación a gran escala, pero las apariencias habrían engañado a cualquiera.

Sin embargo, la inflación descarga su lluvia implacable de forma discriminada, de modo que es preciso mirar debajo de la superficie. Ya hemos hablado de los rentistas —las gentes cuya existencia dependía de sus ahorros, de sus anualidades o pensiones. Entre estos se encontraban profesionales mal pagados —jueces, oficiales del ejército, diputados—, cuyo rango y dignidad se habían complementado tradicionalmente con sus propios recursos. Había otros grupos, fundamentalmente profesionales, cuyos servicios no se demandaban en lo que sus clientes habrían considerado a corto plazo. Pleitear, por ejemplo, se convirtió en un lujo. ¿Quién podía comprar libros? ¿Quién necesitaba a un arquitecto? El arte y la enseñanza podían esperar. Los cuidados médicos no se requerían más que en caso de urgencia, y, aun así, no siempre podían ser pagados ni con la prontitud ni en la cuantía que los doctores habrían deseado; los pacientes particulares surgían con cuentagotas, y las compañías de seguros médicos no podían sufragar todos los gastos, pues la inflación había agotado sus reservas. Nadie puede calcular el número de empleados que perdieron su trabajo en este tipo de servicios profesionales como consecuencia de la falta de demanda.

La creencia generalizada de que fue la clase media la que quedó en la miseria sólo es una parte de la historia. Es cierto que habían perdido sus ahorros, tanto si estaban en forma de papel como en joyas, plata, muebles, cuadros u otras posesiones de valor de las que tuvieron que desprenderse. También es cierto que, si no tenían otro medio de vida, los caseros se vieron reducidos a la indigencia debido a la congelación de los alquileres o tuvieron que vender sus inmuebles a precios de saldo para poder seguir viviendo. Algunos propietarios sobrevivieron arrendando apartamentos a precios acordes con la realidad.

Pero no fue la clase media la única que lo pasó mal. Mientras que los trabajadores afiliados a un sindicato habían conseguido por lo general mantener el poder adquisitivo de sus salarios a un nivel aceptable (aunque nunca excesivo), por lo menos hasta que la lucha

en el Ruhr comenzó a desinflar la economía nacional, los trabajadores no organizados siguieron el mismo camino que las clases medias. Se trataba de sastres, cocheros, deshollinadores y empleados domésticos: pintores, jardineros, chóferes, carpinteros, dependientes, impresores, lavanderas, ebanistas, porteros; obreros cualificados y sin cualificar, hombres y mujeres, tanto autónomos como asalariados. Un tercer grupo, que probablemente comprendía un cierto porcentaje de los anteriores, lo formaban los que recibían pequeños subsidios o pensiones de los gobiernos centrales o municipales, cuya edad, o incapacidad, les daba derecho a recibir algún dinero del erario público. Las cuotas pagadas durante años a la Seguridad Social se habían convertido al final en cualquier cosa menos en un seguro; las prestaciones que estaba abonando el Estado en 1923 por este concepto se podían calificar de insultantes o ignominiosas, y el número de beneficiarios, excluyendo los que cobraban en concepto de desempleados, ascendía a final de año a más de 5.600.000.

La estabilización alivió en tan poca medida a las clases medias que dependían de ingresos fijos como a los obreros que no podían encontrar trabajo. Un año de estabilidad monetaria en Austria había confirmado la idea de que la inflación era capaz de imponer unos cambios sociales más profundos y demoledores que los que pudiese traer consigo cualquier revolución. Las últimas páginas del diario de Frau Eisenmenger dan una idea de lo que padeció:

Los alimentos, que tres años antes era completamente imposible conseguir en Viena y en el resto de Austria [esto lo escribía en diciembre de 1923], se podían comprar ahora en todas partes. ¿Pero quién podía pagarlos? ¿Quiénes habían podido acomodar sus ingresos a la incesante actividad de las máquinas de imprimir billetes? Aunque mi paquete de acciones valga a la cotización actual más de 10 millones de coronas, yo sé cómo sacar dinero para hacer la compra... nuestra corona se cotiza hoy en Zúrich a 0,00705 céntimos...

El 2 de enero de 1924 se dio cuenta de lo que realmente significaba para ella la reforma monetaria austríaca:

Las coronas y los heller se han convertido en chelines y Groschen*. Se trata de un cambio drástico. Por 15.000 coronas nos dan ¡1 chelín! Durante los últimos días miles de austriacos se han visto reducidos a la indigencia. Todos los que no fueron lo suficientemente espabilados como para olvidar las prohibiciones y atesorar oro o divisas estables han salido perdiendo sin excepción. Un viejo matrimonio amigo tenía un paquete de deuda pública de 2 millones de coronas de las de antes de la guerra, que le proporcionaban 80.000 coronas al año [más de 3.200 libras]. Era gente rica. Hoy sus valores les rinden ocho nuevos chelines al año. El nerviosismo se ha adueñado de la Bolsa. Mis millones se han convertido en apenas 1.000 chelines nuevos. Ahora somos los nuevos pobres. La clase media ha sido proletarizada. Todos los días se inicia una lucha exasperada, desmoralizante, ofensiva y defensiva de hombre contra hombre. Las fuerzas me abandonan. Ya no puedo más.

Las cosas no estaban mucho mejor en Hungría, donde 1923 había sido un año sombrío. Comenzó con un grave brote de antisemitismo en enero, y con el gobierno del conde Bethlen cada vez más inclinado hacia las posiciones de los nacionalistas de derechas, cuyo número crecía rápidamente, al igual que los rumores de una inminente intervención extranjera: el «Movimiento» y «Los Húngaros del Amanecer» eran organizaciones impulsadas desde el Ministerio de la Guerra por el propio titular del departamento, Gyula Góm-bós, y agrupaban principalmente a estudiantes y antiguos funcionarios. Las finanzas del país iban de mal en peor y el gobierno, por no tener ni idea de cómo enderezar la situación, compartía los puntos de vista propuestos por Bruno Balogh, director del Banco Anglo-Húngaro, según el cual:

La única política adecuada es la seguida por Alemania, donde se apoya a las empresas privadas sin tener en cuenta las finanzas del Estado. Esta es la principal fuerza de Alemania, y el gran pesar de Francia.

* Se emitieron en forma de monedas de plata y de cobre en lugar de papel con el fin de fomentar el ahorro y de restaurar la confianza. El cambio de monedas consiguió acabar con las grandes cifras.

La corona pasó desde las 14.500 por libra en marzo de 1923 hasta las 92.000 en agosto y las 120.000 en octubre, siendo la cotización en el mercado libre mucho más alta, y los precios llegaron a ser el doble de los vigentes en el Reino Unido. Los agricultores habían dejado de atesorar divisas y acumulaban cereales y ganado, para desesperación de la población urbana. Un año después de que el doctor Seipel realizase su provechosa gira por Europa en busca de ayuda financiera para Austria, el conde Bethlen, primer ministro húngaro, se ponía en camino para solicitar humildemente la caridad internacional.

En octubre de 1923 la Comisión de Reparaciones hizo con Hungría lo mismo que había hecho el año anterior con Austria, renunciando a su derecho preferente sobre todos los activos de la nación; y en diciembre se firmaron en Ginebra los protocolos para la concesión de un préstamo internacional que permitiese recomponer las maltrechas finanzas del país. Jeremiah Smith fue el financiero americano enviado a Budapest como comisario general de la Liga, y llevó adelante su trabajo siguiendo los mismos principios que había desarrollado previamente Zimmermann en Viena. La población húngara, especialmente los funcionarios, tuvo que pasar por los mismos sufrimientos provocados por la reconstrucción financiera que habían experimentado ya los austriacos. A todas estas miserias hubo que añadir durante los años anteriores a la depresión una gran demanda de tierras por parte de los campesinos y la ausencia de los más estrictos derechos democráticos, incluyendo el de la libertad de prensa, que, independientemente de su eficacia real, existían todavía en Austria. La reforma monetaria de 1925 estableció el cambio de 12.500 coronas por un nuevo *pengo*.

En Alemania fueron pocas las víctimas de la inflación que obtuvieron una compensación mínima. En 1922 la injusticia con que se estaban redistribuyendo la renta y la riqueza era evidente, porque además los derechos de los acreedores eran usurpados por la diferencia, absurdamente grande, entre los valores nominales y los de mercado: por ejemplo, el valor real de un bien hipotecado no se

actualizaba en beneficio del acreedor, que tenía que seguir aceptando los mismos pagos en dinero devaluado, mientras el bien y sus rendimientos permanecían en manos del deudor.

A medida que aumentaban las protestas, con el apoyo de los tribunales* contra la iniquidad que había causado la inflación, el gobierno intentó reparar los agravios. El 14 de febrero de 1924 emitió un decreto, conocido como la Tercera Imposición Fiscal (uno más de los 70 decretos promulgados al amparo de la ley de prerrogativas), en el que se establecía que los créditos hipotecarios y las deudas de las industrias se revalorizarían un 15 por ciento en términos reales sobre su montante original. Las cédulas hipotecarias, los depósitos bancarios y otras obligaciones se revaluaron a un tipo ligeramente superior. Además de escasas, estas actualizaciones de hecho no significaron nada para el grueso de la población, que ya había tenido que desprenderse de sus activos financieros o que ya habían amortizado sus créditos en papel. En consecuencia, en julio de 1925 se promulgó una nueva ley que introducía un elemento retrospectivo para cubrir las hipotecas y obligaciones amortizadas que se hubiesen mantenido durante un mínimo de cinco años elevando el porcentaje de revaluación de las hipotecas hasta el 25 por ciento.

El decreto de 1924 establecía también un pequeño impuesto que gravaba los grandes beneficios obtenidos gracias a los efectos de la inflación, por ejemplo mediante la depreciación de las obligaciones industriales: era menos del 2 por ciento del valor original en oro, y menor aún para los beneficios rurales: un 1,7 por ciento del montante original en oro de las hipotecas cuya reducción tanto les había beneficiado. Estos impuestos eran recaudados por el *Reich* o por los estados que lo constituían. La revaluación de los propios préstamos del gobierno se convirtió en ley en 1925, recibiendo los inversores el 2,5 por ciento del valor de su aportación original siempre que se hubieran pagado todas las reparaciones, y se establecía un sorteo anual para los inversores que poseyesen los títulos

* La más notable fue dictada por el Tribunal Supremo de Leipzig el 23 de noviembre de 1923.

desde hacía tiempo y que, con suerte, podían conseguir que les devolviesen el 12,5 por ciento real de su inversión original sin esperar a la negociación de las reparaciones. El clamor que despertó esta escasa compensación a los acreedores fue acompañado por un incremento espectacular de la negociación especulativa en Bolsa con acciones y bonos públicos, una práctica que ya se había realizado contra un franco francés en caída libre*.

La recuperación económica y la caída de los tipos de interés que pasaron del cien por cien anual en enero al 30 por ciento en mayo hicieron que en el mes de abril de 1924 el número de parados se hubiese reducido a la mitad. Sin embargo, el gran aumento de las importaciones durante este período condujo a que el *Rentenmark* presentase graves síntomas de debilidad, por lo que Schacht tuvo que intervenir una vez más restringiendo drásticamente el crédito. La medida del presidente del Reichsbank fue enormemente impopular, pero se recuperó inmediatamente la estabilidad monetaria, aunque, eso sí, a costa de una vuelta a los altos tipos de interés, de más quiebras empresariales y de un mayor desempleo. Era prácticamente imposible conseguir marcos. En esta coyuntura el Comité Dawes presentó su plan, que fue aceptado por los aliados en agosto, en el que se establecía que el pago se haría siempre que la moneda alemana pudiera resistir la tensión. En cuanto al cumplimiento del calendario de pagos, aunque no se especificaban cantidades, sí se aportaba una garantía para la viabilidad de los compromisos contraídos mediante la concesión de una amplia línea de crédito internacional y con la evacuación, por fin, de los ocupantes franceses y belgas de la zona del Ruhr. El Plan Dawes preveía también la introducción de la nueva moneda, el *Reichsmark*, que sustituiría a todas las anteriores.

Nuevamente se produjo una inmediata respuesta de confianza; al éxito del crédito Dawes le siguieron otros préstamos exteriores que contribuyeron decisivamente a reanimar el comercio, a revalo-

* Para mayor información sobre el programa de compensaciones y sobre la revaluación de los activos financieros, véase Bresciani-Turroni, caps. 7 y 8.

rizar las acciones y a rebajar las cifras de desempleo. En diciembre de 1924 el paro registrado —que era alrededor de la mitad del que existía en realidad— era de solamente 436.000 personas, y hasta la llegada de Hitler al poder no se volverían a alcanzar unas cifras tan bajas de desempleo.

Sin embargo, no era más que una vana ilusión. El problema alemán consistía en que el boom inflacionista nunca se había liquidado. La estabilización había terminado con la época en que los empresarios podían endeudarse todo lo que quisiesen a costa de los demás. Una gran parte de las empresas que se establecieron o crecieron en medio de aquella abundancia crediticia se encontraban con que no eran competitivas en un ambiente de restricciones monetarias. La aplicación de unos precios realistas para el transporte, la energía o la alimentación, y la vuelta de las rentas a unos niveles acordes con la economía, supusieron que los salarios también tuvieran que subirse significativamente en términos reales.

Empresas que habían crecido como la espuma durante la inflación se encontraban con que los intereses que tenían que pagar por los préstamos, aunque aparentemente fuesen más bajos, en realidad empezaban a suponerles por primera vez una carga real positiva, y no negativa. Quizá lo más significativo era que también por primera vez la presión fiscal que tenían que soportar era real, y además extraordinariamente alta, pues era necesario equilibrar rápidamente el presupuesto gubernamental y situar los salarios de los funcionarios públicos a un nivel decoroso. Muchas compañías no podían reponer su maquinaria después de la estabilización, y las existencias invendibles de carbón y de hierro seguían acumulándose en el Ruhr. Ni siquiera los préstamos exteriores eran capaces de remediar el hundimiento de la industria minera del Ruhr, donde, pozo tras pozo, especialmente los productores de carbones de peor calidad se vieron obligados a cerrar. Los trabajadores tuvieron que emigrar de las minas hacia la agricultura, de las canteras y de las industrias mecánicas hacia la producción de alimentos y bienes de consumo, y hacia el sector de la construcción. El mismo Hugo Stinnes se había dejado engañar por la prosperidad artificial de la inflación y por la

fanática confianza que había depositado en el futuro del carbón. La depresión que siguió al plan de estabilización y que alcanzó de lleno al sector del carbón y a las industrias del hierro y del acero condujo en junio de 1925, junto con el despoblamiento de las zonas urbanas del Ruhr, al derrumbamiento del imperio de Stinnes.

Ésta fue la gota que colmó el vaso. Los grandes grupos que se habían resistido a escoger el camino de la expansión en las épocas de la depreciación monetaria —Krupp, Thyssen, Gelsenkirchen— pudieron capear el temporal. Otros, como los grupos Sichel y Kahn, se hundieron. Se puso en evidencia la vulnerabilidad de los conglomerados industriales «verticales», que abarcaban todas las fases productivas, desde la extracción de las materias primas hasta la fabricación del producto terminado, en comparación con la fortaleza de los grupos industriales «horizontales». En una palabra, los especuladores se encontraban con que tenían que pagar sus improvisaciones, su codicia y sus locuras, y que los viejos capitanes de la industria volvían a recuperar el mando.

La debacle de Stinnes demostraba sobre todo que las grandes industrias necesitan disponer de un nivel mínimo de recursos líquidos (a principios de junio de 1924 Stinnes trató de pignorar acciones de Bochumer Verein y de Gelsenkirchen como garantía de un préstamo en florines), y que los conglomerados verticales no eran ni rentables ni eficaces, salvo en las excepcionales condiciones en que se habían creado.

Alemania, que había pasado por casi todos los tipos de crisis imaginables en los seis años precedentes —militar, política, social, financiera, económica—, volvía a caer de nuevo, precisamente cuando su pueblo, tantas veces desengañado, había empezado a creer que con la ayuda internacional podía levantar cabeza. La confianza desapareció. El flujo de capitales extranjeros decayó. Sin embargo, la política de restricción crediticia se mantuvo más firme que nunca por parte del Reichsbank, para contener la salida del país del oro y las divisas. Los cambios en la población laboral fueron acompañados por un terrible aumento del paro y del subempleo. Dado que la mano de obra había pasado a negociarse en un mercado de

compradores, aquellos privilegiados que tenían un empleo a menudo se veían obligados a aceptar jornadas laborales de 54 horas a la semana. El coste de la vida subió a tal nivel que, para evitar los desórdenes, se falsificó el índice. También se produjo una nueva ola de quiebras. Aunque se iniciaron numerosas obras públicas para crear puestos de trabajo, la cifra de parados en diciembre de 1925 había subido a 1.300.000 y continuaba creciendo día a día. El retorno a las condiciones racionales había dado lugar a una reducción, necesaria pero brutal, del exceso de empleados de los servicios públicos; a los despedidos de correos o de los ferrocarriles no sólo se les unieron los mineros y los metalúrgicos en paro, sino los que se habían empezado un negocio por su cuenta.

Durante el período inflacionario se construyeron nuevas fábricas, se ampliaron y reorganizaron las antiguas, se proyectaron nuevas plantas, se compraron participaciones en todos los campos de actividad industrial y se emprendieron iniciativas indescriptibles. Cuando ya era demasiado tarde para rectificar, se descubrió que este proceso había minado la estructura del capital de la nación: los recursos estaban inmovilizados en fábricas que producían cosas que nadie demandaba porque habían desaparecido los rentistas y la reducción de los salarios reales de la inmensa mayoría de los consumidores. Al no haber demanda ni flujo de efectivo, la suerte del aparato productivo estaba echada. Incluso en 1924, empresas de indudable solidez y con grandes activos eran incapaces de pagar cantidades ínfimas en dinero efectivo. En 1926 el inmovilizado seguía siendo todavía demasiado grande en relación con el capital circulante y con la capacidad de consumo de la nación. Así, mientras que en 1913 se produjeron 7.700 quiebras y sólo 5.700 en 1924, la cifra de 1925 fue de 10.800, y entre el tercer trimestre de 1925 y el final del segundo de 1927 las quiebras fueron 31.000, a razón de unas 15.000 por año.

En la práctica se produjeron muchas más quiebras, que los tribunales denegaron ante la falta de activos para hacer frente a las reclamaciones presentadas. Entre mayo y noviembre de 1925 el número de letras protestadas a la semana se duplicó, pasando de

2.691 a 5.406. Muchos bancos se encontraban sin liquidez, pues los clientes industriales a quienes les habían facilitado los créditos no podían devolvérselos de ninguna manera. A los bancos les resultaba demasiado oneroso liquidar sus participaciones accionariales, y en esas condiciones no aceptaban las empresas en quiebra como pago. Con las acciones muy por debajo de su valor en una Bolsa moribunda, había innumerables vendedores y ningún comprador.

Mientras unas empresas entraban en liquidación, muchas otras se reestructuraban a costa de los trabajadores. El panorama en la primera semana de diciembre de 1925 era muy parecido al que constituía la pesadilla de los políticos en 1922: se venía encima una verdadera avalancha de desempleo que durante largo tiempo había pretendido contener la política de inflación. El marco permanecía estable. El franco, que antes de la guerra equivalía a un marco oro, estaba a punto de alcanzar la cotización de los 150 por libra. Con la moneda francesa a esos niveles, su producción de hierro y acero resultaba mucho más barata que la de sus vecinos. Alemania estaba experimentando exactamente lo que había hecho ella antes, y lo encontraba muy desagradable. Krupp acababa de despedir a 12.000 empleados, y en la misma escala habían reducido su personal Man-nesmann, Gelsenkirchen, Phoenix, las minas estatales de Prusia y otras muchas más. Thyssen había reducido la producción en todas sus factorías. La Gasmotorenfabrik Deutz de Colonia, que ya había despedido a cientos de personas, pensaba cerrar la fábrica el 15 de diciembre. La fábrica de bombillas Osram trabajaba en jornada reducida. Muchas empresas importantes cerraron definitivamente, mientras otras como Rheinische Stahlwerke o Bochumer Verein cerraron unas cuantas semanas a la espera de acontecimientos. Las fábricas de locomotoras producían al 2 por ciento del nivel alcanzado antes de la guerra. El sector de la automoción también pasaba por serias dificultades. Benz había decidido suspender la fabricación durante un mes, y Opel había despedido a 5.000 de sus 7.000 trabajadores.

En la primera mitad de noviembre se produjeron 145 quiebras en la industria textil, y día tras día seguían anunciándose nuevos

casos de cierres y despidos. Los problemas no se limitaban a las regiones del Rin y del Ruhr. En Sajonia se habían cerrado temporalmente 179 fábricas, entre textiles, metalúrgicas y productoras de maquinaria. En la Selva Negra el 65 por ciento de los fabricantes de relojes estaban parados o con jornada reducida. Los astilleros daban trabajo a la mitad de empleados que antes de la guerra, y al 80 por ciento de los contratados en 1924; naturalmente, el tonelaje botado había descendido. En febrero de 1926 el paro registrado superaba los dos millones de personas, y la recesión se extendía desde Hamburgo hasta Baviera. La media de parados de 1926 —un año de racionalización y recuperación industrial y económica— fue de dos millones, y en diciembre era del orden del millón y medio*.

Por lo menos, la crisis industrial de 1926 perdonó a los profesionales, que lo habían pasado tan mal durante la crisis financiera. En mayo de aquel año las circunstancias de médicos, abogados, profesores, escritores, etc., habían cambiado radicalmente. Volvían a vivir de acuerdo con su estatus y su nivel cultural: podían cobrar sus honorarios y se requerían continuamente sus servicios. En 1927, mientras toda Alemania hacía un verdadero esfuerzo físico y gimnástico por convertirse en una nación «fuerte y atractiva», el nivel de vida era muy alto, y la prosperidad tanto de los individuos y de los municipios como de la nación en su conjunto era evidente. Sólo las legiones de los que no podían trabajar, cuyos patrimonios se habían esfumado, y los cientos de miles de trabajadores para los que no había empleo mostraban las cicatrices de la gran inflación y oscurecían lo que de otra forma habría sido un reconfortante panorama.

* Las medias de 1927 y de 1928 fueron de 1,4 millones. La cifra para 1926, que subestima claramente el paro real, pudo haber sido mucho mayor si no se hubiese prolongado tanto la huelga general de los mineros británicos, que supuso una enorme impulso para las minas del Ruhr.

CAPÍTULO 15

LAS HERIDAS AL DESCUBIERTO

La profundidad y persistencia de las cicatrices internas de toda una nación quizás resulten más difíciles de valorar. Hay que volver a recordar que a la calamidad de perder la guerra se le sumó el azote de la inflación, por lo que no me decido a afirmar que el trauma psicológico del comienzo de la década de los veinte no habría existido de no haber sido por la inseguridad social y económica que trajo consigo la interminable depreciación monetaria. Después de todo, la desintegración nacional y los cambios sociales bruscos sin relación con el suministro de dinero son por lo general suficientes para fomentar la descomposición de los principios éticos y el desprecio por las normas de comportamiento tradicionales en cualquier comunidad. Pero aquellos que convivieron u observaron el proceso inflacionario y la crisis de la recuperación lo atribuyeron fundamentalmente a la inflación: miedo, codicia, inmoralidad, desmoralización y el deshonor.

Durante los últimos años de la inflación se lanzaban estridentes acusaciones para responsabilizar a alguien o a algo de la creciente e interminable crisis financiera: en realidad nunca fue una verdadera crisis, porque en lugar de alcanzar un punto crítico siempre hizo lo imposible por agravar la situación. Mes tras mes se buscaron toda clase de excusas, excepto la auténtica; y se intentaba todo tipo de medidas para contener la caída del marco, excepto la fundamental. A Mirabeau se le habría prestado entonces tan poca atención como

cuando unos meses antes de morir, y un año antes de que fuesen emitidos los tristemente célebres *assignats* de la Revolución, concluyó así su famoso discurso sobre la situación de las finanzas francesas: «*La banqueroute, la hideuse banqueroute, est la. Elle menace de consumer vous, vospropiétés, votre honneur... et vous délibérez!*».

Lo que Frau Eisenmenger ya había visto en Austria Judith Listowel, que todavía no era adulta, lo estaba observando ahora en Hungría: que la falta o pérdida de categoría habían conducido al abandono de los principios éticos, a disputas familiares y al odio comunitario, especialmente contra los judíos. Judith Listowel no se hacía ilusiones sobre cómo salió su familia de la crisis financiera, que se prolongó todo el año 1924 y después, y rechazaba la generalización de que durante los meses de la inflación todo el mundo no hacía otra cosa más que buscar activos reales en los que materializar sus ahorros.

Mis parientes y amigos eran muy tontos. No eran capaces de comprender lo que significaba la inflación. No se apresuraban a gastar el dinero (igual que lo habían hecho los judíos y los alemanes). Todos mis familiares creían que la inflación iba a terminar la semana siguiente, sin cambiar de parecer.

Se despertaron cuando era demasiado tarde. Empezaron por vender sus objetos de valor para comprar comida: las porcelanas de la repisa de la chimenea, los muebles, la plata. Eso les dio que pensar, les hizo pensar cuando el precio de un juego de cucharas de plata antigua subió de 20.000 a 40.000 coronas en cuestión de una semana o dos. Si tenías que vender un valioso escritorio a cambio de un dinero que como mucho valdría la mitad a la semana siguiente, por supuesto el sentimiento era de indignación.

A la gente le ofendía que los judíos compraran estas cosas. Las mujeres judías iban a reuniones y bailes; mientras nosotras estábamos sin un céntimo, ellas vestían abrigos de zorro plateado —a veces tenían hasta tres, simplemente por ostentación— y lucían los brillantes que les habían comprado a nuestras familias por cuatro perras gordas —o por algo que ahora valía poco. Mis amigos no sabían el valor de nada. Eran tontos. Los cargos de responsabilidad no lo eran menos. El director del

banco le dio unos consejos tan malos a mi madre que demostraba que no tenía ni idea de qué hablaba.

El antisemitismo era prácticamente inexistente antes de la inflación. Aunque la revolución de Bela Kun había sido principalmente organizada por los judíos, el Terror Blanco había purgado ampliamente el resentimiento político. Los judíos habían sido tratados con dureza en Hungría desde 1860, y durante muchos años no habían sido admitidos en sociedad. Nueve de cada diez guardaban rencor, y ¿quién puede reprocharles que cuando finalmente se les presentó la oportunidad de impresionar a los arrogantes gentiles no la desperdiciaran? Se les odiaba porque habían sacado provecho de la inflación. Cuando lo demostraban con su ostentación, eran más odiados todavía. Quizá fuese estúpido por su parte, y por supuesto los más inteligentes, especialmente los más viejos, se disgustaban y estaban molestos con la actitud de los más jóvenes, porque preveían el antagonismo que provocaría su comportamiento.

Los judíos probablemente pagaron precios justos por lo que compraron, pero ésta no era la cuestión. Excepto mi padre y algunos miembros de su generación, la gente odiaba a los judíos. Mi padre decía que la culpa no era de ellos, sino de mucho más arriba. Por supuesto sería falso dar la impresión de que no había muchos judíos arruinados en Budapest y en otros sitios, que se habían equivocado como los demás. En comparación con otros lugares, los altos cuerpos de la administración del Estado —los oficiales del ejército, los diplomáticos y los administradores financieros— seguían manteniendo las viejas tradiciones de integridad, y eran víctimas de sus principios. Las familias de estos altos funcionarios, que seguían aferrados a la ética de la monarquía austro-húngara, a menudo se enfrentaron al desastre —a no ser que poseyesen tierras que les permitiesen soportar sus convicciones—, y las actitudes de los padres eran contestadas por los jóvenes, que discutían el mantenimiento de unos principios tan incómodos, mientras las familias de sus amigos transigían.

La corrupción era menor en el gobierno central que en los niveles regionales. Se trataba de un fenómeno completamente nuevo. Cuando mi padre protestó por las irregularidades que se estaban permitiendo —que hubiera una doble contabilidad, la aceptación de sobornos, los pagos en efectivo, el pluriempleo que reducía el tiempo dedicado al

trabajo oficial—, la respuesta fue: «¿Es que su excelencia va a dar de comer a mis hijos?».

El odio entre los miembros de la comunidad también era nuevo. Eran nuevos el resentimiento social, la corrupción y el soborno. Estaba pasando lo mismo que en Austria y en Polonia. Cuando se tiene la misma enfermedad, se suelen presentar los mismos síntomas.

En Alemania el honor tampoco era inmune a la inflación. La corrupción de los funcionarios en 1924, según informaba lord D'Abernon, era «horrible», cuando antes de la guerra el soborno era prácticamente desconocido y resultaba evidente el alto nivel de integridad en la vida pública, privada y casi siempre en la comercial. Eran muy pocos los que no estaban involucrados o no eran víctimas de la perniciosa y omnipresente influencia de la constante erosión del capital y de los ingresos y de la incertidumbre sobre su futuro. Desde la evasión fiscal, el acaparamiento de provisiones, la especulación con divisas o las transacciones ilegales —delitos contra el Estado y que en un grado mayor o menor eran una cuestión de supervivencia para los involucrados—, había un trecho muy corto para infringir cualquiera de los diez mandamientos. Mientras las clases más bajas, incitadas por el desempleo, se orientaban hacia el robo y delitos similares (en 1923 las cifras fueron un 50 por ciento superiores a las de 1913 y 1925), o hacia la prostitución, las clases medias y altas, sometidas a otro tipo de tensión, recurrían al cohecho y al fraude, sobornando y aceptando sobornos. Cuando el soborno se convirtió en la norma, la gente corriente recurría a él por definición, especialmente durante los meses de extrema escasez. Nadie se podía considerar al margen, sobre todo porque mientras tanto unos pocos alardeaban de enormes beneficios y de un lujo desenfrenado. La corrupción engendra corrupción, y la administración se había contagiado incluso en los años de la guerra. La falsificación se había generalizado.

Las viejas virtudes como el ahorro, la honradez y el trabajo habían perdido su atractivo; todo el mundo pretendía enriquecerse rápidamente, sobre todo porque la especulación con divisas o ac-

ciones era mucho más rentable que el trabajo. Mientras que la absurda República, a través del Reichsbank, estaba dispuesta a convertirse en víctima de los prestatarios, no había ningún industrial, hombre de negocios o comerciante que habría dejado escapar las facilidades para enriquecerse mientras otros aprovechaban la ocasión. Para los menos avisados era suficiente, y posiblemente moralmente defendible, defraudar a un sistema fiscal incompetente y especular en los mercados simplemente para conservar la posición social y financiera.

A medida que esa posición se esfumaba, el patriotismo y las obligaciones sociales y morales se esfumaban con ella. La ética se resquebrajó. La actitud predominante era la disposición a quebrantar las normas. No teniendo posibilidad de conservar lo que se tenía o lo que se había ahorrado, aquellos que además no tenían nada que perder disponían de los más sólidos fundamentos para la desesperación, en cuyo seno no tardarían en florecer el miedo, la envidia y el ultraje.

El ambiente de corrupción en los negocios, en la política y en los asuntos públicos era general. Los abusos con las acciones, cada vez más frecuentes a medida que las acciones se concentraban en manos de los especuladores, no eran más que un ejemplo del deterioro moral causado por la inflación, y desaparecieron tan pronto como se restableció la estabilidad monetaria. En un artículo publicado en el verano de 1923 en el *New York World*, Stresemann justificaba la situación sugiriendo que «el mundo de los negocios había adquirido un cierto aire de deshonestidad y corrupción porque el valor del marco en junio no es el mismo que el de julio». En privado llegó a admitir que la esencia y la apariencia de la pérdida de integridad eran lo mismo.

La mayoría de la gente se dio cuenta de que, de cualquier manera, su nivel de vida había caído. «Son las circunstancias las que hacen que una mujer sea mala», decía Erna von Pustau. Sufriendo por algún pecadillo suponía que «la insensibilidad formaba parte de la decadencia moral generalizada». El diario de frau Eisenmenger también recogía reiterados lamentos sobre los pequeños fraudes que

la vida le estaba obligando a cometer. Sus reservas de cigarros puros le habían valido de la Volkswehr un abono de transporte gratuito, normalmente prohibido a la burguesía; pero daba igual; los negocios se hacían con abonos de transporte y con cualquier otra cosa. También demostraba un filosófico resentimiento hacia el comportamiento de ciertas personas:

La falta de consideración por los demás... me impresiona dolorosa-mente. Puedo llegar a comprender que el instinto de conservación de la gente que ve amenazada su existencia les lleve a vulnerar todas las leyes morales... Ahora es frecuente que a la gente mejor vestida y a la más confortablemente abrigada les roben los trajes que llevan puestos en plena calle, y les hagan volver descalzos a sus casas.

Sin embargo, demostraba menos simpatía por el presidente del gobierno provincial de Salzburgo, que había sido detenido por comerciar con propiedades del gobierno —alimentos, cuero y ropa—: «Estos son ios auténticos traidores, pero ¡qué pocos llegan a ser desenmascarados!».

Hasta mucho después de la vuelta a la estabilidad monetaria no se llegaron a comprender la naturaleza y la extensión de la corrupción en gran escala que tuvo lugar en Alemania. Sucesos como la condena en 1924 a tres años de prisión a los que fue sentenciado el doctor Zeigner, el egregio ex primer ministro de Sajonia por corrupción y cohecho, apenas impresionaron a nadie. A finales del año salieron a la luz una formidable serie de escándalos financieros, suficientes para confirmar la opinión de que la antigua integridad había sido barrida por el huracán de la inflación, y para asestar otro golpe tremendo a la moral nacional.

Los escándalos Barnat y Kutisker que por entonces sacudieron al país y conmovieron al mundo iban desvelándose como un drama de Ibsen, con ramificaciones que iban más lejos cada vez que se levantaba una piedra. Era curioso que cada vez que se producía una nueva serie de arrestos los implicados publicaban inmediatamente

un desmentido declarando su inocencia, y en todos los casos se podía comprobar la irrefutable evidencia de lo contrario. La prensa, especialmente los periódicos nacionalistas, intentó capitalizar políticamente los graves apuros del gobierno, pues muchos de sus miembros estaban implicados personalmente, hasta que el arresto de altos funcionarios prusianos pertenecientes al antiguo régimen demostró que la corrupción no era monopolio de los republicanos.

Iwan Kutisker era un judío lituano que había emigrado a Alemania en tiempos de la revolución, y que reconoció desde el primer momento los clásicos síntomas de la inflación. Comenzando con un pequeño capital que había amasado en dólares en su país durante la ocupación alemana, adquirió un banco y ocupó la dirección de varias empresas conocidas, con lo que se convirtió en un importante personaje financiero en su nuevo ambiente. En 1923 su banco se vio seriamente afectado por la inflación, pero no tanto como para impedirle ser generoso con un tal Herr Bartels, jefe de la oficina de pasaportes del Ministerio del Interior. Kutisker fue muy atento con Bartels indicándole qué extranjeros había que expulsar del país. Uno de ellos era un lituano llamado Holzmann que en 1924, aunque había aportado una garantía por más de medio millón de marcos oro, no podía devolverle a Kutisker los 200.000 marcos oro que le había prestado durante los duros días de la inflación. Holzmann, que no deseaba volver a su país bajo ningún pretexto, prefirió denunciar a su paisano y en el proceso salieron a relucir toda clase de chantajes y abusos. En noviembre de 1924 Bartels fue acusado de corrupción y cohecho.

Julius Barmat era un conocido estafador que, como Kutisker, era un judío ruso de ascendencia lituana que en 1921 consiguió un certificado del Ministerio prusiano del Interior que indicaba a las autoridades de la frontera holandesa que él, y otros seis miembros de la familia Barmat, pertenecían a la legación holandesa en Berlín y que, por tanto, se debían levantar las formalidades aduaneras habituales. Más tarde, el ministro en cuestión afirmó que había expedido este certificado por petición expresa del entonces primer ministro Fehrenbach.

Los cuatro hermanos Barmat eran directores de Barmat Konzern, que poseía intereses en 45 empresas industriales y bancarias. Uno de los hermanos había dado un pésimo ejemplo viviendo lujosamente en una mansión de la isla lacustre de Schwanenwerder, donde poseía una flotilla de lanchas motoras. Los demás tenían una o varias residencias palaciegas de un mal gusto proverbial, opinión compartida por los principales diputados socialdemócratas que disfrutaban frecuentemente de su hospitalidad (según el periódico derechista *Vorwärts*).

El negocio de la inflación consistía en endeudarse en marcos corrientes y convertirlos en cosas y fábricas, y después devolverles a los prestamistas un dinero depreciado. Se trataba de un proceso en el que tanto Kutisker como Barmat eran auténticos expertos. Los negocios de la inflación, que los lituanos también comprendieron enseguida (a diferencia de Stinnes), consistían en vender cualquier cosa a cambio de los nuevos marcos estabilizados y —en un período de restricciones crediticias extremas— proceder a prestarlos a unos tipos de interés exorbitantes.

No era absolutamente necesario vender algo antes. Julius Barmat y un judío de Frankfurt llamado Jacob Michael, uno de los pocos especuladores de posguerra que hizo su fortuna después de la estabilización y que fue de los primeros en deshacerse de su paquete de acciones a cambio del nuevo dinero*, entablaron públicamente una disputa acerca de una cierta suma de dinero. Para mediar en la cuestión solicitaron el arbitraje del presidente del consejo de administración del Banco Estatal Prusiano, al que ofrecieron en compensación por sus servicios un pequeño porcentaje del dinero en cuestión. El banco era uno de los más antiguos y respetados del país, ejemplo palpable de rectitud y disciplina financieras, y uno de los que, debido a su estricto rechazo de la especulación, no había visto socavada su solidez por la inflación. Sus empleados de más

* También era propietario del conocido depósito de materiales de guerra de Hanau, que ocupaba varias hectáreas y se usaba popularmente como garantía subsidiaria para préstamos a gran escala.

categoría, la élite del antiguo orden, disfrutaban también de una confianza muy especial.

Quizá nadie se sorprendió más que el presidente del banco, Herr von Dombois, y los dos directores generales, Geheimrat Rühle y Hellwig, cuando como miembros de la comisión de arbitraje fueron informados de que la suma en disputa era extraordinariamente grande, y que el porcentaje que eventualmente recibirían por su trabajo se acercaría a los 40.000 marcos oro. Se puede suponer que, a partir de entonces, el Seehandlung —así es como se le llamaba comúnmente al Banco Estatal Prusiano— comenzó a conceder grandes créditos tanto a Barmat como a Kutisker, en un momento en que las restricciones crediticias eran tan severas que tanto el ministro de Finanzas como el presidente del Reichsbank, Luther y Schacht, estaban diariamente llamando la atención de los industriales y de los comerciantes para que respetasen las restricciones impuestas. Cuando las mejores empresas no podían conseguir un solo céntimo, las dos familias de aventureros judíos lituanos, con unas garantías más que dudosas, eran capaces de recibir préstamos del Seehandlung por 50 millones de marcos oro a un tipo de interés de entre el 10 por ciento y el 18 por ciento, que inmediatamente volvían a prestar a tipos entre el 100 por ciento y el 200 por ciento.

Siguiendo el hilo de los descubrimientos realizados con el arresto de Bartels, el presidente y los dos directores del banco fueron detenidos poco después de la Navidad de 1924. El más distinguido de estos señores, el doctor Rühle, director financiero del mencionado banco, fue acusado de haber cooperado con Kutisker. El presidente fue destituido de su puesto y una auditoría de las cuentas del Seehandlung destapó unas pérdidas de unos 15 millones de marcos; Kutisker y los Barmat también fueron arrestados.

Estos escándalos dieron lugar a nuevos descubrimientos. El Seehandlung no era el único objetivo de los Barmat. La Caja Postal le había anticipado a Julius Barmat, en lo que iba de año, 15 millones de marcos oro, y los créditos habían sido concedidos personalmente por el ministro de Correos y Telégrafos, doctor Hófie, aunque oficialmente se necesitaban tres firmas para autorizarlos. Hófie di-

mitió el 9 de enero, y fue expulsado del parlamento junto con otro destacado miembro del Partido Centrista.

Trescientos policías tomaron parte en las 30 o 40 detenciones siguientes —13 de ellas de altos funcionarios. También fueron encausados otros banqueros del Seehandlung como Herr Kautz, antiguo consejero del ministerio de Finanzas. Herr Richter, el presidente socialdemócrata de la policía berlinesa, admitió haber abierto una cuenta en el banco de Barmat en las mismas circunstancias que Bar-tels. Herr Friedländer, del prestigioso banco Hoffman y Friedländer, se suicidó con una sobredosis de veronal al conocer la detención de su hijastro, que era director de una de las sucursales de Barmat.

La trama se extendía a lo largo y a lo ancho de los pasillos del poder. Se descubrió que un informe confidencial sobre los Barmat había desaparecido de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, informe que incluía una nota del ex canciller Scheidemann al propio presidente de la República, Ebert, pidiéndole apoyo para Barmat. Se descubrió también que la Caja Postal le había prestado otros cinco millones de marcos oro a un cliente no especificado. También aparecieron los créditos bancarios concedidos a Jacob Mi-chael. Aunque no se pudo demostrar la implicación del presidente Ebert en todo el asunto, su hijo estaba involucrado hasta el fondo.

Nuestro buen amigo, *der brave Joseph* [escribía Addison refiriéndose al doctor Wirth, el antiguo primer ministro], que parecía la personificación de Parsifal por su ignorancia del malvado mundo y por su transparente honestidad, se dice que está hasta el cuello, de manera que con su mediación consiguió que una empresa suya recibiese un pellizco de 14 millones de marcos oro de la Caja Postal. Mencionar a los demás supondría dar una lista completa de todos los dirigentes de la socialde-mocracia y de los más altos funcionarios... La derecha se está mordiendo los puños de rabia de que todo esto no se haya conocido antes de las elecciones de diciembre.

También se creía que los nacionalistas estaban igualmente implicados. Las cifras que se barajaban eran inmensas —por encima de los dos millones de libras en sobornos. La venalidad de los empleados

del Seehandlung facilitó su complicidad en las transacciones bancarias, y los sobornos y las influencias políticas, la de los funcionarios de la Caja Postal. La indignación era inmensa, y todo el mundo estaba seguro de que lo que se había destapado no era más que la punta del iceberg. Este miserable asunto tuvo su continuación cuatro años más tarde, cuando estalló el escándalo de Sklarek Brothers, que hizo pública una corrupción masiva en el Ayuntamiento de Berlín, incluyendo al propio alcalde, que recibía comisiones de una firma de sastres. El episodio de Barmat y Kutisker demostraba en cualquier caso el avanzado estado de corrupción entre los altos funcionarios, producido sin duda por la desmoralización general que propiciaba el prolongado caos financiero, así como por los escasos sueldos que se pagaron durante los meses que siguieron a la reconstrucción financiera alemana.

En 1925 sucedieron dos acontecimientos importantes para la historia de Alemania: el ascenso de Hindenburg a la presidencia del Estado en el mes de abril y la firma en diciembre del Tratado de Locarno. Ninguno de ellos disfrutó más que de una aprobación minoritaria. Sin embargo, la entrada de capitales americanos en el país —200 millones de libras entre 1924 y 1926, y 1.000 millones en 1929—, aunque interrumpida de vez en cuando, indujo tal alegría en el gasto público y personal que el delegado para las Reparaciones en Berlín, el americano Parker Gilbert, se preguntaba cómo iban a devolverse los préstamos exteriores, pues una parte de ellos se aplicaban a pagar los plazos de reparaciones a medida que iban venciendo. El doctor Schacht criticaba abiertamente la política de gasto público. El doctor Stresemann, entonces ministro de Asuntos Exteriores, escribió al alcalde de Duisburg:

El hecho de que el estado de Prusia haya firmado un crédito de 14 millones de marcos para reconstruir la Ópera de Berlín, y que quizá lo tenga que ampliar en otros 20 millones, da a entender que los alemanes nadamos en la abundancia... Dresde está edificando un museo de la higiene con la subvención del Estado... Por favor, dígame qué les

voy a contar a los representantes de las potencias extranjeras cuando me digan que da la impresión de que Alemania ganó la guerra en lugar de perderla.

Nadie estaba muy dispuesto a darse por enterado. Los comerciantes se quejaban de la pérdida de beneficio por los altos impuestos, pero los que habían superado las duras condiciones de 1925 se encontraban doblemente satisfechos por la mejora de las finanzas nacionales y la firme confianza en un futuro mejor. En este ambiente la gente había vuelto al hábito del ahorro, después de unos años en los que su máxima preocupación había consistido en gastar a la primera ocasión, pero también había aprendido a endeudarse, y este hábito, adquirido durante el periodo de inflación, arraigó con más intensidad que nunca.

No era extraño que los estados federados se hubieran puesto a la cabeza, porque con lo recaudado con un sólido sistema fiscal, a lo que había que sumar los generosos préstamos exteriores, los gastos públicos podían alcanzar un volumen desconocido desde antes de la guerra. Los estados y los ayuntamientos estaban poniéndose al día con respecto a todo lo que habían dejado de hacer durante el período inflacionario, cuando los intereses privados florecían a costa de los públicos. Además, numerosos programas de obras públicas estaban concebidos expresamente para combatir el desempleo.

Los altos tipos de interés vigentes en 1926 podían haber retraído a los hombres de negocios, pero no impidieron una «racionalización» masiva de las empresas, que fue la característica fundamental de los años anteriores a la crisis. Las grandes sociedades formaron consorcios nacionales e internacionales para mantener los precios altos. Los estados federados sólo podían hacer frente a sus compromisos de pago a base de conseguir nuevos préstamos, y pronto los créditos a largo plazo en condiciones ventajosas fueron sustituidos por otros a corto plazo y en condiciones más duras. El endeudamiento de las pequeñas y medianas empresas siguió los mismos pasos que el de las grandes y el de los entes públicos, y no pasó mucho tiempo hasta que los campesinos estuvieron tan empeñados

como los ayuntamientos. La frivolidad pública y privada en temas monetarios fue una de las herencias de la inflación y una de las de más ruinosas consecuencias.

En agosto de 1926 un miembro del Foreign Office británico que acababa de regresar de un viaje de vacaciones por toda Alemania contaba que los alemanes de clase media y baja tenían dinero para gastarlo alegremente. Se podían permitir viajar por todas partes e iban vestidos con trajes nuevos, aunque de un gusto deplorable, que resultan más caros en Alemania que en Inglaterra. Los cafés y los sitios de diversión estaban llenos hasta los topes, a pesar de que ni los refrescos ni los espectáculos eran particularmente baratos. Los museos, las pinacotecas y los castillos estaban abarrotados de alemanes, que llegaban a pagar por la entrada hasta dos y tres marcos. Tanto los estados como los municipios organizaban toda clase de festivales, construyendo nuevos auditorios que no dependían de los turistas, sino del propio mercado doméstico, para garantizar su supervivencia. Aunque anotaba la existencia de algunas personas venidas a menos que aún estaban pasando dificultades, no encontraba motivos para reducir las anualidades que tenía que pagar Alemania de acuerdo con el Plan Dawes: el temor de Strese-mann de que los extranjeros observaran todo esto con recelo estaba plenamente justificado.

La falsa prosperidad de la posinflación fue la segunda gran decepción económica que tuvo que soportar Alemania en el curso de una década, pero en este caso construida sobre la base de un gran desempleo, y fue un mal preludio psicológico para las condiciones de estancamiento que habrían de venir. Indudablemente, la experiencia inflacionaria condicionaba a cualquier gobierno alemán a no caer en la tentación de aliviar las tensiones de una recesión económica, aligerando, siquiera levemente, la política monetaria. «Es fácil comprender —decía Bresciani-Turroni— que el recuerdo de los aciagos años de 1919-1923 pesase como una losa sobre el pueblo alemán.»

La democracia había podido resistir a la inflación, pero no había grandes muestras de agradecimiento universal por este rescate. La

monarquía era el sistema de gobierno más popular, y puede ser que al destapar las heridas morales sufridas por Alemania —los escándalos financieros de los años de inflación— se intensificase el culto por la disciplina arraigado en el carácter alemán. Lord D'Abernon, que junto al doctor Stresemann había sido el principal arquitecto del Tratado de Locarno, en el que se establecían las bases para reintegrar a Alemania a un mundo de coexistencia civilizada, juzgaba la situación del país con un crudo realismo:

Si se recorre cualquier provincia alemana un domingo por la tarde, se puede ver por todas partes la misma escena: hombres de todas las edades y de distinta corpulencia vestidos de forma parecida, marchando disciplinadamente en formación, acompañados de banderas y bandas de música y rodeados de un público de mujeres y niños que les aplauden. Existen grupos de todas las tendencias políticas, y lo mismo puede verse grupos de terratenientes acompañados de sus arrendatarios y de sus empleados que «centurias proletarias» realizando idénticas evoluciones y enarbolando con la misma solemnidad los emblemas y estandartes de la Alemania imperial o de la Rusia revolucionaria. No es sorprendente, por tanto, que exista en este país un gran número de personas —excelentes maridos y padres de familia, por otra parte— que no piensan en política exterior más que en términos de enfrentamiento bélico.

Lord D'Abernon detectaba los mismos atavismos germánicos, aunque ilustrados con mayor crudeza, en el tratamiento que daban los tribunales alemanes a los casos de traición, en los que los jueces, que ordinariamente eran personas de mentalidad abierta y humanitarias, dictaban unas sentencias de ferocidad tal (decía él) que habrían espantado a cualquier inglés*. «Es demasiado pedir —concluía D'Abernon— que en este ambiente el espíritu de Locarno pueda arraigar rápidamente.»

* Por supuesto, es normal que los crímenes que atentan contra la supervivencia de una sociedad despierten una mayor repulsa por parte de esa misma sociedad que los que atentan, o incluso se consuman, contra la vida de sus miembros. Por eso en muchos países, incluyendo Gran Bretaña (hasta 1998), la traición constituye un delito capital, mientras que el homicidio no lo es.

La agresividad de los grupos extremistas, reaccionarios y militaristas se podía haber apaciguado desde la desaparición de las condiciones de inflación en las que había florecido notablemente, pero la disciplina de partido seguía siendo fuerte, y la influencia política de los partidos nacionalistas seguía creciendo tanto dentro como fuera del Reichstag. Las reparaciones, la «mentira de la culpa de la guerra» y la ocupación de Renania seguían siendo los pretextos y los argumentos esgrimidos por la derecha. La elección de Hindenburg, aunque en principio fuese quizás el resultado de una simpatía sentimental del país por un viejo mariscal que había tenido la desgracia de perder una gran guerra, así como una maquinación despiadada y muy bien calculada, había dado un nuevo estímulo a los movimientos monárquicos y nacionalistas. Para algunos anunciaba una regresión a la Alemania «prusiana».

Alemania, escribía el general Wauchope* en un memorándum enviado a Londres a comienzos de 1927, está moralmente mentalizada para iniciar una guerra que rectifique los agravios del Tratado de Versalles.

La mayor pérdida sufrida por Alemania fue la destrucción de la clase media. Mientras tenga que ir a buscar a sus «líderes naturales» en el partido de la derecha, como está ocurriendo ahora, Alemania puede volver a convertirse en un peligro. Es sabida la facilidad con la que se puede reorganizar un gran número de empresas para fabricar material bélico si el gobierno lo decide, igual que ocurrió en 1914 y 1915. Muchas factorías están tan sobredimensionadas que podrían producir equipamiento militar y comercial en grandes cantidades. La última guerra demostró que la productividad puede incrementarse en caso necesario.

Wauchope señalaba también que la productividad por trabajador en Alemania, aunque era un 40 por ciento más baja que en Estados Unidos y representaba un 90 por ciento de la alcanzada antes de la

* Más tarde, general sir Arthur Wauchope. Fue jefe del 2º batallón de Black Watch, y desde 1924 hasta 1927 desempeñó la jefatura de la sección militar británica de la Comisión Interaliada de Control en Berlín.

guerra, *superaba* en otro 40 por ciento a la de Gran Bretaña. Llegaba a deducir que había muchas probabilidades de que, «en el curso de esta generación», se produjese un nuevo enfrentamiento armado con Alemania, y observaba con aprensión los grandes recursos destinados al fomento de la cultura física, con la intención quizá de preparar a la población para una futura lucha.

Todos los observadores aliados destacaban que los obreros alemanes trabajaban mucho más que sus colegas británicos por menos dinero, y lo hacían además sin descanso, excepto para las pausas normales durante toda su jornada laboral y sin sindicatos que impusiesen restricciones al rendimiento de su trabajo. A los franceses en particular el confinamiento en medio de unas naciones occidentales desunidas, sin espíritu de trabajo y cansadas de la guerra de un país vigoroso, bien organizado y con 60 millones de personas laboriosas y de mentalidad marcial, a las que les sobraban las justificaciones y deseosas de recuperar la posición preeminente que les correspondía, le causaba una profunda preocupación. La existencia de un mal disimulado revanchismo y la presencia de un ejército reducido, pero muy profesionalizado, al que von Seeckt había salvado del naufragio de la guerra eran razones adicionales para unos temores que, naturalmente, los acontecimientos se encargarían de justificar.

EPÍLOGO

Los antecedentes económicos de la inflación alemana eran muy anteriores al Tratado de Versalles. Sus efectos psicológicos perduraron más allá del Tratado de Locarno. ¿Dónde termina esta historia? No en la recuperación producida por la estabilización, ya que ésta fue un episodio más dentro de toda una tragedia humana; tampoco en los años de falsa prosperidad que la siguieron, basada en los préstamos exteriores que por fin llegaron, ni en los desastrosos años 1930, 1931 o 1932, cuando economistas, historiadores y políticos se apresuraron a escribir el *finis* de las consecuencias de la Gran Guerra.

Mejor que ningún otro vínculo entre las dos guerras mundiales, la historia de la inflación sirve de recordatorio de que, para la nación que promovió ambas, la segunda fue una mera extensión de la primera, confirmando el viejo adagio que afirma que la semilla de las batallas se siembra en los tratados de paz. La inflación fue para Alemania un colaborador involuntario del proceso en el que las pasiones se fueron alimentando para reanudar las hostilidades tan pronto como se recuperó la capacidad de hacer la guerra. No sólo la pérdida de su anterior prosperidad y categoría y la destrucción de los antiguos principios éticos deterioraron y humillaron los cimientos y los pilares humanos sobre los que se asentaba la sociedad alemana: para los alemanes, democracia y republicanismo se habían convertido en sinónimo de desorden financiero, político y social,

de manera que cualquier otra alternativa era preferible ante una nueva amenaza de caos.

Cuando volvió la guerra, también lo hizo la inflación. Sólo con la inflación, señalaba Günter Schmolders*, un gobierno puede liquidar sus deudas sin amortizarlas, o declarar la guerra y dedicarse a toda una serie de actividades improductivas a gran escala: los contribuyentes no la reconocen como un impuesto. Esto es lo que hizo Hitler en 1938 al financiar un amplio programa de construcción de armamento a través del déficit presupuestario y reiniciar la experiencia inflacionista de nuevo. Como en el primer caso, el segundo período inflacionario duró diez años, aunque los precios no se dispararon hasta los ocho o nueve años, en que los cigarrillos volvieron a sustituir al dinero como medio de cambio.

Sin embargo, la población se dio cuenta del proceso inflacionario mucho más rápidamente en esta segunda ocasión. En 1948 el *Reichsmark* se abandonó, y diez *Reichsmarks* se cambiaban por un nuevo *Deutschmark*, mientras que las cuentas bancarias fueron acreditadas con solo 6,5 *Deutschmarks* por cada 100 *Reichsmarks*. La operación había vuelto a arruinar a los poseedores de valores monetarios, pero en esta ocasión la agonía había durado mucho menos. La forma en que el *Reichsmark* llegó en 1947-1948 a perder nueve décimas partes de su valor original lo había conseguido su antecesor, el marco, ya en 1919.

Aparte de las nuevas indemnizaciones de guerra, Alemania era otra vez un país prácticamente libre de deudas, y con la recuperación de la estabilidad pudo disponer de nuevo de los préstamos internacionales con los que afrontar sus dificultades económicas. Una vez más se demostraba que el rechazo de la deuda, tanto consciente como inconscientemente, no era más que un paso hacia la hiperinflación. En diciembre de 1923 Ernest Hemingway describía en el *Toronto Star Weekly* una subasta callejera en la que se animaba a los ciudadanos de Toronto a comprar billetes devaluados —marcos alemanes,

* «The Germán Experience», en C. Lowell Harriss (ed.): *Inflation*, Nueva York, The Acad. of Polit. Science, vol. 31, IV, 1975.

coronas austríacas, rublos rusos— con la esperanza, robada despiadadamente a alemanes, austríacos y rusos, de que con el regreso de la sensatez las monedas también recuperaran sus antiguos valores.

Nadie explicaba a la audiencia que el dinero ruso, aparentemente barato, estaba impreso en denominaciones de millones de rublos a toda prisa con el fin de depreciar el valor del antiguo dinero imperial y, en consecuencia, arruinar a las clases acomodadas. Ahora los soviéticos estaban emitiendo rublos convertibles en oro.

Decir que Hitler fue consecuencia de la inflación, o por extensión que cualquier proceso inflacionario parecido al de la Alemania de Weimar puede conducir a otra dictadura de izquierda o de derecha, es meterse en el atolladero de la analogía histórica irrelevante. El hecho de que las circunstancias financieras y sociales de Austria y de Hungría fueran comparables y coincidieran en el tiempo no apoya esta tesis ni confirma un desenlace en el sentido apuntado. Por otra parte, el gran desempleo existente al principio de la década de los treinta fue lo que en definitiva dio a Hitler los votos que necesitaba. En la medida en que el desempleo era consecuencia de la evolución económica, y ésta venía marcada por los años de inflación, los considerables éxitos del partido nazi inmediatamente después de la estabilización, e inmediatamente antes de la recesión, estaban relacionados (según la observación del cónsul general Clive) con la explosión inflacionista de 1922 y 1923.

Es indiscutible que fue durante aquellos años de inflación galopante cuando Hitler alcanzó su fortaleza política a nivel nacional y tomó la medida a la democracia alemana. De hecho, como observaba inteligentemente míster Clive, «durante 1923 Hitler consiguió encender más pasiones y crear más resentimientos de los que muchos hombres de más categoría han sido capaces de despertar en toda una vida». El cónsul general podría haber añadido con razón que Hitler llegaría lejos. Alemania sólo necesitaba una nueva dosis de problemas económicos para que los nazis alcanzasen el poder de forma casi constitucional la segunda vez.

La inflación no provocó el surgimiento de Hitler, como tampoco él provocó la inflación. Pero sí hizo que Hitler fuese posible: es arriesgado afirmar que sin ella Hitler habría quedado en nada; pero es igualmente atrevido afirmar que, de no haberse contenido el enorme paro posterior a la guerra mediante la financiación del déficit público y una política incontrolada de crédito, probablemente la situación habría desembocado en una guerra civil sangrienta de consecuencias impredecibles. En cualquier caso, en todos estos asuntos siempre era incierto.

Que Alemania tratase de eludir la carga de las reparaciones a base de incurrir deliberadamente en una política inflacionista es un planteamiento que no resiste un análisis. Las pruebas están completamente en contra. En primer lugar, la tasa de inflación era enorme mucho antes de que las reparaciones fuesen un hecho. En segundo lugar, la presión devaluatoria ejercida por los empresarios, claramente orientada en beneficio de sus propios intereses, no tenía nada que ver directamente con las deudas de la guerra. Tercero, se reconoció adecuadamente que, aunque los derechos aduaneros recaudados por los aliados eran forzosamente en papel moneda, las reparaciones tenían que ser pagadas o en especie o en su equivalente en oro: las deudas de guerra que los franceses y británicos tenían que cancelar con Estados Unidos también tenían que pagarse en oro o equivalentes oro, ya que las altas tarifas aduaneras americanas hacían impracticable la devolución de los préstamos a base de mercancías.

En cuarto lugar, en ningún momento las autoridades financieras alemanas dejaron traslucir, ni en público ni en privado, que sus políticas respondiesen a un planteamiento cínico (que tendrían que haber compartido sus homólogos húngaros y austríacos), sino que eran consecuencia de la incapacidad y la ignorancia. El que el gobierno y el Reichsbank estuviesen dominados por la idea de que un elevado déficit de la balanza de pagos hacía inevitable una devaluación permanente difícilmente puede constituir una explicación satisfactoria de su total rechazo a aceptar cualquier relación entre la depreciación del marco y la cantidad de dinero en circulación; como Lord

D'Abernon ya apuntaba en 1922: «El conocimiento de las leyes monetarias —particularmente de la teoría cuantitativa— está increíblemente ausente en todos los ambientes alemanes», o, como señalaba Bresciani-Turroni, los déficit presupuestarios del Reich y de los estados federados eran considerados por políticos y escritores «no la causa, sino la consecuencia de la depreciación del marco en el exterior».

Es irrelevante que los trabajadores alemanes que producían los pagos de las reparaciones en mercancías o en letras de cambio recibiesen su remuneración en papel depreciado con una considerable, aunque transitoria, ventaja para la industria y el comercio alemanes y crearan con frecuencia serios problemas a sus competidores extranjeros. Desde este punto de vista, las reparaciones fomentaban la inflación. El «problema de la traslación» de los efectos económicos negativos producidos por las reparaciones hacia los países acreedores sólo fue tímidamente admitido por los aliados en la primavera de 1923, y mientras tanto no se dieron cuenta (ni los industriales alemanes tampoco lo temieron) de que una exportación excesiva de productos subvencionados, obligada por las necesidades impuestas por el programa de las reparaciones, podía conducir al establecimiento de barreras arancelarias en contra de los productos alemanes, por mucho que se censurasen otras formas de *dumping*.

Mientras que la carga de las reparaciones y la incertidumbre que generó se propusieron como causa de la inflación, también se dijo que la inflación dificultaba el pago de las reparaciones, y en ambos razonamientos había algo de verdad pero ninguno de ellos representa más que una parte de la historia. D'Abernon, que no eximía al gobierno francés de Poincaré de su responsabilidad en las dificultades financieras alemanas (y acusó a París alternativamente de «usura, mala información o, posiblemente, política subterránea»), condenaba rotundamente la «locura e ignorancia» de Berlín. Era

* Schacht, en su libro *My First Seventy-Six Years*, cap. 21, cuenta que Reginald Mc-Kenna, ex ministro de Hacienda del gobierno de Asquith y presidente del Midland Bank en 1923, decía entonces: «Puesto que la única manera que tiene Alemania de pagar es exportando, se va a ver obligada a vender en el exterior tales cantidades que la industria británica va a sufrir de forma intolerable».

inconcebible que Alemania se embarcase deliberadamente en un proceso que suponía su suicidio económico y financiero para eludir las indemnizaciones de guerra, o que Rathenau hubiese abrigado dichas motivaciones. En la práctica, la inflación demostró no ser un medio para escaparse de las obligaciones exteriores, excepto en lo que contribuyó al desplome económico de 1932 que acabó para siempre con el programa de reparaciones.

La exhibición de ingenuidad del *Reichsbank* con su política de crédito durante 1922 y 1923 debería despejar definitivamente cualquier sospecha de maquiavelismo por parte de Havenstein y sus colegas. Ellos negaban firmemente que un mayor tipo de descuento pudiese moderar la inflación y, por el contrario, opinaban que lo único que conseguiría sería elevar los costes de producción y empujar al alza los precios de los productos terminados. Por mucho que proclamaran enérgicamente que estos créditos inexplicablemente baratos se daban principalmente a proyectos «rentables», las empresas favorecidas que se beneficiaban de esta generosidad invertían este dinero en lo que entonces les resultaba más ventajoso; es decir, en comprar activos fijos, divisas extranjeras, o simplemente lo usaban para especular en contra del marco y que siguiera bajando. Las únicas condiciones financieras que Havenstein comprendía eran las que existían antes de 1914.

¿Cuál es el nivel máximo que puede alcanzar la inflación sin que el gobierno se vea desbordado? Muchos economistas aceptan que una inflación suave tiene un efecto terapéutico en los problemas económicos y sociales que normalmente aquejan a las democracias industrializadas. La mayoría de los electores aceptan las argumentaciones de sus políticos en cuanto a sus piadosas intenciones de controlar la subida de los precios, y aun así el *Deutschmark*, la moneda del país que tendría más razones para desconfiar de la inflación, perdió dos tercios de su poder adquisitivo entre 1948 y 1975. La libra perdió casi la mitad entre 1970 y 1975. En ninguno de los dos casos esta depreciación supuso la cínica aplicación de una política deliberada, lo que sin duda habrían alegado los banqueros y los gobiernos ale-

manes de los primeros años veinte que intentaban encontrar causas para sus dificultades distintas de sus imprentas y del sistema fiscal y las encontraron, sin dificultades y para su total satisfacción intelectual. Lo que sí es cierto es que, una vez desatada la inflación (como dice Schmolders), «desarrolla un poderoso grupo de presión al que no le interesan los argumentos racionales». Esto fue así para Austria y Hungría, como para Alemania.

No hubo un solo momento en Alemania entre 1914 y el verano de 1923 en que teóricamente no se hubiera podido afianzar la estabilidad de la moneda, incluso apelando a la creación de un nuevo banco emisor, para lo cual todavía existían reservas suficientes. Hasta la última fecha, a pesar de las indemnizaciones de los aliados y de la necesidad de encontrar sustitutos para el carbón y el acero del Ruhr, las reservas de oro y de divisas extranjeras alemanas supusieron en todo momento un porcentaje sustancial del valor de cambio del papel en circulación, independientemente del extraordinario crecimiento de sus volúmenes nominales. Sin embargo, desde el fin de la guerra siempre había dificultades de tipo práctico que poco tenían que ver con la negativa de las autoridades monetarias alemanas a establecer una relación entre la depreciación y la cantidad de dinero.

Mucho antes de la invasión del Ruhr, y quizá incluso antes de las reuniones preliminares de la Comisión de Reparaciones, se llegó a un punto en el que era políticamente imposible detener la inflación. A mediados de 1920, después del breve período de estabilidad del marco que siguió a la intentona de Kapp, la competitividad de las exportaciones alemanas descendió, y en consecuencia comenzó a resurgir el fantasma del desempleo. Los que se beneficiaban con la inflación no desaprovecharon el momento. La recuperación del marco no podía lograrse sin repercusiones inmediatas, como quiebras, despidos, reducción de la jornada laboral, paro, huelgas, hambre, manifestaciones, agitación comunista, la desaparición del orden público y, en definitiva (eso se creía), la insurrección y la propia revolución.

Aunque se reconocía que algún día se tendría que organizar la estabilización y que cuanto más se tardase más difícil sería, nunca

se encontraba un momento propicio para abordar el problema. Día tras día se fue retrasando el tema durante 1920, 1921 y 1922, y la mayoría (no la minoría) lo hacía de buena gana, ya que las consecuencias previstas de la inflación se volvían cada vez más aterradoras. La discusión entre si era preferible combatir el desempleo o evitar la insolvencia del país terminó finalmente cuando Alemania consiguió ambas cosas a la vez.

Cuanto más se tarda en atacar una enfermedad, más drástica es la cura. A finales de 1922 Austria estaba en manos de los acreedores y había alcanzado una estabilidad monetaria dejando la dirección de sus asuntos en manos de un extranjero. Hungría, por su parte, había superado la fase de redención, y más tarde pasaría los mismos sufrimientos y privaciones, especialmente sus funcionarios. La estabilidad retornó a Alemania de la mano de una dictadura militar, con un gran número de artículos de su Constitución suspendidos, aunque la declaración del estado de emergencia sólo era necesaria de forma indirecta por la destrucción de las finanzas nacionales. A los tres países llegó finalmente la estabilización y después la recuperación. A todos les tuvieron que ayudar otras naciones. Cada uno de ellos se vio obligado a aceptar un grado de desempleo y de quebranto económico mayor del que habría imaginado cuando todavía podía parar las imprentas. En los tres casos, una vez que la inflación alcanzó un cierto nivel, era claro que la recuperación sólo podría conseguirse a costa de un auténtico desastre.

El punto de despegue de un proceso inflacionario, después del cual la llegada de la hiperinflación es sólo cuestión de tiempo, el momento en que ésta se autoalimenta y en que se vuelve políticamente imparable, salvo por cortos periodos de tiempo, no puede descubrirse analizando los gráficos de la cotización internacional de la moneda ni calculando la velocidad de circulación del dinero o estudiando los déficit de la balanza de pagos. Tampoco en el caso alemán el fenómeno coincide significativamente con algunas de las más importantes crisis de confianza del marco, tanto en el interior como en el exterior: el asesinato de Rathenau, o la ocupación de los puertos del Rin, o el ultimátum de Londres, todos los cuales tuvie-

ron efectos catastróficos inmediatos sobre la divisa alemana. Más bien tenía que ver con el descenso de las posibilidades políticas, con el que estaba estrechamente relacionado el grado de poder y valor político que el gobierno, sometido a fuertes presiones, era capaz de reunir.

Lo que realmente destrozó a Alemania fue decantarse sistemáticamente por las opciones más blandas en materia de política monetaria. Sin embargo, el punto de partida no era de tipo financiero, sino de orden moral, y el pretexto político era despreciable, pues no cabe imaginar unas circunstancias políticas más desfavorables para imponer un nuevo orden financiero que las vigentes en noviembre de 1923, cuando la inflación dejó de ser una alternativa. El *Renten-mark* difícilmente habría sido algo más que una anécdota, y no se habría introducido con éxito si el marco no hubiera perdido todo su contenido. La estabilidad llegó solamente cuando se alcanzó el fondo del abismo, cuando la credibilidad del marco no podía caer más bajo, cuando llegó por fin todo lo que cuatro años de cobardía financiera, de equivocaciones y de mala administración habían pretendido evitar, cuando lo inconcebible llegó inevitablemente.

El dinero no es más que un medio de cambio. Sólo cuando tiene un valor reconocido por más de una persona puede utilizarse con este fin. Cuanto más general es este reconocimiento, más útil es su función. Cuando nadie confía en él, como aprendieron los alemanes, el papel moneda no tiene ningún valor ni ninguna utilidad —salvo para empapelar las paredes o para hacer pajaritas. El descubrimiento que destrozó a la sociedad alemana fue comprobar que el medio tradicional de depósito del poder adquisitivo había desaparecido, y que no había forma de medir el valor de las cosas. Para la mayoría, la vida se convirtió en una búsqueda obsesiva de *Sachwer-te*, de cosas de un valor «real» y constante: Stinnes compró fábricas, minas y periódicos. El empleado de ferrocarril más sencillo compraba baratijas. Para casi todos, el grado de necesidad se convirtió en el único criterio de valoración, el principio que presidía todo, desde los negocios hasta su comportamiento. Los valores humanos

se transformaron en valores animales. En contra de cualquier supuesto filosófico, la experiencia no fue nada saludable.

Lo valioso es aquello que nos permite vivir. Cuando la vida está asegurada, la sociedad empieza a dar valor al lujo, objetos, servicios o diversiones civilizados o simplemente extravagantes de los cuales se puede prescindir perfectamente, aunque por supuesto la hacen mucho más agradable. Sin embargo, cuando la vida no está garantizada o las condiciones son de extrema dureza, la escala de valores cambia. Sin un tejado para cobijarse, con frío o sin ropa adecuada, es difícil vivir más de unas pocas semanas. Sin alimentos, el plazo es aún más corto. En lo más alto de la escala de necesidades está quizá el agua, e incluso más arriba se encuentra el aire, sin el cual la muerte es cuestión de minutos. Para los desgraciados alemanes y austriacos, cuyo dinero llegó a no tener ningún valor de cambio, la existencia llegó a ser casi una idea metafísica. Así sucedió en la guerra. En la novela *Sin novedad en el frente*, Müller murió «y me dejó en herencia sus botas —las mismas que le había legado Kemmerich. Me las calcé, y me quedaban bastante bien. Después de mí irían a parar a Tjaden: se lo había prometido».

En la guerra, unas botas; en la huida, un sitio en un barco o en un camión pueden ser lo más importante de este mundo, más apreciado que una fortuna incalculable. En tiempos de hiperinflación, un kilo de patatas valía para algunos más que toda la plata de la familia, y un pedazo de carne, más que el piano de cola. Una prostituta en la familia era mejor que un hijo muerto; robar era preferible a pasar hambre; no pasar frío, más importante que conservar el honor; vestirse más esencial que la democracia, y comer, más necesario que la libertad.

BIBLIOGRAFÍA

Entre las fuentes consultadas para la preparación de este libro se encuentran las siguientes:

- Archivos del Foreign Office británico relativos a los años comprendidos entre 1920 y 1927.
- Bresciani-Turroni, Costantino (1937): *The Economics of Inflation*, traducido al inglés por Millicent Sayers, Londres, Kelley. [Ed. original italiana: *Le Vicende del Marco Tedesco*, 1931.]
- Bullock, sir Alan (1952): *Hitler, a Study in Tyranny*, Londres, Odhams. [Ed. cast.: *Hitler: estudio de una tiranía*, Barcelona, Grijalbo, 1973.]
- Cagan, Philip (1956): «The Monetary Dynamics of Hyperinflation», en Friedman, Milton (ed.): *Studies in the Quantity Theory of Money*, Chicago, University of Chicago Press.
- Dill, M. Jr. (1961): *Germany*, Ann Arbor, University of Chicago Press.
- Eisenmenger, Anna (1932): *Blockade, the diary of an Austrian middle-class woman, 1914-1924*, Londres, Constable.
- Félix, David (1971): *Walther Rathenau and the Weimar Republic*, Baltimore, John Hopkins.
- Germain, V. W. (1932): *Austria of Today*, Londres, Macmillan.
- Guillebaud, C. W. (1939): *The Economic Recovery of Germany 1933-1938*, Londres, Macmillan.
- Heiden, Konrad (1944): *Der Führer: Hitler's Rise to Power*.
- Lloyd George, David (1932): *The Truth about Reparations and War-Debts*, Londres, Heinemann.
- Namier, L. B. (1942): *Conflicts*, Londres, Macmillan.

- Nicolson, Harold (1934): *Curzon: The Last Phase*, Londres, Constable.
- Ringer, Fritz (ed.) (1969): *The Germán Inflation of 1923*, Oxford, Oxford University Press; contiene importantes referencias en inglés
- de Buck, Pearl S. (1947): *How it Happens: Talk about the Germán People 1914-1933* con Erna von Pustau.
- (1969): *The Decline of the Germán Mandarins*, Harvard. [Ed. cast.: *El oca so de los mandarines alemanes: la comunidad académica alemana desde 1890-1933*, Girona, ed. Pomares, 1995.]
- Rosenberg, Arthur (1936): *A History of the Germán Republic*, traducido al inglés por Morrow & Sieveking, Londres, Methuen.
- Schacht, Hjalmar (1955): *My First Seventy-Six Years*, Londres, Wingate.
- (1927): *The Stabilisation of the Mark*, Londres, Alien and Unwin.
- (1931): *The End of Reparations*, Londres, Cape.
- Stolper, Gustav, Kurt Häuser y Knut Borchart (trad. 1967): *The Germán Economy, 1870 to the Present*.
- Sutton, Eric (ed. y trad.) (1935): *Gustav Stresemann, Diaries, Letters and Papers*, dos tomos, Londres, Macmillan.
- Vizconde D'Abernon (1929): *An Ambassador of Peace, Berlín, 1920-1926*, en tres volúmenes, Londres, Hodder & C Stoughton.
- Wheeler-Bennett, sir John (1953): *The Nemesis of Power, the Germán Army in Politics*, Londres, Macmillan.
- (1933): *The Wreck of Reparations* (ed. americana, Fertig, 1972).
- (1936): *Hindenburg, the Wooden Titán*, Londres, Macmillan.
- Wiskemann, Elizabeth (1966): *Europe of the Dictators, 1919-1945*, Londres, Fontana. [Ed. cast.: *La Europa de los dictadores (1919-1945)*, Madrid, Siglo XXI, 1994.]

ÍNDICE ANALÍTICO

- acaparamiento, 40, 69, 120, 222,
 234, 268, 280 Acworth, sir
 William, 188n Addison,
 Joseph, 68-69, 80-81, 175-
 176, 217-218, 228, 231,
 248,
 286 Adenauer, doctor
 Konrad, 58-59,
 150
 Allgemeine Elektrizitäts G.,
 86 Alsacia-Lorena, 33, 35,
 158 Alta Silesia, 35, 57, 59,
 73, 77, 158 Amsterdam, 32,
 199 Anglo-Continental
 Guanowerke,
 148 Anilin und Sodafabrik
 (Ludwigsha-
 fen), 150 *Anschluss*, 37,
 121 antisemitismo, 64, 110-
 111, 136,
 158, 268, 279 Aquisgrán,
 27, 198, 235 armada alemana,
 236 Armisticio, 26-28, 33,
 34, 36, 44,
 65, 66, 106, 128, 140, 242
 asesinatos, 23, 49, 66-68,
 104, 105,
 110, 121, 182, 300
assignats, 234n, 278
- Austria, 15, 16, 18, 37, 38,
 39, 43, 45, 46, 51, 62, 81,
 82, 83, 117, 119-129, 131,
 135, 138, 174, 179, 186,
 187, 189, 190, 218, 219,
 225, 230, 248, 250, 267,
 269, 278, 280, 295, 299,
 300
 automóviles, 93, 104, 120,
 155, 156, 173, 202, 226
 avión, entrega por, 199, 213
- Bajo la máscara del placer*, 45
 Baldwin, Stanley, 169n, 222
 Balogh, Bruno, 268
 bancarrota, 22, 180, 262
 Banco AngloHúngaro, 268
 Banco Emisor, ley. Véase
 Rentenbank Banco Estatal
 Prusiano, 284-285 Banco
 Nacional Austriaco, 125
 banqueros/banca
- Alemania, 24, 29, 109, 115,
 129, 147, 208, 227,
 228, 247, 270, 283,
 284 286, 287, 294
 Austria, 44, 46, 125, 188
 Hungría, 268, 269
 Barmat, escándalo, 282-
 287 Bartels, herr, 283,
 285, 286

- Baviera, 27, 49, 63, 66, 67, 73, 85, 93, 105, 124, 143, 157, 158, 163, 204, 207, 215, 218, 223, 225, 231, 232, 235, 239, 241, 242, 243, 245, 264, 276
- Bela Kun, 37, 279
- Bélgica, 33, 53, 106, 159, 196, 235
- Benes, Edouard, 222, 225
- Bergmann, doctor Karl, 180
- Berlín, 17, 18, 27, 28, 36, 48-50, 54, 57, 63-66, 68, 71, 73, 74, 80, 81, 92, 93, 103, 105, 107, 108, 111, 116, 122, 138, 145, 146, 148, 151, 154, 158, 161, 164, 171-173, 179, 180, 183, 185, 193, 199, 200, 204, 207, 209, 210, 213, 214, 216, 218, 225, 226, 231, 232, 236-242, 248, 252, 253, 283, 287, 29
- ln, 297
- Berliner Tageblatt*, 61n, 74-75, 88, 89, 142, 148, 165
- Berna, conferencia de banqueros, 68
- Bethlen, conde, 268, 269
- billetes, emisión de, 30-31, 41, 58, 62, 68, 69, 76, 93, 108, 112, 115, 116, 125, 132, 133, 150, 157, 165, 233, 234, 244, 247, 249-251, 261
- Blackett, sir Basil, 77-79, 98
- Bochumer Verein, 144, 273, 275
- Boden Credit Bank, 220
- Bodenmark*, 221, 230
- Bollo, central lechera, 253
- Bolsa, 44, 46, 69, 83, 111, 134, 143, 179, 193, 239, 268, 271, 275
- Bonn, 150, 235
- Börsen Courier*, 116, 211-212
- Brandenburgo, 26, 239
- Braunschweig, 27, 146
- Bremen, 200, 232-324
- Bresciani-Turroni, Costantino, 195n, 248-250, 258, 271n, 289, 297
- Breslau, 163, 183, 241
- Brest-Litovsk, Tratado de, 26
- Briand, Aristide, 56, 91-92
- Bruselas, conferencias de, 53, 55
- Buck, Pearl S., 11, 25, 102-103
- Budapest, 37, 130-132, 136, 174, 175, 269, 279
- Bullock, sir Alan, 201 n
- Bürgerbraukeller Putsch*, 241
- Cadogan, Alexander, 228
- Cagan, Philip, 97n
- Cannes, conferencia de, 91-93
- carbón, 31, 35, 41, 70, 76, 101, 103, 152, 153, 157-159, 162, 163, 168, 169, 173, 181, 185, 195, 197, 222, 229, 238, 244, 254, 272, 273, 299
- Carlos, emperador, 37, 129
- centeno, pagarés de, marcos de, 90, 143, 173, 221, 230
- Centurias Rojas. Véase *Rote Hun-*
dertschafien
- cerveza, 34, 63, 96, 114, 140, 143, 170, 177, 257, 263
- Checoslovaquia, 37, 125, 126, 225
- cheques, 111, 147, 154, 200
- cigarros puros, 27, 41, 45, 282, 283
- circulación monetaria
- Alemania, 30-33, 43, 53, 61, 88, 94, 100, 106, 112, 115, 116, 147, 159, 165, 176, 181, 182, 201, 202, 203, 208, 209, 213, 221, 234, 236, 239, 246, 248, 249, 250, 256, 299, 300
- Austria, 42-43, 125
- Hungría, 128-134
- clase, odio de, 22, 45, 82, 228, 278, 280

ÍNDICE ANALÍTICO 30"

- Clive.Robert, 231,232, 295
Coblenza, 56, 150, 186, 199, 200
Colonia, 27, 58, 80, 144, 146, 150, 179, 198, 199, 200, 243, 251, 262, 275
comisario general, Estado, 226, 239
comisario general, Liga de las Naciones, 125, 127,187-189, 269
compensación, 269-271
Compiègne, 33, 64, 65
Corfú, 213
Correos, 20, 51, 113, 189, 197, 202, 216, 221, 233n, 254, 274, 285-287
corrupción, 24, 39, 131, 192, 279-283,287
crisis, 19, 62, 67, 73, 83, 92, 96, 98, 99, 102, 115, 123, 126, 136, 139, 140, 151, 184, 200, 239, 255, 256, 261, 273, 276, 277, 278, 288, 300
Croydon, 199
Cumberland, duque de, 235
Cuno, doctor Wilhelm, 93, 151, 161, 182, 198, 204, 205, 253n
Curzon of Kedleston, marqués, 38, 56n, 58, 73, 86n, 140, 169, 184, 185,205,207,225,227,235,
D'Abernon, vizconde, 17, 56, 58, 66,70,79,88,93,99, 107, 108, 115, 116, 117, 120, 147, 201, 227, 236, 238, 254, 257, 290, 297
Daimler, 86n, 148
Darmstadt, 166, 230
Dawes (Plan), 259, 261, 264, 271, 289
Degoutte, general Jean Marie, 159, 163, 179, 197, 199
delito, 40, 55, 85, 172, 280, 290
deporte, fomento del, 105, 276
Desarme, Comisión de Control para el, 88
Deutsche Bank, 86n, 149, 193
Deutsche Waffen- und Munitions-fabriken, 148
Deutschmark, 294, 298
Devisenkommissar, 216
Devisenzentrale, 123, 133
Die Welt, 45
divisas, 13, 25, 33, 62, 69, 71, 78, 82, 86, 94, 98, 99, 105, 106, 126, 128, 129, 133, 134, 142, 145, 165, 167, 168, 171, 175, 178, 180, 185, 189, 209, 212, 216, 221, 230, 234, 236, 246, 247, 249, 252, 268, 269, 273, 280,298,299, 301
Dolchstoss, 26, 48, 65
Dombois, Herrvon, 285
Doorn, 209
Dresde, 49, 146, 183, 186, 215, 254, 287
Duisburg, 56, 150, 287
Dusseldorf Landesbank, 150
Dusseldorf, 56, 148, 150, 197, 235, 255
Ebert, presidente Friedrich, 26, 28, 47,140,223, 286
efectos comerciales, 107, 179, 181, 182,216,265
Eichhorn, Arthur, 75
Einstein, Albert, 142
Eisenmenger, Anna, 11, 40-46, 219, 267,278,281
Eitel Friedrich, príncipe, 63
Ejército alemán, mando supremo, 26, 28, 29, 33, 163. Véase también Reichswehr
elecciones, 34, 53, 286

- Elphick, míster, 233
 Erzberger, Mathias, 34, 48, 65-68, 103
 España, 213 Espartaquistas, 28, 34. *Véase también* comunistas
 especulación/especuladores, 31-32, 43, 46, 58, 63, 69, 74, 76, 77, 82, 85, 86, 94, 101, 115, 124, 129, 134, 168, 171, 178, 180, 189, 192, 193, 234n, 251, 252, 255, 265, 273, 280, 281, 284
 Essen, 27, 77, 144, 162, 169, 198, 255 estabilización
 Alemania, 116, 142, 151, 209, 221, 246-258, 262, 264, 272, 273, 284 293, 295, 299-300
 Austria, 82, 125, 126, 188, 189, 267
 Hungria, 132, 268 estado de emergencia, 222-223, 225-226, 253, 300 Estados Unidos de América, 17, 26, 51, 68, 89, 117, 152, 155, 291, 296
 embajador en Berlín, 103, 117 estancamiento, 98, 188, 197, 238, 263, 289
 estraperlo/estraperlistas, 39, 40, 101, 124, 183, 231, 265
 Estrasburgo, 113-115, 169
 evasión fiscal, 75, 88, 165, 177, 280 expertos, comité de, 142, 183, 209, 284
 Fehrenbach, Konstantin, 53, 57, 283
 Ferrocarriles
 Alemania, 51, 58, 93, 113, 120, 144, 153, 162, 163, 181, 186, 198, 202 221, 229, 240, 254, 274
 Austria, 127, 187-189 Hungría, 134
 francés, franco, 21, 113, 151, 153, 166, 216-217, 221, 252, 255, 271, 275
 Francia, política hacia
 Alemania, 16, 76, 89, 91, 141-142, 214, 215, 226, 229, 261-262 franco. *Véanse* francés, franco; suizo, franco Frankfurt am Main, 97, 109, 110, 112, 141, 169, 183, 284
 Frankfurter Zeitung, 90, 106, 107, 110 Free Corps (batallones francos), 9, 28, 48, 59, 63, 226
 Friedländer, herr, 286
 Friedrichstrasse, 240
 Frontkämpfertag, 63, 65, 102 funcionarios
 Alemania, 50-52, 55, 73, 93, 107, 112, 113, 141, 163, 178, 182, 202 211, 228, 235, 245, 251, 254, 256, 268, 269, 272, 279, 280, 283, 286 287, 300
 Austria, 38, 45, 123, 126, 127, 129, 187, 189-191 Hungría, 130-131, 134, 174-175, 300
 Garbo, Greta, 39, 45 Gareis, herr, 59 Gasmotorenfabrik Deutz, 275 Geddes, sir Eric, 151 Gelsenkirchen, 148, 198, 255, 273, 275
 Genova, conferencia de, 96, 98, 121 Gerlach, Helio von, 65 Germains, V. W., 120
 Germania, 182, 185

- germano-americano, tratado de paz, 68 Gessler, doctor Otto, 64, 223, 226 Gilbert, Parker, 287 Ginebra, 53, 59, 73, 124, 125
 protocolos de, 125, 127, 187,
 269 gobiernos alemanes, caída de, 28,
 35, 58, 147, 205, 228, 253
 Golddiskontbank, 261 Goltz, general conde Rudiger von der, 63
Gómbós, Julián, 268 Goode, sir William, 82 granjeros, agricultura, campesinos
Alemania, 24, 63, 94, 137, 143, 178, 185, 202, 218, 221, 240, 241, 251
252, 257, 272, 288 Austria, 24, 37, 38, 43, 120, 220,
 269 Hungría, 24, 37,
 129, 132, 133,
 136-138
Gresham, ley de, 234 Groner, general Wilhelm, 28
Guillermo II, emperador, 26-27, 48,
 63, 64, 65, 102, 111, 209
gula, 85, 100, 114-115, 143
- Habsburgo, imperio de los, 37, 119-136
Haldane, vizconde, 142
Hamburgo, 25, 97, 101, 111, 166, 183, 200, 214, 235, 236, 237, 242, 254, 276
Hanau, depósito de material de guerra, 284n
Haniel, herr von, 232
Hannover, 215, 233, 235
Harden, Maximilian, 66
Havenstein, doctor Rudolf, 16, 17, 62, 108, 180, 186, 201, 203,
 204, 207-223, 230, 243, 246,
 253, 298
Hegedus, doctor, 129, 130, 132 Heiden, Konrad, 242n
Helfferich, doctor Karl, 29, 31, 36,
 65, 103, 226, 230 Hellwig, Herr, 285 Hemingway, Ernest, 11, 113, 114,
 169, 170, 294
Hermes, doctor Andreas, 177, 212 Hilferding, doctor Rudolf, 209, 211,
 212, 228, 230, 253 himno nacional alemán, 164, 214n
Hindenburg, mariscal de campo,
 Paul von, 28, 47, 48, 64, 65,
 287, 291
hiperinflación, definición de, 37n hipotecas, 137, 221, 247,
270 Hitler, Adolf, 16, 31, 50, 102, 158,
 163, 166, 169, 204, 207, 214,
 215, 219, 225, 226, 231, 239,
 241, 242, 264, 272, 294, 295,
 296
Hodgkin, Howard, 58 Hofle, doctor von, 285 Hohler, Thomas, 131, 134, 136
Holanda, 26, 76, 106, 196
Holzmann, 283 horas de trabajo, 52, 58, 59, 95,
 135, 138, 146, 159, 196, 228,
 238, 254, 263, 274
Horthy, almirante von, 37, 129 Hotel Bristol, Viena, 82 Hotelbetriebs Berlin, 148 huelgas
 Alemania, 26, 51, 94, 97, 108-109, 112, 183, 198, 199,
 200, 214, 231, 245, 263, 299
Austria, 120, 122, 190
Gran Bretaña, 97, 276n
Hungría, 132

- huevos, 18, 51, 96, 135, 145, 200, 232, 262
- Hummel, doctor, 116
- «Húngaros del Amanecer», 268
- Hungría, 16, 18, 25, 37, 41, 121, 123, 128-134, 136, 174, 242, 268, 269, 278, 279, 295, 296, 299, 300
- impresores, huelgas de, 108-109, 198, 200, 245
- Insterburg, 196
- instituciones de caridad, 265
- Italia, 44, 68, 121, 124, 125, 126, 142, 150, 152, 195, 196, 213, 262
- Kadar, Janos, 242
- Kahr, Ritter Gustav von, 49, 67, 226, 231, 232, 241, 264
- Kaiser. Véanse Carlos, emperador; Guillermo II, emperador
- Kallay, doctor, 131, 132
- Kammgarnspinnerei Dusseldorf, 148
- Kampfbund, 214, 226
- Kapp, doctor Wolfgang, 48-50
- Kapp, *golpe*, 48-49, 223, 299
- Kautz, Herr, 286
- Kehl, 113-115, 169
- Keynes, profesor J. M., 59, 141
- Kilmarnock, lord, 50, 199
- Kölnischer Zeitung*, 229
- Kónigsberg, 64, 195, 196
- Universidad de, 64, 102
- Kónigsberger Volkszeitung*, 195
- Kontomark*, 221
- Krupp von Bohlen, Herr, 229, 273, 275
- Kuczynski, doctor, 258
- Kurfürstendamm, 216
- Küstrin, *golpe*, 226, 236
- Kutisker, escándalo, 282-287
- Lampson, Miles, 217
- Law, Bonar, A., 142, 150, 151, 169
- Leipzig, 52, 166, 183, 270n
- Lenin, Vladimir L., 26, 58, 164
- Liga de las Naciones, 59, 68, 73, 122-130, 192, 213, 269
- Linoleumfabrik-Maximiliansau, 150
- Linz, 219
- Listowel, Judith, condesa de, 174, 278-280
- Lloyd George, David, 11, 19, 56, 58, 91, 92, 121, 122, 142, 151, 152
- Locarno, Tratado de, 287, 290, 293
- Loebe, Paul, 55
- Londres
- conferencias de, 56, 57, 86, 87, 91, 150, 151, 264
- ultimátum, 57-58, 75, 89, 300
- Lossow, general Otto von, 169, 226, 231, 232, 241, 264
- Ludendorff, general Erich, 16, 26, 34, 48, 63, 64, 65, 66, 158, 161, 214, 215, 225, 264
- Luis III de Baviera, 27
- Luther, doctor Hans, 230, 247, 253, 285
- Luttwitz, general Freiherr Walther von, 48-49
- Maguncia, 150, 162, 235
- Manchester Guardian*, 141
- Mannesmann, 146, 275
- Mannheim, 166
- Mannheimer, doctor Fritz, 62
- Mansfeld, *golpe*, 57
- mantequilla, 90, 96, 143, 145, 150, 162, 173, 201, 253, 258, 262

ÍNDICE ANALÍTICO 31:

- Marx, doctor Wilhelm, 255
 Mayoría Socialista (SPD),
 34, 53,
 66, 73, 205, 223, 284
 McKenna, Reginald, 297n
 Mefistófeles, 176 Mehnke,
 Herr, 215 Mendelssohn,
 banco de, 62 Michael, Jacob,
 284, 286 MICUM, 254
 militares de carrera,
 alemanes, 26,
 27, 47-49
 Millerand, presidente
 Alexandre, 91 mineros, minas,
 24, 51, 52, 57, 145,
 198, 254, 274, 276
 Mirabeau, conde de,
 277 moneda, reforma
 de
 Alemania, 246-247, 268,
 271, 273, 294
 Austria, 267-270
 Hungria, 268
 monetarias, leyes, 29, 243,
 250, 297 monte de piedad,
 101 Morgan, J. Pierpont,
 comité, 106 *Morgenpost*, *Der*,
GA Moscú. Véase Rusia
 «Movimiento», 268 muebles,
 43, 79, 103, 120, 138,
 188, 219, 266, 278
Münchener Post, 231 Munich,
 34, 50, 63, 67, 87, 96, 102,
 103, 113, 143, 144, 164,
 166,
 169, 207, 225, 226, 231,
 232,
 241, 264 Mussolini,
 Benito, 126, 142, 150,
 213
- nacionalistas. Véase Partido
 Nacional
 Popular Alemán *New York*
World, *The*, 281 Nicholson,
 profesor J. Shield, 234n
- Norman, lord, 261
 Noske, Gustav, 48, 215, 223
Notgeld, 112, 145, 150, 240,
 249,
 251 Nueva York, 44, 110,
 171, 179, 180,
 294n
 Núremberg,
 214
- Oberammergau, 93
Oktoberfest, 143
 Oldenburg, 143
 Orgesh, 163
 oro, préstamo en, 168, 203,
 212,
 216, 239, 250 oro, reservas
 de, 29, 168, 180, 181,
 247, 299 Osram, 275
 Osten, Hans-George von der,
 138,
 173,
- Pabst, Georg Wilhelm, 39
 pagarés del Tesoro, 30, 33,
 59, 107,
 125, 165, 179, 210, 246-
 248.
 Véase también efectos
 comerciales «pagos a diez
 días», 91, 96 Palatinado, 235
 pan, 39, 45, 63, 70, 78, 97,
 116,
 135, 139, 154, 157, 178,
 232,
 235, 236, 241 Pankow, 145
 París, conferencias de, 55,
 56, 59,
 62, 91, 150, 152 Partido
 Centrista, 34, 53, 182, 255,
 286 Partido Comunista,
 comunismo
 Alemania (KPD), 16, 28,
 52, 94, 141, 158, 164,
 169, 183, 184, 196,
 198, 204 207, 214, 235,
 238, 239, 241, 242,
 243, 254, 255
 Austria, 40, 45, 122

- Partido Democrático (DDP), 157,203
 34, 53, 211,212,251,257, 272
 73 Partido Nacional
 Popular Alemán
 (DNVP), 53, 65, 67, 163,
 226,
 238,286, 291 Partido
 Nationalsocialista (NSDAP),
 67, 102, 158, 214, 242,
 264-
 265, 295
 Partido Popular Alemán
 (DVP). Véase Volkspartei
 Partido Progresista, 34 Partido
 Socialista Independiente
 (USPD), 34, 53, 66, 161
 patatas, 43, 90, 97, 138, 150,
 159,
 173, 198, 215, 244, 245,
 258,
 262, 302
 Petrogrado, 26,
 164,214 *Peuple, Le*,
 66
 Phillpotts, Owen S., 119-120,
 Phoenix, 275 pianos, 43, 79,
 138, 302 Piggott, mister, 58-59
 pillaje, 82, 89, 123, 146, 183,
 198,
 214,218,219 Poehner, herr,
 67 Poincaré, Raymond, 54,
 91, 111,
 116-117, 150, 151, 152,
 197,
 222, 254, 261, 297 Polonia,
 18, 57, 59, 73, 147, 239n,
 280
 Pomerania, 138, 215, 239, 242
 prerrogativas, ley de, 228, 229,
 252,
 270 préstamos
 de guerra
 Alemania, 30-34, 78, 171,
 247, 270
 Austria, 41-42
 Gran Bretaña, 78, 248n
 presupuestos
 Alemania, 51, 54, 55, 70,
 72, 76, 89, 96, 107, 113,
 140, 156,
 157,203
 211,212,251,257, 272
 Austria, 187, 189
 Hungria, 131-132
 privaciones académicas, 64-
 65, 139,
 191,256,266
 «problema de la traslación»,
 297 prostitución, 280
 Prusia Oriental, 195, 196, 215,
 242 Pustau, Erna von, 25,
 102-103, 111,
 137, 149, 162, 173,210,281
Putsches (golpes)
 en Hamburgo, 235-236,
 242, 243
 en Kapp, 48-49, 223, 299
 en Küstrin, 226, 236
 en Mansfeld, 57;
 en Munich, 241-242
 Radek, Karl, 214
 Rapallo, Tratado de, 96-97
 Rathenau, Walther, 59, 61, 62,
 91, 93,95, 103-105, 106,
 110, 121, 132, 182,
 198,300
 Reichsbank
 autonomía y política
 general, 25, 29-30, 31, 62,
 68, 86, 99, 106-108, 112
 141, 147, 150, 151, 159,
 165, 167, 168, 170, 175,
 176, 179-181 185, 186,
 199, 201, 203, 204, 208-
 213,221,227,230,236,
 240,246 247,248,251,252,
 256, 261, 262, 271, 273,
 281,285,296,298 política
 crediticia: con Havens-tein,
 62, 108, 180, 186, 201,
 203, 204, 208-213, 230,
 246, 298; con Schacht, 31,
 230,
 246,247,248,251,252,256,
 261,271,285
Reichsmark, 250, 271,294

ÍNDICE ANALÍTICO 31?

- Reichstag, 31, 34, 55, 59, 208, 223, 253, 255, 291 comisión de investigación, 48
- Reichswehr, 47. *Véanse también* ejército; Free Corps; militares de carrera
- Renania, 33, 35, 50n, 197, 200, 215, 244, 262, 263, 291 Alta Comisión Renana, 50n, 58, 98, 179 separatismo, 234-235, 238, 239, 262
- rentas, decreto de congelación en Alemania, 78, 98, 266 en Austria, 45, 191-192
- Rentenbank, 220, 230, 244-248, 257
- Rentenmark*, 230, 232, 239, 244, 246-250, 257, 258, 261, 263, 264, 271, 301
- Reparaciones, 16, 17, 24, 36, 47, 53-56, 59, 61, 68, 72-74, 86, 91-93, 95, 103, 116, 117, 121, 128, 129, 132, 140, 141, 142, 150, 151, 165, 169, 197, 254, 261, 265, 270, 271, 287, 291, 296-298
- Reparaciones, Comisión de Alemania, 54, 57, 59, 94-95, 99, 108, 111, 151, 152, 249, 252, 287, 298 Austria, 82, 123 Hungría, 269
- resistencia pasiva. *Véase Ruhrkampf*
- revoluciones
 - Alemania, 15, 23, 25-28, 34, 49, 81, 241, 242, 243, 283, 299 Austria, 15, 23, 37, 39, 40, 126, 267 Francia, 218, 234n, 278
 - Hungría, 23, 37, 129, 146, 214, 279 Rusia, 27, 242, 290
 - Rheinische Stahlwerke, 275
 - Richter, Herr, 286
 - Rin, puertos del, 56, 58, 300
 - Roggenmark*. *Véase* centeno
 - Rosenberg, Arthur, 256
 - Rosenberg, Friedrich von, 204
 - Rosenheim, 183
 - Rote Fahne*, 110
 - Rote Hundertschaften*, \GA, 196
 - rublos, 69, 201, 217, 295,
 - Ruhe, Geheimrat doctor, 285
 - Ruhr, 57, 76, 77, 144, 151-154, 158, 159, 161-165, 168, 169, 172, 175, 178, 179, 182, 184, 186, 190, 194, 197-200, 202, 204, 205, 212, 214, 219, 221-223, 229, 232, 237, 239, 244, 253, 254, 262, 263, 265, 267, 271-273, 276, 299
 - Ruhrkampf*, 153, 161-192, 204, 207, 222, 241, 247
 - Ruhrort, 56
 - Rumania, 37
 - Rupprecht, príncipe, 225
 - Rusia, 18, 26, 27, 96, 164, 242, 283, 290, 295
 - Saint Germain, Tratado de, 37-39, 124 Sajonia, 52, 185, 196, 214, 215, 219, 226, 235, 238-241, 276, 282
 - Salarios
 - Alemania, 13, 20, 32, 33, 42, 52, 55, 62, 67, 68, 70, 71, 72, 77-80, 94 96, 100, 106, 107, 109, 110, 112, 113, 119, 123, 127, 132, 140, 144 145, 146, 155, 158, 172.. 174,

- 175, 183, 184, 186,
187, 190, 191, 198
200,212,213, 227, 235,
237, 244, 255, 264,
265, 266, 272, 274
Austria, 191
 Hungría, 129-130, 134,
135 salud, 17, 54, 78, 145,
162, 196, 257 Salzburgo, 282
Sarre, 35, 158 Schacht,
doctor Hjalmar, 18, 31,
138, 139, 183, 230, 245-
259,
261,271.. 285, 287, 297n
Scheer, almirante, 64
Scheidemann, Philipp, 286
Schlinkmeier, Heinrich, 199
Schmölders, Günther, 294,
299 Schober, doctor Johan,
121-122 Schoneberg, 145
Schroeder, Franz, 181
Schwelmer Eisenwerk, 148
Scotsman, The, 234n Seeckt,
general Hans von, 47, 49,
226, 243, 252, 254, 292
Seeds, William, 67-68, 87,
96, 113,
140, 144, 150,
157,158,164 Seehandlung.
Véase Banco Estatal
 Prusiano seguro, 78, 82,
191, 220, 244, 247,
265-267, Seipel, doctor
Ignaz, 122, 124, 126,
269
Selva Negra, 65, 276
separatismo bávaro, 234, 235,
243 Sichel, 273
Siemens & Halske, 193
Sierks, Stadtbaurat, 215
Sin novedad en el frente,
33, 302 sindicatos
 Alemania, 49, 51, 54, 67,
94, 97, 109, 135, 140,
146, 184, 229, 237
238, 248, 256, 292
Austria, 123,
190 Hungría,
135
Sklarek Brothers, 287
Smith, Jeremiah, 269
Snowden, Philip, 248n
Socialdemócratas (SPD).
 Véase Mayoría Socialista
sociedades reaccionarias,
 «patrióticas», secretas
Alemania, 157-158, 163-
164,
196,204, 207, 222
Hungría, 131, 136,268
Solingen, 198, 244
Spa, conferencia de, 53
Speyer, 162
Stahlwerk Becker-Willich,
150
Steffeck, Fraulein, 252
Stettin, 207, 215
Stinnes, Hugo, 16, 62, 99,
103, 144, 163, 167, 172,
195, 198, 210, 229, 237,
238, 262, 272, 273, 284
Stresemann, doctor Gustav,
159, 205, 207, 212-214,
222, 223, 228, 231, 238,
252-255, 262,
281,287,289,290
subsidios, 73, 76, 78, 82, 130,
178, 192,
194,238,243,264,267
Suecia, 26, 64
Suiza, 42, 76, 123, 127, 162
suizo, franco, 40, 41, 44, 76,
244
taxis, 101,201

Teoría cuantitativa del
dinero, 98,
297 Tercera Imposición
Fiscal, decreto,
270
Terror Blanco,
129,279 Terror Rojo,
129 Thelwall, Francis,
71 Thurstan, Paget,
80

ÍNDICE
ANALÍTICO 31

Thyssen, Fritz, 53, 237, 273, 275
 Tiergarten, 61
Times, The, 100
 tipos de interés, 99, 107, 185, 203,
 205, 256, 271, 284, 288
 Tirpitz, almirante general
 Alfred von,
 64, 102, 161
Toronto Daily Star, 113-114,
 170 *Toronto Star Weekly*, 294
 tranvías, 115, 134, 201, 203,
 210,
 217
 Tréveris, 150, 162, 235
 Trianon, Tratado de, 37, 128n,
 132,
 134
 Tribunal Supremo de Leipzig,
 270n tribunales, 91, 270, 274,
 290 trueque, 42, 142, 173
 Turingia, 204, 239-241, 253
 turistas, 20, 24, 93, 94, 122,
 143,
 289 Unter den Linden,
 172, 216, 240
 valores y acciones
 Alemania, 13, 19, 22, 69,
 74, 86-88, 94, 111, 137,
 139, 142, 149, 165 177,
 194, 203, 230, 233,
 239n, 262, 265, 294,
 295
 Austria, 42, 82, 189, 268, 269
 Hungría, 129, 134 Vaughan,
 J. C., 240 Versailles, Tratado
 de, 35-37, 47, 53, 56, 62, 65,
 91, 125, 226, 291, 293
 Viena, 37-45, 82, 83, 119-127,
 161, 187, 188, 189, 191,
 192, 267, 269
 vivienda, 79, 98, 138, 174,
 191,
 192, 216, 264 Vogler,
 doctor Albert, 238 *Völkischer
 Beobachter*, 231 Volkspartei
 (DVP), 205, 228, 229
 Volkswehr, 189, 282 *Vorwärts*,
 209, 284 *Vossische Zeitung*,
 32, 115
 Waldersee, mariscal de campo
 conde
 von, 63
 Wauchope, general Arthur,
 291-292 Weimar, República
 de, 13, 15, 16,
 22, 25, 28, 31, 34, 346,
 223,
 295
 Wheeler-Bennett, sir John, 34,
 242n Wiesbaden, 162, 235
 Wilson, presidente Woodrow,
 35 *Winkelbanhershers*, 171, 178,
 179 Wirth, doctor Josef, 53,
 57, 58, 61,
 66, 67, 72, 73, 81, 88, 89,
 115,
 117, 122, 147, 182, 286
 Wittelsbadu casa de, 27, 103,
 225 Worms, 150 Wucheramt,
 101 Wucherpolizei, 216
 Young, G. M., 38-39
 Zeigner, doctor Erich, 196,
 215,
 238-239, 282
 Zimmermann, doctor Arthur,
 127,
 187-189, 269 Zinoviev,
 Gregory E., 214 Zürich, 32,
 44-45, 131, 132, 241,
 244, 267